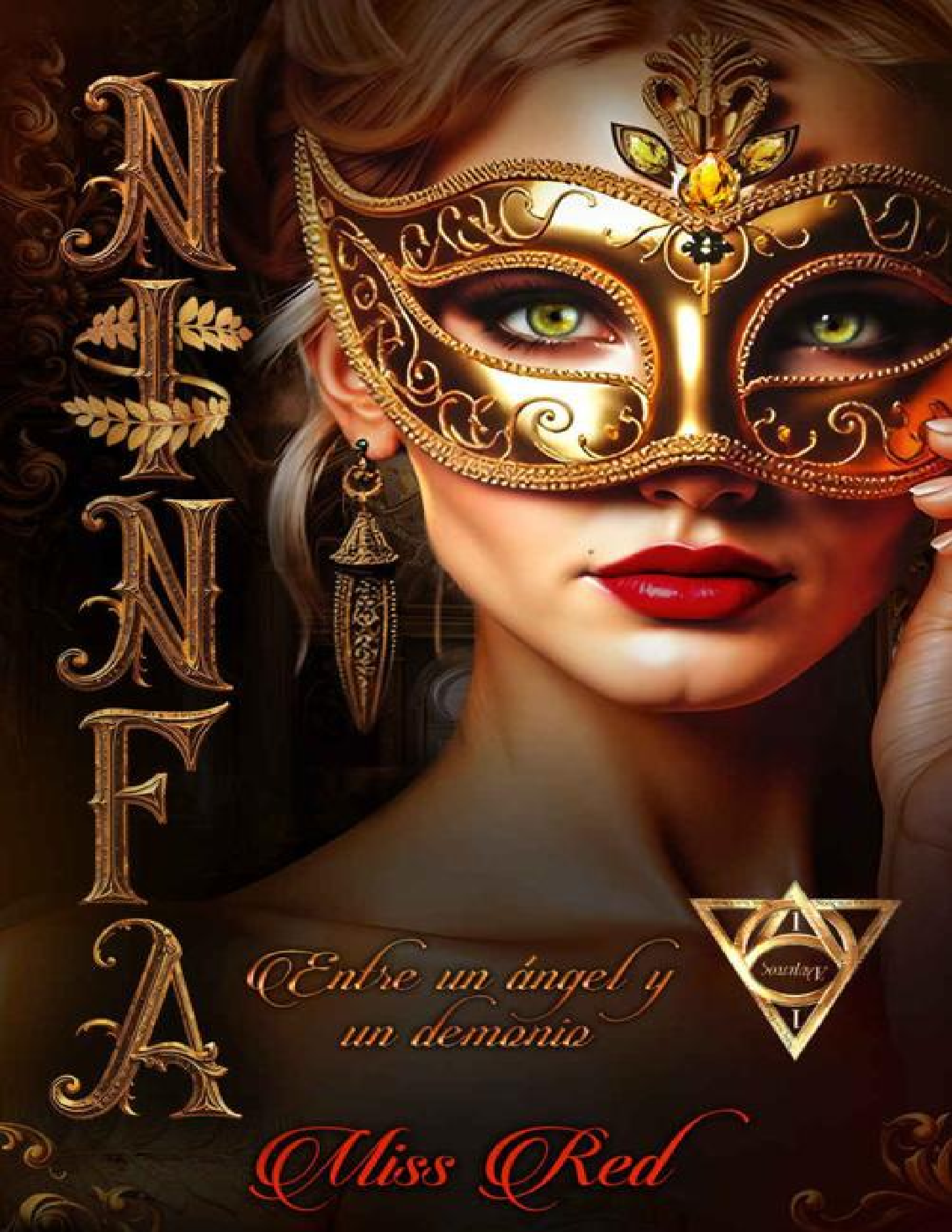
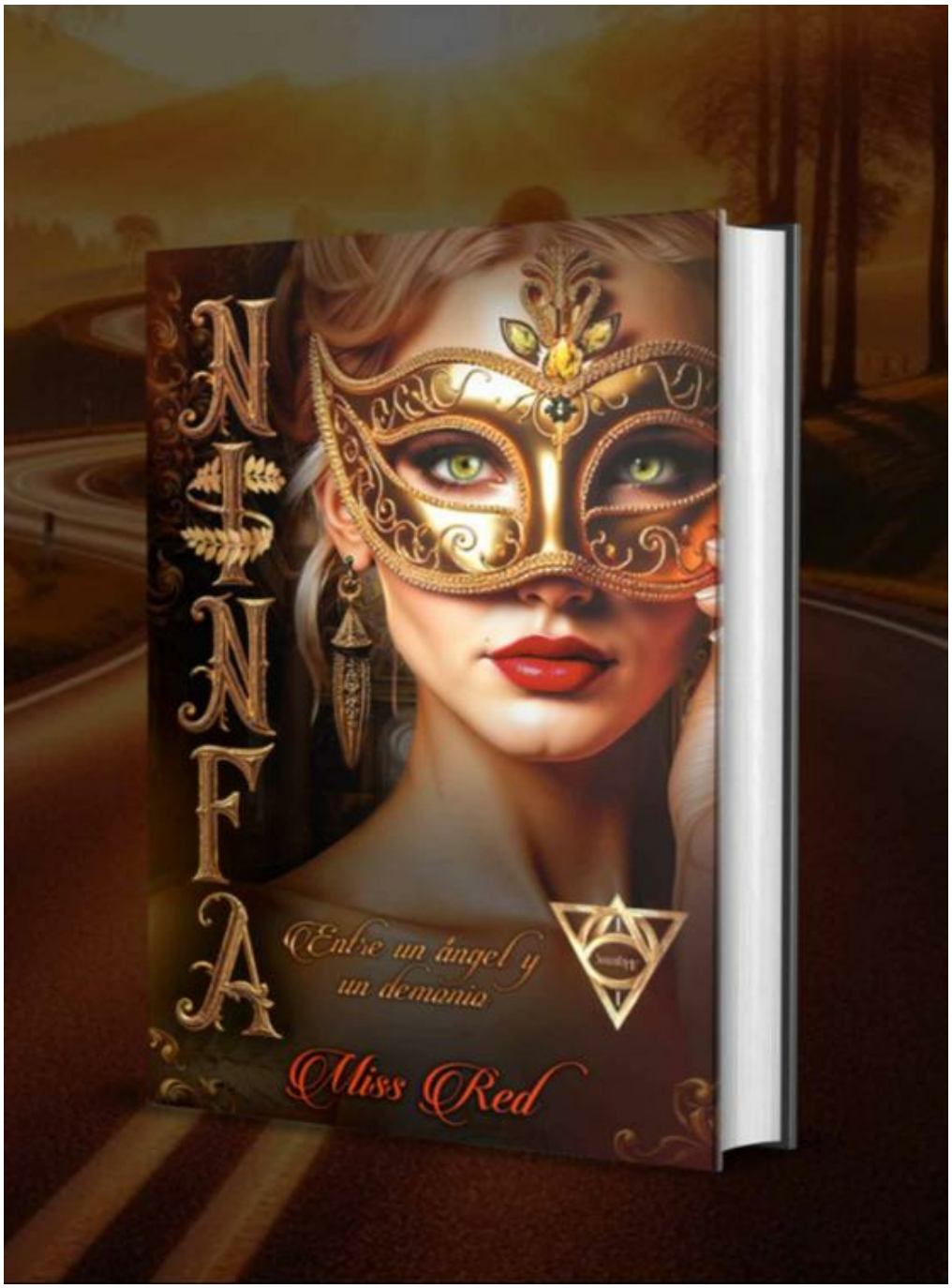
NINFA



Entre un ángel y un demonio

Miss Red


NINFA
Entre un ángel y un demonio
Miss Red

ÁLYMPOS

LIBRO 1

ADVERTENCIAS

Esta novela no es una historia dulce ni convencional de amor.

Trata de personajes imperfectos con pasados oscuros y secretos, dinámicas de poder desiguales, y comportamientos moralmente ambiguos, incluyendo manipulación emocional, y relaciones tóxicas. Refleja escenas de violencia, lenguaje vulgar y contenido sexual explícito que puede herir la sensibilidad. Esta novela no busca glorificar estas acciones, sino explorar narrativas intensas y complejas.

La autora no se responsabiliza del efecto producido en el lector, el lector leerá bajo su responsabilidad. Recomienda esta lectura para un público adulto que busque historias desafiantes, conscientes de que el amor aquí se presenta en su forma más cruda y controvertida.



Esta novela está ambientada en lugares reales, pero los hechos que acontecen y los personajes que aparecen en ella son completamente ficticios y no tienen ninguna base real. Cualquier parecido a la realidad es mera coincidencia.

Además, también encontrarás terminología en otros idiomas, dada la nacionalidad de la protagonista y el contexto de la historia.

Primera edición: enero, 2025
Copyright © 2023-2025 Miss Red
© Del texto: Miss Red
© Diseño de portada y banners: @ale_graphic5

Todos los derechos reservados. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso de la autora, bajo la sanción establecida por la legislación.

Ver el booktrailer de la novela *Ninfa: entre un ángel y un demonio* aquí

PERSONAJES



Ζῆθι ἡδέως καὶ λατρεύε τοῖς θεοῖς

Vive con placer y honra a los dioses

En la cacería, nada es seguro. A veces, los roles cambian en un suspiro, y lo que parecía seguro se convierte en un juego mortal.

¿Cazador o presa?

CONTENIDO

PERSONAJES
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
LIBRO 2
EL PROFESOR
AGRADECIMIENTOS
ACERCA DE LA AUTORA

PRÓLOGO


Aprendí que en la lujuria no hay fronteras. Que no es oro todo lo que reluce y que incluso un dios con rostro de ángel esconde secretos.
Roberta Monticelli

—Roberta, *bambina*…

La voz grave de mi padre retumba desde el salón.

—¿*Cosa vuoi, papà*? —grito a todo pulmón, sin moverme del escritorio donde estoy sentada, con la espalda relajada contra el respaldo de mi silla y los pies en alto.

Pongo los ojos en blanco, pero sigo inmóvil. Con un simple clic, cambio de página en la revista online de *Vogue*. Suspiro, encantada por las imágenes que veo desfilar ante mí: cada prenda, cada textura, cada color de la nueva temporada es un deleite para mis sentidos. Mi mente crítica analiza cada diseño, buscando errores, fallos que yo pueda corregir en mi imaginación.

Mientras examino las colecciones una por una, me limo las uñas y me reclino en la silla. La pantalla se convierte en un lienzo sobre el que recreo cada modelo a mi manera.

«Ese lazo es un horror, rompe la armonía del corte y arruina la elegancia del vestido», pienso cuando veo un lazo feísimo que desluce un precioso vestido rosa.

—¡Roberta! —La voz de mi padre vuelve a estallar, esta vez mucho más cerca.

—*¡Cazzo!* —grito, sobresaltada.

El susto me hace saltar en la silla, y casi me caigo al suelo. Me lanzo sobre el teclado y cambio rápidamente la página que tenía abierta. Un documento lleno de cifras interminables sobre mercados financieros aparece en la pantalla en menos de un segundo.

—¿Qué estás haciendo?

—Estudiando, papá —le respondo, apartando la vista mientras me acomodo en la silla, tratando de aparentar seriedad. Me coloco las gafas del escritorio y empiezo a escribir algo en una pequeña agenda, que ni yo sé qué hace en mi mesa.

—¿Estudiar, Roberta?

No le miro, y eso hace que me hable enfadado mientras se aproxima a mi escritorio, con su forma perezosa de caminar.

—¡*Fanculo*! —gruñe en italiano—. ¿Otra vez con la tontería de la moda?

—¡Papá!

Conozco muy bien a mi querido orangután, que es mi padre. Puede gruñir y gritar, pero en el fondo es un oso panda.

—A ver… —empiezo, colocándome las gafas sobre la punta de la nariz, mientras cruzo las piernas—. No tiene nada de malo mirar los diseños, recuerda que estudio en la Facultad de Negocios.

Mi padre me mira consternado, como si tratara de descifrar qué demonios estoy diciendo.

Cruza los brazos sobre su barriga cervecera, esa que les sale a los varones pasando los cuarenta; y a los italianos más.

—¿De qué hablas, *piccola*?

—Estoy diciendo que la industria de la moda y la alta costura es uno de los mercados más grandes del mundo, papá. No podemos andar por ahí desnudos, ¿no?

Papá me mira fijamente, sin entender mucho.

—¿Y qué?

—Pues que necesito conocer el mercado de la moda si quiero tener éxito en mis estudios en Harvard.

—Ah, Harvard... —Su voz destila sarcasmo—. Claro, en Harvard seguro te enseñan a mirar vestidos.

—Papá, la moda es más que solo vestidos. Es una industria multimillonaria que mueve la economía global. Además, moda y finanzas están más conectadas de lo que crees.

—¿Conectadas? —pregunta escéptico—. ¿Y cómo es eso, *mia genia*?

—Mira… —le explico—, las grandes casas de moda cotizan en bolsa. Entender cómo funciona el mercado de la moda puede darme ventajas estratégicas en la gestión financiera.

—¡Bjua, frivolidades!

—¡Es estrategia!

—¡Vale, vale! Aun así... —responde, rascándose la cabeza.

—¿Qué?

—¿Qué tiene que ver la moda con la Facultad de Negocios?

Suelto un largo suspiro y ruedo los ojos, claramente frustrada.

—Mucho... —señalo, agitando el bolígrafo en el aire—. ¡Tiene muchísimo que ver! Si quieres que me convierta en una agente financiera de prestigio, tienes que entender que necesito conocer todos los mercados, ¡incluido éste!

Mi padre no es tonto, pero tampoco es una persona cultivada, he de reconocer. Sin embargo, dentro de su torpeza y sencillez, admiro profundamente su fortaleza y su dedicación al trabajo, al igual que mi madre. Mis padres llegaron a Estados Unidos poco antes de que yo naciera, dejando su país de origen atrás y enfrentándose a la incertidumbre de ser inmigrantes. Con apenas unas pocas palabras de inglés y un sueño en mente, empezaron desde abajo, con una pequeña pizzería en un barrio modesto.

Todavía recuerdo las historias que me contaban de esos primeros años, cargados de jornadas interminables. Trabajaban de sol a sol, amasando la masa y atendiendo a los clientes con una energía inquebrantable. Poco a poco, su constancia y esfuerzo empezaron a dar frutos. La clientela aumentaba, atraída por el sabor auténtico de las recetas italianas que mi familia traía consigo.

Veinte años después, los Monticelli hemos construido un legado: ahora somos los propietarios de una de las cadenas de *trattorias* más prestigiosas de la costa este de Estados Unidos.

—*¡Bambina!* —Su mirada inquisitiva me atraviesa, despertándome de mi monólogo interno —. El problema es que el único mercado que te interesa es ése…

Entonces, me humedezco los labios y me levanto de la silla, intentando evitar sus acusaciones.

—¡Qué va, papá! —Muevo las manos y entro en el enorme vestidor, que está a solo unos pasos—. Voy mercado por mercado, y ahora ¡deja de meterte en mis estudios, tú encárgate de tus pizzas!

Le regalo una sonrisa encantadora, la que siempre funciona para que me deje en paz, y empiezo a coger varias perchas de ropa que tiro encima de la cama.

—¡Ah, mi niña! Prométeme que este año estudiarás más que el curso pasado.

—¡Claro que sí! —Le guiño un ojo—. El primer año es siempre de adaptación, ya sabes...

—Y de fiesta —me interrumpe—. Sabes que todo lo que estamos haciendo es por ti. Sabes que nuestro sueño es verte graduada en Harvard.

«El vuestro, pero no el mío».

Empiezo a empacar, evitando su mirada.

—¿Todavía no has hecho las maletas, hija? —Mi madre se une a la conversación desde la puerta y empieza a inspeccionar las maletas vacías.

«¡Fantástico, le han llegado los refuerzos!»

—¡Hay tiempo! —respondo, con una mueca.

—¿Qué tiempo? — La *mia mamma* se acerca con una mirada suspicaz, y deposita unos vaqueros recién planchados sobre la cama—. Cariño, mañana empiezas las clases.

Respiro hondo y sigo doblando ropa.

—Y, además, nos vamos en tres horas —añade mi padre con tono autoritario.

Los miro con calma.

—¿Pero qué os pasa? —pregunto, agitando las manos mientras tiro unos vaqueros en la maleta—. ¿Por qué os ponéis tan nerviosos?

Sonrío para mí misma. Mañana vuelvo a la universidad, lejos de mis padres, y el simple pensamiento de recuperar mi libertad me da una paz indescriptible.

—Mamá, papá... —digo—. Mañana empieza un año más en Harvard, nada fuera de lo común. Por favor, dejadme terminar aquí.

Ellos sacuden la cabeza, poco convencidos. Los conozco demasiado.

—Un curso más, ¿vale?

Mi padre suspira, pero siguen sin decir nada.

—Bueno, vale, ya sé por qué os ponéis así, no queréis que me vaya, pero el verano ha acabado.

—*Bambina*… no finjas preocupación, ¡te preocupas tanto por Harvard como yo por los goles de los Monarchs! —ríe mi padre, su barriga temblando como un flan.

—A ver si esta vez no terminas con un tutor privado por las fiestas —añade la matriarca.

—He aprendido la lección, ¿vale? ¡Prometo menos fiestas y más libros!

—Sí, claro, y yo prometo no comer más pizza —concluye mi orangután favorito.

Soltamos una carcajada.

—Lo digo en serio, este año me voy a portar bien. Voy a ser la estudiante perfecta. —Les doy un beso apretado, uno por uno.

—Ay, *piccola*, ojalá te crea. —Mi padre sacude la cabeza y suspira, pero su sonrisa delata su amor incondicional por su hija—. Solo queremos lo mejor para ti.

—Lo sé… —murmuro mientras nos unimos en un abrazo de tres.

Yo… y ellos. El triángulo de amor perfecto.

Unos meses después del inicio del curso académico…

Estoy de rodillas, y con la cabeza agachada, en el centro de una sala amplia. Llevo un *peplos* blanco, que ondea ligeramente con la brisa que se filtra entre las columnas del Templo, pero no logra ocultar el temblor apenas perceptible de mis manos.

El aire está cargado. Las antorchas proyectan sombras que parecen vivas en las paredes del mismo blanco inmaculado. A mi alrededor, la multitud forma un triángulo. Cada rostro está oculto tras máscaras doradas que reflejan las llamas como pequeños soles, igual que mi antifaz. Las coronas de laurel descansan sobre sus cabezas inclinadas, como si fueran partícipes de un acto de devoción… o tal vez de sumisión. Hay algo intrínsecamente solemne en su calma, pero también una tensión que me pesa con cada respiración.

En lo alto de una escalinata, sentado en un trono de ébano decorado con filigranas de oro, está Él. El hombre que amo. No necesito mirarlo para saber que domina la sala. Una túnica de lino fluye en pliegues perfectos desde sus hombros, y sobre su regazo descansa un casco alado que parece haber sido tallado por los propios dioses. Es una señal inconfundible: Él es el puente entre los hombres y el Olimpo, el guardián de los secretos.

Respiro profundamente. Una daga está frente a mí, reposando sobre un manto dorado. Extiendo la mano y la tomo. Es fría, pesada, un recordatorio de lo que estoy a punto de hacer. Mis dedos tiemblan al sostenerla, pero no me detengo. No puedo detenerme.

«Iba a ser un curso más… un simple curso estudiando en la universidad».

Qué ingenua.

Una risa amarga brota de mis labios mientras dirijo mi vista hacia el foco de todas las miradas, pero sin elevar la cabeza. Está prohibido. Sin mirarle directamente, sin desobedecer y sin cuestionar, tan solo ejecutar. Y es justo lo que estoy haciendo, por supuesto. O al menos lo que les estoy dejando pensar, que estoy aquí para obedecer. Pero no es así, obedecer no entra en el vocabulario de una Monticelli.

—En honor a Zeus, soberano de los cielos… —murmuro— este es mi juramento.

Cierro los ojos un instante, buscando fuerza en medio de aquel momento que pensaba que jamás llegaría. Cuando los abro, mis pupilas se fijan en el filo de la daga.

Tomo aire.

—Con cada latido de mi corazón, juro abrazar la belleza y la tempestad, a danzar en la luz y en la sombra, a ser guardiana de los secretos de mis dioses, que mandan sobre mí…—recito el texto de memoria—. Acepto el poder del placer y el dolor, la dulzura del néctar y el filo de la espina.

Sé que sus ojos me perforan desde las sombras, atento a cada gesto. Sé que él está poniendo la misma atención enfermiza con la que siempre me ha vigilado, desde que irrumpió en mi vida. Entonces, aprieto la daga en una mano y me pincho sutilmente la yema del dedo. Unas gotas

caen en una copa de oro y se mezclan con la sangre de mi dios. Todos quedan expectantes cuando alzo la copa con ambas manos.

—Desde este momento… —declaro con un tono más alto—, soy una *ninfa*, un eco del cielo, ¡y una infinita servidora y reina de los hijos de *Álympos*!

Me llevo la copa de Dionisio a la boca, sin titubear, y rocío la sangre en mis labios, sin llegar a tragármela. Sólo finjo hacerlo. Mi piel se eriza con el rugido que emerge de la multitud, que vibra en el aire, sacude las columnas y hace temblar el suelo bajo mis pies. Pero yo le miro a Él, ajena a todo. Le miro fijamente, aunque sepa las consecuencias. Él asiente complacido, pero en realidad, en ese gesto hay una sentencia.

Respiro profundamente, luchando contra la presión en mi pecho. Sé que éste es sólo el comienzo. Soy su elegida, su favorita. Lo sé porque lo siento en cada fibra de mi ser, en cada palabra del juramento que acabo de pronunciar. Y también sé que el precio será alto, porque ser la favorita de un dios no es un regalo, sino una maldición.

—¡Que empiece el Ritual! —ordena.

Me pongo de pie y siento cómo unas manos desenredan los nudos de la tela que me envuelve y su suave tacto al deslizarse al suelo, quedando completamente desnuda.

«Que empiece…».

Arqueo mis labios en una sonrisa maliciosa.

CAPÍTULO 1



Un mes antes del inicio del curso académico…

BERTA

Si quieres ser mi estrella, yo prometo ser tu cielo.

Suelto una carcajada escandalosa en cuanto mis ojos se posan en el mensaje ridículamente empalagoso que acabo de leer. Me incorporo sobre la cama y doy zoom en la pantalla de mi teléfono móvil. Mientras lo hago, me recuesto de nuevo, esta vez boca abajo, dejando que la brisa que entra por la ventana refresque mi rostro. Estamos en pleno verano, pero vivir a pie de playa en Staten Island tiene sus ventajas. A diferencia del calor sofocante de Boston, aquí las noches son soportables.

—¿De qué te ríes tanto? —pregunta Pam, que está tumbada en un pequeño sofá, a unos pasos de mi cama—. Por Dios, ¡qué calor!

Mi amiga le da un sorbo a su refresco y se abanica con una mano.

—Estamos a finales de agosto, por si has olvidado.

—¡Y lo odio! —exclama ésta dramáticamente, levantándose para mirarme mejor—. Pero, venga, dime ya, ¿de qué te ríes?

Me giro de lado, aún con el móvil en la mano.

—¡Este chico es un idiota!

Pamela arquea una ceja y se recoge el cabello en una coleta alta. Al ser tan pálida, el calor hace que sus mejillas se tornen fácilmente rosadas.

—¿Qué chico? —quiere saber, colocándose las manos en las caderas—. ¿De quién hablas? O más bien… ¿de cuál de todos?

—Tim.

—¿Ese con el que te liaste en el cumpleaños de Rebe?

Asiento, mostrándole la imagen photoshopeada que Tim me acaba de enviar. La imagen refleja mi rostro en medio de un cielo oscuro, cernido de estrellas brillantes y debajo, la frase ridícula en letras cursivas. La foto es tan cursi que incluso me duelen los ojos de verla. Pamela la mira un segundo antes de estallar en risas.

—¡Madre mía! —murmura—. Pero, ¡qué patético!

—Patético es quedarse corto. —Me incorporo de nuevo en la cama, tomando un *Chupa Chups* de la mesita. Saboreo uno de fresa, mi favorito, mientras reflexiono—. No entiendo cómo alguien puede enamorarse después de unos cuantos besos, tía.

Pam me mira de reojo, con una sonrisa ladina.

—¿Sólo besos?

Sé lo que está insinuando. No es que Pam y yo seamos las mejores amigas del mundo, pero ya me ha captado. No soy de las que espera meses para follar, ni de las que se aferran a reglas anticuadas sobre cómo deben funcionar las relaciones. Para mí, todo es más sencillo: el tiempo es oro, y no voy a desperdiciarlo.

—Sí, solo besos. —Le guiño un ojo con picardía—. Soy muy lista cuando quiero, y con éste lo vi venir de lejos.

«Por suerte, no pasó nada, sino ahora estaría pidiéndome matrimonio». Sin embargo, no puedo evitar sentir pena por ese chico intelectual, escritor en sus ratos libres, alto y bastante atractivo, pero demasiado noble, con quien me enrollé en el verano, tras un par de copas.

—¿Seguro que no te mola ni un poquito? —me pregunta Pam con un tono dulce, casi maternal, mientras mastica una chuchería.

—No puedo con estos clichés románticos, de verdad.

—¿Y qué le hacemos? —Se encoge de hombros—. El chico es un romántico, cielo. Quizá deberías darle una oportunidad, el hambre te entra comiendo, ¡ya sabes!

La miro atónita, aunque no debería. Me he dado cuenta de que Pam es de esas personas que todavía creen en cuentos de hadas. Pero yo no. Para mí, el amor es algo más práctico, algo que no viene envuelto en frases hechas ni promesas vacías. Y esta situación, con Tim, solo me confirma lo que ya sabía: algunas personas son incapaces de entender que no todos buscamos lo mismo.

—¡No, Pam! —respondo indignada, agobiada por la persistente dulzura de mi amiga—. Esto no es romanticismo, ¡esto es una invasión de cursilería! Me manda mensajes así día sí, día también, ¡estoy harta!

—Venga, nena, apiádate de él. Se nota que está muy pillado por ti…

—¿Apiadarme? —me río—. ¿Acaso me ves cara de cura? ¡Eso déjalo para la iglesia!

—¡Por Dios! —Pone su típica cara de reproche amable—. No sé por qué me extraña tanto, sé cómo eres.

Guardo silencio por un instante y la miro.

—¿Cómo soy según tú?

—¿Qué?

Pamela es, sin duda, la chica más dulce y dócil de todas mis amigas. Siempre está dispuesta a ayudar, a escuchar, y rara vez se enfada. Lyn también tiene un lado tierno, pero a veces le sale un carácter de mil demonios. Cuando se pone mandona, no hay quién la aguante. Y luego está Rebe. Rebe es un caso aparte. Ella es un verdadero macho disfrazado de mujer, casi como una versión moderna de la señorita Rottenmeier, aunque con un estilo más agresivo. Si hay algo que hacer, Rebe no duda en tomar las riendas y convertirlo en su misión personal.

Y yo...

Bueno, yo no encajo tan fácilmente.

—Pam, has dicho que sabes cómo soy.

—Sí —Enarca las cejas—, eso acabo de… decir.

—¿Y cómo piensas que soy? —Me vuelvo a tumbar bocabajo. Las conversaciones profundas son mi debilidad, aparte de los cortes extravagantes.

—Pues no sé —habla embobada—. ¿Tú cómo te describirías?

—Ahmmm… —Me llevo una mano a la barbilla—. Pues creo que… dual.

—¿Dual?

—Sí —respondo deprisa—. Una mezcla entre la feminidad de Lyn y el carácter fuerte y decidido de Rebe.

«Algo contradictorio, sin duda».

—A veces creo que soy una especie de mezcla rara. Un cúmulo de extremos que se ajustan a cada situación—le explico, mirando al techo—. Soy considerada cuando la gente lo merece, pero si me traicionan, soy capaz de ignorarlos como si no existieran.

Pamela me observa, entretenida con mi respuesta.

—Soy aplicada si realmente me esfuerzo, pero también puedo ser más vaga que Don, el perro de Lyn, cuando me entra la pereza —suelto una risita, recordando lo perezoso que es ese perro —. Y créeme, eso es gran parte del tiempo.

Mi amiga también se ríe, es una de esas risas silenciosas, pero contagiosas.

—Pues me parece que tengo ganas de conocer a tu amiga Lyn, hablas mucho de ella.

—Sí. —Sonrío—. Ya la conocerás cuando empiece el curso.

—¡Vale! Aplicada y vaga —enumera esta—. ¿Qué más?

—A ver… soy dulce cuando me voy de tiendas, porque eso me encanta. Pero si me empiezan a meter prisa, me convierto en la persona más arisca del planeta. Ya sabes que las compras son mi universo. Literalmente.

—¡No me digas, no lo sabía!

—Pam, si el fin del mundo llegara, te juro que en lugar de refugiarme en un búnker o en un supermercado, me escondería en un Victoria's Secret, o en un Forever 21. ¿Te imaginas? El apocalipsis a punto de ocurrir, y yo probándome vestidos. ¡A mucha honra! —digo, haciendo un gesto teatral, como si estuviera a punto de lanzarme sobre un perchero de ropa.

—No me extrañaría nada —comenta, secándose una lágrima de risa—. Sería tan tú.

—Lo sé —respondo con orgullo—. No es tan malo morir con estilo, ¿no?

Nos reímos juntas por un rato.

—¿En qué piensas? —me interrumpe después de unos segundos de silencio, lo que hace que sacuda la cabeza y vuelva a la realidad.

—Pues… —respondo, aún mirando el ridículo chat de Tim—. Estaba pensando en que… ¡voy a bloquear al cerebrito ya!

—¡Berta, no seas tan exagerada!

La veo sacar un pintalabios y retocarse los labios con tranquilidad, como si eso fuera a calmar mi frustración.

—Porque el chico te haya puesto una frasecilla romántica insignificante, no lo vayas a borrar de tus contactos.

—¡Más de una frasecilla! —señalo, con ganas de matarla porque ya me está tocando las narices.

Respiro hondo antes de empezar a leer en voz alta mientras le doy un sorbo a mi capuchino con hielo, que hoy está especialmente buenísimo.

—*Buenos días, bella* —leo los mensajes del chico—. *¿Qué tal va el día hoy? Solo me paso a decirte que me encantaría escribir contigo la eternidad.*

Pamela se atraganta con su refresco.

—¡Ahhh! —Levanto el dedo y sigo, antes de que ella abra la boca—. Y, por si fuera poco, lo acompaña con un emoticono de un sol y un corazón.

—¿Quéeeee? —pregunta, con los ojos como platos.

—¡Y espera! —digo, animada y al mismo tiempo disgustada, dando un pequeño brinco sobre la cama—. Mira lo que me escribió hace unos días —Le acerco el móvil—. *Dame tu presente y yo te doy mi futuro.*

Pamela pone cara de asco, exagerando la reacción, como si de verdad estuviera a punto de vomitar.

—¡Bjuaaaaaa! —su grito de repulsión me hace soltar una carcajada—. Pues ese tío se quedará más solo que la una.

—¿Ves? —Sonrío, complacida, y con un rápido movimiento de pulgar, presiono el botón *bloquear*.

Siento una mezcla de satisfacción y alivio al hacerlo, como si me hubiera deshecho de una carga. Mientras tanto, Pam parece distraída por algo más. La veo inclinada sobre su móvil, concentrada en lo que sea que esté viendo. Unas voces suenan de fondo, mezcladas con risas y música.

—¡Vaya tela, la que tienen montada ahí!

—¿Quién?

—Mia y los demás —me responde, sin apartar la vista de la pantalla.

Frunzo el ceño, intentando recordar de quién me está hablando, pero realmente no conozco a muchos de sus amigos. A ella la he conocido en el verano, a través de Rebe.

—¿Quién puñetas es Mia y «los demás»? —pregunto, algo perdida.

—Mia es mi mejor amiga —me explica con una risita mientras acerca el móvil—. ¡Mira!

No necesito que me lo diga dos veces. Casi meto la nariz en la pantalla para no perderme ningún detalle. Siempre he sido buena para el cotilleo, y debería haber dirigido la serie de Gossip Girl, de hecho. Me aguantaría las ganas de comerme un helado de fresa antes que desperdiciar un buen cotilleo.

La pantalla muestra una fiesta: chicos y chicas, algunos ya algo borrachos, con cervezas y copas en la mano, todos riendo y apoyados en coches en algún aparcamiento al aire libre.

—¿Dónde es?

—En Boston, cerca de Clemence.

—¡Ahhmmm! —asiento mientras sigo observando.

—Esa de ahí es Mia. —Señala a una chica que parece estar liderando la fiesta—. La conozco desde siempre, lo malo es que no estudia en Boston, así que solo la veo de vez en cuando.

La música de fondo sube de volumen y la fiesta sigue, con chicos y chicas saludando a la

cámara. De repente, Pamela señala a un chico alto, más delgado de lo que me suelen gustar, pero que llama mi atención por su gran altura y cabello perfectamente ordenado.

—Y éste de aquí es Adam —me informa sonriente.

Demasiado sonriente.

Observo al chico unos segundos. No es exactamente mi tipo, pero tiene algo interesante. Parece simpático, aunque demasiado serio para la vibra de la fiesta. Sin embargo, no dejo de notar la expresión de Pam: esa sonrisa boba y esos ojos saltones que jamás mienten.

—Y también te gusta, ¿eh?

—¡No te lo voy a negar! —admite, tapándose la boca mientras sus mejillas se sonrojan ligeramente—. ¡Adam me encanta!

Lo que suponía. Suspiro mentalmente mientras la observo. Pamela, siempre tan transparente, se le ven las babas desde kilómetros. Definitivamente, está colada por el hermano de Mia.

Pero, de repente, el sonido de música a todo volumen invade la escena, mucho más cerca de lo que estaba hace un momento. Pamela y yo nos quedamos en silencio, sin parpadear, y nos inclinamos hacia la pantalla, intrigadas por lo que está sucediendo. La canción se hace más nítida y una melodía de rap de 50 Cent retumba en los altavoces dejando claro que alguien está decidido a ser el centro de atención.

She always ready, when you want it she want it... (…)

Entonces, la cámara enfoca un coche deportivo de un color gris oscuro, tuneado y reluciente. Las llantas brillan bajo la luz tenue del atardecer, y el motor ronronea como si el objetivo fuese llamar la atención. Todos en la fiesta, incluso los que antes estaban distraídos, ahora tienen sus ojos clavados en ese coche. Es imposible ignorarlo.

—Wow… —susurra Pamela, con los ojos completamente abiertos.

Me quedo atenta, tratando de descifrar quién es el chico que conduce, y pronto lo veo: un moreno, de piel ligeramente aperlada, y con una sonrisa que tiene algo jodidamente seductor. A diferencia de Adam, su aura es totalmente diferente: más atrevida, más magnética. Su cabello está revuelto, con algunos mechones que caen en su frente con rebeldía, pero, al mismo tiempo, adorablemente.

—¿Quién es? —pregunto con voz entrecortada.

«¿Qué leches me pasa?»

Maldigo internamente intentando disimular, sin embargo, la cabeza se me nubla y mi piel se eriza ante semejante presencia intrigante. De momento, me quedo con cara de idiota cuando una chispa me recorre sin mi permiso, a pesar de que solo lo estoy viendo a través de una jodida pantalla. ¡Maldita tecnología! 50 Cent tiene toda la razón.

—¿El chico?

—Sí, el chico —respondo en un suspiro veloz, relamiéndome los labios sin darme cuenta.

No puedo apartar la vista de esos labios perfectamente delineados, rosados y carnosos. Imagino su dentadura, que parece intimidante, ya mordiéndome; esa nariz fina y ese mentón perfectamente afeitado, con un aire tan masculino que casi es abrumador.

—Pues no sé… —dice Pam, con una expresión boba—. Parece mayor que nosotras y, no sé, un poco… arrogante —susurra, sin despegar la vista de la pantalla, igual que yo.

Observamos con la boca abierta cómo el misterioso hombre baja la música al detenerse. Sale del coche con una actitud confiada, ajustándose unas gafas de sol oscuras mientras mira a su alrededor con una sonrisa provocativa. Las chicas susurran emocionadas, y los chicos no pueden evitar admirar tanto su coche como su traje, que va a juego con su deportivo.

—Arrogante, pero con estilo —murmuro casi para mí misma, tomando aire profundamente.

Mis ojos siguen cada uno de sus movimientos. Sus brazos parecen grandes y perfilados y su espalda es ancha, su torso reflejando esa apariencia atlética que sugiere fuerza sin exageración.

—¿Tiene tatuajes? —le pregunto con un hilo de voz.

—No parece, aunque… —me responde, mientras ambas nos inclinamos aún más hacia la pantalla, casi chocando nuestras narices con el teléfono.

Observamos aturdidas que el tipo saluda al tal Adam y a la tal Mia, una chica de pelo castaño. Entonces, lo noto: su mano tatuada. Él se la lleva al rostro, quitándose las gafas y dejando a la vista unos ojos verdes, del color de la esmeralda.

—¡Conoce a Mia! —exclama Pam, señalando la pantalla con su manicura impecable.

—Sí…

—¡Jo-der! —balbucea—. Es… guapísimo este chico. No parece terrenal.

Una corriente eléctrica me recorre, y sencillamente no puedo apartar la vista de él.

—¿Has visto sus ojos? —pregunto, casi en un suspiro.

Pam empieza a aplaudir frenéticamente mientras yo sigo mirando su móvil, hipnotizada por la mirada de ese hombre que, a pesar de la distancia, parece clavarse en mí.

—¡Ahhh! ¡No me digas que has quedado prendada, amiga!

—¿Qué dices? —replico con el ceño fruncido y me levanto de la cama de un salto.

—Si te gusta, dímelo.

—No está mal, no te voy a mentir.

Me esfuerzo por sonreír, como si no importara, pero el nudo en mi estómago me traiciona.

—¡Mmmm! —Entrecierra los ojos con sospecha, sabiendo que oculto algo—. Le preguntaré a Mia si tiene novia.

—No pierdas el tiempo, solo pregúntale quién es —respondo con un aire despreocupado—. Es por curiosidad, *ragazza*. Parece alguien conocido, todos le estaban haciendo la pelota.

—Sí, además, va de traje —agrega Pam—. Parece como si viniera de un evento importante. ¡Uy, *ragazza*! —me imita con un tono juguetón.

—¿Qué? —le digo exasperada, aunque me esfuerzo por no perder la paciencia. Llevo poco tiempo conociéndola, y no quiero exagerar la reacción.

—¡Ojalá no tenga novia y os enamoréis!

—Pam, ¡vamos al cine y déjate de tonterías!

—¡Oh, sí! Es tarde. ¡Voy al servicio antes! —exclama preocupada y corre al baño deprisa.

Aprovecho el momento de soledad para pensar. Instantáneamente, me vuelvo hacia la ventana, y cruzo los brazos. Muevo la cabeza, intentando deshacerme de esos pensamientos que empiezan a invadirme. Mi mente sigue atrapada en la imagen de ese chico, con su sonrisa

seductora y esos ojos que te quitan el aliento. Aprieto los labios, pensativa y excitada. Jodidamente excitada. El vestido veraniego que llevo se me pega a la piel, y siento cómo el ardor interno me envuelve, asfixiándome.

Mierda.

«¿Es esto normal?», pienso recordando las palabras de Pam: *Ojalá os enamoréis.*

—¿Enamorarme? —bufo.

No tengo tiempo para pensar en nada más, ya que escucho cómo se abre la puerta del baño, y me doy la vuelta justo cuando Pam aparece con una sonrisa en los labios y, curiosamente, muy emocionada.

—¡Ya sé!

—¿Qué? —pregunto, prestando atención al reloj.

—Ya sé cómo se llama. ¡Se lo he preguntado a Mia! —Corre hacia mí con el móvil en la mano, dando saltitos.

Levanto una ceja tratando de controlar mi curiosidad, aunque por dentro, mi corazón late con más fuerza.

—Bram. ¡Es Bram Sander!

Siento cómo todo dentro de mí se congela por un segundo. Mi expresión permanece serena, pero algo cambia.

—Mmmm… ¿y? —murmuro, haciendo una pausa antes de caminar hacia el baño. Necesito una ducha. Una ducha fría. Rápidamente.

—Parece que es el hijo del senador Sander. Lo malo es que... —continúa, pero sus palabras se pierden en la distancia mientras atravieso el umbral del baño.

Me detengo en seco al escuchar su pausa.

—¿Qué?

—Tiene novia.

Ahí está. Las palabras que no quería oír.

—Ajá —respondo apretando los labios—. Bien por él.

Le sonrío con calma, pero cierro la puerta del baño con rapidez. Mi espalda se apoya contra ella, y suspiro, sintiendo que apenas puedo respirar. Esos malditos ojos verdes parecen perseguirme, incluso a través de las paredes.

—Bram... —susurro, como si el nombre me pesara.

Mi respiración se acelera mientras corro hacia el lavabo y abro el grifo con demasiada fuerza. El agua fría salpica mis manos, mi rostro, mi cuello. El reflejo del espejo muestra una versión de mí misma que no reconozco del todo. Mi cabello dorado está revuelto, mis ojos verdes están más brillantes de lo normal, y mis mejillas están encendidas.

«Hasta nuestros ojos encajan a la perfección…»

La misma idea me desconcierta.

¿Por qué me siento así?

Seco mi cara con una toalla rápidamente, intentando calmarme. Maldigo en mi interior. Esto

no es nuevo, lo sé. Pero lo que me está pasando ahora... es diferente.

¿Qué debería hacer?

No hay nada que hacer.

Intento disculparme y animarme por dentro, como un ladrón que roba, pero luego se justifica diciendo que lo hace por necesidad. Intento justificarme, como si esto fuera solo un pequeño tropiezo, pero sé que no es así. Intento lidiar con la sensibilidad inusual que tiene mi cuerpo ante ciertos… estímulos. Sin embargo, es como tratar de librarte de tu propio brazo. No podrías hacerlo, ¿cierto?

Me digo a mí misma que es normal sentirse atraída por alguien, pero una parte sabe que esto va más allá. Es como un lado que no puedo controlar, un lado que es parte de quien soy y de lo que siento. Y no, no estoy hablando de mariposas. No estoy hablando de latidos acelerados de amor en mi pecho, ni de canciones románticas en mi cabeza.

Abro el cajón y saco un pintalabios rojo.

No, no es atracción lo que siento, es algo más fuerte e incontrolable. Es... tentación.

Miro mi reflejo con fijeza mientras retoco el color, apretando más la barra de un rojo sangre en mis labios. Me observo en el espejo, viendo cómo el color toma forma con precisión, igual que todo en mi mente. Todo se aclara.

Y sí, confieso. Yo, Roberta Monticelli, italiana de nacimiento, estudiante en Harvard y fiel admiradora de la moda, confieso que soy adicta.

¿A qué?

Al flirteo. A la danza invisible de las miradas. A ese juego sutil, tan antiguo como la humanidad, donde las miradas son flechas, y el silencio, un campo de batalla. A lo no convencional. A lo imprevisible. A las palabras que te rozan como cuchillas de terciopelo que despiertan tus sentidos.

Soy adicta a la seducción. A esa corriente magnética que fluye entre dos cuerpos sin siquiera tocarse. A todo lo que te hace vibrar y te eleva al cielo.

«Y ya sé quién será mi próxima presa», delibera mi cuerpo, incluso cuando mi mente aún no le ha dado permiso.

CAPÍTULO 2



En el presente…

LIAM

Según algunas fuentes, el misil Ninja no depende de una ojiva explosiva para destruir o matar a su objetivo. Utiliza la velocidad, la precisión y la energía cinética de un misil de 45 kilos disparado desde hasta 20.000 pies de altura y armado con seis palas que se despliegan en los últimos momentos antes del impacto. El misil Ninja es el último intento, hasta el momento, de apuntar con precisión y matar a una sola persona.

«Interesante…», pienso mientras aprieto el acelerador de mi Harley-Davidson, el motor rugiendo como un animal.

El viento caliente del asfalto se mezcla con el sudor que recorre mi nuca, aunque estamos básicamente a finales de septiembre. Hoy el calor es abrasador, como si el verano se negara a despedirse. Para colmo, el tráfico está peor que una procesión de Semana Santa, con embotellamientos cada diez minutos. Apretar el manillar no me sirve de mucho más que para liberar un poco de frustración, pero no es suficiente.

—¡Joder! —maldigo por lo bajo, mordiéndome el labio mientras esquivo otro coche que intenta colarse delante de mí. El sonido del intercomunicador en mi casco me saca de mis pensamientos y, sin soltar el manillar, respondo.

—Liam…

Reconozco esa voz seca de inmediato.

—¡Oh, guerrero! —exclamo, casi aliviado de escuchar a mi amigo después de una semana—. ¿Qué pasa contigo? ¿Te secuestró una francesa en la Costa Azul y no quería soltarte?

—Una no, ¡dos! —gruñe él, en su tono característico, siempre tan neutro que a veces me pregunto si está programado, como los robots.

—¡Ahh, mejor! —le sigo el juego con una carcajada—. Así me reservas una para mí. Y no te preocupes, prometo ser bueno y reservarte alguna chica la próxima vez que viaje a Ibiza.

Oigo a mi amigo bufar al otro lado de la línea, como si estuviera hastiado de mis bromas. No sería mala idea que Brian me acompañara a las islas, aunque acaba de volver de Europa.

—Ajá —ronronea, con ese escepticismo tan típico en él—. A ver si en vez de reservar mujeres te reservas para el trabajo. Te necesito libre estos días, ¿entendido?

Brian es un tipo peculiar. Lo que tiene de profesional y disciplinado lo tiene de soso y borde. Pero como lo conozco, soy yo el que sazona sus borderias con mi humor, a veces un tanto excesivo.

—Pues… tenía planes.

—¡Aplázalos! —ordena con un tono seco que parece cortar el aire.

Pongo los ojos en blanco, y eso es porque sé lo que viene. ¿De verdad voy a tener que cambiar mis planes de esta semana? Odio admitirlo, pero si Brian me necesita, debe ser algo importante. Mi amigo siempre ha tenido esa visión casi apocalíptica del trabajo. *Si llega el Holocausto, hay que seguir trabajando*, solía decirme, y con los años me lo ha grabado a fuego.

Acelero la Harley, llevándola a más de 160 km/h por pura frustración. El potente motor de 121 CV responde con fuerza, pero mi humor sigue por los suelos.

—¿De qué se trata?

—De un viaje a Colombia —carraspea—. Hay nuevos proveedores y eres el más indicado para terminar de cerrar el trato. Casi lo tenemos.

—Perfecto —acepto, resignado, aunque sé que me tendrá que recompensar.

—¿Y las nuevas adquisiciones?

Sonrío de oreja a oreja. Cada vez que hablamos de «mis criaturas de

acero», mi entusiasmo crece. Siento más placer hablando de armas que con cualquier otra cosa.

—En ello estoy, hermano —me río, recordando el podcast—. Hay un nuevo arma que deberíamos comprar, especialmente después de lo que pasó con esos cabrones, hace un mes.

—¿A qué te refieres?

Brian escucha con atención, adoptando ese tono de sabio que tanto me irrita, aunque en el fondo no sea mucho mayor que yo.

—Es un jodido misil, lo llaman *Ninja* —le explico—. Se usó en Siria en 2017 para eliminar a un líder de Al Qaeda.

—¿Y en qué nos beneficiaría? —me pregunta, dándole un sorbo a algo, seguramente whisky. Además, no dudo de que tiene el *iPad* en la mano, como siempre, y no me extrañaría que haya pasado todo el fin de semana trabajando. Yo, por supuesto, no. Todavía tengo resaca y el sabor del tequila de anoche sigue en mi paladar.

—Amigo… —respondo, levantando la barbilla mientras saco un caramelo de menta del bolsillo y me lo meto en la boca— sin explosión, sin destrucción masiva y, lo más importante, sin muertes colaterales.

—Ajam…

Brian permanece en silencio, como siempre que está procesando información. Es calculador y reflexivo, el yin de mi yang. Mientras él analiza cada detalle, yo soy el que entra en acción, sin pensarlo dos veces. Él pone las neuronas; yo, la artillería. Eso, cuando no estamos en fiestas privadas, corriendo en nuestros motores, rumbo a alguna incursión, o despertando en alguna playa perdida. Bueno… yo. Él no. Su vida es demasiado estructurada y rutinaria, sin espacio para el caos, justo lo contrario a mí.

—Estos días estaré muy ocupado —me interrumpe—. Mañana empieza el curso en la universidad y me han nombrado miembro del Consejo.

—¿El consejo directivo de Harvard? —respondo, succionando el caramelo que, para mi desgracia, resulta ser de eucalipto.

¡Mierda, odio el eucalipto!

—Exacto —señala serio—. Estaré muy ocupado. Ah, por cierto, ¿vas a vender el piso de Seaport?

—¡Ni de coña! —le suelto, haciendo una mueca mientras sigo corriendo en mi Harley por la Interestatal 95—. Tú sabes cómo es mi vida. Debo parecer un tipo normal. Si las mujeres supieran quién soy de verdad, saldrían corriendo. Y bueno... —trato de deshacerme del horrible sabor del caramelo— necesito un lugar donde llevarlas, ya sabes...

—¡Qué tío! No cambias, Liam, ¿eh? —me reprende con ese tono cansino.

—¡No seas aguafiestas! —Me atraganto y frunzo el ceño porque el maldito caramelo me está dando angustias—. ¡Tú tienes tu ático en Back Bay! El piso y mi supuesto trabajo de operador de seguridad me ahorran tener que dar explicaciones y me ayudan a… follar tranquilamente. Sin calentamientos de cabeza.

Brian suelta otro bufido.

—No tardes.

Su sentido del humor es tan momificado que a veces pienso que debería estar en un museo. ¿De verdad no le ha hecho gracia?

—Max te está esperando en el aeropuerto —dice con firmeza, cortando mi fantasía de tener unos días libres.

—¿Esperando? ¿Ahora? —grito irritado mientras saco el maldito caramelo de la boca y lo lanzo fuera con un gesto impaciente, seguido de un acelerón mientras intento abrirme paso en el tráfico. Me aguanto las angustias que me está dando el sabor a eucalipto, pensaba que el caramelo era de menta.

—Sí, ahora —dice con un bufido—. Te he dicho que debes viajar a Colombia, tío.

—Pero no imaginaba que hoy. Hoy no puedo.

—¡Diablos! —suelta entre dientes—. Es importante, Liam. ¿Qué problema tienes?

De repente, me encuentro atrapado en un embotellamiento en el puente que cruza el río Charles.

—Tengo una cita con una chica.

—¡Pues te jodes!

Freno en seco y, acto seguido, arqueo una ceja mientras hago un gesto de fastidio con la mano. Ya me habla como si fuera mi padre. Cuando se pone así, prefiero colgar antes de que él lo haga primero, como ocurre casi siempre.

—¡De acuerdo! Me joderé esta vez, pero no me volveré a joder nunca más porque nunca más te cogeré el teléfono, ¿*capisci*?

—Ahora hablas italiano…

—No lo hablo, de hecho, lo odio —balbuceo—. ¿Por qué será que me sale solo cuando hablo contigo?

—Anda, date prisa.

—Lo que tú digas…

Aprieto los labios enfadado y cuelgo. Bien. Le he colgado yo primero.

Pienso.

¡Maldición!

Mis planes se están yendo a la mierda, aunque sé que, en el fondo, tiene razón. Necesitamos cerrar el contrato antes del sábado para tener la mercancía lista para el fin de semana.

Miro las decenas de vehículos tocando la bocina y el ambiente cargado mientras suspiro de nuevo. Podría intentar avanzar con mi *baby Harl*, como llamo a mi motocicleta, pero los coches están tan pegados que no podría colar ni una rueda de mi monstrua. Resignado, me quedo quieto y me cruzo de brazos, atento a la cola de vehículos.

—¡Eh, tú!

De repente, oigo una voz, pero no le doy importancia.

—¡Ehhhhhhhhh! —la voz femenina vuelve a sonar, esta vez más insistente.

Giro la cabeza hacia la derecha y localizo un todoterreno oscuro, a un metro. Cuando termino de darme la vuelta, me encuentro con una rubia asomada por la ventanilla trasera, sujetando un enorme vaso de cartón.

Curiosamente, parece furiosa, ya que me mira con cara de pocos amigos.

—¡Imbécil! —me grita, sin previo aviso.

—¿Es conmigo?

Me apoyo contra mi Harley y la observo sorprendido.

—¡Sí, tú! —insiste la rubia del tráfico, oculta tras unas gafas de sol gigantescas, de una gran marca. Sin más, me lanza el vaso de cartón directamente a la cara.

¿Qué demonios está pasando?

Me quedo bloqueado, limpiando el líquido del cristal de mi casco, empapándome el guante de cuero. ¡Qué maldita broma es esta!

—¿Estás loca o qué? —le grito, aturdido.

—¡Loca tu madre! —me responde, agitando las manos en el aire como una poseída—. ¡Has tirado un maldito caramelo en mi capuchino!

—*Bambina*… —una voz masculina se oye de repente; es el conductor del todoterreno, un hombre mayor.

«Genial… italianos».

—¿De verdad le has tirado el vaso al pobre hombre?

El hombre parece haberse quedado tan atónito como yo.

—Roberta… ¿qué has hecho? —interviene una mujer desde el asiento del copiloto, la cual también lleva unas gafas de sol enormes, como la chica, pareciendo la versión envejecida de aquella chiflada—. ¡Perdón, señor!

Los dos adultos me miran suplicantes desde el coche, mientras yo gruño enfurecido, intentando quitarme el capuchino del pantalón vaquero y la cazadora de cuero. El cristal de mi casco de motero sigue empañado. ¿Será imbécil?

—Perdone a nuestra hija —insisten los padres, casi desesperados.

—¡De perdón nada! —grita la histérica, sin dejar de agitar el brazo en mi dirección, como si quisiera alcanzarme—. ¿Cómo es posible que dejen circular a tipos como tú en la carretera, ehhh?

Intento esquivarla como en una pelea de karate, respirando para

controlarme. Sin embargo, estoy al borde del colapso tras las amenazas de la rubia, que ya está sacándome de quicio; y la paciencia nunca ha sido precisamente mi fuerte.

—¡Vaya! —le grito con sarcasmo, limpiando el líquido con la manga de mi chaqueta mientras intento ver algo a través del cristal empañado—. Disculpe, «señorita», no tengo sus finos modales. Y, perdón que se le diga, pero ha sido un… maldito… —La señalo, inclinándome hacia ella— accidente. ¡Y no es para tanto!

—¿Accidente? —replica refunfuñando.

Con un movimiento ágil, la joven se asoma aún más por la ventanilla, tanto que el escote de su blusa de tirantes, con estampado de tigre, queda peligrosamente expuesto. Mientras ella sigue agitando los brazos, casi como si estuviera en medio de un partido de baloncesto con pompones invisibles, no puedo evitar fijarme en sus tetas.

«Menudos pompones», suspiro mentalmente.

—¿Debería agradecerte por no haberme tirado una colilla, o qué, joder? —continúa la tigresa, mirándome desafiante.

Carraspeo nervioso.

—¡No fumo! —Me encaro, agachándome más sobre ella, a la vez que aprieto el puño en el manillar—. ¡Y controla esa boca, rubia de bote!

—*Piccola...* —el hombre mayor vuelve a intervenir desde el asiento delantero—. Por favor, entra en el coche.

—¡A mí no me llames rubia de bote! —chilla, agitando las manos como si intentara lanzarse sobre mí. Por suerte, el señor sube el cristal de la ventanilla trasera a toda velocidad, evitando que sus manos me alcancen.

¡Por mis endiosados cojones! ¿De dónde ha salido esta tipa? Está claro que no es de este planeta.

—¡Ru-bi-a de bo-te! —repito, sin poder evitar entrar de lleno en su juego.

«Liam, eres un idiota monumental», me riñe una voz en mi cabeza. Sin embargo, algo en mí se niega a parar. Pego el casco a la ventanilla, sonriendo de forma desafiante al ver cómo ella se retuerce dentro del

coche. Incapaz de abrir la ventana, no le queda otra que seguir gesticulando como una maníaca y gritarle algo a los del asiento delantero, quienes parecen desesperados por calmarla.

El tráfico por fin avanza y, con los bocinazos de los coches detrás de nosotros, me veo obligado a separarme de su ventanilla, aunque no sin antes lanzarle una mirada intensa. Pero claro, la rubia de bote no va a quedarse tranquila. Con una sonrisa de pura malicia, levanta el dedo medio, lo pega al cristal y lo sacude de un lado a otro, como si quisiera asegurarse de que me quedara claro que me está mandando a que me follen.

—¡No sé qué haces en ese coche! —voceo desquiciado, y acelero—. ¡Deberías estar en un loquero, o en la jungla!

Ella solo responde con una carcajada, moviendo su dedo con fuerza, y eso me enfurece aún más. Aprieto el acelerador con tanta violencia que siento la vibración recorriéndome todo el cuerpo. El rugido de mi Harley llena el ambiente, y en un segundo, me lanzo hacia adelante, intentando dejar atrás no solo el tráfico, sino también el olor a café, o al jodido capuchino, que ha quedado impregnado en la ropa y que me retuerce las tripas. La adrenalina sigue bombeando mientras me alejo del puente.

—¡Vaya forma de empezar el día! —balbuceo furioso—. Esto es lo que me faltaba. ¡Todo por un maldito caramelo y una pirada con aires de diva!

Tomo una curva cerrada en dirección al aeropuerto, donde me está esperando Max. Aparte de ser el cerebro de todo, también es nuestro contacto más cercano con el submundo de las armas, y en este momento necesito que todo esté alineado para el viaje a Colombia.

Cuando llego a una zona más despejada, desacelero un poco, disfrutando del paisaje. Boston siempre ha sido un buen lugar para esconderse a plena vista. Los rascacielos del centro se alzan en la distancia, y las pequeñas embarcaciones en el río Charles parecen flotar como diminutas manchas blancas. Pero no tengo tiempo para detenerme a admirar la vista.

En cuanto llego al aparcamiento del hangar privado que tenemos, cerca del aeropuerto, veo a Max esperándome con su habitual expresión fría.

Siempre impecablemente vestido con su traje negro, su reluciente calva y sus oscuros gafas de sol, que se quita de momento, mostrándome respeto. Lo cierto es que parece más un agente del gobierno que alguien de nuestro mundo, pero justo ahí está la ironía: Max es uno de los tipos más discretos y eficientes que puede haber. Es el mejor rastreador y el mejor negociador en el mercado de las armas, solo que prefiere mantener un perfil bajo, como si estuviera trabajando en Wall Street en lugar de mover todo un sistema de cargamentos y alta tecnología.

—Vaya, Max —le saludo mientras me bajo del motor—. Siempre tan elegante. ¿No te está sudando la calva en un día tan caluroso?

Él ni siquiera pestañea, y agacha la cabeza, respetando el decálogo a pie de la letra. Su respuesta es seca, como siempre.

—El calor no me afecta, mi dios. Pero parece que usted sí ha tenido un día agitado —dice, señalando una gran mancha en mi vaquero.

—Un pequeño malentendido con una tigresa en el puente. Nada que no pueda manejar, tengo mis armas, ya sabes —me río y le guiño un ojo, aunque no lo vea.

—No me cabe duda. Su simpatía es su mayor arma, mi dios —responde sin preámbulos—. Está todo listo para el viaje a Colombia. Tenemos un jet listo. También he reservado un hotel en Medellín y ya he hablado con los contactos allí. Quieren reunirse con usted en cuanto llegue.

—Perfecto —asiento, aunque mi mente ya está proyectándose hacia la operación. Siempre es lo mismo: evaluar el terreno, negociar, y asegurarse de que la transacción salga limpia. Pero en Colombia, nada es tan sencillo —. ¿Alguna novedad con el cargamento?

Max me entrega una Tablet. Echo un vistazo rápido: fotos, especificaciones, datos técnicos. Todo lo que necesito saber sobre los nuevos proveedores y sus productos.

—Son más grandes de lo que pensábamos —dice en tono bajo—. Han expandido sus operaciones y están moviendo material pesado. Parece que están buscando clientes fuera del mercado.

Levanto una ceja. «Material pesado» nunca es un buen término cuando

hablamos de armas en el mercado negro. Pero también puede ser una oportunidad.

—¿Qué tan fiables son? —pregunto, mientras sigo revisando las fotos de las armas.

—De lo mejor en cuanto a calidad.

Guardo la Tablet bajo el brazo.

—Ya me han informado de que el trato está casi cerrado —comento.

—Y así es. Llévese esto.

Antes de despedirme, Max me entrega un maletín pequeño.

—¿Qué es?

—El último modelo de visor térmico. Puede ayudarle si las cosas se complican —aclara con su tono neutral, como si estuviera hablando de cualquier otro accesorio común.

Escaneo el pequeño dispositivo óptico, una S33, el cual presiento que me será muy útil. Y como siempre, Max está pendiente de todo.

—Gracias, ¿qué haría sin ti? Sin duda, sería un hombre muerto, Maxi.

—Sobreviviría, sin duda —habla con la misma voz helada mirando el suelo—. Los dioses no conocen la muerte.

—*Ζεύς σε φυλάττοι* —expreso con una carcajada. Después, subo a la moto con la intención de irme, pero de momento me detengo, antes de colocarme el casco.

—Una cosa más… —Lo miro fijamente mientras aprieto el casco en mis manos.

—Dígame.

—¿Y si avisas a cierta morena con unas curvas de infarto que el señor Welson estará en ocho horas en Medellín?

—¿Está hablando de la señorita Camila?

—Ajam… —respondo pensativo—. También dile que la invito a cenar y que ese conjunto que se puso la otra vez me chifla. No sería mala idea que lo llevara puesto de nuevo.

Me froto el labio inferior con el dedo menique, apoyando un codo en el manillar.

—¿El conjunto de universitaria, mi dios?

—Ajam —digo—. Y sé disimulado.

—¿Usted piensa que, a esta altura, la señorita Camila no se ha dado cuenta de su fetichismo de colegialas?

—No lo creo… —Frunzo los labios fingiendo inocencia—. Soy tan bueno haciendo el tonto, que hasta los genios me piden consejos.

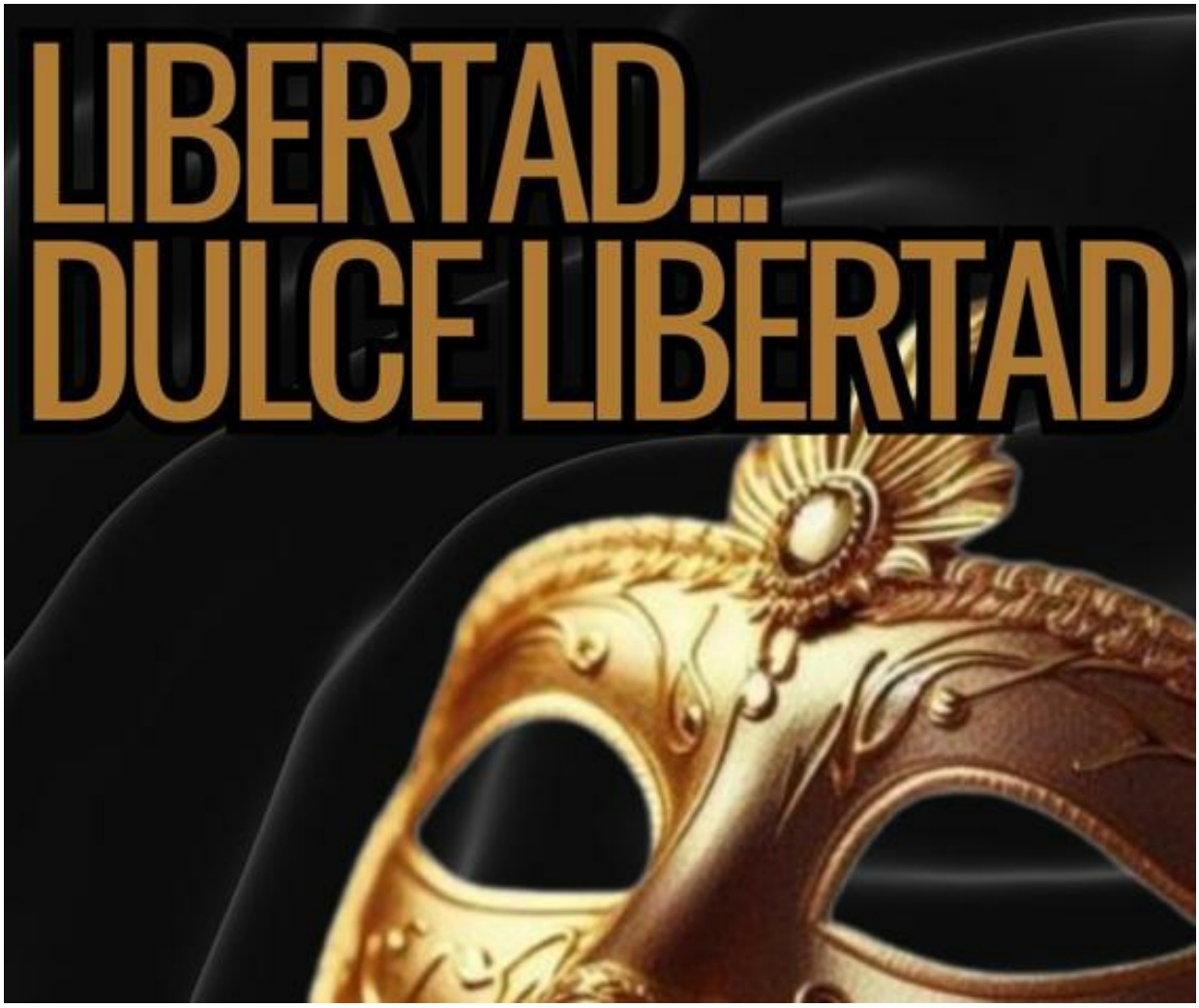
—Yo solo espero que nuestro dios Ares no le pida explicaciones. Este viaje no es de placer, debo recordarle.

—Ares tiene bastante con lo suyo. —Sonrío—. Será nuestro pequeño secreto, ¿okay?

Le guiño un ojo y me coloco el casco con una carcajada. Pese a todo, acelero entusiasmado. No importa cuántos viajes haya hecho, siempre disfruto con esa mezcla de excitación y peligro que me mantiene en alerta.

¡Colombia, allá vamos!

CAPÍTULO 3



BERTA

—¡*Bambina!*

Mi padre grita nervioso, pero yo estoy de morros. Cuando me enfado, mi capacidad de razonar desaparece, así que decido colocarme una cremallera imaginaria en la boca y meditar en silencio. El motero ha salido pitando como un cohete y, aunque no haya logrado ver su rostro al completo, me he dado cuenta de que sus ojos eran claros y sus pómulos estaban arqueados, como si estuviera sonriendo.

Ojos claros.

Me abrazo a mí misma, incapaz de deshacerme de la imagen de esos ojos verdes que traspasaban la pantalla del móvil de Pam. No he vuelto a saber nada de ella ni de él desde hace casi un mes; desde que Pam me visitó a mi casa, en Staten Island. Al parecer, mi amiga se fue de viaje con su familia, pero prometió que me escribiría en cuanto pudiera para darme más detalles.

—¡Oh, *mio dio*! —exclama de repente mi madre, mirando hacia atrás—. ¡Roberta! ¿Qué diantres habrá pensado ese hombre?

«Ya empezamos».

Suelto un suspiro y miro a mis padres, encogiéndome de hombros.

—¡Le has vaciado la bebida en la cara!

—¿Y? —respondo con desdén—. ¡*Mamma*, casi me trago su puto caramelo!

—¿Y tú qué hacías con el vaso fuera? —cuestiona el patriarca, mirando hacia el asiento de atrás.

—Sabes que me encanta sacar la cabeza por la ventana, papá —comento cabreada—. Solo quería enfriar el va…

—¡Lo sé, *piccola*, lo sé! Pero aun así.

—¡Parad ya! —gruño, sintiéndome como una adolescente en medio de un drama familiar.

—Hemos llegado.

—Menos mal… —murmuro en voz baja mientras me bajo del automóvil, sumamente irritada.

Mi padre acaba de aparcar en la Calle Stanford, donde se encuentra el campus universitario de Harvard; el sitio donde he estado viviendo durante el último año.

—¿Seguro que no quieres ir a vivir con la tía Chiara? —me pregunta mi madre una vez que cierro la puerta del todoterreno.

—¡Nooo! —exclamo, soltando un suspiro que dice más de lo que me gustaría—. Antes

muerta que ir a vivir con la tía Chiara. No os preocupéis, ¿vale? —Les doy un abrazo brusco—. No podría dejar que Lyn pague sola la habitación.

Asienten y comenzamos a cargar las infinitas maletas que he traído de Staten. Mientras avanzamos hacia la pequeña habitación de la residencia, arrastrando las maletas con esfuerzo, nos encontramos con algunos de mis compañeros de la universidad y de la residencia.

—¡Kim! —Abrazo a una amiga de la Facultad de Bellas Artes.

—¡Berta! —exclama ella—. ¡Qué bien que estás aquí! ¡Echábamos de menos tus bromas! El curso pasado lo pasamos genial.

—¿Sabes que al final me hice un tatuaje y te hice caso? —grita otro compañero que acaba de abrir la puerta de su habitación—. Mis padres me liaron una…

—¡Eso os pasa cuando os juntáis con una italiana! —les digo, dando unas cuantas volteretas en medio del pasillo, feliz de la vida y echándome flores.

Oigo las risas desenfrenadas de todos, que asoman la cabeza por la puerta para saludarme y abrazarme. Y sí, me siento realmente emocionada de estar de vuelta a Harvard, pero no tanto por la facultad, sino por la compañía.

—¡Kim! —le grito a la pelirroja—. ¿Lyn ha llegado?

—¡No! —me responde—. Ya sabes que es una tardona.

Me río.

—¿Y Rebe?

—¡Está en el *Blue*! —brama esta vez Rick a lo lejos—. Seguro que a estas horas ya se ha tomado más de un chupito.

—¿Chupitos? —replico, levantando una ceja—. ¿Y quién va a ser el valiente que la despierte mañana, el primer día de clase?

—Eso es fácil, ¡tú! —chilla Kim con una sonrisa burlona—. Siempre has sido la más madrugadora.

Me sale una risa sonora, pues sé que es mentira. Es Lyn la que siempre me despierta.

—¡Ay, no! —respondo con una mueca de horror—. ¿Acaso me habéis visto cara de despertador? ¡Dejadme vivir!

Mientras seguimos caminando, mi mente divaga. Recuerdo lo que significa estar de vuelta en este lugar, la emoción de los reencuentros, el aroma del café que siempre flota en el aire, y el zumbido de las voces que se oyen en los pasillos de la residencia de estudiantes.

Finalmente, llegamos a la habitación. Las paredes están pintadas de un tono suave, y el ambiente tiene un aire acogedor que me recuerda por qué elegí este lugar. Me detengo un momento en la puerta, sintiéndome emocionada.

—Estaré bien, de verdad. —Vuelvo a abrazar a mis padres cuando estos se me quedan mirando con tristeza, como si no quisieran irse. Los italianos somos cariñosos en general, pero mis padres están en el nivel avanzado. Son más asfixiantes que el calor en el Sahara.

—Y estudiarás —subraya mi madre.

—Y estudiaré…

Veo que desaparecen por el pasillo, tras mandarme unos cuantos besos a la distancia y

mantener esas miradas escépticas. Pero ya estoy acostumbrada de que no confíen en mí.

—¡Llamadme cuando lleguéis!

Una vez dentro, empiezo a desempacar mis cosas, escuchando las risas de mis amigos, que resuenan en el pasillo. Miro por la ventana y veo la inmensidad del campus, los árboles balanceándose suavemente con la brisa, y una sensación de determinación me invade. Este año será diferente; este año será el mejor.

Cierro la puerta de nuestro pequeño apartamento del campus, y me tiro a la cama, extasiada.

«Libertad, dulce libertad».

Me estiro lentamente y sonrío, aunque sigo detestando con todas mis fuerzas el inicio de curso. Después, me doy la vuelta y me pongo bocabajo, abriendo el Instagram.

Tecleo en el buscador *@bram_snakes* —su usuario—, el cual está acompañado de un icono con dos serpientes entrelazadas. Por enésima vez en el último mes, repaso sus fotos, y tengo que admitir que me las sé de memoria: cada imagen, cada lugar, con quién estaba y la fecha en que se tomó. Me apoyo en un codo y me concentro en la última foto que ha subido.

La imagen lo muestra en una playa paradisíaca en Tailandia, rodeado de amigos y amigas. El bombón lleva un bañador que se ajusta a sus caderas y a sus muslos tonificados por el gimnasio. Su espalda ancha y el tatuaje de letras raras que le cubre el hombro me provocan el mismo efecto de siempre, como durante todo este último mes. El cuerpo es sabio, y responde a los estímulos del entorno.

¡Y qué entorno!

Los músculos bien marcados de su espalda hacen que mis pezones se pongan duros al instante. Enseguida me llevo una uña a la boca, mordiéndola distraídamente mientras paso a otra foto. En ella, él aprieta su mano tatuada con varias serpientes en los nudillos, contra su mentón. Su boca es perfecta, y sus ojos, resaltados por el bronceado de su piel, le dan un aire más misterioso aún.

—¡Holaaaaaaaaa!

Cierro el perfil de Bram cuando oigo un saludo lleno de entusiasmo y lanzo el móvil a un metro de distancia. Me giro rápidamente y veo a mi amiga y compañera de habitación en el umbral de la puerta, con los brazos abiertos de par en par.

—*¡Ragazza!* —le grito, emocionada.

—¡Bert!

Ella corre hacia la cama y se lanza sobre mí, fundiéndonos en un abrazo cargado de cariño.

—Oh, Lyn… —murmuro disfrutando del aroma a coco que siempre desprende su cabello, que hoy lleva recogido en una coleta.

—¿Qué tal?

—Bien, pero falta lo peor —Señalo nuestras maletas con una sonrisa—. ¿Y tus padres?

—Solo vino mi padre. Mi madre no se encuentra muy bien, así que se ha quedado en casa.

¡Oh, claro! Lo recuerdo. Hace unos meses, la madre de Lyn sufrió un preinfarto.

—Lo siento.

—No te preocupes. —Me guiña un ojo—. Está mejorando. ¿Qué tal tu verano, Bert?

—Pues…

Empezamos a colocar nuestras cosas en los armarios. La habitación en la residencia no es ni grande ni lujosa: un cuarto mediano con dos camas individuales, mesitas de noche, un pequeño sofá, una mesa, y dos armarios empotrados. En una esquina hay una cocina diminuta, con lo básico, y a la derecha, un baño sencillo.

Mientras organizamos nuestras pertenencias, la emoción de volver a la universidad se apodera de nosotras. Yo, más que ella, no he dejado de hablar ni un segundo, ya que llevábamos más de un mes sin vernos. Después de casi hora y media de charla ininterrumpida, nos acomodamos en la cama, mirando la pantalla del pequeño televisor mientras intentamos disfrutar de una película de Netflix. Se llama *Tácticas en el amor*, y, sinceramente, no es mi estilo, pero lo hago por pasar un rato con Lyn.

—Estoy segura de que se enamorarán —dice ella, emocionada, mientras sus ojos no se despegan de la pantalla.

Pongo los ojos en blanco. ¿Cómo es posible que las películas románticas siempre me saquen de quicio?

—¡No! —respondo, algo irritada, y le lanzo unas palomitas—. Estos dos solo necesitan un buen polvo, ¿no ves que están a un paso de irse a la cama?

—¡Pues yo creo lo contrario! —replica Lyn, haciendo un puchero—. Un beso lo arreglaría todo.

¿Acaba de decir eso en serio?

—Lyn, ¡olvídate de los besos! —grito, exasperada—. El sexo mueve el mundo, igual que el dinero —le explico, sonriente.

Me mira con una ceja levantada, como si acabara de soltar el comentario más disparatado del planeta.

—¡Berta, no me fastidies! —me responde, y me lanza unas palomitas con fuerza.

—¡Ay!

Agranda sus ojos celestes, que me recuerdan a los del motero que he visto en la mañana, tras quedarnos atascados en el tráfico.

—¡Y no te quejes! —continúa, en tono severo, aunque sé que no mataría ni a una mosca—. Deberías dar gracias de que no te tire la Coca Cola. ¿Desde cuándo te has vuelto tan insensible, Bert?

¡Lo que me faltaba! Lyn sigue comportándose como la Virgen María, aunque no es nada raro. Lyn es virgen. Lo es, de verdad. Muy, muy, virgen.

—Desde que experimenté la cosa tan maravillosa que les cuelga a los hombres entre las piernas. —Arrugo la frente y sonrío maliciosa.

—¿Qué estás diciendo?

—¡Nada! —sigo—. Y desde que comprendí que a los chicos no les van demasiado las chicas cursis.

—¿Insinúas que soy cursi? —pregunta molesta y coge su vaso de Coca Cola con intención amenazante.

Suelto otra carcajada, sorprendida por lo que «la Virgen María, Purísima» ha estado a punto

de hacer.

—Bueno... ¡cursi cursi, no! —digo rápidamente, intentando suavizar el golpe bajo—. Pero sí, rozas un poco la línea de ser una pava: de las que van a la iglesia todos los domingos esperando encontrar a su hombre perfecto, ya sabes.

—¡Basta ya! —vocea frustrada—. Si sigues así, no te daré mis apuntes de Marketing.

¡Genial! Yo también estaría frustrada si estuviera a punto de cumplir veinte años y aún fuera virgen, pero no me vengaría de mi amiga de manera tan despiadada.

—¡Noooo! ¡Eso no, Lyn! —bramo verdaderamente «asustada» mientras su rostro dibuja una sonrisa diabólica—. ¡Te estás aprovechando de que los estudios sean mi punto débil, eh!

—¡Entonces para!

—Vale, voy a parar —reculo—. Pero que sepas que lo estoy diciendo para ayudarte.

—¿Diciéndome que soy cursi?

Se hace la ofendida.

—Ya en serio… —empiezo con mis charlas sobre el mundo y los hombres—. Debes probarlo, ¡ya está bien! Te falta poco para cumplir los veinte.

—¿Qué narices le pasa a todo el mundo? —pregunta, con su mirada fija en mí mientras agita las manos—. Hoy en día parece que ser virgen es peor que tener la peste.

—¡Y lo es! —afirmo sin dudarlo ni un segundo—. ¡Cariño, no sabes lo que te pierdes! ¿Y si te mueres mañana?

Me acerco y le hablo en un tono suave, un contraste total con mi actitud hacia el idiota que decidió tirar su caramelo en mi vaso. ¿Por qué sigo dándole vueltas a lo que ha pasado en la Interestatal?

—¡No seas tan dramática!

—¿Dramática yo?

Me señalo a mí misma con un gesto inocente, aunque ambas sabemos que de inocente no tengo nada. Ella se queda pensativa por unos segundos, y luego mira la hora en su móvil.

—Bert, vamos a dormir, mañana tenemos clase temprano. Es el primer día.

—Buaaah… ni me lo recuerdes —me quejo—. ¡Joder, qué pocas ganas tengo! Aún no sé en qué momento se me ocurrió meterme en la universidad.

Ella apaga la televisión mientras yo sigo protestando.

—Mañana terminamos de ver la peli, ¿vale?

—Sí —respondo desganada—. ¿Qué clase tenemos a primera?

—No estoy segura, creo que... —Mira el horario en su móvil— Finanzas.

—¡¿Finanzas?! —exclamo, sintiendo como si un trueno me partiera la cabeza en dos. Doy un brinco inesperado en la cama, y ella se sobresalta—. Lyn, ¿sabías que el señor Pembroke ya no nos dará clase este curso?

—¿Por qué? —pregunta, interesada, mientras ajusta la alarma en su móvil.

—Porque se ha prejubilado. Y, aunque le tenga mucho cariño a Pembroke, no me quejo del cambio. —Sonrío maliciosamente, recordando lo que me contaron Pam y Rebe sobre el nuevo

profesor.

—¿A qué te refieres? —pregunta Lyn, tumbándose en la cama y mirándome con curiosidad.

—¡No es posible que no lo sepas! —exclamo demasiado alto mientras me tiro bocabajo sobre la cama—. ¿De verdad no lo sabes?

Ya lo tengo más claro que el agua: Lyn vive en otro mundo.

—¿Qué? —pregunta, impaciente.

—¡Que ahora nos dará clase ni más ni menos que el profesor Brian Alexander Woods! —le informo, pronunciando su nombre con una sonrisa traviesa que no puedo contener.

—¿Y quién narices es?

—¡Lyn! —grito, sorprendida—. ¡Es el tipo más *hot* que he visto en mi vida! —Me giro de lado, apoyándome en un codo, mientras visualizo a ese hombre moreno, vestido de traje, siempre cargando su maletín—. ¡Dios, Lyn! El profesor Woods es...

—¡Bert! —me interrumpe—. ¡No! Mejor no me digas nada —bosteza—. Mira la hora que es, y sé que, si sigues, me contarás la vida entera de ese profesor.

Frunzo el ceño, sabiendo que tiene razón, así que decido cortar la conversación rápido para leer un mensaje que acabo de recibir de Pam.

—¡Qué sosa! —suelto molesta, girando hacia la pared.

—Buenas noches, loca.

—Buenas noches, santurrona —murmuro, revisando el texto sin que Lyn se dé cuenta. Sé que ella jamás aprobaría que me fijara en un chico con novia.

Empiezo a leer el mensaje en silencio.

—Me alegra que estamos de vuelta —añade Lyn más tierna que un cabrito.

—Yo también, cariño… —Le devuelvo la mirada con afecto. Enseguida me doy la vuelta, me acomodo la almohada debajo y, finalmente, leo el mensaje de Pam, sacudida por una gran curiosidad.

Hola, cielo —dice**—, llegué hace dos días de París y estoy exhausta. Tengo novedades: ¡Bram estará en la fiesta de los Omega! Por cierto, su novia es una morena de tetas grandes que sale con él en todas las fotos. Se llama Noa. Es muy guapa sí, pero parece que a él no le importa. Hay rumores de que le está poniendo los cuernos.**

Releo el mensaje al menos tres veces.

«Noa… ».

¡Mierda! Cierro los ojos y aprieto los dientes tras visualizar a esa chica junto a Bram. Pamela tiene razón, sale con él en todas las malditas fotos y es guapísima.

No puedo negar, me fascina cuando alguien que me interesa también me presta atención, pero mi orgullo supera cualquier deseo, por más grande que éste sea. Jamás le mostraría a un hombre lo mucho que me importa, aunque sea la persona más abierta y liberal del mundo. En la familia Monticelli, el orgullo es nuestro estandarte: somos calculadores, sagaces, y, por encima de todo, sabemos mantener la cabeza alta sin importar lo que pase. Siempre ha sido así; y si he acabado en la cama con alguien, ha sido porque ellos me han buscado, no al revés. Y con él no será distinto. No, no necesito acercarme. Solamente prepararé la trampa y esperaré a que el ratón venga por su queso. Y cuando eso ocurra... ¡clack!

«Bram será mío… completamente mío», me prometo.

Será mío hasta que decida soltarle.

Suspiro con una sonrisa en los labios y dejo el móvil a un lado, evaluando los objetivos de este curso: aprobar todas las asignaturas, aunque me cueste la misma vida, participar en el concurso de Vogue estas Navidades y, por último, pero quizá lo más emocionante, atrapar a cierto... ratón.

CAPÍTULO 4



BERTA

Oh, bebé, venga, déjame conocerte (…)

La canción *Be the One*, de Dua Lipa marca el ritmo de mis pasos mientras avanzo con determinación sobre la larga pasarela, adornada con una rica variedad de flores artificiales, gran parte de ellas de color oscuro. El color de las flores encaja a la perfección con la temática del desfile de hoy, «En blanco y negro».

Llevo una ajustada falda lápiz y una chaqueta que combinan perfectamente, junto con el amplio sombrero que corona mi cabeza. Hasta el maquillaje sigue la misma paleta cromática: sombras oscuras en mis ojos y un pintalabios ligeramente gótico, en tonos negros con un brillo sutil. Estoy fascinada con el resultado final, y con las modelos que desfilan esta noche. Todas las piezas comparten un elemento común: la mitad de la prenda es negra y la otra mitad blanca, incluido mi propio conjunto.

Me felicito internamente mientras camino con paso firme, consciente de que el momento culminante ha llegado.

—Señoras y señores... —La potente voz del presentador retumba en los altavoces—, les presento a Roberta Monticelli, la creadora de esta extraordinaria colección de invierno, que ha dejado en jaque mate nuestros sentidos esta noche. ¡Un gran aplauso!

Al llegar al final de la pasarela, poso con confianza, cambiando de un pie al otro sobre mis altos *stilettos*, con las manos firmemente apoyadas en las caderas, y ofreciendo una gran sonrisa a la audiencia. Deslizo la mirada por la elegante sala, intentando captar la atención de todos los invitados, en su mayoría caras conocidas de la prensa, que no paran de disparar sus flashes.

Pero, en realidad, mi mirada lo busca a él. Aunque no lo vea, sé que está en algún rincón, observándome desde las sombras. Mis ojos recorren la sala mientras, en el techo, aparece proyectada una imagen de dos piezas de ajedrez: el rey y la reina. La dualidad del blanco y negro ilumina la sala, hasta entonces sumida en la penumbra.

Con orgullo, empiezo a bajar por unas pequeñas escaleras, seguida por una hilera de modelos, mientras el sonido de los aplausos llena la sala. Al llegar al suelo, nos esperan varias personas con botellas de champán. Agitan el champán en el aire, y nos abrazamos y reímos, desbordados por la emoción del éxito. Observo mis creaciones con orgullo, pero a la vez pienso que necesito quitarme los zapatos.

Finalmente, abro la puerta del camerino que me han asignado y pulso el interruptor de la luz, pero no ocurre nada y eso es extraño. Intento llegar a la ventana para abrirla, ya que unos hilos de luz se filtran a través de la persiana. De repente, los focos que rodean el espejo de mi tocador se encienden de golpe.

Me quedo atónita, al girarme. Ahí está él, de pie, junto al tocador, y a escasos centímetros de mí. Mis músculos se tensan, completamente paralizados, cuando lo reconozco. Está ahí, frente a

mí, en mi jodido camerino.

Permanecemos en silencio, recorriendo con la mirada la silueta del otro en la penumbra, iluminados solo por los focos del tocador. Lleva el mismo traje oscuro, la misma camisa blanca que acentúa su piel casi cadavérica, como si fuera un vampiro salido de la noche. Incluso su apariencia parece adaptarse a la temática de la velada, y su aspecto sombrío encaja con el ambiente.

Se lleva un fino puro a los labios y exhala una bocanada de humo en forma de círculo.

—¿Pensabas celebrar sin mí? —dice, con una sonrisa ladeada.

Me quedo sin palabras, alzando una ceja mientras lanzo el sombrero a un lado, sin apartar mi vista de él.

—Ven... —me ordena, gesticulando con un movimiento lento y provocador, mientras coloca una botella de champán sobre el tocador.

—Esto... —murmuro hipnotizada—. Esto no es real.

Siento la garganta seca.

—Eres tú la única que decide lo que es real... —responde, llevándose el puro a los labios nuevamente— y lo que no.

El humo se desvanece en el aire, añadiendo un toque fantasmal a la escena. Da un paso hacia mí, haciendo que todo mi cuerpo tiemble. Levanta su mano y roza mi mejilla con el dorso, permitiéndome ver de cerca el tatuaje en sus nudillos y sus intensos ojos. No entiendo nada. Es un sueño, pero se siente tan increíblemente real. Su toque me quema, al igual que su aliento que roza mi piel como una brasa ardiente. Es como si este hombre hubiese emergido directamente del infierno.

—¡Celebrémoslo!

—¿De qué manera?

Unos latidos frenéticos se apoderan de mi vientre. Lo tengo frente a mí y, ya sea un sueño o la pura realidad, no hay marcha atrás. Esto es lo que he estado deseando durante un mes. Su seductora voz me envuelve, haciendo que me pierda por completo.

Sus labios se curvan en una sonrisa perversa, mientras su mano desciende a mi cintura y se cuela bajo la tela de mi blusa semitransparente. Ya estaba húmeda desde que lo he visto encender el puro, un gesto inusual para un chico tan joven, probablemente no mayor de veinticinco, pero parece formar parte de su extraña esencia. O al menos de la idea que tengo de él en mi cabeza.

Él no duda ni perdona. Lo noto en su mirada, en la forma en que todo en él emana peligro y erotismo. Su mano recorre la línea de mi espalda hasta llegar a mi nuca, donde agarra un puñado de mi cabello con sutileza. Su aliento ardiente acaricia mi cuello mientras se inclina y deja su boca a escasos milímetros de mi piel.

—¿Qué te parece esto? —pregunta, y un mordisco severo en mi cuello me deja sin aliento—. ¿Y esto...? —Su lengua húmeda se desliza desde mi cuello hasta mi mentón.

Gimo descontrolada cuando él aprieta los mechones de cabello con más fuerza, sentenciándome.

—Y esto... —ronronea, con voz áspera, mientras su otra mano se escurre bajo mi falda, sin titubeos.

—¿Es esto lo mejor que tienes? —Lo desafío con la mirada.

Él se ríe. Una risa oscura y embriagadora que me sacude.

—Lo sabía… sabía que eras como yo.

Su voz me invade como un veneno dulce.

—¿Y cómo eres tú?

—Sin límites... —susurra en mi oído antes de agarrarme el trasero con ambas manos, levantándome con un movimiento brusco y sentándome sobre el tocador—. Ni reglas.

Mi espalda golpea el espejo, y siento cómo sus dedos se clavan en mis muslos al abrirme las piernas de golpe. Se abalanza sobre mí de un modo animalesco, devorando mi boca en un beso desesperado, mientras sus caderas se estrellan contra las mías.

—¿Qué quieres?

—Tu alma.

¡Ohhh! Mi respiración se acelera y mi piel arde. Tiemblo, encadenada por un profundo deseo y rodeo su cuello con los brazos. Definitivamente, soy incapaz de contener el temblor que provoca el roce de su pantalón contra la tela empapada de mis bragas.

—¡Bert! —una voz distante interrumpe el frenético latir de mi corazón, desvaneciendo la magia en un instante.

Los aplausos resuenan en mi cabeza, entremezclados con la sensación de sus dedos clavados en mi piel, con su calor, su olor, su cuerpo envolviéndome. Sus manos aferradas a mi cintura, su respiración agitada en mi oído…

—¡Beeeeert! —la voz suena insiste, cada vez más nítida—. ¡Se te van a enfriar las tostadas!

Despierto poco a poco, mi realidad desmoronándose. Es Lyn, llamándome desde la cocina. ¡Y qué jodido momento para despertarme! Mi boca está seca, como si hubiera cruzado un desierto. Me paso los nudillos por los párpados y la observo.

—¿Qué...?

Intento controlar mi respiración.

¡Qué maldito sueño húmedo!

Mi amiga se inclina sobre mí, con una sonrisa de oreja a oreja. La santurrona tiene algo especial, y eso es que cuando sonríe parece que un halo de luz brillante surge de repente sobre su rostro.

—Es la hora.

Me froto los ojos cuando ella intenta sacarme de la cama.

—Uffff... Es demasiado temprano, solo unos minutos más —respondo con voz pastosa, estirando la mano hacia el despertador en la mesita de noche. Le doy un manotazo torpe, casi tirándolo al suelo. Murmuro algo incomprensible y mis párpados se cierran de nuevo, hundiéndome en la almohada.

—¿Cómo que temprano? ¡Es la enésima vez que te llamo! —La voz aguda de Lyn corta el aire y me despierta de golpe.

Escucho un «joder» lejano mientras Lyn se aleja de la cama, y sé que no tengo opción. Si llego tarde, se pondrá insoportable. Aunque, sinceramente, por mucho que lo intentemos, la

puntualidad nunca se nos ha dado bien.

—Está bien, ¡tú ganas!

Me arrastro hacia la cocina, bostezando sin parar y me dejo caer en una silla, aún medio dormida. El sueño de anoche sigue rondando en mi cabeza, latente, como si fuera más que una simple fantasía.

¿Y si es una señal? ¿Y si ese diseño es la clave para ganar el concurso de Vogue en Navidad? ¿Y qué pintaba él en mi sueño? ¿Por qué soy tan obsesiva?

Muevo la cucharilla en mi taza de café, absorta en mis pensamientos, hasta que algo llama mi atención.

—¡Dios mío, Lyn! ¡Ya estás vestida!

—¿Qué esperabas? ¿Que me quedara en pijama hasta el fin del mundo? —me responde con ese tono brusco que le sale cuando está nerviosa. Definitivamente, esta chica necesita un buen polvo.

—Tardamos menos de cinco minutos en llegar a la universidad... ¡está justo enfrente! —resoplo, dándole un mordisco a la tostada que ha preparado para mí. Ella siempre se encarga del desayuno, y yo, por lo general, le devuelvo el favor con la cena.

Bueno, muy en general.

—¡Date prisa, por favor! Aún tienes que vestirte —manda.

Mientras ella sigue hablando, la escaneo de arriba a abajo.

—¡Vaya, te ves increíble! —señalo con una sonrisa de aprobación—. Me recuerdas a mi sueño de anoche.

Lyn lleva un vestido negro ajustado de manga corta, sencillo pero elegante, con un cuello redondo. Parece más una camiseta larga que un vestido, pero le queda perfecto.

—¿Qué sueño?

—*Ragazza*... —hablo animada, al recordar los detalles del sueño—. ¡Creo que lo tengo!

—¿El qué? —me pregunta, intrigada, dándole un sorbo a su café.

—¡La temática para el concurso de moda!

—¡Ohhh, eso es genial, Bert! —Aplaude suavemente—. Y hablando de ropa... —Me mira suspicaz—. ¿Tienes ya la ropa preparada?

—*¡Cazzo!* —exclamo, abriendo los ojos como platos.

Lyn suelta un bufido violento y mira el techo mientras yo me rasco la cabeza. Luego frunce la nariz, un gesto típico de ella cuando intenta contenerse. Sin duda, está a punto de mandarme a la mierda, y no sin razón.

Corro a mi habitación, ya algo más espabilada, y rebusco en mi armario hasta encontrar una falda vaquera de *Old Navy* —perfecta para estrenar el curso— y una camiseta negra de lycra, con una cremallera metálica. Cojo mi bolso y mis gafas de sol al vuelo y, por último, me paso un brillo rosa por los labios.

—¡Pareces una leona! Ojalá tuviera tu melena —comento, más despierta, y le doy una palmada juguetona en el trasero.

El pelo rizado y salvaje de Lyn siempre me ha fascinado; es mucho más interesante que el

mío, que queda liso pase lo que pase. Nos reímos y después saludando con la mano a unos compañeros que vemos a lo lejos.

Mientras cruzamos la calle Stanford, recuerdo que a primera hora tenemos Finanzas.

—Por cierto, ¡ya me dirás qué te parece el profesor Woods! —le digo, acercando mi hombro al suyo.

—¡Oh, Bert! Cuando se te mete algo en la cabeza, no hay quien te pare.

—¿Qué? —río, fingiendo inocencia—. No me digas que no tienes curiosidad, «Santa Lyn».

—¡Bert! —Chasquea la lengua, pero sé que le interesa; solo está fingiendo indiferencia.

Puedo ver la sutil sonrisa que lucha por aparecer en su rostro, y cómo evita mirarme.

—¡Lo sabía! —aplaudo emocionada, pero mi atención se desvía de inmediato hacia un chico que está de pie en la entrada de la facultad.

«¡Hostia!», pienso, conteniendo un bufido. Aunque lo intuía, no puedo evitar sentirme fastidiada. Y eso es porque allí está Tim, sujetando una carpeta de cuero contra su pecho. Cuando me ve, se quita unas gafas de sol que no le quedan para nada bien y, me lanza un guiño que solo empeora la situación.

—¡Genial! —Pongo los ojos en blanco—. Estuvo detrás de mí todo el verano, y sabía que me esperaría en la puerta.

—¿Ese chico que te gustaba?

—Sí, ese mismo. Pero ya no me gusta.

—¿Y por qué?

—Es un pedante.

—Entonces, ¿por qué te liaste con él?

—Por diversión, *ragazza* —contesto, masticando mi chicle de fresa matutino mientras enrosco un mechón de cabello alrededor de mi dedo—. Tim ya no es mi objetivo. De hecho...

Dejo la frase en el aire, sin terminarla, porque algo ha captado por completo mi atención en los aparcamientos. Es como si los astros estuvieran alineando a mi favor. Mi corazón da un vuelco al escuchar el rugido de un motor potente, y entonces lo veo. Aunque solo puedo ver su espalda, no hay duda: es él.

Bram Sander.

—¿Qué decías de Tim?

—Que ya no es mi objetivo y que… mi objetivo es otro.

Sin previo aviso, empujo a Lyn con mi codo para que dirija su atención hacia «mi nueva presa».

—¡Míralo! —susurro—. Está en cuarto de Derecho y se rumorea que engaña a su novia.

Bajo la voz aún más mientras acerco mi cabeza a la suya.

—Está para comérselo, ¿verdad? Normalmente no me van los morenos, prefiero los rubios, pero... —Hago una mueca cuando Lyn gira la cabeza— creo que puedo hacer que le vuelva a poner los cuernos.

—¡¿Qué dices, Bert?! —Me mira como si estuviese loca.

Pero yo ya no soy capaz de prestarle atención a mi amiga. Bram está a bastante distancia y está centrado en su novia. Camina erguido y le pasa un brazo por los hombros, después le besa la mejilla y veo que le da una palmada en el culo.

Aprieto mi mano en el codo de Lyn y le doy la espalda, con el aliento cortado. No se trata solamente de la emoción de verle por primera vez, sino también de la rabia que siento.

—¿Estás bien?

Me obligo a sonreír.

—¡Ahhh! —La arrastro por el camino pavimentado—. ¡El profesor! *Ragazza*, te quedan cinco minutos para preguntarme lo que quieras sobre él.

—¿Es su primer año aquí?

Empezamos a subir las interminables escaleras de la entrada principal de la facultad de negocios de Harvard. Sigo ignorando a Tim, que levanta una mano para saludarme. Le devuelvo el saludo por pura cortesía, pero me centro en Lyn, agilizando el paso.

—¿Qué? —exclamo sonriente—. No, lleva aquí cuatro o cinco años, tiene diez libros publicados y terminó su Doctorado en Finanzas y Administración de Empresa como alumno *Summa Cum Laude*. —Señalo el suelo con énfasis—. ¡En Harvard!

—¡Vaya! —exclama esta—. Es el máximo título que un alumno puede conseguir y la verdad es que este hombre tiene pinta de profesional y estricto.

—¡Y mucho! —añado frenética mientras le agarro el brazo y me aliso el pelo—. Es más, dicen que es muy serio, todos están acojonados en su clase. Muy serio, muy severo y muy soso.

—Berta, ¿el profesor es mayor? Parece que encaja en ese perfil... —reflexiona.

—¡No, no! —casi grito mientras saludo coqueta a un grupo de chicos en la distancia—. ¿Mayor? ¡Si apenas tiene treinta o treinta y uno! Ojalá todos los hombres mayores fueran como él —suspiro al recordar al profesor Woods.

—¡No empieces el curso ligando! —Me golpea suavemente con su bolso.

¿De qué habla? El profesor no es mi tipo, para nada. No tiene los ojos verdes.

—¡Como si pudiera! —le respondo rápidamente—. ¿Sabes lo que significa inaccesible? Es decir… ¿fuera del alcance de los humanos? —Extiendo los brazos, haciendo una mueca—. ¡Y encima casado!

—Entonces no me sorprende.

—A mí sí —respondo—. Sabes tan bien como yo que aquí hay profesores casados que luego se enrollan con sus alumnas.

Por Dios. Lyn es demasiado inocente.

—Perdón, te alcanzo en un momento —dice de repente, y noto un gesto de incomodidad en su rostro—. ¡Voy al baño!

—¿Te acompaño?

—No, no hace falta —me responde mientras se aleja—. Todavía tenemos cinco minutos.

Asiento y le hago un gesto de despedida antes de que desaparezca tras la puerta del baño. Miro mi horario con tranquilidad y noto que tendremos la clase de Finanzas en la segunda planta. Subo las escaleras a la vez que abro el chat con Pam y le respondo al mensaje que me envió

anoche:

De acuerdo, ahí estaré ù Nos vemos en la fiesta de los Omega.

Al llegar a la segunda planta, entro en el aula asignada, donde mis compañeros del año pasado están charlando animadamente mientras esperan al nuevo profesor.

—¡Eh, Bert! —Algunos van a mi encuentro—. ¿Qué tal el verano?

Susanne se acerca con una sonrisa y me da un abrazo.

—¡Demasiado corto! —respondo, devolviéndole el abrazo—. Pero no me puedo quejar.

Mientras tanto, echo un vistazo al aula para encontrar dos asientos juntos donde Lyn y yo podamos sentarnos. La primera fila está descartada; odio sentarme ahí, es imposible copiarse.

—¿Viajaste?

—Sí —asiento y dejo mis cosas en una mesa en la cuarta fila—. Fui a Italia, después de cuatro años. ¿Y tú?

Susanne parece a punto de contarme algo, pero la conversación queda interrumpida de momento, ya que el nuevo profesor entra en el aula. Me siento despacio cuando un silencio casi sepulcral se apodera de la sala. Aunque ya lo vi el curso pasado, confieso que el profe tiene una presencia que hace imposible apartar la mirada.

«¡Joder!», maldigo mentalmente. No sé cómo leches voy a concentrarme en Finanzas con este hombre delante.

Woods camina con paso firme hacia el frente del aula, con un vaso de café en una mano y un maletín oscuro en la otra, que deja sobre la mesa tranquilamente, y sin mirarnos. Observo que viste un traje oscuro, una camisa blanca impecable y una corbata completamente negra. Apoyo el codo en la mesa, embelesada con ese moreno cañón que te corta la respiración, mientras se mueve frente a unos cincuenta alumnos y toma un sorbo de su vaso de café. De hecho, pasa de nosotros olímpicamente y se dirige hacia la puerta para encender el ventilador de la clase, aunque dudo que el ventilador contrarreste el calor que se ha instaurado en el aula.

—Buenos días. Mi nombre es… —saluda finalmente, pero se ve interrumpido cuando mi amiga Lyn irrumpe en el aula como si la persiguiera una estampida de toros.

—¡Ahhh! —Choca directamente con él, mirándolo como si viera un fantasma.

—¿Se puede saber qué está haciendo? —pregunta enfadado y mira una mancha de café que hay en el suelo.

«¡Oh, ragazza!», pienso mientras me llevo las manos a la cabeza al ver el desastre.

—Ehh... perdón —Lyn aclara su voz nerviosamente—. Yo... no le he visto. ¡Déjeme que lo limpie! —exclama, claramente avergonzada, y saca un pañuelo de papel blanco, lanzándose en dirección a su pantalón.

Pero... ¿qué está haciendo? Abro los ojos de par en par.

—Señorita... —la voz del profesor suena helada.

Lyn empieza a disculparse como un disco rayado, sin dejar de frotar la mancha.

—Lo siento, de verdad. Venía con prisa y...

—¡Pare ya! —ordena el profesor con dureza.

Me llevo una mano a la boca para ahogar una risa. Yo y mis compañeros, que están igual de

entretenidos que yo. A continuación, veo cómo Lyn se detiene de inmediato, con el rostro desencajado. Mueve la mirada del profe cañón a la mancha en su pantalón, mientras sus mejillas se ponen coloradas. Mi amiga es más transparente que un cristal.

—¿Quién es usted? —pregunta el profesor, tensando la mandíbula, claramente desconcertado.

—Soy... soy alumna. Tengo clase ahora aquí —balbucea, mirando en mi dirección. Seguramente busca algo de apoyo, pero mi expresión solo confirma que la está cagando.

—¿Y por qué llega tarde? —increpa él, lanzando el vaso de café a la papelera con un gesto brusco.

—No fue intencional, tenía una urgencia y...

Él la sigue observando con esa mirada helada, mientras yo pongo los ojos en blanco y me empiezo a preocupar. Y Lyn sigue metiendo la pata.

—¿Puede haber una urgencia mayor que mi clase?

—Pues... la verdad es que sí.

«¿Es tonta o qué?», me pregunto, frunciendo el ceño. La imbécil de mi amiga le sonríe nerviosamente y, como no aguanto más, le hago una señal, cortándome el cuello, en un gesto que significa «estás acabada».

Lyn entreabre los labios, con los ojos clavados en los míos.

—Espero que la próxima vez sepa usted elegir bien sus prioridades —sentencia el profesor con un tono tajante.

—Por supuesto —responde ella, bajando la mirada.

Se acerca a mi mesa con una expresión de vergüenza total y se sienta a mi lado. La clase queda en un silencio solemne.

—Bueno, ya que estamos todos… —carraspea—, mi nombre es Brian Alexander Woods y seré vuestro mentor en Finanzas este curso —hace una pausa deliberada—... o vuestra peor pesadilla.

Frunzo el entrecejo.

¿Pero qué dice este tío?

Sus amenazas no me hacen ni pizca de gracia, por mucho que esté bueno. Sin embargo, parece que mi amiga no opina lo mismo. Giro la cabeza y veo a Lyn completamente hipnotizada, siguiendo con devoción cada palabra del nuevo profesor.

—Te advierto que esto te saldrá caro. Woods no perdona ni una.

—¿Ah, no?

—No, te lo aseguro. Aquí todo el mundo lo sabe —subrayo, consciente de que ella no.

—Pues que me castigue —me sorprende con su respuesta susurrada, sin apartar la vista del moreno.

Ahogo una risa incrédula y me acerco aún más a su oído.

—¡Chica mala! Yo también estaría encantada de que me castigara.

Sin embargo, es como si ella estuviera en otro mundo. Por lo visto, toda su atención está completamente centrada en las explicaciones del profesor de Finanzas.

—Después de una breve síntesis sobre el contenido de la asignatura y cómo voy a estructurar los criterios de evaluación este curso, vamos a pasar a una prueba que les tengo preparada para hoy. Será una oportunidad para que me sorprendan —anuncia Woods con calma.

¡Mierda, una prueba!

Mi mente se desvía al instante hacia mi desfile soñado, imaginando los diseños que presentaría, todos en blanco y negro. Me pierdo en mi propia fantasía, casi olvidando dónde estoy, hasta que él interrumpe mi ensoñación al colocarme un examen de Finanzas justo delante de mis narices.

Maldigo en silencio y, resignada, me concentro en la prueba, lamentando no haber repasado durante el verano. De vez en cuando, trato de espiar las respuestas de Lyn, pero Woods, desde su escritorio, nos observa con una atención despiadada, impidiéndome hacer trampa.

Después de intentar de todo para sacar el examen adelante, finalmente, le hago una señal a Lyn para que me espere afuera cuando termine. Sé que ella agotará hasta el último segundo; las inversiones y los mercados son lo suyo, pero no lo mío. Para ser honesta, el único mercado que me importa es el de la moda.

Mientras recojo mis cosas, pienso en la realidad: por mucho que adore la alta costura, eso no me va a asegurar un aprobado en Finanzas. A continuación, bajo las escaleras, preocupada por el examen y por la severidad del nuevo profesor, recordando la promesa que le hice a mis padres de estudiar en serio este curso.

—¡Vaya comienzo! —me reprocho mientras me dirijo a la salida de la facultad, agitando mi bolso en el aire. Necesito despejarme, así que decido buscar un capuchino en las máquinas expendedoras de la zona común de Harvard.

Camino distraída, absorta en mis pensamientos, pero cuando estoy junto a las máquinas, luchando con mi bolso para sacar mi monedero, oigo una voz a lo lejos.

—¡Bram! —Mi sangre se congela cuando el chico que está delante de la máquina se gira de repente, quedando justo frente a mí—. ¡Uno para mí!

¡Mierda!

Es él. Bram Sander.

Mis ojos se abren de par en par, pero me doy cuenta de que él no me está mirando a mí; sonríe a alguien que está detrás. Giro la cabeza y veo a un chico de cabello moreno y muy alto; creo que se llama Adm. Éste se acerca y acapara toda su atención, haciendo que mi frustración aumente y me ponga nerviosa. Pero no, ¡joder!

Respiro aceleradamente, pensando en que debo hacer algo. Algo urgente, por Dios. Acto seguido, suelto el monedero de mis manos intencionadamente. El sonido de las monedas rebotando en el cemento atrae su atención y noto que, por fin, me mira. Me agacho apresuradamente para recoger el dinero, fingiendo preocupación y mirando fijamente algunas monedas que ruedan hasta perderse en las rejillas de desagüe.

—¡Mierda! —mascullo, todavía de rodillas. Para mi sorpresa, él también se agacha casi al mismo tiempo, recogiendo un centavo con dos dedos.

—Con esto no tienes ni para medio café —comenta, devolviéndome la moneda.

Levanto la mirada hacia él y, de repente, siento que mi estómago da un vuelco. Tomo la moneda lentamente, sin romper el contacto visual. Después, me inclino un poco más y me

muerdo el labio mientras noto vagamente cómo su mirada baja por mi cuello hasta detenerse en mi escote.

—Ahmmm... —murmuro con una risita coqueta, intentando apartar mi vista de él—. Parece que hoy no es mi mejor día.

—No parece que lo sea —me responde con una sonrisa torcida.

Intento guardar las monedas rápidamente en mi monedero, sin dejar de sonreír. Él me ofrece la mano para ayudarme a levantarme, pero niego con la cabeza, jugando a ser autosuficiente.

—No hace falta.

—Vale, como quieras —dice, con una sonrisa embaucadora.

Siento la adrenalina correr por mis venas, lo que me demuestra que mi afán de tenerlo está incrementando. No le doy las gracias ni le devuelvo la sonrisa, manteniendo mi papel de chica difícil. No es la primera vez que recurro a mi experiencia: sé que las mujeres demasiado educadas y complacientes no suelen atraer a los hombres, y a los tipos como él menos.

—Bueno... —Chasqueo la lengua—. Parece que hoy me tocará asistir a clase medio dormida.

Me encojo de hombros, lista para irme —siempre funciona—, pero justo cuando estoy a punto de darme la vuelta, él me agarra bruscamente del brazo, deteniéndome.

—¿Qué te parece un café? —pregunta, mirándome fijamente.

Parpadeo, tratando de mantener la compostura.

—No puedo pagarlo...

—¿Quién ha dicho que no? —responde, alzando una ceja y manteniendo su mirada fija en mí —. No creo que sea una buena idea quedarte dormida en clase, ¿verdad?

«Uhmmm».

Excelente.

Sonrío, consciente de que el destino nos quiere juntos y yo no soy nadie para decirle que no.

CAPÍTULO 5



BRAM

—¿Qué café te gusta? —le pregunto, intentando sonar amable.

La rubia me mira asombrada mientras aprieta su bolso de marca contra el pecho, guardando su monedero velozmente, como si desearme evitarme. No sé de qué va, solo le he ofrecido un café porque se ha quedado sin monedas y no chuparme la polla. ¿Por qué tanto misterio?

—En realidad… ninguno.

Habla con una calma que no me convence, y no solo eso. De repente, gira la cabeza, mirando detrás de ella como si alguien fuera a rescatarla.

—¿Ninguno? —repito, arqueando una ceja.

—Ninguno.

Estrecho la mirada, analizando cada detalle de la intrigante tipa. Su rostro es angelical y podría pertenecer perfectamente a cualquier actriz o modelo de pasarela. La chica muestra unas facciones delicadas y su cuerpo marcado por la falda vaquera ajustada y el top negro que queda moldeado deliciosamente en su pecho, hacen que la observe más detenidamente. Sin embargo, hay algo en ella que me descoloca, una mezcla de interés y rechazo, como si me estudiara mientras hace todo lo posible por ignorarme.

Me llevo la mano a la barbilla, completamente intrigado. No puede engañarme, no a alguien como yo; he aprendido a leer a las mujeres mejor de lo que ella se imagina. Mi sexto sentido está más desarrollado que sus tetas, que no paro de mirar sin querer —o queriendo—. En realidad, no puedo evitar deslizar mi mirada hacia la pequeña cremallera en su top, que parece suplicar que alguien la baje.

—Me gusta esa cremallera… —digo, señalándola para captar su atención.

—Pensé que dirías que te gustan mis ojos —contesta con sarcasmo, arqueando una ceja, como si le pareciera ridículo lo que acabo de decir.

—También me gustan —respondo—, pero no tanto si sigues rechazando mi café.

Sé que a las chicas como ella les gusta jugar, y yo disfruto del desafío. Apuesto a que detrás de esa fachada fría hay algo más. Miro con curiosidad, preguntándome si tendrá algún piercing oculto, aunque a simple vista no veo nada. El látex y los piercings son mi perdición. Sin embargo, mi talón de Aquiles son los tatuajes, pero «el senador», que es como llamo a mi padre, me los prohibió. Dice que un futuro abogado con tatuajes es una desgracia para la familia. En realidad, lo de *futuro abogado* es solo un cuento que le vendo para que me deje en paz. Él sueña con los ojos abiertos, yo en cambio… aspiro a más.

—Gracias, pero debo irme —Sonríe mientras me examina con un aire frío, sacándome de mis pensamientos.

—¿Tienes prisa? —Le lanzo una mirada burlona—. ¿De verdad que no vas a aceptar un simple café?

Me encantaría ver si su respuesta sería la misma si le ofreciera las llaves de un Porsche. Pero ella solo se limita a levantar una ceja con una expresión indiferente. La tensión entre nosotros es casi palpable, y aunque finge desinterés, sus ojos saltones la delatan. Es esa mirada chisposa de curiosidad.

—No acepto nada de desconocidos.

—Bueno… —carraspeo y empiezo a remangarme la camisa, dejando mis antebrazos al descubierto y, de paso, exhibiendo mis músculos frente a ella. Sé que eso nunca falla, especialmente al ver cómo me devora con la mirada—. Creo que podías decir eso hace unos minutos, pero recuerda que ya te he devuelto una moneda. Ahora nos conocemos un poco, ¿no?

—¿Cuál es tu problema? —habla seria—. No estás muy acostumbrado a que te rechacen un café, ¿verdad? —añade, llevándose una mano a la cadera. Enseguida da un paso hacia mí, quedando lo bastante cerca como para examinar el contorno de sus labios y un pequeño lunar sobre su labio superior.

Es un gesto inesperado. En realidad, lo normal desde el principio hubiera sido que aceptara el jodido café con una sonrisa insinuante, dejándome claro que está disponible. Pero no esta mujer, que mantiene una actitud tan misteriosa como desafiante.

—Reina… —murmuro mientras me inclino hacia ella—. A lo que no estoy acostumbrado es a tipas tan torpes y arrogantes como tú.

—Ah, ya veo… —Sonríe con una mueca—. Eres de esos que recurren a un simple café para ligar, y eso es porque no tienen nada mejor que ofrecer. Pero no te preocupes… —prosigue—. Seguro que hay muchas encantadas de aceptar tu café.

Sin más, se gira, dejándome literalmente con la palabra en la boca.

—¡Rebe!

Tenso el mentón y la miro de reojo mientras se aleja de las máquinas. Veo que le hace señas a una morena que reconozco al instante. Estudia Derecho y está en mi clase, aunque apenas hemos intercambiado unas palabras en los tres cursos que llevamos. La rubia le susurra algo y, de inmediato, ella saca la cartera y le entrega unas monedas. La chica se dirige hacia las máquinas como si yo no existiera en este maldito planeta.

—¡Perfecto! —murmuro, poniendo los ojos en blanco.

Aprieto los puños, jodidamente tenso. Es esa sensación de impotencia, pero las cosas serían muy distintas si no estuviéramos en el campus de Harvard; en otro lugar, en el que yo pudiera actuar a mi manera, esa arrogante ya estaría recibiendo su castigo por pasarse de lista.

Siento la sangre acelerarse en cada rincón de mi cuerpo al mismo tiempo que agilizo el paso, furioso. Y, sin yo mismo saber por qué, me imagino su piel pálida y su cuerpo desnudo tendido sobre mi cama. Cierro los ojos, y es como si una descarga recorriera cada centímetro de mí, de la cabeza a los pies. Imagino el sonido de mi látigo marcando su piel, al igual que el color que tanto me gusta tiñendo sus nalgas.

Me llevo una mano a la frente, descolocado, pero soy incapaz de controlar el torrente de pensamientos. Solo oigo el eco de mi fusta en todas las partes de su cuerpo, las gotas rojizas contrastado a la perfección con su piel pálida, y sus gemidos y gritos de placer, pero también de

dolor. Sus labios alrededor de mí, chupándome con ansias. Qué cojones. ¿De dónde ha salido este deseo enfermizo, que me consume tanto que siento que...?

—¿Quién es tu amiga? —le pregunto a la morena al pasar, tomándola del codo.

—¡Ehhh! —bufa—. ¿Qué pasa, güey?

Rebecca siempre ha tenido una forma muy peculiar de hablar, usando expresiones mexicanas. Supongo que tiene ascendencia mexicana. Le sonrío de manera amigable, adoptando mi pose simpática, ya que mi lado antipático lo reservo para emergencias.

—¿Quién es ella, Rebe? —repito, esta vez con un tono más amable. Suelto su codo, observando mientras tanto que la rubia saca dos cafés de la máquina.

—¡Ah, ya veo! —Rebecca responde con ese tono chillón que me es tan familiar en clase—. ¿Te ha gustado mi amiga, eh?

—Solo dime quién es —trato de calmarme, aunque sé que será inútil.

Necesito saber quién es, y la impaciencia arde en mí.

—Se llama Roberta —confiesa, señalando el edificio junto a Derecho—, estudia en la Facultad de Negocios.

«Roberta»

—Muy bien, gracias —me esfuerzo en sonreírle, y mi voz sale algo ronca—. ¡Ahhh! Y, por cierto, cuando hables con Roberta, dile quién soy.

Empiezo a alejarme con largas zancadas, notando que A está a unos pasos de distancia.

—¿Qué demonios te pasa, Bram? —me grita Rebecca sin perder la oportunidad de alzar la voz—. ¡A ver si bajas esos humos, chaval!

Me vuelvo para mirarla, pero ella tiene los brazos en alto y me mira enfadada.

—¡Te quiero! —bramo, con una sonrisa angelical puesta a propósito, y le mando un beso al aire.

—¿Desde cuándo?

—¡Desde siempre! —Le guiño un ojo, sumamente adulador, y me encamino deprisa hacia uno de mis mejores amigos, que se ha detenido a charlar con un grupo de estudiantes.

Mis facciones vuelven a endurecerse mientras meto las manos en los bolsillos, y sigo mirando de reojo a la dichosa rubia, a la que oigo reírse a carcajadas. Parece una chica sociable y extrovertida, entonces… ¿por qué acaba de rechazar mi puto café? Era solo un café, un maldito café que hubiese hecho que me olvidara del asunto. Se lo habría ofrecido y punto final.

—¡Ehhh, tío!

—¡Cabrón! —me responde Adam, poniéndose serio por un segundo—. Acabo de salir de un examen, y no te imaginas, acabamos de conocer al nuevo profesor de Finanzas.

—¿Quién?

—Se llama Brian Alexander Woods, parece que lleva aquí algunos años —me cuenta mientras lo veo beber de una botella de agua; el sol pega como en agosto, aunque estemos a principios de octubre—. ¡Joder! Ese tipo es el hombre más soberbio que he conocido en mi vida.

—¿Más que yo?

—Mil veces más, ¡en serio! —me informa—. Nos ha amenazado con ser nuestra peor

pesadilla si no estudiamos, ¿te lo puedes creer?

Nada nuevo. Brian es un dolor de muela en cualquier sitio, no solo en Harvard. Nunca he conocido a alguien tan terco y capullo como él; tiene menos gracia que un pedazo de pan mohoso.

—¿Sabes quién es?

—¡En absoluto! —digo, fingiendo indiferencia al oír su nombre.

Carraspeo distraído, sin dejar de mirar de reojo a la que se cree «la reina» de Harvard. La misma que ha conseguido despertar mi polla a media mañana. Ella, en cambio, sigue hablando animadamente con mi compañera Rebecca, dándome la espalda todo el tiempo. ¿Qué se trae entre manos?

—¿Y mi café?

—No me ha dado tiempo —respondo, aún reflexionando—. Oye… esa chica de ahí parece que también estudia en la Facultad de Negocios. Me lo ha chivado una compañera. ¿La conoces?

Veo que A dirige la mirada hacia las máquinas de café y luego levanta los brazos, claramente confundido.

—No mucho, recuerda que es mi primer día aquí… —Se ríe con fuerza—. Me acabo de trasladar, ¡cabrón! No puedo conocer ya a todas las chicas de mi clase.

—Pues habla con ella.

—¿Por qué?

—Me interesa —voy al grano.

En realidad, detesto perder el tiempo; todo lo hago con precisión, midiendo mi tiempo con un cronómetro.

—¡No me digas! —me suelta, hincándome el codo y moviendo las cejas con sorna—. A ver si ahora resulta que te has enamorado, *bro*.

Bufo y aparto la vista cuando veo que la rubia finalmente me mira.

—¡Tonterías! —replico, intentando sonar convincente—. ¿De verdad crees que esa tipa puede compararse con Noa?

—Pues, se ve bien —dice el fracasado de mi amigo con una mirada lasciva—. Ahmmm, bastante bien, diría yo.

—Pues olvídala, ¿vale? —gruño, frunciendo el ceño—. Al menos por ahora.

Y sí, tengo otro lado obsesivo: soy territorial y dominante. Territorial con mis chicas, a las que no les permito ni siquiera mirarme sin mi permiso, y dominante… hummm… porque mi palabra siempre es la última.

Ladeo la cabeza en dirección a la rubia y me quedo embobado, mirando sus labios, cuando sopla con ritmo antes de dar pequeños sorbos al vaso. Como si no fuera suficiente, veo cómo acaricia la cremallera metálica de su top con la yema de sus dedos.

—Esa chica tiene potencial —murmuro, inclinándome hacia A al mismo tiempo que la señalo discretamente.

—¿La rubia de mi clase?

—Esa misma. —Me muerdo los labios.

—¿Por qué lo dices?

—Intuición. Actúa como una encantadora de serpientes, *bro* —suelto, persiguiendo su dedo deslizándose por esa cremallera que me incita—. Pero no sabe que está tentando a una cobra y no a cualquier culebra.

—¡Estás obsesionado con las serpientes, tío! —me responde con una carcajada.

Aunque Adam siempre presume de ser cerebral y valiente, lo cierto es que es más cobarde que una gallina. No es mi tipo de amigo, pero hemos sido inseparables desde niños, aunque él estudiara el bachillerato en otro condado y solo regresara a Boston hace poco para matricularse en el segundo curso en Harvard.

—¿Entonces qué quieres de ella?

Sigo observando a la encantadora de serpientes mientras froto inconscientemente uno de los tatuajes de mis nudillos.

«Su sangre…», esa voz vuelve a sonar en mi cabeza.

—Solo invitarla a algo —respondo con rapidez, encogiéndome de hombros con aparente inocencia, aunque mis instintos están a mil por hora.

—Ah, bueno… —dice él, aturdido—. Si es solo eso, será fácil. ¿Y si la invitamos a una de nuestras fiestas?

—Y que sea lo más pronto posible, A —le advierto, dando unos pasos cuando veo a mi chica acercarse.

—¡Ven este miércoles a la fiesta de los Omega, entonces! — grita este detrás, tras darle la espalda y caminar en dirección a mi morena. Enseguida la freno con un beso apretado y aprieto su culo.

—¡Ya le dije a Mia que iría!

—¡Pues mi hermana no me dijo nada!

Lo último que veo es a Adam rascándose la cabeza mientras se da la vuelta y camina en dirección a las máquinas, donde las dos amigas siguen conversando y tomándose el puto café. El mismo café que ella ha rechazado de mí. Y es solo por eso que me muero de ganas de que llegue esa maldita fiesta.

—Hola… —Noa me muerde el labio y yo la invado con mi lengua, cerrando los ojos y saboreando el dulzor que delata algún caramelo reciente.

—¿Me has echado de menos? —me pregunta.

—¿Tú qué crees, florecilla?

Mi lengua busca la suya, y la sujeto firmemente por la cabeza, fundiéndonos en un beso prolongado. La coloco de espaldas hacia la rubia y yo me posiciono de frente, abriendo los ojos y clavando mi mirada en la «encantadora de serpientes». No disimulo. Mi lengua recorre cada rincón de la boca de Noa, pero también vigilo los gestos de esa mujer. Aunque se esfuerza en aparentar indiferencia, noto unas miradas furtivas en nuestra dirección.

Mis dedos se aferran más a los glúteos redondos y perfectamente azotable de mi morena, toda esta escenita caliente desarrollándose ante la mirada excéntrica de aquella chica, que esta vez nos mira sin ocultarlo siquiera.

Suspiro. Confieso que me encantaría estar en su cabeza. Y también en otro lado.

—¡Te amo! —susurra Noa, atrapada bajo el dominio de mi lengua.

—No vuelvas a usar las palabras prohibidas —le digo ausente y muerdo suavemente su labio inferior.

—Pero aquí no estamos en…

—Últimamente te estás volviendo bastante desobediente, florecilla —digo firme mientras acaricio suavemente su cuello.

—Perdón, mi amor…

—No soy tu amor —murmuro con voz ronca, mordiendo su oreja con hambre—. Soy tu amo.

Mientras tanto, noto que «la orgullosa» se aleja hacia la entrada de la Facultad de Negocios. Me despego bruscamente de Noa con los mismos rasgos fríos que no puedo evitar, cuando veo de refilón que esa tipa sigue avanzando hacia la entrada, pasando de mí.

«Roberta…», susurra mi mente.

Su nombre suena demasiado bien. Me gusta. Me intriga. Me enciende. Saca ese lado mío.

«Roberta…»

Me pregunto dónde se escondía esta joyita. Y no. Ya no hay duda: quiero tenerla. Esa chica del monedero despierta un deseo que Noa ya no consigue. Necesito carne fresca. Un futbolista —del que no recuerdo el nombre— una vez dijo que en cuanto más variedad de goleadas, más placer y subida de autoestima.

¿Acaso es lo mismo meter un gol de una patada que meterlo de chilena o de cabeza?

—Bram…

Mis pensamientos quedan interrumpidos y bajo la vista a mi chica, cuyos brazos siguen enlazados alrededor de mi cuello.

—¿Qué dices de un café? —pregunto con una ceja en alza, deseando que su respuesta sea la acertada.

—¡Oh, me encantaría!

Mi sonrisa se borra de mis labios y me separo de ella bruscamente.

—¿No te cansas de decirme *sí* a todo? —le pregunto, aburrido—. ¿Podrías usar la palabra *no* en algún momento? Sabes, está en el diccionario.

—Yo… —Noa entreabre los labios—. Pensaba que era lo que querías. ¿No es lo que quieres?

Mi furia aumenta por segundos y miro el reloj, dándole al puto botón del cronometro. Es mi manera de relajarme.

—¡Bram, yo…!

—Déjalo. Mejor, baja la mirada y, de paso… quítate las bragas y dámelas.

—¿Aquí?

—Ajam… —ronroneo—. Aquí mismo.

CAPÍTULO 6



BERTA

Me inclino sobre mis apuntes, concentrada al máximo, y leo en voz baja: *¿Cómo evitar el crecimiento de la deuda de una empresa?*

Hasta mi mente se queja de semejante pregunta mientras mi visión se nubla con números. Me rasco la cabeza, con cara de idiota. Respiro hondo y, como si me fuera la vida en ello, busco desesperada la respuesta en el libro de Contabilidad, pasando páginas como loca y deseando que Lyn estuviera aquí para ayudarme. Sin embargo, respiro hondo, me enderezo y me repito que les prometí a mis padres estudiar, y sé que puedo con todas las asignaturas. Y también puedo ganar el concurso de moda, que me tiene jodidamente entusiasmada.

El sonido de un mensaje de texto interrumpe mis pensamientos. Voy hacia el sofá y, de paso, enciendo la televisión. Me dejo caer boca arriba, saco el móvil y abro rápidamente el chat, esperando la respuesta de Pamela, a quien le he escrito en la mañana. Ella es mayor y estudia en la misma clase que Rebe, aunque estos días no la he visto ni en el campus ni en las clases.

Hola, Berta, estoy bien, no te preocupes. Problemas familiares, pero ya estoy en Boston.

Entonces nos vemos esta noche, ¿no? —escribo rápidamente, sabiendo que ella es mi mejor enlace para acercarme al grupo de Bram.

Sí, nos vemos en la casa Omega, pero creo que iré algo tarde. Espero que también vaya Adam…

Yo también lo espero, porque eso significaría que también irá su amigo, con el que he jugado un poco esta mañana.

Ese tipo me da igual, lo único que me importa es que me debes unos chupitos—le respondo de vuelta.

Pamela envía un *emoji* de risa.

Cuenta con ello, cielo.

—¡Hola! —La puerta se abre de repente, y levanto la cabeza al oír la voz de Lyn, que acaba de llegar. Noto que son las tres y media de la tarde. Lyn me ha contado que ayudaría al nuevo profesor con unas tareas después del almuerzo y que llegaría un poco más tarde.

—¡Cuéntame, zorrilla! —Salto del sofá, intrigada y soltando una risa cómplice que no puedo reprimir. Siento una punzada de curiosidad por saber qué ha estado pasando entre ella y el profesor Woods, especialmente ahora que le ha dicho que vaya a su despacho.

—Nada... —se ríe, dejando su bolso y unas gruesas carpetas sobre la mesa.

—¿Como que nada? —La miro con atención y noto que lleva un vestido corto rojo y un cinturón negro; además, tiene las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes—. *Ragazza…* —hablo

con una risita—, tienes toda la pinta de haber bebido tequila sin limón y sal.

Lyn se ríe con una risa musical y empieza a mover su melena ondulada, que le cae preciosa sobre los hombros. Mi amiga tiene esa belleza exótica, con sus ojos celestes que resaltan contra su piel bronceada. Nada que ver conmigo, que cada vez que me da el sol acabo roja como un cangrejo.

—¡Quiero detalles! —grito, poniéndome de rodillas en el sofá.

—Bert… —me responde, adoptando un aire de importancia y alzando la barbilla, sumamente emocionada—. Déjame decirte que... ¡tienes delante a la nueva asistente del profesor Brian Alexander Woods!

—¡No me digas, tía!

Aplaudo con entusiasmo, alegrándome sinceramente por los logros de mi amiga.

—Sí, me lo ha propuesto esta mañana, pero no había tenido tiempo de contártelo —aclara.

—Ayer solo me dijiste que hablasteis del examen.

—Sí... y ya me ha mandado una tarea para mañana.

Pongo los ojos en blanco y me pongo de pie de inmediato. ¡Una tarea para mañana! Con lo que le gusta a Lyn cumplir con todo, seguro que no querrá acompañarme a la fiesta esta noche.

—Genial, pero no sé cuándo piensas hacerla —le aviso—. Esta noche es la fiesta de bienvenida de Omega, ¿te acuerdas?

—¡Tienes razón! —exclama, mirando las carpetas—. Se me había olvidado, pero bueno... puedo hacerlo antes de las ocho.

—¿Sabes qué? —Me llevo un dedo a la boca—. Creo que ya odio a Woods.

—¿Por qué?

—Porque no es normal mandarte tanto para mañana.

—Bueno, tiene mucho trabajo acumulado y…

—¡Y una mala leche que te cagas! —respondo, cruzándome de brazos.

—No te preocupes, Bert —dice con calma, mientras yo recojo mis apuntes y decido no molestarla con la pregunta sobre Contabilidad. Bastante tiene ya.

—Pero no vas a descansar…

—¡Me da igual! Estoy contenta —responde, tomándome del brazo.

Hace mucho que no veía a Lyn tan radiante. Ha sido una de las tres personas que aprobaron el examen del profesor, y no me sorprende que la haya elegido como asistente.

—¡Qué genial! ¡La asistente de Woods! —La abrazo con cariño—. ¿Celebramos con un cappuccino, entonces?

—Si me invitas...

Nuestras carcajadas irrumpen en la pequeña habitación de la residencia, la cual representa nuestro nido de estudio, pero también de locuras.



Después de casi cinco horas de ritual de spa y belleza, en el que nos hemos aplicado todo tipo de cremas y hemos probado una amplia variedad de maquillaje, finalmente estamos listas para una gran fiesta entre semana en la casa de los Omega. Llevo un vestido verde agua, corto y sin tirantes, acompañado de unas sandalias doradas con tiras que se enroscan a mis tobillos. Agito el pelo, satisfecha con la trenza que Lyn me ha hecho, aprovechando la textura dócil de mi cabello.

—Presiento que me dolerán los pies —se queja mi rubia, que también lleva tacones, aunque algo más bajos.

—Se entiende… —le digo rápidamente—. Mientras yo estaba durmiendo, tú solucionabas los problemas de ese ogro.

—¿Qué ogro, Bert?

—¡Woods! —respondo, agitando mi pequeño bolso dorado, a juego con las sandalias—. Ahora que te tiene de asistente, te va a encargar todo el trabajo sucio.

—Soy su asistente, no su esclava —replica ella.

—¿Y has terminado, al menos?

—¡Y me ha sobrado tiempo! —dice riendo, y le extiendo el puño para chocar.

—¡Así se hace, chica! —le digo antes de entrar a la casa de los Omega, a solo unos pasos de la residencia.

La música retumba en toda la fraternidad, y la fiesta está en pleno apogeo. Luces parpadeantes de colores iluminan la pista de baile abarrotada de gente. Habrá por lo menos cien estudiantes de distintas fraternidades. Este año, la fiesta de bienvenida se celebra aquí, aunque cada año rota entre hermandades. La santurrona y yo no pertenecemos a ninguna, pero hemos colaborado en actividades de voluntariado, así que siempre estamos invitadas. Más bien yo, que soy el alma de las fiestas. Ella siempre me acompaña.

—¡Lyn!

Escuchamos una voz y, al girar, vemos que Mary Anne nos hace señas desde una mesa llena de bebidas. Esta se ha teñido el cabello en un tono castaño y luce un atrevido vestido negro.

—¡Mary Anne! —dice Lyn, y ambas nos abrimos paso entre la multitud para darle un abrazo —. ¿Qué tal el verano?

—Genial, ¿y vosotras? —Nos tiende dos Budweisers, nuestra típica cerveza para iniciar la marcha.

Brindamos y comenzamos a ponernos al día sobre el verano, al punto que casi no oímos a

Rick cuando llega.

—¡Mis divas! —nos grita con entusiasmo.

—¡Rick! —le respondo, dándole un abrazo apretado—. Por cierto, ¿has visto a Rebe?

Empiezo a mirar a mi alrededor con cierta inquietud tras la tercera cerveza; Rebe y Pam todavía no han llegado, y empiezo a temer que él tampoco venga. Posiblemente mi cara refleja esta ansiedad mientras bebo mi cerveza de golpe, intentando no pensar en ese beso obsceno que el moreno de ojos verdes le dio ayer a esa jodida chica en la Facultad. Será su novia, pero es como si tuviera la impresión que me estaba mirando a mí mientras le metía la lengua hasta la laringe. Y, por un instante, pienso que no me resultará fácil llegar a él.

—¿Bert, todo bien? —pregunta Lyn.

—Sí —respondo, aunque distraída.

—Creo que me iré pronto, me duele un poco la cabeza.

Apenas me da tiempo a asentir antes de ver finalmente a Rebe y Pam llegar. Están hablando con un grupo de chicos y chicas en unos sofás frente a una mesa llena de bebidas y otras cosas. Sonrío al reconocer a uno de ellos: el moreno llamado Adam, que, casualmente, está en mi clase.

—¡Y mis nenas! —Me acerco a ellas y las abrazo con efusión, sin dejar de vigilar la entrada.

—¿Cómo está nuestra diva favorita esta noche?

—¡Por dios, *ragazza*! —Me río y bromeo con ellas—. Llevo aquí más de una hora; pensaba que no llegaríais.

—¡Ay, ya! —se queja Pam, lanzando una mirada rápida a Adam—. Jamás volveré a intentar convencer a esta loca de ponerse tacones.

—¿De verdad?

—¡Anda, vamos! —Pam me grita en el oído, agarrándome la mano y bebiendo un trago de su botellín—. Líbrame de esta rebelde al menos por un rato; ¡vamos a la pista!

Dejo el botellín vacío, le guiño un ojo a Lyn, quien está atrapada en una conversación interminable con Mary Anne y Rick, y dejo que Pam me arrastre a la pista.

—Pam… —comienzo mientras empezamos a mover las caderas en medio del salón abarrotado.

—¿Qué?

—Mmm, nada… —digo, intentando relajarme.

Pam está completamente centrada en ese chico alto, que es hermano de Mia, y me guardo las ganas de preguntarle algo sobre Bram; no quiero hacer evidente mi interés, así que seguimos bailando con los brazos en alto, disfrutando de la música y del ambiente.

«Y si no va a venir, él se lo pierde», pienso un tanto mareada por el alcohol; tanto que casi doy un brinco cuando unas manos rodean mi cintura. Me giro sorprendida y veo a un chico de nuestra facultad, el cual me da un beso en la mejilla.

—Hola, preciosa… —susurra, empujando sus caderas contra mí, justo cuando empieza a sonar una canción de bachata.

—Hola, Jeff.

—Vaya, recuerdas mi nombre.

«Imposible olvidar un buen polvo».

Le sonrío y sigo el ritmo de sus caderas. Noto su pelvis contra mi trasero mientras sus manos se deslizan suavemente por mis costillas.

—Considérate afortunado —suelto con una risita coqueta.

—¡Cuenta con ello!

Jeff me da la vuelta y me acerca a él, nuestros cuerpos moviéndose en sincronía. Me inclina hacia atrás, y mi melena casi roza el suelo. Con suavidad, vuelve a levantarme, y estoy lista para seguir la fiesta, cuando de repente mi sonrisa desaparece.

—Mierda… —balbuceo, con los ojos como platos.

Mi aliento se corta por un instante. Justo frente a mí, noto la expresión seria de Jeff y, detrás de él, los ojos penetrantes de… de él. Bram. Respiro profundamente, intentando identificar sus facciones en la penumbra del salón lleno de universitarios. Me está mirando desde arriba, superando a Jeff en altura, y aprieta con firmeza el cañón de una pistola en la cabeza del chico. Mis labios se entreabren, y nuestras miradas se encuentran mientras él simplemente me observa con una sonrisa tranquila. Trago saliva al ver el tatuaje cargado de serpientes en su mano sujetando el arma y las gotas de sudor en la frente de Jeff.

—¡Largo… de… aquí! —susurra Bram en su oído, en voz baja, pero lo bastante fuerte como para que yo también lo escuche.

Lo miro con la boca abierta. Sus ojos, ahora de un tono oscuro, no se apartan de mí mientras sus labios se mueven, murmurando algo más en su oído. Aprieto instintivamente las manos sobre los hombros de Jeff y siento esa familiar adrenalina, como si el peligro que él desprende me atrajera más de la cuenta.

Respiro profundamente. No es ningún secreto que tengo debilidad por aquello que me hace sentir escalofríos y me invita a pecar, al igual que no es secreto que soy propensa a los chicos malos. ¿Por qué? Porque mientras los buenos ponen el mundo a tus pies, los malos lo hacen desaparecer. Y, sin duda, él es uno de aquellos que hacen que el mundo desaparezca bajo tus pies.

—¿Te lo has creído o qué?

Curiosamente, sus rasgos se relejan y sus labios dibujan una sonrisa maquiavélica mientras aparta la pistola de la sien de Jeff.

—Vaya, Jefferson… —añade—, sigues siendo el mismo cagado de siempre.

Jeff lo mira de reojo, incómodo, pero se relaja al instante, y hasta esboza una sonrisa.

¿Qué leches ocurre aquí? Estoy completamente embobada ante esta escena surrealista, y no es justo por el alcohol. Soy la que mejor tolera el alcohol de todos —quitando a Rebe, que es un saco sin fondo—, pero verdaderamente, no comprendo que está pasando.

—¡Ven aquí! —le dice el moreno de ojos verdes y lo agarra por los hombros, obligándolo que suelte mi cintura—. ¡Vaya hombre, te has asustado!

Parece que se conocen, y yo me siento cada vez más fuera de lugar. Me rasco la cabeza, sin saber exactamente cómo debería sentirme. ¿Tener miedo porque lleva una pistola en una fiesta de universitarios borrachos y encocados hasta la médula, o… simplemente disfrutar del espectáculo?

—¡Joder, Bram! —exclama Jeff, secándose la frente con una risa nerviosa—. ¿Qué haces con

esa pistola, tío?

—Nada, solo jugando, ya me conoces.

¿Jugando? La incomodidad me golpea cuando me doy cuenta de que Bram centra toda su atención en Jeff, que ahora mismo está persiguiendo el arma que el jodido tipo «al que le gusta jugar» guarda en el pantalón. Por mi parte, aprieto los labios frustrada, no aceptando el hecho de que él me preste menos atención que a una maceta. Acto seguido, alzo el mentón, sin siquiera mirarlo y me alejo, sin ni siquiera despedirme de Jeff.

«¡Imbéciles!»

Mi plan se está tambaleando desde los cimientos, pero tengo más ovarios y más orgullo que mis ganas de hacerme notar por ese idiota presuntuoso.

—Oye, Jefferson —Oigo la voz de Bram mientras me giro sobre mis talones—, ¿no nos presentas?

Me encuentro de espaldas y sin ninguna jodida intención de girarme. Sus modales dejan de desear y no pensaba que me costaría tanto lidiar con un tipo como él cuando lo vi en aquella pantalla, un mes atrás.

—¡Ehhh, Berta! —grita con torpeza el otro subnormal—. ¡Espera, te presento a mi amigo Bram!

Pero ni caso. Yo sigo caminando, frustrada y un tanto borracha.

—¡No te preocupes, Jeff! —Agito la mano—. ¡No es necesario!

«Os podéis ir los dos a freír espárragos…», pienso.

Giro sobre mis tacones coqueta y sonriente, llevando una mano a mi cabello impetuosamente y sacudiéndolo en un modo sutil. Después, me encojo de hombros con desinterés y le guiño un ojo. Todo esto sin mirar a aquel imbécil que se cree el centro del universo, aunque me ponga como una moto.

Mientras me alejo, me muerdo el labio, algo decepcionada. En el fondo, hubiese preferido que Bram realmente hubiese ahuyentado a Jeff por celos y no solo como una broma pesada.

—¿Qué coño me pasa? —me regaño en voz baja y me acerco a Pam, quien está conversando con Adam.

Chasqueo la lengua y pongo los ojos en blanco, segura de mí misma. Segura de que hay dos opciones. Uno: mi presa vendrá a buscarme a raíz del interés que le he despertado, o dos: se hará el duro durante un rato —rato en el que yo me divertiré con otros, claramente—, y después buscará un acercamiento conmigo. De la manera que sea, sé que saldré ganando. Por último, sonrío tranquila, recordándome a mí misma que conozco demasiado bien el mecanismo disfuncional de los hombres, aunque él…

—¡Ey, Bert!

—Hola —saludo a Adam, tomando un chupito de la barra. Lo termino de un trago, disfrutando del ardor del tequila en mi garganta.

—Él es Adam —dice esta, visiblemente emocionada—. Adam, esta es mi amiga Berta.

—¡Ah, Berta! —exclama él con entusiasmo.

—Encantada.

—Berta está en tu clase —aclara Pam—. Estudia en la Escuela de Negocios.

—¡Oh, claro! —afirma Adam, con las mejillas sonrojadas, como si estuviera achispado—. Además, Bram me habló de ti.

Lo miro boquiabierta.

—¿Te habló de mí? —pregunto sin aliento mientras mis ojos se desvían hacia donde está Bram, quien ahora está conversando relajado con Jeff, dándole profundos tragos a un botellín de cerveza.

El comentario me toma por sorpresa, pero no del todo. Me sonrío internamente con suma satisfacción. Sabía que no pasaría desapercibida por el chico de los tatuajes, después de la «escenita» de la máquina de café. Soy una experta en hacer que se me caigan las cosas al suelo con tal de salirme con la mía.

—Ah, bueno… —Adam intenta matizar su comentario—. Solmente me comentó que le sonabas de la Facultad de Negocios.

«Está mintiendo…», se me ocurre, igual que se me ocurre que seguramente Bram elegirá la opción uno. Sonrío victoriosa.

—Entonces estamos en la misma clase —afirmo distraída, buscando a Lyn con la mirada; sin embargo, no la veo por ninguna parte y probablemente se haya ido ya a dormir.

—Sí, parece que sí —comenta el chico con simpatía—. Soy nuevo y necesitaré ayuda.

—¡¿Y qué mejor ayuda que la de mi italiana?! —bromea Pam alegremente, dándome un toque en el brazo.

Les sonrío e intento actuar normal, aunque mis ojos siguen a Bram cuando éste pasa a un metro de nosotros: a propósito, y sin detenerse a hablar. Noto disimuladamente que se dirige a los sofás que hay detrás de Adam.

—¡Ehhh, *bro*! —le grita Adam, pero él apenas le hace un gesto con la cabeza y se centra en la morena que lo acompaña, haciéndola sentarse sobre su regazo de un tirón.

Su jodida novia.

—¡Maldita sea! —mascullo, cogiendo otro chupito de la barra mientras intento evitar su mirada penetrante sobre mí.

—¡Eh, italiana, frena un poco! —me dice Pam, sujetándome la muñeca.

—¿Por qué? —me sale una risita falsa, cambiando mi vista a los sofás.

Y por un instante, nuestras miradas se cruzan. Él está ahora sentado con aire provocador, mientras la tipa que está con él le ofrece su bebida y le susurra algo al oído. Pero él no deja de mirarme a mí.

—¡Ehhh, aquí! —nos interrumpe Rebe desde uno de los sillones, saludándonos con la mano —. ¡Vamos a jugar a la botella!

A Pam se le iluminan aún más los ojos, claramente pensando en que esta noche se enrollará con el moreno. Nos dirigimos los tres hacia los sillones, y en el camino alcanzo otra copa, fingiendo revisar el móvil despreocupada.

—¡Joder, Rebe, ese juego es de críos! No tengo ganas de jugar.

Pam se hace la difícil, pero es evidente que sí quiere jugar. De momento le clavo el codo en la costilla cuando veo a al menos cuatro chicas de 1.80 metros, con piernas espectaculares, que acompañan a Adam y a su arrogante amigo, entre ellas Noa. La analizo discretamente y aprieto

los dientes cuando veo que ella lleva un vestido muy elegante y se ve impecable. Por un segundo, me distraigo con sus labios, exageradamente gruesos y evidentemente rellenos de Botox.

—No seas tonta, Pam… —le hablo al oído—. ¿Vas a dejar que Adam se bese con esas operadas?

Pam frunce los labios y lanza una mirada a Adam, que se ha sentado justo enfrente, charlando con su amiguito, el de la pistola. Hay tres chicos más junto a ellos, y casi todos me suenan de la facultad, aunque uno tiene pinta de malote y está pendiente de Bram.

—¡Atención! —grita Rebe, escandalosamente—. ¿Veis esto? Esto hará que haya cambio de babas esta noche, así que espero que al menos os hayáis cepillado los dientes—. Levanta una botella de vidrio en el aire, y todos reímos intensamente cuando hace una mueca fingiendo escalofríos.

—Yo no digo nada, pero aquí más de una viene de haber chupado una verga por ahí —suelta un tipo con una cicatriz en el labio superior que no me inspira nada de confianza.

«¿Será cabrón?»

—¿Lo dices por ti o qué? —respondo sin pensarlo dos veces, arqueando las cejas con una pizca de irritación.

¿Qué se cree éste?

El tipo me lanza una mirada asesina y se inclina hacia adelante, como si quisiera decirme algo o incluso levantarse. Pero Bram, rápido como una sombra, extiende el brazo y frena su impulso, con una advertencia firme en su mirada. El otro se echa atrás, quedándose quieto como un perro obediente. Es justo lo que sospechaba: es su maldito perro faldero, y no me sorprende. Así es la fama; ser el hijo de uno de los senadores más populares de Massachusetts trae una corte de aduladores y súbditos.

—¿Empezamos ya? —interviene Adam, supongo que con la intención de despejar el ambiente.

—¿Quién empieza?

—¡Yo! —Bram alza un dedo, y me sostiene la mirada con una intensidad que me enciende la sangre.

De momento lo entiendo: es un desafío, claro y directo.

«Que empiece el juego, entonces», pienso.

Y que gane el mejor.

CAPÍTULO 7



.

BERTA

Sus intensos ojos me fijan, descaradamente. Respiro hondo, pero le sostengo la mirada por primera vez en toda la noche, levantando la barbilla con un toque desafiante. Veo cómo Rebe le tiende una botella vacía, pero él agarra su botellín de cerveza, que todavía está a medio terminar y, de repente, se lo lleva a la boca. Observo, hipnotizada, cómo el nudo masculino de su cuello se mueve al deslizar el líquido por su garganta, y un escalofrío me recorre.

¿Es normal excitarse al ver a un tipo terminándose una cerveza de un trago?

—¡Empecemos! —dice este, sin ocultar su mirada cuando deja caer el botellín vacío sobre la mesa y lo gira con rabia, limpiándose la boca con el dorso de la mano.

Yo me relamo los labios y cruzo las piernas lentamente, mientras todos los presentes quedamos expectantes. El botellín finalmente se detiene, señalando el vacío entre una de esas pijas que van más desnudas que vestidas, y Noa.

—¡Adoro esta botella! —grita Noa con una voz aguda, una voz que te invita abiertamente a darle un puñetazo y ponerle una jodida cinta en la boca.

—Upppsss… —exclama Pam a mi oído—. Si elige a la otra, empezaré a creer los rumores de que es un mujeriego.

—Lo es, Pam —digo, apretando los muslos mientras todos empiezan a gritar como borregos. Le doy un trago más profundo a mi copa, sin dejar de mirarlo fijamente.

—¿Cómo lo sabes? —susurra Pam, y ambas quedamos embobadas ante semejante espectáculo apasionado—. Yo no me lo creo.

—¿Apostamos?

—Apostamos —afirma esta.

Le guiño un ojo manteniendo el suspense, aunque en realidad es porque no tengo muchas ganas de hablar.

Vuelvo a centrarme en ellos y noto que su novia parpadea coquetamente cuando él le agarra la nuca y le planta un beso violento, marcando territorio. Quedo distraída por una pequeña flor de loto tatuada en el hombro de Noa.

—¡Iros arriba ya, cabrones! —exclama el gracioso de turno, el idiota de la cicatriz.

Trago en seco y le doy otro sorbo al Cosmopolitan, hipnotizada por la manera en que se devoran la boca justo frente a nosotros. Curiosamente, me doy cuenta de que él me observa por el rabillo del ojo mientras aprieta los dedos en la pierna de su novia.

¿Por qué demonios lo hace?

La rabia y los celos vuelven a invadirme, al ser testigo de esta escena melosa y falsa. Digo falsa porque, sí, es un mujeriego. Confirmado queda, ya que sencillamente no me quita la vista.

—Pues parece que me vas a ganar, no para de mirar hacia aquí…

Claramente, Pam también lo ha notado.

—¡Me toca! —chilla Adam desenfrenado, girando la botella y entonces, Pamela aprieta las uñas en mi antebrazo.

Veo cómo la morena pija se acomoda en el sillón y él se lame los labios como un vampiro, llevando los brazos a la nuca, satisfecho con su espectáculo.

Joder. Estos dos ya me están tocando las narices.

Me pongo nerviosa, así que me llevo los dedos al cabello, sintiéndome cautiva de su mirada. Estoy alcoholizada por la bebida, pero también por la hipnosis involuntaria que me provocan sus inigualables ojos verdes.

Verdes como la esmeralda de Lucifer, e igual de mortíferos.

¿De qué va?

Lleva absorbiéndome con esa mirada tan misteriosa, pero a la vez tan reveladora desde que he tomado asiento. Esa mirada me hace derretirme dolorosamente. Mi piel se eriza y el infierno renace dentro de mí, entonces, atrapo mi labio inferior con el colmillo y separo las piernas lentamente, guiada por mis impulsos. Él se apoya en los codos y se lleva el puño al mentón, a la vez que sus afilados ojos bajan hacia mis muslos, que quedan completamente al descubierto.

Es como si el mundo se detuviera a mi alrededor y solo quedaran él y la canción de fondo: Seafret, *Be my queen*.

Sé mi reina, seré tu rey (…)

Él, sentado enfrente, con la mirada fija entre mis piernas. Yo, jugando todas mis cartas.

Deja caer sobre mí su mirada penetrante, cargada de lascivia, mientras yo ladeo la cabeza y humedezco mis labios. Rozo mi rodilla con sensualidad y empiezo a dibujar círculos en mi piel, separando lentamente las piernas con insólita insinuación.

Se acaricia el labio inferior con el pulgar, pensativo, dejando a la vista el tatuaje en sus nudillos. Siento cómo el deseo se vuelve indomable al observar su fornida mano rozar su mandíbula. Me llevo el vaso frío al cuello, presionando el cristal helado contra mi piel.

Suspiro.

Él también suspira, inclinándose hacia atrás. Carraspea con una expresión grave. Jadeo apenas cuando afloja el botón del cuello de su camisa y ajusta su bragueta con una mano, sin apartar los ojos de mí.

«Cazzo…», susurro para mis adentros.

Lo cierto es que nos estamos seduciendo mutuamente, y la seducción no entiende de normas, pero sí de gestos que te dejan sin aliento.

—¡Bert, te toca!

Me esfuerzo por no dar un brinco en el sillón cuando escucho la voz de Rebe, y nuestro contacto visual se corta. Sin pensarlo dos veces, le doy un sorbo fuerte a mi copa y agito el botellín vacío, sin saber siquiera qué ha ocurrido a mi alrededor en los últimos cinco minutos. Mi pecho sube y baja vigorosamente al pensar que podría tocarme él y casi...

«Casi…»

Levanto la vista tímidamente al darme cuenta de que la botella se ha detenido justo entre Adam y él. No soy gilipollas. Él está analizando mis gestos con atención. Sin duda, Bram me mira como un animal al acecho, esperando por mi beso.

—¡Vamos, *ragazza*! —grita Rebe en mi oído.

—¡Uyyy, tienes de dónde elegir, hija! —Oigo otra voz.

Parpadeo indecisa, pero tranquila. Esta podría ser mi oportunidad de darle un beso, porque la boca de la botella lo señala a él más que a Adam, sin embargo, hay algo en su actitud que me frena. Y, aunque esté más borracha que Homer Simpson en la fábrica de Duff, claramente no pienso comerme las babas de su jodida novia.

Asumiendo todos los riesgos, me levanto entre ovaciones y agarro a Adam por el cuello de la camiseta, el cual me mira embobado, pero sonriente. Tiro de él hacia mí, arqueando la espalda baja y levantando el culo de una forma sensual, mientras me sujeto a la dichosa mesa con la otra mano. Le planto un beso a Adam. Intento mantenerme firme a pesar de los aplausos de fondo, sabiendo que una de las consecuencias será la ira y desconfianza de Pamela.

—¡Wooow! —exclaman todos cuando me despego del chico y regreso a mi sitio con una sonrisa de triunfo—. ¡Menudo beso, niña!

«¡Cállate, capullo!»

Es lo primero que se me ocurre al oír la voz de aquel imbécil de la cicatriz. Pero, para mi sorpresa, antes de que pueda dejar caer mi trasero en el sillón, Bram agarra la botella y la gira encabronado.

—¡Ehhh! ¡No te toca a ti! —advierte uno del grupo.

Quedo sorprendida y giro la cabeza hacia Pam. Ella me mira con cara larga, mientras yo intento recuperar la cordura. Suspiro contrariada, sintiendo un leve remordimiento; seguramente está enfadada conmigo por haber besado a Adam. Ya le explicaré mañana.

—¡Eh, Bram! —escucho a Noa—. ¿Qué haces?

Yo también lo miro atónita y cruzo las piernas. El botellín se detiene y, casualmente, señala precisamente en mi dirección.

—Vaya… —me suelta con voz ronca, como si estuviera tremendamente frustrado—. ¿Y ahora qué? ¿Qué vas a hacer?

Silencio completo en la mesa, salvo por el murmullo y la música de fondo: *Heaven*, de Julia Michaels.

Me quedo de piedra. A continuación, lo miro fijamente dándome cuenta de que él también estaba pendiente de nuestro flirteo, un coqueteo que seguramente no ha pasado desapercibido para los demás, salvo por la empanada de su novia.

—Cariño, ¿de qué estás hablando? —nadie dice nada, salvo ella, que me lanza una mirada sospechosa. Acto seguido, lo vuelve a analizar, intentando recuperar su atención, pero es en vano, ya que él simplemente la aparta con el brazo, sin perder nuestro contacto visual.

—¡Beso, beso, beso! —grita su maldito amigo como si estuviésemos en un ring de boxeo.

¿Cuándo puñetas se me ha ido todo de las manos? Jamás he pasado por una situación semejante. Sin embargo, lo tengo claro. Sé que solo lo hace para contrarrestar su derrota frente a

Adam. El beso no será cuando él lo provoque ni cuando a él le salga de los huevos. Y menos después de lo irónico y arrogante que se ha mostrado hoy. Y menos… teniendo novia.

No. No puede haber ningún beso hasta que no lo tenga en la palma de mi mano.

—¡Me tengo que ir! —exclamo seca—. Mañana empiezo las clases pronto.

Me levanto bruscamente agarrando mi bolso en una mano. Me esfuerzo por sonreír y los miro a todos, salvo a él. Veo de reojo que Pam no me habla y aparta la cara.

—Pero si no entras hasta las diez… —Me crispo cuando Rebe me delata.

—¡Eso es pronto! —Doy media vuelta y le guiño un ojo a mi amiga, levantando una mano en el aire—. ¡Pasadlo bien!

Procuro caminar con el porte de una modelo sobre la pasarela, contoneando mis caderas en dirección a la salida. Sin embargo, me tambaleo tanto al salir por la puerta que me parezco más a un tractor viejo que a un ser humano. Ese hombre me ha hecho vivir un infierno ahí dentro.

«¡Pero le he dado una lección, sí señor!», pienso con orgullo mientras cruzo la calle y me adentro en un parque que acorta el camino hacia la residencia del campus.

—¿Y ahora qué? —imito a Bram, golpeando mi bolso con fuerza y formando ochos, más lenta que una tortuga—. ¿Y ahora qué?

¿Qué de qué, joder?

Sigo hablando sola a altas horas de la noche, atravesando el parque. No hay un alma en la calle y se nota que el otoño está llegando, pues empieza a refrescar. Sin embargo, de repente, mi pie se retuerce y siento con estupor que uno de mis tacones cede, a punto de hacerme caer. Entonces me aparto del camino, apoyándome contra un árbol. Me agacho para tocar mi zapato mientras mi boca parece una fábrica de palabrotas.

—*¡Fanculo!* —espeto tocándome el tobillo.

Cierro los ojos y aprieto los dedos contra el árbol, completamente inmersa en la penumbra.

—¡Pensaste que me comprarías con un café!

—Te equivocas...

¡Ohhh!

Una voz masculina rompe el silencio del parque y me quedo muda. No, muda no. Atónita. Congelada. Muerta. Es su voz. Enseguida me doy la vuelta, apoyándome contra el árbol torpemente.

—No necesito comprar a las mujeres, ¿sabes?

Bram me está cortando el camino, y permanece inmóvil a menos de un metro de mí. Está tan jodidamente guapo como siempre, y esta noche lleva unos vaqueros oscuros y una camisa negra que está que explota en su torso, con al menos dos botones desabrochados.

—¿Por qué me has seguido? —susurro, mirándole con los ojos salidos de las órbitas.

—¿Y por qué no? —Se encoge de hombros y mete las manos en los bolsillos—. Solamente he hecho lo que me has pedido.

—Yo no te he pedido nada—. Mi frente casi choca con su mentón contorneado cuando muevo la cabeza. Miro hacia arriba con el vello erizado e intento medir su altura.

—Tú no... pero tus ojos sí.

—¿Qué droga tomas, chico? —le vacilo con una risita y doy un paso a un lado—. Yo también quiero esas alucinaciones.

Apenas percibo el reflejo de sus ojos en la penumbra.

—¿Si te lo dijera, dejarías de huir de mí? —Él también se ríe y me mira atentamente.

—No estaba huyendo… —balbuceo y lo empujo sutilmente con el codo, sintiéndome intimidada, en cierto modo. Algo extraño en mí, a decir verdad.

—Y tampoco me estabas mostrando las bragas a conciencia, ¿cierto?

—¿Qué?

No sé por qué me sorprende su comentario. Lo he hecho, es más, lo he hecho muy descaradamente.

—Sabes… —sigue con un tono intrigante—, el blanco no es uno de mis colores favoritos, pero a ti te queda bien, Roberta. Además, sospecho que todo lo que te pongas, te queda especialmente… bien.

Tenso los labios cuando un olor estridente a colonia embriaga mi olfato, al igual que sus palabras mi mente.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Esa no es la cuestión. La cuestión es que tú y yo… tenemos algo pendiente.

Pestañeo confusa. Su tono irónico me fastidia, aunque también me incita.

—¿Te digo yo cuál es la cuestión?

—Sorpréndeme.

—La cuestión es que debes saber aceptar un *no*, Bram… Sander.

—Es curioso que te sepas hasta el apellido de alguien de quien ni siquiera quieras un simple... —Frunce el ceño— café.

Mueve la cabeza de un modo diabólico mientras apoya una mano contra el grueso tronco que roza mi espalda. Los músculos de sus brazos se expanden y yo intento no dejarme impresionar.

—No te hagas ilusiones —contesto sonriente—. Todos saben quién eres por tu padre. Y ahora perdona, tengo sueño, así que me iré a dormir.

Entonces, él suelta una carcajada sonora en mi oído y mantengo la respiración por un instante cuando siento sus dedos en mi brazo, inmovilizándome. Se retira sutilmente, de modo que sus facciones quedan a la vista, en un claro de luz.

—No parecía que tuvieras muchas ganas de dormir cuando intentabas seducirme —agrega mientras sube sus dedos en una caricia sensual hasta mi cuello.

Agarro su muñeca para frenar su avance.

—Y tú tampoco parecías tener muchas ganas de besar a tu novia.

—Ajá... respuesta acertada —afirma con la misma voz sensual, aunque baja la mano al instante.

—Deberías estar ahí dentro con ella, y no aquí.

—No querrás decir que ahora te importa mi novia.

—Por lo visto, me importa más que a ti.

Lo desafío con mi cuerpo y mis palabras. Y él responde, mirándome con esos ojos que a veces me resultan oscuros, casi malignos. Incluso… juraría que ahora mismo está reprimiendo las ganas de besarme. Me mira de un modo…

—¡Uyyy! —susurra—. No me digas que tienes conciencia, ahora, de repente. ¿Cuál de las dos eres, Roberta? ¿La de ahí, dentro, o la versión que hay aquí, fuera?

Entreabro los labios, como si me hubiera golpeado un chorro de agua helada.

—Soy aquella que no se lía con chicos con novia.

No me da tiempo a reaccionar, todo sucede tan rápido que apenas puedo protestar. Su mirada se aguza sobre mí, y, con un movimiento rápido, extiende la mano y aprieta sus dedos en mi cuello, empujándome hacia atrás. Siento la parte posterior de mi cabeza embutida contra la corteza del árbol con un movimiento seco y su respiración veloz contra mis labios.

—Esa no es la pregunta —dice a dos centímetros de mi rostro—. La pregunta es: ¿a qué estás jugando? ¿Qué pretendes, eh, Roberta?

Los latidos veloces de mi corazón me traicionan y siento que he ido demasiado lejos. No conozco a este chico en absoluto y ahora, que he conseguido llamar su atención, siento que algo falla.

—¡Mírame! —dice furioso—. ¿Te parece que tengo cara de idiota?

—Tú mismo estás respondiendo a tu pregunta —respondo, sarcástica y sonrío con un aire malicioso. Ni si quiera me llevo una mano al cuello para intentar deshacerme de él.

Su risita oscura y tenebrosa me estremece, y no sé si de miedo o de excitación. La oscuridad me hace recordar fragmentos de mi sueño.

—Reconócelo… —Afloja la presión que ejerce en mi cuello y me acaricia el labio inferior con un dedo—. Aunque te hagas la dura, admite que buscas lo mismo que yo.

—¿Y qué buscas tú?

—Arrancarte este vestido, por supuesto. Lo mismo que buscas tú.

Intento exhalar el aire de mis pulmones mientras bajo la vista a su dedo gordo sutilmente. Siento su caricia desquiciante en la piel aterciopelada de mi boca y mis pezones responden. Mis senos se endurecen y sé que es algo que no puedo controlar.

—Yo solo quiero irme a casa.

—Ahhhh, Roberta… —susurra, acariciando mi cuello lentamente, en vez de presionar—. No finjas más. Mi instinto es mucho más fino que tus intentos de disimular. Eres pésima, ¿lo sabes? —dice, su sarcasmo alcanzando niveles afilados.

—¿Y quién ha dicho que quería disimular?

—Me alegro que lo reconozcas porque, de lo contrario, todo este espectáculo no tendría sentido —dice complacido, sus labios quedando arqueados en una sonrisa mientras enrosca uno de mis mechones en su dedo—. ¿Lo prefieres aquí, o vamos a mi coche, ehhh?

—¿Aquí? —Le miro embobada cuando, de repente, veo que recorre el parque con la vista con una actitud desenfadada. Sospecho que está comprobando si alguien nos podría ver si recibiera una respuesta afirmativa.

—Sí —Sonríe mirándome intrigado—. Ah, ¡y no te preocupes! Esto no saldrá de aquí. Como comprenderás, no me interesa. Mañana será como si nada hubiese ocurrido, tú con tu vida, y yo

con la mía, ¿qué dices?

Pestañeo con el aliento cortado. Miro sus ojos que te hechizan hasta el infinito y su boca de un perfilado perfecto, casi sobrenatural. Observo fascinada la manera decidida en la que me mira y cómo frunce sus gruesos labios, esperando mi respuesta.

«¿Es eso lo que buscas, Roberta?», hablo conmigo misma.

¿Es eso lo que quiero? ¿Ser una más en su lista? ¿Una más de la que se olvidará en la mañana?

Es raro. Es extraño que me pregunte esto, cuando la mayoría de las veces ni siquiera me lo planteo. Tan solo lo quiero y lo tengo. Sin compromisos, y sin sentimientos de por medio.

Pero él…

Mi cabeza está a mil por hora, al igual que mis impulsos, que me gritan saltar a sus brazos y dar rienda suelta a eso que tanto anhelo, aún con el riesgo de que por la mañana se haya olvidado incluso de mi nombre.

¿O será que me siento así porque les prometí a mis padres cambiar?

Dios.

Me cuesta, pero finalmente comprendo mi aturdimiento. De momento lo comprendo todo: no he ganado. No he alcanzado mi objetivo. No hace falta ser demasiado perspicaz para entender que el chico de ojos verdes quiere someterme, pero lo que él no sabe es que no se lo permitiré. Yo soy la cazadora, y al final, la que quedará en pie seré yo. Él es solo mi presa, y nada de eso va a cambiar.

—Justo lo que sospechaba —Esbozo una sonrisa frustrada—. Sabes… he ganado la apuesta. Me acabo de dar cuenta de que mi amiga me debe un chupito de tequila. Ella me decía que me estaba equivocando, pero no. Eres un mujeriego, Bram…. —Me agacho sobre él, una vez que siento mi cuello liberado—. Eres aquel que confirma que los tipos con novia son los peores.

Él sonríe de vuelta con la misma frustración, mirándome fijamente, como si se sintiera humillado por mis palabras, pero al mismo tiempo divertido.

—¡Oh, qué graciosa! —Se lleva una mano a la boca y golpea sus labios con el índice, como si estuviera reflexionando—. ¿Pues sabes qué? Yo también tenía razón cuando le decía a mi amigo que solo eres una zorra camuflada de chica difícil.

Mi sonrisa se borra.

¡Menudo capullo!

—Jamás te llevarás una chica a la cama así. Ni siquiera a una… zorra. ¿Y sabes por qué? —Le acaricio el hombro de un modo seductor, aguantándome las ganas de bofetearle, tras semejante afirmación hiriente.

—¡Ohhh! —Esta vez es él el que agarra mi muñeca y la retiene, alejando mi mano de su hombro—. No me digas que es porque te da miedo enamorarte de mí.

—No —replico indiferente—. Es más bien porque yo soy la que decido cuándo… cómo… —Me acerco a él, desafiante—. Y dónde.

Me quiero dar la vuelta y salir por patas, pero no consigo ni dar un paso. Me toma por la cabeza, sus manos firmes sujetándome, y, sin venir a cuento, siento sus labios.

No me lo puedo creer.

Me besa con una ferocidad que devora en lugar de besar. Me empuja hacia atrás y siento la corteza del árbol arañando la piel sensible de mi espalda, un roce que me toma completamente desprevenida. Su fuerza es implacable, tanto que me siento sin aliento.

—Ohhhh… —suspiro contra sus labios, ya que su intensidad que me anula. Casi podría jurar que nunca me han besado de una manera tan pasional.

Trago saliva, consciente de las consecuencias de mis actos, pero, aun así, decido arriesgarme. Reuniendo fuerzas, en un movimiento hábil, le clavo la rodilla en la entrepierna y lo empujo con fuerza. Al instante, Bram suelta un gruñido estridente. Bien. He dado en el blanco.

—¡Maldita sea! —exclama—. ¿Qué demonios haces?

—¡Primero aprende modales y luego piensa en follarme!

Su expresión se transforma; con el rostro empapado en sudor, apoya sus manos en las rodillas. Un bulto evidente destaca en sus *jeans* y sus mejillas están encendidas. Sin perder más tiempo, camino en la penumbra con la mayor dignidad posible, aunque cojeando por culpa de esa maldita sandalia, cuyo tacón se ha roto.

—¿Eres tú la que está hablando de modales? —grita detrás—. ¿Estás de broma o qué?

—¡Esta zorra te desea feliz noche! —le grito mientras me alejo—. *¡Arrideverci amore!*

Le guiño un ojo y muevo la mano en la distancia, despidiéndome de él amablemente. Él, en cambio, sigue quejándose por el golpe, mascullando algo, mientras una sonrisa se dibuja en mis labios al darme cuenta de que el juego ha comenzado.

¿Por qué no estoy cediendo ante sus encantos y propuestas indecentes, por más que me muera por sentirlo entre mis brazos?

Me llevo una mano al pecho, procurando calmar mi respiración sacudida. No, no es por mis padres. Es por mí. Por ese lado mío. Un cazador no dispara sin más ni persigue a su presa a ciegas. Un cazador se alimenta de ella y disfruta del proceso.

Y esto, claramente, solo me indica una cosa: no quiero solamente su cuerpo, quiero su rendición.

Quiero a Bram Sander solo para mí.

CAPÍTULO 8



BRAM

—¿Quieres entrar ya? —pregunta una voz alterada.

Una voz que proviene de la oficina. Es la voz de mi padre.

Abro la puerta de su despacho, ubicado en la primera planta y me quedo esperando por su típico «discurso de media mañana», el cual siempre consigue quitarme las ganas de almorzar en casa después de clases. En realidad, lo único que me provoca es desaparecer por ahí, y probablemente eso sea lo que termine haciendo en unos minutos.

—¿Qué quieres? —digo, quedándome en el marco de la puerta mientras muevo el *iPhone* de última generación con una mano.

—¿Qué quiero? —Alza una ceja, quedándose quiero delante de mí, con ese cuerpo macizo la expresión desencajada. Mi padre es un tipo grande y podría intimidar a cualquiera. Menos a mí.

—Tienes exactamente diez minutos, ¿vale? —comento, activando el cronómetro antes de llevarme las manos a las caderas. Intento ser paciente. Es la única persona con la que no puedo hacer lo que me da la gana, porque en cierto modo, dependo de él.

«Solo por ahora».

—¡Escúchame bien! —Golpea la mesa con fuerza—. ¡Me da igual con quién te vayas a la puta cama, pero te prohíbo terminantemente volver a hacerlo con la hija de Miller! ¡El jodido gobernador de New Jersey!

Me inclino serio sobre su escritorio de roble, apoyando las manos y dando pequeños golpecitos con los dedos sobre la madera.

—¡Ni hablar! —le replico—. ¡Díselo a ella!

Me viene a la mente esa chica, demasiado delgada para mi gusto, pero con la delicadeza de una muñeca de porcelana. La misma que me está buscando desesperada desde entonces.

—¡Esa niña no para de buscarme! ¿Entiendes?

—¡Bram! —vuelve a gritarme—. ¡Ni siquiera es mayor de edad! ¡Ten cuidado con dónde metes tu jodida…! —Se detiene, lanzándome una mirada furiosa—. ¡Tienes suficientes mujeres a tu alcance como para fijarte en esa joven! —Suelta una agenda sobre el escritorio con violencia mientras abrocha un botón de su carísima chaqueta.

Jamás me fijaría en aquella chica inexperta. Todavía tengo grabados en la mente los ridículos sonidos que hacía cuando le quitaba la virginidad hace unos días, en una fiesta de alto nivel en el club más exclusivo de la ciudad: *Dawn Boston.*

—Ya han pasado los diez minutos —digo, apretando la mandíbula.

Noto cómo el corazón me late con fuerza, incapaz de soportar un minuto más si no cumplo con el tiempo. Llámalo obsesión; yo lo llamo orden y control. Harto ya de la conversación, me doy la vuelta y salgo del despacho del senador.

—¡Vuelve aquí! —Oigo su berreo detrás, al igual que el golpe de su puño contra la mesa, pero me importa una mierda—. ¡No te atrevas a ignorarme, maldita sea! ¡No vuelvas a ver a esa joven!

No volveré a verla, por supuesto. Y no porque él me lo prohíba, sino porque ya terminó la partida.

Tomo el teléfono y bajo las escaleras rápidamente. El senador se cree todavía en la Cámara Alta del Congreso y olvida que está en casa. En mi casa, ¡maldita sea! No habría llegado a nada sin mi madre, aunque lo abandonara. No aprendió nada, no aprendió que no te puedes fiar de las mujeres y es el perrito faldero de esa bruja de cabellos rubios y más mala que el mismo Satanás.

«La diosa suprema».

Pongo una mueca de asco al pensarlo, pero al instante escucho la llamada entrante. Veo en la pantalla el nombre de mi socio, pero me distrae el voluptuoso trasero de nuestra empleada Marlene, una hermosa chica de diecinueve años con rasgos exóticos y mi mascota particular en la casa.

—¡Eh, tú! —La llamo con un dedo, señalando hacia la biblioteca con la cabeza. Al verme, ella baja la mirada y deja la bandeja que lleva en la mesa.

Buena chica.

—Dime —Oigo una voz grave en el teléfono mientras me acomodo en uno de los sillones cerca de la mesita, en la amplia biblioteca de la planta baja. Llevo el móvil al oído, abro los muslos y le indico a la chica con el pulgar que se arrodille.

—¿Está todo listo para el fin de semana? —pregunto, mientras ella empieza a desabrochar la bragueta de mi pantalón con la cabeza gacha.

—Casi… —dice mi amigo desde el otro lado de la línea, con la voz entrecortada tras beber algo—. ¿Y qué hay de esa tipa?

—Operación abortada. —Inclino la cabeza hacia atrás cuando siento los labios de Marlene envolviéndome—. Es la hija del gobernador.

Dejo escapar un gemido suave al sentir cómo su boca se adapta a mi dureza y desliza su lengua con timidez sobre la punta.

—¡Maldita sea, Bram! Hay al menos diez clientes que querían participar en la subasta. ¿Sigue virgen esa tipa?

—No… —Muerdo mis labios y suspiro cuando la putita aprieta más, succionando con fuerza —. Yo la desvirgué.

Una punzada repentina me atraviesa y hago una mueca.

—¿Qué hiciste qué? —Oigo de repente su rugido—. ¿Eres gilipollas? ¿Sabes que acabamos de perder miles de dólares?

—¡No me jodas, Jack! —Agarro el cabello de mi *mascota* con una mano, empujando su boca más contra mis caderas, llenando su boca al completo—. ¡Es la hija de George Miller, el maldito gobernador de New Jersey! —le grito, furioso, al teléfono.

A ver si a gritos lo comprende. A ver si comprende de una vez que hemos fallado al elegir a la jodida víctima.

—¡Mierda! —maldice—. Es nuestro cliente más fiel…

—¡Lo es! ¿Cómo diablos se te ocurre meter a su hija en esto, Jack? —Presiono la cabeza de la criada contra mi pelvis, mientras ella saca sonidos ahogados—. ¡Fichaste a la menos indicada, maldita sea!

«Él no es nadie para cuestionarme», me planteo con la ira palpitando en mis sienes.

Aparto el móvil de mi boca, agarro el cabello de la criada y la obligo a mirarme. Me inclino sobre ella, con el pulso desbocado, y acerco su cara a la mía, notando su respiración agitada en mis labios.

—Pequeña puta… —le susurro, sintiendo cómo crece la rabia por la pérdida de dinero que acabamos de sufrir—. Tienes cinco minutos para hacer que me corra; de lo contrario, hoy mismo te largas de esta casa.

La suelto bruscamente y me dejo caer en el sillón, tenso y frustrado. Relajo la espalda y cierro los ojos, apretando la mandíbula ante el evidente fracaso. Si seguimos fallando, jamás lograremos controlar Boston, y siempre estaremos un paso detrás del maldito clan italiano de los Gambino.

—¡Dónde demonios te has ido!

—Sigue —le ordeno a Jack.

—Necesitamos una sustituta, y la necesitamos ya.

Su tono es firme, y aunque lo enuncia como un hecho, es una orden. Jack es el mayor capullo que existe, después de mí, claro.

—Así, corazón… —le digo a la criada, que intensifica su esfuerzo y me saca jadeos profundos. La excitación me consume, y estoy al borde de perder el control.

—¡A la mierda! —brama Jack al teléfono—. ¡La necesitamos para el sábado! ¡Queda menos de una maldita semana para la subasta!

—Hay una chica… —murmuro, frunciendo el ceño.

—¿Qué chica?

«Alguien que encaja, pero no es virgen».

—Ahora mismo no puedo darte detalles, pero la tendrás.

—¡Más te vale, eh! —me amenaza.

Jack cuelga de golpe, con su habitual actitud autoritaria. Suspiro con los ojos cerrados, pero de pronto siento un dolor agudo en la pelvis, y aparto bruscamente a la criada, que sigue empeñada en chuparme la polla.

—¡Largo de aquí! —le grito, perdiendo la paciencia, incapaz de concentrarme.

—Pero, señor… —dice ella, limpiándose la boca, intentando justificarse.

—¡Largo, he dicho!

Me llevo las manos a la cabeza, maldiciendo la pésima elección que hice. Aquella adolescente a la que pretendíamos subastar resultó ser, ni más ni menos, la hija del gobernador. En cuanto me enteré, supe que la subasta estaba fuera de la mesa, así que decidí quedármela.

¿Dónde está el problema? Que los putos rusos son unos de nuestros clientes más fieles y pidieron una subasta especial: nada que oculte el rostro de la chica. ¿Dónde está el problema? (parte dos) Que no se me ocurre ninguna otra tipa que se parezca a esa niña, a la cual ellos vieron en fotos, sin saber quién era.

Me quedo pensativo, sudando, con una erección insoportable.

¡Primero aprende modales y luego decídete a follarme!

¡Puta mierda!

La imagen de la compañera de Adam no se me va de la cabeza. Cada vez que cierro los ojos, veo su mirada; la forma en que sus ojos de un color verde agua me devoraban en la fiesta de los Omega, aunque al final no aceptara mi propuesta.

¿Por qué anoche reaccionó así? Claramente quería algo.

Me levanto del sofá de la biblioteca, y el terciopelo cruje bajo mi peso cuando me inclino hacia la mesa de centro para servirme una copa. Sostengo la copa de whisky y admiro el reflejo del líquido en el cristal, intentando perderme en él como distracción. Pero no puedo dejar de pensar en ella.

Sigo con la vista fija en un punto de la pared, las ideas girando en mi mente. Sus rasgos no salen de mi cabeza: alta, rubia, ojos claros, labios pecaminosos, y una piel que parece seda. Muy parecida a esa muñequita de diecisiete años, la hija del gobernador. El único inconveniente es que esa mujer no es virgen, pero podría serlo.

Enseguida busco en mi *iPhone* y pulso el nombre de Adam para iniciar una videollamada. Veo su imagen aparecer en la pantalla, y cuando levanta la vista, sonríe con un cepillo de dientes colgando de los labios.

—¡Ey, *bro*! —saluda, su voz apagada por la espuma—. No me digas que estás bebiendo a estas horas, eh.

Levanto la copa y frunzo los labios, genuinamente.

—¡Qué va! —digo, llevándome el vaso a los labios, terminando el whisky de un solo trago —. Es solo tu imaginación.

Adam suelta una risa, el muy cabrón, y sigue cepillándose los dientes.

—Déjame adivinar… —ronronea—. Esa copa y tu cara de mierda tienen que ver con esa rubia a la que querías besar anoche, ¿me equivoco?

Suelto un suspiro teatral, poniendo los ojos en blanco.

—Más o menos.

Adam se limpia la boca con una toalla, y al hacerlo, una sonrisa irónica se dibuja en su cara.

—Espero que no me guardes rencor.

—¿Por qué habría de hacerlo? —pregunto, desconcertado.

—Porque ella me besara.

Contengo una carcajada y sacudo la cabeza, pasándome la mano por el cabello para ocultar la irritación.

—No te hagas ilusiones, A —le digo—. Lo hizo solo para darme celos.

Adam hace un gesto como si dudara, aunque no puede evitar soltar una risa burlona.

—Si tú lo dices… . Pero dime, ¿dónde puñetas te metiste anoche? Desapareciste sin dejar rastro.

Un recuerdo fugaz cruza mi mente: El Templo, el humo en el ambiente, y esa *hetera* que solo sirvió para desfogar mi rabia contenida.

—Nada, cosas mías —respondo vagamente—. Mira tío, no tengo tiempo para interrogatorios. Escucha, esa chica no ha ido a clase hoy.

—¿Y cómo lo sabes? —Adam frunce el ceño, intrigado.

—La he buscado.

Él se encoge de hombros.

—Quizá está enferma.

Pero yo sé que no. No, ella está jugando a hacerse la interesante. Es su manera de probarme, de tentarme y, honestamente, no pienso dejar que se salga con la suya.

—Necesito verla —le digo, cortante.

Mi amigo me observa serio.

—¿Y tu novia?

Clavo mis ojos en la pantalla, acercándome para que no dude de lo que voy a decirle.

—Esta noche habrá una fiesta en el yate. Quiero que Roberta esté en el puerto a las siete. Haz que venga, y no me pongas excusas.

—¿Fiesta? —repite risueño mientras se frota las manos—. ¡Cabrón! ¡Planeaste una fiesta sin mí!

—La acabo de planear —respondo con voz tranquila, casi en un susurro—. Pero ¿me has oído?

—¿Tanto te gusta esa chica, colega?

Trago saliva y aparto la mirada, buscando las palabras adecuadas.

—No me gusta… —carraspeo, desviando la vista al techo, luchando por no revelar lo que siento—. Me fascina.

«Y también me será útil», añado por dentro.

—Ah, y pídeme un ramo de flores

Mis pensamientos vuelven a esa mujer y al hecho de que solo tengo unos días antes del sábado.

—Oye, ¿desde cuándo eres tan romántico? —Adam me mira confuso mientras yo esbozo una sonrisa sarcástica.

—Desde que Roberta se cruzó en mi camino —le digo con una risita y me encojo de hombros, como si fuese una broma que viene de alguien a quien le han herido el orgullo.

Cuelgo deprisa y abro un mensaje en mi teléfono. Escribo a la central:

Sujeto: Roberta Monticelli. Estudiante en el segundo año en la Facultad de Negocios de Harvard. Quiero saberlo todo de ella.

BERTA

—¿Puedes hablar? —Me acomodo en la silla del escritorio de mi habitación, recién salida de la ducha.

—No mucho…

La voz de Pamela resuena del otro lado del teléfono, tan directa como siempre. Frunzo los labios y me siento incómoda. No es que me importe hablar, pero me cuesta mucho pedir perdón. Y sé que, en cierto modo, traicioné su confianza. Soy fría, calculadora, sin escrúpulos cuando se trata de los demás, pero Pamela ha sido un sol conmigo desde que la conozco.

—Yo…

—Anoche… —suelta ella, dejando la frase flotando en el aire.

Silencio. Un silencio pesado, como si esperara que yo dijera algo, pero lo único que quiero hacer es desaparecer.

—Pam, ya sabes que Adam no me interesa —enfatizo—, pero me acobardé en el último momento, y al final…

—Al final decidiste sacrificarme a mí, ¿no?

—No es eso, fue solo un beso —respondo, dándole un sorbo a un vaso de agua. La boca se me ha quedado completamente seca, como si las palabras se me hubieran pegado a la garganta —. Sabes bien quién me interesa. Te pido…

¡Mierda! Me cuesta seguir con mi discurso.

—Lo siento —finalizo, incapaz de articular algo más coherente.

Pamela suspira al teléfono, pero no parece molesta. Más bien, confundida.

—Me extrañó, la verdad. Parecía que realmente tenías ganas de liarte con Bram. Era tu oportunidad, Berta. ¡Tu oportunidad! —finaliza con el mismo tono serio.

¿Cómo se lo explico, joder? Mi cerebro está bloqueado y las palabras no salen.

—¡Lo sé! —exclamo, intentando sonar tranquila, aunque siento el pánico en el pecho—. Puedo parecer muy atrevida, Pam, pero en realidad soy… bueno, más bien tímida —miento como una campeona, mientras miro mis uñas, buscando algo en qué distraerme. Necesito ir al salón de belleza, las tengo horribles.

Pamela suelta una risita ligera, sin maldad, pero claramente divertida.

—Bueno, cielo, está bien. Te perdono. Pero la próxima vez, hazme el favor de poner celoso a Bram con otro, no con Adam.

—Lo prometo —le respondo, nerviosa, sintiéndome aliviada. No quiero tener un problema más añadido a la lista de líos en los que me suelo meter.

Abro la plataforma de la facultad para revisar las tareas. Lyn casi me arrastra hasta las clases, pero anoche me pasé con el alcohol y esta mañana parecía pegada a la cama como si me hubieran cosido ahí. En fin, tendré que pensar en una excusa creíble para los profesores.

—¡Ah, y te iba a contar! —Pamela grita en el teléfono, visiblemente emocionada—. ¡Tengo una súper noticia!

Frunzo el ceño mientras me levanto para prepararme un capuchino. ¿Por qué Lyn está tardando tanto? Estoy segura de que el profesor maligno la tiene atrapada en su red de tareas interminables.

—¿Qué pasa? —pregunto y revuelvo el capuchino con la cucharilla, lentamente.

—¡Adam me llamó hace una hora para invitarnos a una fiesta en el puerto!

—¿En el puerto?

Se nota que está a punto de explotar de felicidad.

—Sí, en *North End*. Es una fiesta en un yate, y parece que va a haber un DJ famoso.

«¡Oh, *cazzo*, no más fiestas!», exclama mi cordura mientras me llevo una mano a la frente. ¿Cuándo demonios voy a estudiar?

—Pero…

—¡Adam me ha llamado expresamente, Berta! —Pamela está tan eufórica que casi puedo oír su risa a través del teléfono—. Podía habérselo dicho a su hermana, pero ¡me llamó a mí!

Su voz es como una mezcla de orgullo y emoción. La pobre no puede disimular lo mucho que le gusta el chico.

—¿Y quién va a ir? —murmuro mientras me muerdo las uñas. Lo sé, soy una persona terrible, pero no puedo evitarlo. El solo pensamiento de ver a Bram me pone nerviosa.

—¡Ya sé! —farfulla—. Quieres saber si Bram va a estar, ¿verdad? Bueno, déjame decirte que el yate es suyo y…

¿Qué? Mi mente se llena de tambores y mi corazón da un brinco. No puede ser.

—¡Y además, tengo el presentimiento de que tiene ganas de verte! —añade, con un tono tan juguetón que casi puedo verla guiñándome el ojo.

Es todo un desafío controlar la sonrisa que amenaza con asomar.

—¡Bah, chorradas, *ragazza*! —respondo, intentando parecer indiferente; miro al techo de la habitación como si fuera la cosa más aburrida del mundo—. Me lo pienso, ¿vale?

—¡No es justo! ¡Te estás haciendo la dura! —Pamela se ríe.

De repente, el timbre de la puerta suena y me levanto rápidamente para abrir. No esperaba a nadie, es probable que sea Lyn.

—¡Espera! Parece que mi amiga se ha olvidado las llaves otra vez. —Me arreglo el cabello mojado, maldiciendo por lo bajo, mientras giro el pomo de la puerta.

Pero para mi sorpresa, al otro lado no está Lyn, sino un hombre elegante que sostiene un enorme ramo de tulipanes rojos, envueltos con una cinta dorada. Lleva además una pequeña caja de terciopelo rosa y una nota. Me quedo paralizada.

—¿Es usted Roberta Monticelli?

—Yo… sí, soy yo —respondo, atónita, aún sosteniendo el teléfono en la otra mano—. Un

momento, Pam.

El hombre no dice ni una palabra, solo señala la nota con la mirada y se va deprisa, con un gesto cortés.

—¿Qué está pasando? —pregunta Pamela, notando mi desconcierto.

—Esta noche te cuento, ¿vale? —le digo, todavía sin salir de mi asombro.

Coloco las flores y la caja sobre la mesa mientras cuelgo el teléfono rápidamente. Con manos temblorosas, abro el sobre —también rosa—, y acaricio los tulipanes con los dedos, completamente fascinada.

«Mis favoritos…»

Cierro los ojos, conteniendo la respiración. Dejo escapar un chillido mental mientras leo la nota.

Para una señorita peligrosa, de un nuevo soltero que solicita su preciada atención. Los tulipanes rojos son símbolo de amor y pasión. Nadie mejor que tú para recibirlos, Roberta.

Con admiración,

Bram Sander.

P.D. Mi entrepierna sigue perjudicada. Me debes una, reina.

No puedo evitar sonreír al leer el final. Esto debe ser su manera de disculparse por ignorarme anoche. Me siento como una tonta, pero estoy enormemente intrigada.

¿Cómo demonios sabe que me encantan los tulipanes?

Abro la cajetilla de terciopelo y me encuentro con una pulsera de plata, incrustada con cristales brillantes que parecen diamantes. Busco el modelo en mi móvil, y casi me caigo de espaldas al ver el precio. ¡Virgen Santa! Este tipo no escatima.

¿De verdad le intereso tanto? Mis ojos se abren con incredulidad mientras el corazón me late con fuerza. Tengo que averiguarlo y, sin duda, esta noche será el momento.

CAPÍTULO 9



BERTA

Son las seis de la tarde y ya empieza a anochecer. Aylin todavía no ha llegado a la habitación y, aunque la he llamado varias veces, no se digna a contestar. ¿Dónde estará? Decido dejarle un mensaje rápido, avisándole que me voy con una amiga. Justo antes de soltar el teléfono, escucho el tono de llamada.

—*Bambina*, ¿estabas estudiando? —me pregunta mi padre.

Se oye el bullicio de fondo de la *trattoria* que tenemos en Staten Island cuando descuelgo el teléfono.

—Sí, papá.

Hago un gesto de desesperación y le sonrío a Pamela, que está sentada junto a mí, en un taxi, rumbo al puerto. Ésta se está retocando el maquillaje en un pequeño espejo y lleva un precioso vestido negro, y un bolso de lentejuela, a sugerencia mía.

—¿Habéis tenido algún examen?

—¡Por supuesto que no! Hoy es jueves, llevamos solo cuatro días de clases, ¡papá! —le respondo, ajustando mi tono para no sonar demasiado evasiva.

En el fondo, me siento culpable por la D que saqué en el examen de Woods, pero sé que eso no cuenta. Fue solo una prueba inicial y, además, mi relación con esa asignatura el año pasado no fue precisamente ejemplar.

—*Mia piccola*, ¿no me estarás mintiendo? —Su voz se vuelve un poco más grave, y tose con disimulo en el teléfono.

—Papá, deberías dejar el tabaco, sabes que no te sienta bien —replico, cambiando de tema.

Pamela suelta una risita, dándose cuenta de que estoy buscando distraer a mi padre. Sus ojos marrones brillan de felicidada mientras se pinta los labios.

—¡Oh, *mio dio*! —balbucea—. Ya hablamos. Tengo aquí un cliente, quejándose. Acabo de contratar a un camarero, pero es más torpe que todo, *¡porca puttana!*

Se oye el típico jaleo del restaurante, tan característico en la vida de los Monticelli. Me río entre dientes porque sé que ese mal genio lo he heredado de él. Mi padre cuelga rápidamente, sin decir nada más, dejándome claro que le gusta el tema de su adicción al tabaco tanto como a mí hablar sobre notas.

—¡Se ve el yate desde aquí, ohhh! —Pamela exclama, señalando emocionada, y su risa llena el aire.

Me ajusto el vestido dorado que llevo esta noche, suave y ceñido en la cintura, perfecto para

combinar con mis tacones negros y los pendientes brillantes que he elegido a juego. Mi cabello, completamente lacio y de un color rubio-platino, brilla bajo la escasa luz de la luna mientras la noche comienza a caer. Alcanzo con la vista el yate iluminado, anclado en el puerto de Boston. Desde allí, la música pop y R&B resuena, interrumpiendo la paz nocturna del puerto.

—¡Qué bonita pulsera! —comenta Pamela justo antes de que nuestro taxi se detenga.

Desde el interior, se oyen risas y voces alegres.

—¿De quién? —me pregunta, acariciando con un dedo los pequeños diamantes.

«De un sinvergüenza que se cree muy listo».

Sonrío sin decir nada y, en lugar de responder, camino hacia el yate. Pamela me coge del brazo, sorprendida.

—¡Wooow! —exclama—. Pensaba que Bram nos llevaría a un barco pequeño, pero esto… esto no tiene nada de pequeño —constata, maravillada por la opulencia del yate. Yo también lo estoy, aunque trato de disimularlo mejor—. Berta, me da la impresión de que Bram no tiene nada pequeño —susurra cerca de mi oído.

—A mí también me lo parece…

Tan solo suelta una carcajada y no consigue responderme, ya que una voz potente nos interrumpe.

—¡Un momento! —Un hombre alto y musculoso se nos acerca y nos bloquea el paso con el brazo—. ¿Nombres?

—Pamela Crawford y Roberta Monticelli —responde rápidamente Pam, mientras nos miramos expectantes.

El hombre empieza a revisar una lista, frunciendo el entrecejo y leyendo los nombres en silencio. Nos mantiene de pie en la entrada del yate mientras yo comienzo a morderme los labios, nerviosa. Me pregunto si la invitación a esta fiesta es una trampa de Bram para vengarse de la patada en los huevos que le di anoche. Tal vez me esté haciendo esto solo para humillarme. Pero, ¿por qué enviarme los tulipanes y la pulsera?

—¿Qué miras tanto? —pregunto, irritada, casi pegando mi cabeza a la hoja de la lista que el hombre está revisando.

Este no responde, en cambio nos lanza una mirada fulminante. La desesperación por no ser ridiculizada por un pijo soberbio comienza a apoderarse de mí. Entonces, con un impulso de nervios, tiro de Pamela con fuerza, decidida a irme antes de que el tipo de la entrada nos diga que no estamos en la lista.

—¡Vayámonos de aquí! —digo, frunciendo los labios con indignación, girándome. Pero entonces, una voz perfectamente conocida nos detiene.

—Las señoritas son mis invitadas, Rayan.

De repente, Bram aparece detrás de mí. Sus ojos de un verde, aún más intenso esta noche, me remueven las entrañas.

—Disculpe, *o theós mu* —le dice el portero, como si fuera una reverencia en medio de un teatro.

«¿Qué idioma es ése?», pienso, con una mueca de desconcierto. Sin embargo, alzo el mentón, intentando mantener la calma. Escucho atentamente mientras Bram mira de reojo al

portero, como si no confiara en él, y luego se vuelve hacia mí, sonriendo amablemente y extendiendo su mano.

Pamela no duda en irrumpir dentro, sin siquiera consultarme, y yo salto por encima del puente que hay entre el suelo y el yate. Enseguida sorprendo la mirada de Bram al ver mi muñeca adornada con la pulsera que me envió, justo cuando toma mi mano.

—¡Ya te tengo!

Casi tropiezo con él cuando mis pies pisan el borde de su barco, resbalando ligeramente sobre la cubierta de madera. Sin embargo, él me sujeta con firmeza por la cintura.

—Bienvenida, Roberta.

Su tono está cargado de una confianza que casi se puede tocar, y sigue apretando mi mano, sosteniéndola entre la suya como si intentara marcar territorio.

—¿O prefieres Berta? —añade.

La pregunta me toma por sorpresa, pero no muestro nada en mi rostro. Solo lo miro con la misma expresión impasible.

—Gracias —respondo, retirando mi mano con elegancia y dando un paso hacia atrás, manteniendo la distancia.

«No te lances tanto, a ver si te vas a llevar otra patada ahí, abajo», susurra mi conciencia con cierto humor, mientras mi mirada fija en él se mantiene fría. Este tipo tiene más descaro del que esperaba. Con una risa juguetona, él no parece darse por vencido, ni siquiera cuando me alejo un poco. Claramente, no le gusta que no le siga el juego.

—Por favor… —dice, señalando con una mano hacia una barra de madera sofisticada, que se extiende a lo largo del yate. Luego, con un gesto fluido, agarra una copa de cóctel, cuyo líquido verde emite un sutil vapor, como si estuviera rodeado por un halo misterioso.

—¿Qué es?

Me extiende la copa con galantería, sin apartar su mirada de la mía. No sé si es por el cóctel o por la intensidad de sus ojos, pero me siento sin aliento, y eso me desestabiliza.

—*Imperial* —me responde, con un tono seductor—. Uno de los cócteles más caros del mundo, y el que he pedido especialmente para ti.

—Me pregunto por qué —digo, analizándolo.

—Porque me recuerda a tus ojos…

Bram se muestra tan tranquilo, que parece que no está jugando, aunque sé que sí lo está haciendo. Esas palabras son como una provocación disfrazada de cortesía.

«Es una estrategia». Me doy un toque de atención necesario, intentando mantener la compostura.

—Seguro… —Me inclino ligeramente hacia él, sin perder contacto visual.

Entonces, él suelta una risita al percibir mi escepticismo y me indica pasar al interior del yate. Pam, que está por delante, se ha dirigido rápidamente a un lugar donde se encuentran Adam y Rebe, entre la multitud que hay en la popa. Hay al menos treinta personas, cada una con su copa en la mano, conversando y disfrutando de la música.

Cuando él entreabre los labios para decir algo, yo lo interrumpo.

—Por cierto, jamás hubiese dicho que te gustan las lenguas muertas.

—Créeme, prefiero las vivas —me responde con una risita seductora y me mira intrigado—. Las lenguas... muy vivas.

—No lo parece —le contesto, al captar el doble sentido, y me detengo brevemente frente a una serie de inscripciones que decoran las paredes de la cabina. Las letras elegantes parecen dibujarse con cierto misterio, y no puedo evitar leerlas, aunque no entienda ni una palabra.

Ό,τι δεν είναι του Δία είναι η επικράτειά μου. Με άλλα λόγια, ο επόμενος προορισμός σου ανήκει σε μένα.

Muevo los labios, intentando descifrar lo que está escrito, pero mis esfuerzos son inútiles. Él, sin embargo, se lleva las manos a la espalda, mirando las letras con una intensidad que me pone nerviosa.

—De lenguas muertas, nada —matiza—. De hecho, es griego moderno.

Me muestra una sonrisa hipnotizante que me corta la respiración mientras veo cómo su dedo, con una calma inquietante, roza las letras rojas como la sangre, como si estuviera tocando algo mucho más que tinta sobre madera. Joder. Hay algo demasiado erótico en ese gesto.

—¿Qué es? —me atrevo a preguntar, saboreando el cóctel, que me parece demasiado dulce.

—*Todo lo que no es de Zeus es mi territorio. Dicho de otro modo, tu próximo destino me pertenece* —responde, con una traducción pausada.

Mis músculos se tensan instantáneamente. Mi corazón se acelera sin previo aviso, y por un momento, el mundo a mi alrededor se borra. Solo quedamos él y yo, compartiendo un momento cargado de algo más que palabras. Mi mirada se eleva, y nuestros ojos se encuentran de nuevo.

«Autocontrol» me repito, como un mantra, mientras trato de recuperar la calma.

—¡Guau! —suelto una carcajada—. Suena demasiado fatalista.

Él se contiene, como si estuviera evaluando mi reacción con una mirada calculadora.

—¿Fatalista? Más o menos —dice serio—. Aunque… yo no usaría esa palabra.

—¿Y cuál usarías?

—Territorial —señala—. Usaría la palabra *territorial.*

Mi risa se escapa nuevamente, y le doy otro sorbo al cóctel.

—¿Acaso es algo que te caracteriza, Bram Sander? —pregunto, mientras me doy la vuelta, avanzando con coquetería hacia nuestro grupo de amigos.

Él sigue mis pasos, reflexivo y observador.

—Puede ser, Roberta Monticelli. Los que me conocen me definen así.

—Afirmar eso es atribuirse demasiado poder. Y más cuando hay tantos dioses en el Monte Olimpo, como peces en el mar.

A él parece no importarle mi sarcasmo sobre la mitología griega, a la que, claramente hace referencia esa frase. Su presencia es demasiado dominante, y eso me inquieta de una forma que no puedo controlar.

—¡Sin duda alguna, cuando elegiste la frase, estabas de resaca! —prosigo, con otra risa.

Él también se ríe, pero de repente se detiene. Coloca rápidamente la mano en mi cintura, haciéndome detener en seco.

—¡Vaya! —dice, bajando la vista hacia mi boca—. Hasta diría que entiendes de mitología.

—¡Ni de coña! —respondo ausente, el cóctel sirviéndome para entretenerme y no ponerme nerviosa. —Vi la película de Percy Jackson y los Dioses del Olimpo.

—Ahmmm… —murmura, chasqueando la lengua—. Pero es solo una película.

—¡Muy buena, por cierto! —exclamo, levantando un dedo en el aire. Entonces, miro alrededor, buscando una excusa para cambiar de tema—. Oye, la fiesta está muy bien.

Él también gira la cabeza, y nuestra mirada se encuentra al mismo tiempo, fijándose en nuestro grupo de amigos, que ya están bebiendo y bailando al ritmo de la música. Adam está conversando con Pam, demasiado cerca, y ella le lanza miradas juguetonas.

Mientras ella lo está consiguiendo, yo estoy buscando a una voluptuosa morena, queriendo saber si el tipo que me está intentando llevar a la cama, está verdaderamente soltero.

—Y a todo esto… ¿a cuál prefieres? —pregunta con voz grave, mientras aprieta los labios en el filo de su copa, gesto que observo, fascinada.

—¿Cómo?

—¿A cuál de los dioses prefieres?

—Ehhmmm… —tartamudeo, sintiéndome un poco ridícula.

«Joder con la maldita mitología», pienso. No es precisamente un tema del que entienda mucho, y paso de pasarme toda la noche hablando de la película de Percy Jackson, por mucho que me haya encantado en su momento.

—Pues… —frunzo los labios—. A ninguno, claro. Sé distinguir la realidad de la ficción, y soy bastante práctica, la verdad.

—Ajam —dice, carraspeando ligeramente—. Yo habría jurado que te pega Zeus.

¿Eh? ¿Me he perdido? Me encojo de hombros.

—¿Por qué?

—No sé… —Me observa reflexivo—. Porque Zeus es fuerte, decidido, un líder en toda regla y el sueño de cualquiera. Y tú…

—¿Yo qué?

—Nada.

De inmediato, le da un trago fuerte a su copa y recoge otra de la bandeja sin terminar la frase.

¡Qué hombre más raro!

—¿Sabes que odio cuando la gente no termina sus frases?

—Yo también odio muchas cosas. Algún día te contaré —replica con una seriedad que me desconcierta. Entonces aprieta un botón de algo que lleva en la muñeca, y juraría que es un cronómetro. —Por cierto, no me has contestado.

Da un paso en mi dirección, uno que no veo venir, y al instante noto su mano en mi cintura de nuevo.

—¿Contestarte a qué?

—¿Cómo quieres que te llame? ¿Roberta o Berta?

—¿Eso tiene alguna importancia? —le pregunto mientras observo cómo él sigue con la

mirada la línea de mis labios pegados al cristal de la copa.

—No lo sé, dime tú. Para mí sí importa… y creo que para ti también.

—¿De qué hablas?

Mi pecho comienza a vibrar debido a nuestra cercanía. Mi autocontrol se ha ido al cuerno en menos de un cuarto de hora. Mi piel se eriza al sentir cómo sus dedos descienden lentamente de mi cintura hasta la parte baja de mi espalda, acariciándome de manera sensual. Mueve los dedos justo por encima de la tela de mi vestido de seda, que, sin duda, representa la tentación perfecta para el moreno de ojos verdes.

—Llevas mi pulsera.

No le respondo, en cambio le aparto la vista y, disimulando, le sonrío a Rebe y a Adam, intentando distraerme con el ambiente de fiesta y los platos sofisticados que hay en las múltiples mesas que nos rodean. Pero es difícil. Estoy embriagada por su presencia, por la forma en la que me observa y su perfume, que huele a caro, igual que el traje perfecto que lleva. De hecho, su elegancia no me deja indiferente.

—Dime, reina… —susurra, acariciando mi antebrazo y bajando hasta mi muñeca, donde cuelga la pulsera de diamantes—. ¿Esto significa un *sí*?

Abro los ojos consternada, con los latidos cada vez más intensos en mis sienes. ¿Qué es lo que me ha preguntado exactamente? Me quedo en estado de idiota por exactamente dos minutos, hasta que me distraigo con la figura de una morena de piernas largas a unos metros de nosotros. Ella nos observa, visiblemente molesta, mientras cuchichea con sus jodidas amigas. Percibo sus celos, y realmente me pregunto qué hace aquí.

No entiendo a qué demonios está jugando Bram. La presencia de Noa en la fiesta me confirma que ha sido toda una mentira. Él es un mentiroso, y yo soy una gilipollas por llevar su maldita pulsera cara en la muñeca. Pero esto también es parte del plan.

—¡Ehhh! —Sus dedos persuasivos en mi mentón logran que mi mirada desconcertada vuelva a centrarse en él.

Quedo electrizada de nuevo; Sin embargo, cuando me atrae hacia sí, me aparto con disimulo, colocándome una coraza.

—¿Qué decías? —Dejo la copa sobre una mesita y ahora soy yo quien le dedica una sonrisa fingida pero embaucadora.

Apoyo una mano en su hombro, al sentir su brazo rodear mi cintura por completo, quedando a solo unos centímetros de su boca.

—Roberta… me has escuchado perfectamente —murmura.

Por lo visto, ya ha elegido cómo quiere llamarme. Roberta. Solo mi madre me llama así, y el simple sonido me provoca un escalofrío.

—Lo cierto es que… —Me muerdo el labio superior lentamente y bajo la vista, mientras con mucho cuidado me desabrocho la pulsera, sin que él lo vea.

—¿Qué, bebé?

«Bebé…»

El tono en el que pronuncia esa palabra tiene un dejo cariñoso, pero también… extraño. Siento el roce de sus dedos cuando alcanzan mi culo, provocando que nuestras caderas vuelvan a

chocar.

—Que no puedo aceptar tu regalo.

Enseguida tomo su muñeca, y dejo caer la pulsera de diamantes en su mano mientras hago un esfuerzo sobrehumano por despegarme de él. Sus facciones se endurecen, entendiendo cuál es mi decisión al respecto.

—De todas formas, está todo bien, Bram. No te guardo rencor, además, gracias por la invitación a la fiesta. ¡Fiesta que creo que deberíamos disfrutar, de hecho! —añado con desenvoltura y ese toque de locura que me caracteriza, restándole importancia a su regalo—. Voy a unirme al grupo, ¿te vienes?

Le sonrío tranquila, señalando con la cabeza hacia nuestros amigos y, acto seguido, sacudo el cabello con aire vanidoso, ya lista para alejarme. Pero él me toma por sorpresa y atrapa mi codo.

—No vas a ninguna parte.

De repente, empieza a tirar de mi brazo, avanzando desde la popa hacia la amplia cabina del yate con pasos veloces y apretando el puño donde guarda la pulsera de diamantes.

—¡Bram! —intento frenarlo con un chillido, pero su avance imparable me lo impide—. ¡Jodeeeeeeeeeer!

—¿¡Joder!?

Veo su ancha espalda y su cuello robusto donde se asoman unos cuantos tatuajes, mientras avanzamos por un pasillo semi-oscuro, lleno de candelabros en las paredes, el interior de su barco asemejándose a un castillo, y eso es bastante difícil de explicar. Miro a mi alrededor atónita mientras él me empuja hacia una habitación al final de un pasillo estrecho. Le hace una señal a un guardaespaldas, y el hombre de la entrada cierra la puerta, impidiendo que cualquiera pueda entrar. Y todo esto en un par de segundos.

Unos tremendos escalofríos me atraviesan, y entonces agito mi mano atrapada por la suya, sin tener claro qué está pasando. Enseguida, doy un paso hacia adelante y me quedo de espaldas a él cuando escucho el portazo. Mis ojos se abren, presa de una euforia repentina al encontrarnos solos en aquel cuarto con la música retumbando desde afuera.

Y si pensaba que eso era todo, cuando veo la habitación, me quedo muda. Siento los golpes frenéticos en mi pecho cuando alzo la vista y veo una cama en el centro de la cabina. Parece sacada de la Edad Media, con cuatro pilares de madera que la rodean y sábanas de un blanco impoluto. Pero lo que realmente llama mi atención son las barras de hierro que unen los pilares del cabecero, de las cuales cuelgan unas cadenas que terminan en… esposas.

—¿Qué broma es esta? —murmuro, completamente descolocada, al oír sus pasos lentos detrás de mí.

Me doy la vuelta con la rapidez de un rayo antes de que me alcance y quedo frente a él, inmóvil, con las rodillas temblando. Jamás me he visto en una situación semejante.

—¿Qué es eso? —le grito.

Se detiene a solo unos centímetros de mí, mirando de nuevo su maldito reloj y pulsando un botón.

—¿Una cama? —Alza los hombros, fingiendo inocencia.

—No, no… no es solo una cama. —Muevo la cabeza, indignada—. No me digas que usas eso.

—¿Eso? —responde con una risita que me resulta inquietante—. Eso tiene un nombre: esposas. Se usan en el bondage, y eso es…

—¡Sé lo que es! —le freno y alzo la barbilla, ocultando el nerviosísimo que siento. Soy valiente, pero soy mujer y eso, desgraciadamente, me hace vulnerable.

—¡Genial! —Sonríe y se cruza de brazos como si disfrutara viéndome intimidada por la cama que se alza delante de mí.

Mi vista recorre mi alrededor en la penumbra del cuarto al que me ha obligado a entrar; aquí también hay candelabros en las paredes, con velas en lugar de bombillas, lo cual aumenta el misterio del lugar.

—¿Velas en un puto yate? —suelto suspicaz.

—Muy romántico, ¿cierto?

—Más que romántico, todo esto me resulta siniestro, Bram.

Cuando avanza un paso más, yo retrocedo, pero la puerta de la entrada presiona mi espalda. Definitivamente, no tengo adonde ir.

—Tranquila, solo quiero hablar.

—¿Hablar? —Sonrío crispada—. No sé por quién me has tomado. También podemos hablar afuera.

—Aquí tenemos más intimidad, ¿vale?

No le creo ni una palabra; siento mi pulso latiendo en el cuello, pero intento calmarme y trago saliva. Dudo que se atreva a hacer algo indebido con tanta gente alrededor en plena fiesta.

—¡Hablemos entonces! —le contesto—. Dime de una vez qué quieres.

Cruzo los brazos, esforzándome por mantenerme serena mientras él, impecable bajo la luz de las velas, me observa. Lleva el mismo traje oscuro, bastante familiar, pero esta vez con una camiseta blanca con un pronunciado cuello en V, lo que deja entrever sus pectorales marcados. Pienso que la tinta de los tatuajes que le cubren el torso y una parte del cuello, contrastan deliciosamente bien con el blanco de la camiseta.

Entonces, oigo un suspiro profundo y veo cómo se acaricia el mentón mientras me mira con suspicacia.

—¿Por qué lo haces? —me pregunta.

Ambos sabemos de lo que estamos hablando. Puros pecadores, presos de la seducción.

—¿Y tú? —lo enfrento—. ¿Por qué lo haces tú?

En silencio, acerca su mano a mi mejilla y acaricia mi rostro con una ternura que nunca habría esperado ver en él.

—Porque siento que somos parecidos, Roberta —dice tras unos segundos, mientras desliza su pulgar sobre mis labios lentamente—. Y porque siento que mi mundo se queda pequeño sin ti en él, ¿te basta con eso? Quizá pienses que soy un idiota, pero no puedo evitar soltar estas frases cursis y románticas cuando te tengo cerca.

¿Pero qué narices le ocurre a este chico?

Respiro profundamente.

—Bram, lo primero, odio el romanticismo. Y segundo… tu novia está fuera, ¿te lo tengo que

recordar?

—Ya no es mi novia.

—¡No me digas! —Me burlo—. Entonces invitas a tu ex novia a una fiesta donde según tú, soy tu invitada de honor.

—Así es… —dice calmadamente mientras coge mi mano suavemente en la suya y enrosca la pulsera en mi muñeca con destreza—. ¿Qué hay de malo? Noa es mi amiga también.

Entorno los ojos y lanzo veneno; soy así cuando me sacan de mis casillas y me intentan tomar el pelo.

—¿De verdad crees que soy una niña de cinco años que se traga cualquier cuento con tal de recibir unos caramelos?

—¿Y tú crees que me voy a tragar el tuyo, eh… Roberta?

—¿A qué te refieres?

Le miro mientras me toco la muñeca, poco convencida de aceptar su regalo.

—A que no eres ninguna inocente de la que se pueden aprovechar.

—Me alegra que lo tengas claro.

—Yo sí lo tengo claro —replica—. Pero quién parece que no lo tiene claro eres tú.

—No me va ese rollo y punto —respondo, nerviosa, señalando la maldita cama.

—¿Es que acaso lo has probado? —Sonríe y persigue mi vista, que queda clavada en las cadenas de hierro que hay detrás.

—No necesito probarlo para saber que no me gusta.

—Siempre hay una primera vez, ¿sabes? —dice mientras se desabrocha el único botón de la parte superior de su chaqueta y se la quita, dejando sus musculosos brazos a la vista.

Mis pulmones no dan abasto; mi instinto me dice que esto es peligroso. Cada músculo en su cuerpo me advierte que estoy frente a un hombre impredecible y peculiar. Lo peor de todo: que trastorna mis sentidos tanto, que siento que esta vez no podré aguantarme las ganas y lo echaré todo a perder.

Usaría la palabra ‘territorial’... Los que me conocen me definen así.

Su confesión retumba en mi mente, y empiezo a cuestionarme seriamente si me he fijado en la persona correcta. Estoy acostumbrada a llevar el control, no a que me controlen. Busco la dominación, no que me dominen.

Y él...

Mis pulsaciones aumentan. Él es igual que yo. Tiene razón. Es tan jodidamente parecido a mí que me da miedo.

—No tengo ganas de hablar… —Toco el pomo de la puerta, temblorosa, pero decidida. Consigo entreabrirla, pero su mano cae pesadamente sobre el filo y la cierra de un golpe. Al mismo tiempo, enrosca su otro brazo alrededor de mi cintura, atrapándome por completo.

—Pero yo sí. Y hoy mismo dejaremos claro este tema, ¿vale?

Quedo inmovilizada entre sus brazos, con mi espalda contra su pecho y mi trasero pegado a su pelvis, donde siento su erección que crece a un ritmo vertiginoso.

—Quiero salir, ¿vale?

—¿De verdad quieres salir? —Siento mi piel erizada cuando él acaricia mi muslo y desliza su mano bajo mi falda lentamente—. ¿Sabes? Anoche se me olvidó decirte lo guapa que eres. Preciosa, de hecho…

Aprieta sus labios contra mi cabello, cerca de mi nuca, y luego besa mi mejilla con un fervor inquietante. Los golpes en mi pecho aumentan cuando me presiona contra la puerta y aprieta su mano en mi abdomen.

—Mírate… —continúa tentándome—. Pareces una muñeca; tu piel es tan suave… tan blanca y sedosa.

Sus dedos ya han alcanzado su objetivo y siento sus dedos colándose en mis bragas.

¡Oh, mierda! Cierro los ojos, sabiendo que estoy a punto de caer en la tentación. No sería yo si no cayese, solo para después levantarme e irme.

—No es creíble que alguien deje a su novia en menos de cuarenta y ocho horas por una mujer que no le corresponde —hablo entre dientes, sin poder moverme.

—Que no le corresponde… —Su aliento raspa mi cuello cuando uno de sus dedos me roza sutilmente—. ¿Seguro?

Suelto un gemido al notar mi lubricación aumentar.

—No me acuesto con hombres con novia.

—Yo no tengo novia, cariño. ¿Cómo te lo digo ya? —insiste y sus labios bajan a mi cuello, dejando huellas de fuego en mi piel—. Llámalo brujería o coincidencia, pero me embrujaste, Roberta. Anoche dejé a Noa… —Besa mi cuello— por ti.

¿De qué está hablando? Tiemblo, pero intento no dejarme impresionar por sus palabras vacías.

—¿Y por qué te creería? —insisto, aunque me estremezco con la firmeza de su mano presionando ese botón sensible que él enciende.

Siento mis sentidos a flor de piel. Cualquier mujer sería incapaz de resistirse a Bram Sander, y yo menos aún. Los estímulos son mi debilidad, y él es una maldita bomba de hormonas para mis sentidos.

—¡Ohhh! No dejo de pensar en ti.

Espiro hondo y cierro los ojos, atrapada en el torbellino que se ha desatado entre nosotros.

—Bram, no soy de las que se creen las declaraciones de amor, y yo…

—¿Declaraciones de amor? —suelta una risa fuerte mientras me sigue provocando, haciendo que mi vientre tiemble—. En realidad, me daría igual hacerte una declaración de amor, llevarme otro maldito golpe en los huevos, ¡o poner el puto Boston a tus pies con tal de que seas mía, Roberta!

Me da la vuelta con brusquedad, obligándome a mirarlo a la cara.

—Dime… ¿cuál es tu precio?

¡*Cazzo*! Este hombre me excita, me doblega la mente y me hace vibrar como nadie. Pero sé que, a cambio, quiere control. Acostarme con él sería pagar un precio demasiado alto, uno que no estoy dispuesta a asumir, por más que me fascine y me obsesione.

—No me sorprendes en absoluto… —murmuro, sosteniéndole la mirada—. Los tipos como tú están acostumbrados a conseguir lo que desean pagando, no por sus propios méritos.

De repente, me inmoviliza la cabeza contra la puerta. Siento la sangre fluyendo a toda velocidad por mis venas cuando me clava esos ojos verdes, que hoy parecen transformados.

—Mírame a los ojos y dime que no es cierto que le contaste a tu amiga que te gustaba.

—¿Qué?

—Dime que no intentaste acercarte a mí… —gruñe, casi escupiendo las palabras—. Lo sé todo, y no me extrañaría que te estés comportando así para llamar mi atención.

—¿Qué coño sabes? —le pregunto en un susurro ahogado.

—Todo. Pamela se lo ha contado a Adam. Le dijo que yo te llamaba la atención. Y no desde ahora, Roberta. Desde el verano.

—¿Pam?

¿Ha sido Pam capaz de delatarme?

Joder. No sé por qué me sorprende, está loca por Adam, y probablemente pensó que, si le confesaba mi atracción por Bram, contrarrestaría cualquier ilusión que él pudiera haberse hecho conmigo tras el beso que le di en la fiesta de los Omega.

—¡Mírame!

Me quedo muda. Sus dedos presionan mi nuca, y su rostro está tan cerca que puedo ver unos pequeños lunares en su mejilla.

—¡Estoy harto de este maldito juego!

—Yo también —replico furiosa, ya que me siento traicionada—. Así que… el juego ha terminado.

Entonces, sus ojos brillan con algo entre burla y desafío. Antes de que pueda reaccionar, me empuja más contra la puerta.

—Reina… —murmura mientras sus dedos húmedos recorren mis labios, dejando en mi boca un rastro de mi propio sabor—. El juego acaba de empezar.

Sus labios atrapan los míos con una violencia que me quita el aliento. Me sostiene contra su cuerpo mientras su bragueta roza mi entrepierna, haciéndome perder la cabeza. Mis manos se aferran a su cabello, instintivamente, mientras sus dedos se hunden en mis nalgas.

Lo deseo. Lo deseo más de lo que mi propia mente puede procesar. Pero hay algo en el fondo que no me deja relajarme. Sus palabras del parque. Sus ganas de hacerme suya para después desecharme y alardear con sus amigos de que me ha follado. Es como si me aterrorizara pensar que podría gustarme más de lo que debería; que volviera a decepcionar a mis padres, que él me enamorara, que pudiera disfrutar demasiado al sentir esas esposas ajustadas a mis muñecas...

«¡Maldita sea!», grito internamente, aferrándome al último vestigio de cordura. Entonces muerdo su labio, luchando contra sus manos que me sujetan con fuerza.

—¡No!

Pero no funciona. Sus manos están en todas partes, levantándome sobre su pelvis y apretándome contra sus costillas.

—Bram… —jadeo, intentando hablar, pero su boca me asfixia. Resistirme se vuelve cada

vez más difícil—. Tenemos que hablar, ¿vale?

Intento calmarlo, pero está completamente desatado. Mi corazón late desbocado en mi pecho. No estoy acostumbrada a que alguien no me obedezca, y él… él no parece obedecer. Él parece ser el mismo demonio. Un Lucifer de ojos verdes, indomable como un potro salvaje.

—Shhh… —susurra, despegándome de la puerta mientras me lleva hacia la cama con mis piernas enroscadas en su cintura.

¿Qué debería hacer? ¿Qué *podría* hacer? Este hombre debe ser increíble en la cama y sé que estoy a un paso de averiguarlo.

—Pensabas que eras muy lista, ¿verdad, nena?

Me deja caer sobre el colchón y el tacto de las sábanas en mi piel me hace estremecer. Lo miro, intentando descifrarlo, pero entonces mi atención se desvía hacia las esposas que cuelgan de las cadenas metálicas.

—¡Vale! —grito, mirando de reojo las cadenas y luego a él—. Te creo. Creo que dejaste a tu novia por mí, y estoy dispuesta a darte una oportunidad, pero primero…

—Ah… ahora me crees.

Me siento estúpida.

—Quiero creerte, ¿vale?

—Y también quieres que te folle, ¿no?

«Sí quiero. Lo quiero todo de ti».

Esto mismo diría la Roberta del curso pasado.

—Yo… —retrocedo instintivamente en la cama.

Necesito unos minutos. Necesito pensar, joder. Este curso prometí ser otra persona, y esto lo echaría todo a perder. Y después, está la traición de Pam. No puedo. No estoy ahora para esto. No lo quiero así, con este chico que no conozco de nada, sometiéndome.

—¿Tú qué? —me reta, con esa mirada que perfora.

—Por más que lo intentes, jamás lo conseguirás, Bram —respondo, seria—. No así, ¿vale? Siempre huiré de ti.

—Claro que lo harás. Huirás. Y no sabes cuánto lo disfrutaré. —Se relame los labios, pero esa chispa de burla en sus ojos me inquieta—. Pero ese momento aún no ha llegado.

—¿Qué has dicho?

Él no responde, en cambio, sonríe con una intensidad que me desarma mientras clava una rodilla en la cama, obligándome a retroceder. La luz de la luna resalta su figura, cada músculo tenso, los tatuajes en sus brazos y hombro. Letras griegas similares a las que he visto en el barco recorren su piel, haciéndolo aún más atractivo.

Se inclina sobre mí, acariciando una de las cadenas metálicas con una calma que me pone los nervios de punta.

—¿Sabes? Amo esta cama, pero no tanto sin ti en ella.

El sonido de la cadena rompe el silencio, y me sacudo, viendo claramente su intención.

—No juegues conmigo…

—¿Jugar? —Su sonrisa perversa me quema—. Oh, Roberta, la que quiso jugar fuiste tú. ¿Y ahora te arrepientes?

—¡No tienes ni puta idea de lo que dices! —le acuso—. ¿Te has metido una raya o qué?

—No una, más de una —responde con descaro—. ¿De verdad pensaste que podrías jugar al gato y al ratón conmigo?

Me congelo cuando se inclina más, sujetando mis muñecas. Asumir que él se ha enterado de mi secreto, me pone de mal humor.

—¡Basta ya, Bram! —grito con fuerza—. Estás yendo demasiado lejos.

—Pues no… —susurra, asegurando una de las esposas de cuero en mi muñeca mientras tiro con todas mis fuerzas. Siento el corazón queriendo salirse de mi pecho cuando el sonido metálico del cierre de la otra esposa alrededor de mi muñeca retumba en la cabina.

A continuación, acaricia mi mentón con una suavidad desconcertante; me observa como si fuera una deidad, con una mezcla de adoración y lascivia que me eriza la piel. Aunque soy yo quien está atada, hay en sus ojos una sumisión extraña, casi perturbadora, que me confunde y me atrae al mismo tiempo.

—Pensaste que íbamos a jugar al gato y al ratón, ¿verdad? —musita cerca de mis labios—. No, bebé, conmigo nadie juega. Y... déjame advertirte algo. —Se inclina más—. Has caído en las garras de un león.

Lo miro, perpleja y completamente encendida. Las palabras se atascan en mi garganta; solo puedo apretar los puños, atrapados por las esposas.

No, Bram no solo es un chico malo. Es *el chico malo*.

CAPÍTULO 10



BRAM

Observo en silencio las esposas que la mantienen completamente atrapada y a mi merced. La pulsación latente en todo mi cuerpo me avisa que estoy al límite.

Cuando dos gotas de sudor se deslizan por su frente, es como si las sintiera en mi propio cuerpo, ya que mis músculos están completamente tensos por los nervios que esta atrevida rubia ha provocado con sus juegos de seducción y soberbia.

—¿Quién lo hubiese dicho?

Su jocosa voz interrumpe mis pensamientos, mientras acerco mi cuerpo al suyo, sin intención de dejarla escapar. La miro, intrigado por su pregunta poco clara.

—Me parece que estamos desperdiciando el tiempo con charlitas que no te llevarán a nada, Roberta —le digo, mientras llevo mis manos a sus muslos.

—¿Quién hubiese dicho que te iría este rollo? —comenta, moviendo la cabeza hacia las esposas de cuero oscuro, que contrastan perfectamente con su piel pálida.

«Demasiado bien…», susurra esa voz involuntaria en mi mente.

—¿Qué diría tu papi, el senador, sobre esto, eh?

—¿A que no se está tan mal aquí? —le suelto, haciendo caso omiso de sus palabras y le subo el vestido mientras ella observa sus brazos estirados, apretando los puños—. Esto te sobra, cariño.

Me relamo los labios.

—*¡Cazzo!* —brama en mi oído, verdaderamente furiosa—. ¿Qué opinaría la prensa si se enterara de que el hijo del senador se dedica a atar mujeres en su maldito yate?

Está furiosa y eso me pone.

Me río y la miro de reojo, evadiendo su pregunta mientras mis facciones se endurecen. Fuera lo soy, soy su hijo, pero dentro soy el amo y señor. No sabe con quién está hablando.

Ella mueve sus tensos brazos y sacude las muñecas, arqueando la cintura. Hasta su voz, con esa maldición en italiano, excita cada célula de mi cuerpo. Abre los párpados, y aunque su voz me diga que no, sus ojos me muestran otra cosa: una mezcla de lascivia y desafío que noto en su mandíbula tensa.

—Ya sabes mi secreto… —siseo cerca de su rostro, sin apartarle la mirada. Sus ojos y esa boca me enloquecen.

—Dudo que sea un secreto —dice con ironía sin apartar su mirada—. Me has traído aquí a la fuerza.

—¿Y?

Agarro los lazos de sus bragas, seduciéndola con mis dedos. Empiezo a deshacerme de ellas lentamente, sin darle tiempo a protestar. Ella suelta un gruñido intenso y confieso que eso que oculta entre sus piernas me lleva al cielo, o más bien al infierno, juzgando por el calor que siento.

—Esto también te sobra —añado mientras tiro sus deliciosas braguitas al suelo.

—¡No te saldrás con la tuya, me oyes! —maldice con voz entrecortada.

—Lo estás empeorando, ¿vale? —Mis dedos se enredan en su cabello.

—¡Suéltame! —vuelve a gritar en mis narices.

Todo en ella me vuelve loco, como una droga que me consume con cada segundo. No puedo evitar sonreír cuando noto cómo se derrite bajo mi tacto, como si fuera una adolescente inexperta, vulnerable y completamente mía. Siento cómo se tensa bajo, a la vez que suelta un gemido que me recorre como una descarga de alto voltaje. Ella tan solo eleva su cabeza y me mira, moviendo sus brazos queriendo escapar. Y eso la hace más deliciosa aún.

«Por Zeus…»

Jodidamente deliciosa.

Mis instintos me traicionan y, aunque solamente quería darle una lección, no pudo detenerme. Mi boca encuentra su pubis húmedo, mientras mis manos dominan sus muslos, manteniéndolos abiertos a ambos lados, firmes e inmóviles. Es imposible no notar el leve temblor en su piel, ese jadeo que escapa de su boca. Y entonces, me siento invencible.

—¡Oh, Dios! —suspira, con el pecho subiendo y bajando, como si estuviera a punto de colapsar.

—Dios no existe —murmuro contra ella, disfrutando de cada reacción, cada suspiro que logro arrancarle. Atrapo su coño entre mis labios y la saboreo como si fuera un manjar exclusivo. Chupo intensamente, empapándome de su sabor y le proporciono golpes sacudidos con la lengua.

—¡Dios me importa una mierda, Bram! —Sus profundos jadeos me calientan la sangre—. Al igual que tú… ¡joderrr!

Mi lengua se desliza con precisión, de arriba abajo, lenta al principio, más intensa después. Sé lo que hago; lo disfruto, lo domino. Puedo sentirlo en la forma en que su cuerpo vibra bajo mí. Me gusta pensar que soy el único que realmente sabe cómo hacérselo. Hacérselo bien, me refiero.

Pero no. Esta zorra con cara angelical no se saldrá con la suya.

Subo mis labios hacia su abdomen cuando percibo sus jadeos incontrolables y estoy que exploto. Nuestras narices se rozan vertiginosamente.

—Bebé… —susurro contra sus labios mientras atrapo su cabeza con una mano y devoro su boca con desenfreno.

Se resiste a dejarme invadirla, y sus jadeos y movimientos de cabeza me indican que es una mujer indomable, que no se someterá fácilmente y que me lo pondrá difícil. Pero eso es justo lo que me enciende aún más.

—¿Sabes qué? —gruño con una sonrisa maliciosa.

Sé que debo hacerlo, aunque me cueste la misma vida detenerme. Pero sé que debo instruirla.

Sé que debe aprender.

—Lo siento mucho, reina, pero tu diversión acaba aquí, al menos por hoy. Antes te he dicho que hay muchas cosas que odio, ¿verdad?

Sus ojos agrandados me confirman que mi plan está funcionando.

—Respóndeme cuando te hablo, Roberta.

—¡Vete a la mi…!

—Shhh… —murmuro—. No continúes o te arrepentirás.

Presiono mis caderas contra su cuerpo para que note cuánto la deseo. Su aliento veloz me calienta aún más, y el vaivén de su pecho moviéndose debajo de mí hace que pierda completamente el control y tenga ganas de jugar un poco más.

—¿Lo notas? —Le aparto el vestido, dejando a la vista sus pechos—. Te deseo, Roberta…. —Chupo su pezón puntiagudo mientras ella tensa los labios y vuelve a poner los ojos en blanco, soltando un fuerte gemido—, sin embargo… odio que jueguen conmigo, y es por eso que te castigaré, ¿comprendes?

—Estás… loco —murmura.

Vuelvo a atrapar su pezón en la boca, sin perder el contacto visual. Succiono intensamente y juego con la punta de mi lengua sobre él. Después, lo lamo con fuerza, hasta que noto su piel erizada.

—Tu castigo será quedarte con las ganas. Y solo espero que la próxima vez, pienses dos veces antes de hacer apuestas baratas con tus amigas —remato, quedando suspendido sobre ella con una sonrisita victoriosa.

Su cara es un poema en estos instantes, y eso supone un poderoso alimento a mi ego.

—¡Señor!

De repente, quedamos interrumpidos por unas voces procedentes del pasillo. Giro la cabeza y miro la puerta tenso, cuando unos golpes estridentes resuenan en la entrada de mi dormitorio. ¡Mierda! Son mis hombres. Han entrado en la cabina por alguna razón.

Inmediatamente me alejo de ella, quedándome en completo silencio. Se escuchan murmullos en el pasillo del *Ερμής* (Hermes), mi barco.

—¿No vas a abrir?

—¡Shhh! —Le coloco un dedo en los labios y vuelvo a mirar la puerta.

Otro golpe fuerte retumba desde el exterior.

—Ahora vuelvo.

—Sabes que igualmente voy a gritar —amenaza con una sonrisa torcida.

—Hazlo... —la desafío en voz baja—. Son mis hombres.

Le planto un beso en la boca antes de dirigirme rápidamente a la puerta. Ella suspira y pone los ojos en blanco, visiblemente irritada.

—¿¡Qué queréis!? —suelto furioso al abrir la puerta—. ¿Qué parte de «que nadie me moleste» no habéis entendido?

Mis órdenes han sido claras, pero, por lo visto, estos inútiles han decidido ignorarme.

—Mi dios... —murmura el tipo alto, con la cabeza gacha—. El dios Apolo le espera afuera.

Cierro los ojos con fuerza y empujo a mi propio hombre hacia afuera, cerrando la puerta detrás. Me preocupa que ella haya escuchado algo y que todo se vaya al cuerno. No es el momento de que lo sepa.

—¿Qué quiere Apolo? —pregunto, clavando la vista en la puerta de la cabina.

—Dice que le ha llamado por teléfono, pero no ha respondido.

Siento el leve vaivén del barco, una clara señal de que estamos en altamar. Esta noche quería estar de fiesta en un lugar apartado y privado, lejos del puerto y de miradas indeseadas.

—¡Que espere! —respondo seco, pasándome una mano por el cabello.

Pongo los ojos en blanco y regreso a la habitación, cerrando de un portazo. Miro el cronómetro, enloquecido por esta interrupción inesperada. Mi cabeza late con presión mientras me arreglo la camiseta. Echo una última mirada al vestido subido hasta la cintura de la rubia y sus brazos extendidos, consciente de que no es el momento.

—¿Qué pasa? —pregunta, muy atenta a mis movimientos.

—Nada.

Mi frustración es evidente mientras miro el reloj, sabiendo que he fallado. Cuando no consigo lo que quiero, mi rabia se duplica. Resoplo con fuerza y me inclino sobre ella.

—¿Qué… qué haces? —Me mira furiosa y comienza a moverse bajo mi cuerpo, con un destello de miedo en los ojos.

—Debo recibir a un amigo —respondo seco, desencadenando una de sus manos. Ella rápidamente se lleva los dedos al vestido.

—¡Por mí, te puedes ir al diablo, Bram! —exclama—. Pero esto me demuestra las inmensas ganas que me tenías.

Su burla me quema por dentro. ¿Qué demonios le pasa a esta jodida chica? Inmediatamente, inmovilizo su cabeza, justo cuando libero su otra muñeca.

—No hables en pasado, ¿vale? Tú y yo no hemos terminado —le advierto. Sin embargo, antes de que termine la frase, su mano vuela rápido y me abofetea con fuerza, desequilibrándome. Caigo al suelo, justo al lado de la cama, con medio cuerpo colgando en el filo.

—¡Claro que tú y yo hemos terminado! —me grita desde la cama.

¡Maldita sea!

Su euforia aviva mi furia. Me pongo de pie rápidamente, con la mejilla ardiendo. Me llevo la mano al rostro mientras ella, con el cabello revuelto y la piel sonrojada, no deja de mirarme con desafío. Antes de que intente levantarse y correr hacia la puerta, la agarro de los brazos y la vuelvo a tirar sobre la cama.

—¡No me toques!

—¡Vaya! —La tumbo boca abajo, dejando caer mi peso sobre ella—. Ya veo que te van mucho los golpes. Al final, hasta me va a gustar este jueguecito del gato y el ratón, ¡fíjate!

Siento el roce de su cabello contra mi mentón y retengo sus muñecas en la espalda.

—¿Y sabes qué más? —añado enfurecido—. Has dado con la persona correcta.

Estoy a punto de olvidarme del mundo y tomarla aquí mismo, pero no. No, ella necesita una lección de humildad, no puede estar jugando conmigo y hacer apuestas con sus malditas amigas. Además, Jack está en mi barco, y debe ser por algo grave. Un polvo podría costarme la vida.

—¿Tú eres la persona correcta?

Sigue desafiándome. Se sigue riendo de mí, y eso me saca de quicio.

—Sé que, en el fondo, te fastidia que tenga que salir de aquí y que te quedes sin tu helado, Roberta.

—No me gusta el helado.

Miente descaradamente.

—¿Estás segura? —la reto—. Un pajarito me ha contado que lo amas.

Lo sé todo sobre ella.

—¿Piensas que me conquistarás hablando de helados?

—¿Y tú crees que llegarás a mí usando tu mano? —La suelto y me pongo de pie bruscamente —. Deberías usar más la cabeza.

—¡Joder! —la italiana, salvaje como una leona, se da la vuelta sobre el colchón, gritando—. ¡Estás pirado de la cabeza!

Golpea la cama con un puño.

—Te ayudo—. Le tiendo la mano como un caballero, respirando más calmado, pero sin quitarle la vista de encima. No confío en ella.

Veo cómo tira de su vestido sobre sus muslos y se levanta de un salto, ignorando mi mano. Muy digna ella. Será digna hasta que me grite al oído que no pare cuando la ate de verdad a mi cama, en *El Templo*, cosa que ocurrirá en los próximos días.

A continuación, pasa de mí y solamente se arregla el pelo con una mano, mirando fijamente la puerta. Me pongo la chaqueta de traje que yace en una esquina de la cama y sonrío, y eso es porque me doy cuenta de cómo intenta evitarme torpemente. No sé por qué, me divierte la situación, y su salvajismo me incita, pero yo la domaré.

Meto las manos en los bolsillos y pienso en lo torpe que es esta muñequita para desempeñar su papel. Mientras ella se queda frente a la puerta, de espaldas, aprovecho para agacharme y recoger su tanga minúsculo, tirado en el suelo.

—¿Piensas quitar el cerrojo hoy o lo vas a hacer mañana? —pregunta, dándose la vuelta.

—Está abierto.

Me sale una risa, sin querer.

—¿De qué te ríes tanto?

—¿Vas a ir a la fiesta sin ropa interior? —Arqueo una ceja de un modo seductor y le muestro su tanga—. No sería propio de una señorita decente, como dices que eres. Menos aún de una alumna de Harvard, ¿o no te enseñaron modales?

Un golpe bajo a su orgullo. Ayer fue ella quien me recriminó no tener modales.

Por su parte, me observa sin parpadear por unos segundos, y después baja la vista hacia su ropa interior, colgando delante de su cara. Y, una vez más, lo que espero —que se sonroje, que se acerque a mí para arrancárme el tanga de la mano y ponérselo de vuelta— no ocurre. Pero ya

nada me sorprende.

—¡Quédatelo! —Me lanza una sonrisa embaucadora y triunfante—. Guárdalo como recuerdo, porque será lo único que tendrás de mí.

Levanta la cabeza altiva, abre la puerta, y, antes de salir, me guiña un ojo.

¡Vaya con la reina!

Mi sonrisa desaparece. La dejo irse; sé que no podrá ir a ningún lado, ya que estamos en altamar. Y también sé que la próxima vez, será ella la que se quitará las bragas solita delante de mí.

¿Cómo es posible que esta chica nunca haga lo que pienso que va a hacer? Pensé que aceptaría mi café, pero no lo hizo. Creí que mostraría más interés en la fiesta de la casa Omega, pero no fue así. Se dio la vuelta con dos ovarios bien puestos cuando la ignoré a propósito y me puse a charlar con aquel fracasado. Pensé que me besaría cuando la botella nos señaló a Adam y a mí, pero prefirió besarle a él, aun sabiendo que en el fondo le hubiese encantado que fuese yo. Pensé que aceptaría la pulsera de diamantes, pero tampoco. Pensé que la tendría comiendo de mi mano en…

Miro mi reloj inteligente.

«Menos de una hora» … calculo.

¡Mierda! Tampoco lo ha hecho.

Empiezo a caminar poseído, después de que ella salga de la cabina, meneando sus caderas como si estuviese en una pasarela, y arreglándose el cabello. Bajo la vista a su trasero, y recuerdo que no lleva nada. Abro mi chaqueta y guardo su ropa interior en uno de los bolsillos internos. Solo espero que Jack no me retrase mucho y pueda seguir con la misión *Roberta Monticelli* antes de que otro se le acerque. Esta mujer tiene algo, algo que aún me cuesta entender.

«¿Qué diablos estás haciendo?», me cuestiona una voz interna.

No sé porque le estoy dando tantas vueltas, tan solo la quiero para el sábado y después… Me rasco la frente, nervioso. Ya se verá lo que ocurrirá después.

—¿Dónde está? —le pregunto a uno de mis hombres mientras carraspeo con gravedad al llegar a la cubierta del barco. El ambiente está animado, y el DJ que he contratado para hoy se lo toma en serio. Todo marcha sobre ruedas afuera, y nuestro grupo de amigos lleva unas cuantas copas en el cuerpo. Eso animará a Roberta y hará que no tenga ganas de dejar el barco.

—En la barra, mi dios.

Identifico a mi amigo Jack, apoyado en la barra, acompañado de al menos tres de nuestros hombres. Está hablando por teléfono. Me acerco mientras le doy un golpe en el trasero a una camarera que pasa al lado, señalándole con la cabeza que me traiga una copa. El *Imperial* no es mi bebida favorita, solo quería impresionar a Roberta. Jack termina la llamada y se pone de pie, apretando el teléfono en su mano. El rubio, que parece más un ruso que un americano, está alterado, y eso me intranquiliza.

—¡καλώς ήρθες στην ταπεινή μου κατοικία! —le suelto para relajar el ambiente.

—¿Qué demonios estabas haciendo ahí dentro?

—Negocios —me limito a decir, tras darle la bienvenida en griego.

—Negocios… —repite, con ese tono que me deja claro que debe ser algo urgente—.

¿Podrías dejarte ya de gilipolleces?

Le doy un trago a la copa que me acaba de pasar la preciosa camarera, quien agita las pestañas de un modo seductor y muerde su labio.

—¡Suéltalo ya, Jack! —Yo también me pongo serio—. ¿Qué mierda está pasando para arruinarme la noche?

Jack me agarra del hombro disimuladamente y acerca su cabeza a la mía.

—Me están rastreando, y sabes lo que eso significa. Han colocado una bomba en mi coche.

Le miro, entreabriendo los labios, a pesar de que mi atención se desvía un segundo hacia la italiana, que, a unos metros, no deja de escanear su alrededor y evita completamente al grupito que intenta animarla. Más le vale que mantenga la boca cerrada.

—¿Cuándo? —Le doy otro trago serio al mejor whiskey que tengo en el yate y saco una pequeña llave para abrir un cajón debajo de la barra.

—Hace unas horas —murmura entre dientes mientras yo saco una *SIG-Sauer* recién comprada, y la cual espera estar estrenada.

Barro el yate con la mirada, controlando el movimiento. Espero que no la estrene esta misma noche.

—¿Unas horas?

—No sé cómo lo hicieron, pero saben que les estamos ganando terreno.

—¿Piensan que fuiste tú? —Guardo la pistola en la parte delantera de mi pantalón y la cubro con la chaqueta de traje.

—Eso es lo que seguramente piensan.

—¡Maldito italiano! —mascullo alarmado—. ¿Quieres decir que acabamos de entrar en una puta guerra con esos cabrones?

—Eso parece —responde con cara larga—. Gambino tiene información de que fui yo quien mató a su hermano —dice mientras enciende un cigarro.

Lo conozco, y aunque Jack sea un hijo de puta, no es de los que se arriesgan sin necesidad. Sabe que ahora mismo el clan Gambino controla Boston y toda la costa Este. Pero no por mucho tiempo.

—¿Y Ares lo sabe? —le pregunto en voz baja y saco un cigarro del paquete de Marlboro.

Su mirada de hielo me atraviesa al oír el nombre de su hermano. Claramente no lo sabe; de lo contrario, Ares ya estaría contraatacando. Pero no, son ellos quienes nos están atacando primero, y eso… eso no es nada bueno.

¡Puta vida!

Lanzo una señal de emergencia a mis hombres, que saben lo que tienen que hacer y enseguida empiezan a registrar el barco. Algunos se quedan de guardia, comunicándose por auricular. Otros examinan a los invitados, buscando alguna pista. Roberta me mira fugazmente y murmura algo en el oído de Rebecca, pero prefiero centrarme en el menudo marrón que tenemos y presto atención cuando la voz de Jack interrumpe mis pensamientos.

—Ares nunca sabrá que sospechan de mí.

—Necesitaremos más de una decena de hombres para la incursión. ¡No sé cómo harás para

que no se entere! —Empiezo a buscar en mi mente un plan de escape que no nos comprometa demasiado.

Jack me observa con esos ojos claros y aclara su voz mientras enciende otro cigarro.

—Así es, a menos que… —Me mira pensativo— desviemos la atención de Gambino hacia el verdadero asesino de su hermano.

Sonrío, mordiéndome los labios al captar su idea.

—Eres un cabrón, ¿lo sabías?

—Anda, ¡tráeme algo más potente! —dice, ya más calmado—. Esta bebida es una mierda.

Le hago una señal a uno de mis hombres para que traiga material del bueno: cocaína de la mejor calidad, importada directamente de Colombia y servida en *Álympos.*

—Necesito hablar contigo. —La voz de Roberta suena en mi oído.

—¡Qué bien que estás aquí! —Le sonrío, rodeando su cintura con—. Me gustaría presentarte a un amigo. Él es Jack.

Mi socio arquea una ceja y le da otra calada a su cigarro, mientras Roberta mantiene su actitud seca y, tras soltar un escueto “hola”, se aparta, acomodándose un mechón de su cabello.

—¿Qué ocurre?

—Quiero irme ya.

—¿Por qué tanta prisa? —Me encojo de hombros—. Estaba ocupado con mi colega, pero pensaba unirme al grupo. Sabes que tenemos una charla pendiente.

—¡No estoy bromeando! —me amenaza—. O volvemos al puerto, o…

—¿O qué? —Le aprieto el hombro y le hablo al oído.

Ya me está sacando de quicio con sus exigencias.

—¡Me tiraré al mar! —amenaza, y yo me contengo para no reír.

Le tomo la mano, divertido por su determinación, y le deposito un beso, mirándola con picardía.

—Haz lo que quieras —comento relajado—, pero que sepas que hay tiburones blancos. Ellos, sin duda, disfrutarían comiéndote… aunque no tanto como yo.

—Casi que lo prefiero, ¿sabes?

Maldigo, exasperado; no hay quien pueda con ella.

—Roberta… —hablo serio, temiendo que realmente quiera deshacerse de mí esta noche—. Esperaba que pudiéramos conocernos más, no puedo dejarte ir así como así, ¿entiendes?

Veo sus labios tensos y ese aura de incredulidad que me fascina. Amo que no se deje convencer tan fácilmente.

—Ya he conocido de ti lo que necesitaba, y créeme… —Sus labios quedan a escasos centímetros de los míos—, no quiero descubrir nada más.

Rozo su muslo «accidentalmente», deslizando mi mano hacia su culo. Con la otra mano, la atraigo hacia mí.

—¿De verdad? —susurro—. Yo aún no, solo he conocido tu mala leche, reina. También quiero ver esa parte dócil y encantadora que sé que tienes.

Ella se aclara la garganta y su mirada se endurece.

—Mira, «rey»… —hace una pausa y aprieta sus dedos en mi espalda—. Considera que nos hemos dado una lección mutuamente y que esto termina aquí y, de verdad… —mira mis labios— espero que no tenga que volver a repetírtelo. Pareces un chico listo, Bram.

—Te seré sincero. —Me humedezco los labios—. Mi amigo está teniendo un problema, ¿vale? Ha sido una urgencia y yo…

Me aferro aún más a ella.

—Perdona si te he asustado, pero créeme, lo que más deseo es que nos conozcamos. La rabia de enterarme que has jugado conmigo me ha ganado, y después… ya sabes. Estaba furioso.

—Si tu idea de conocernos es atarme a una cama, asustándome, entonces… —Frunce los labios, todavía molesta—, ¡olvídalo!

—Tienes razón. —Respiro hondo y aprieto su cintura, con una sonrisa dócil—. No es la mejor manera para una primera cita, pero no sé hacerlo de otra forma. Como te habrás dado cuenta, no eres la única que tiene mal genio.

Ella me mira, boquiabierta, pero no intenta alejarse, y en cierto modo, parece comprenderme.

—¡Déjalo! —Sus palabras son tajantes.

Miro el cielo estrellado y vuelvo a suspirar.

—Ενεργοποιείται έχει αγάπη, και μεγαλώνει από τον πόνο της απόρριψης.

La rubia agranda los ojos, quedando inmóvil, mientras escucha mi griego perfecto. Lo traduzco rápidamente, temiendo que sea imposible recuperarla después del fiasco de las esposas.

—*Prendido tiene el amor, y crece por el dolor del rechazo*.

—No sé de qué me hablas —dice, arqueando las cejas.

—Es el mito de Narciso y Eco —aclaro—. Sale en *Metamorfosis* de Ovidio.

Miro su expresión. No tiene ni puta idea, pero aprenderá rápido. Lo presiento.

—Si te digo la verdad, —su expresión vuelve a endurecerse—, lo último que quiero ahora es escuchar tus citas literarias.

Se lleva el puño a la boca.

—Está bien —digo rendido—. Solo quería decir que tu rechazo no hace más que alimentar las ganas de tenerte. —Le beso la mejilla—. Y te lo demostraré, te lo prometo.

—¿Esto va en serio? —murmura—. ¿Quieres que te lo diga en griego para que lo entiendas? Solo quiero volver al puerto, Bram. De verdad. Esto se acabó.

Se aleja con pasos lentos, luciendo una expresión triste, mientras aparta la vista y se reúne con los demás. Me quedo de piedra, sintiendo como si algo faltara, como si el vacío que deja al resistirse a mis insinuaciones y declaraciones me invadiera. Como si por primera vez me afectara su rechazo.

Pero no. No puedo permitírselo. Siento la sangre hervir y, de inmediato, mi mente empieza a moverse como un engranaje, buscando la forma de recuperar el control. Respiro hondo, trazando el plan en mi mente. Llamo a uno de mis hombres, disimuladamente. Cuando se acerca, le cuento mi plan en voz baja. Él asiente, sin cuestionar nada, y desaparece entre la multitud, poniendo en marcha lo que le he pedido.

—¿Es ella? —me pregunta Jack.

—Sí…

—No parece muy convencida. De hecho, se quiere ir.

Lo que dice es la realidad que he intentado ignorar. Sé lo que implica: que el sábado será un desastre. Sin ella en la subasta, no habrá clientes. Y sin clientes, no hay dinero.

—¡Lo sé!

—¿Y cómo piensas solucionarlo? —Me lanza la pregunta con un tono de impaciencia.

—Haciendo que esta noche acepte mi invitación a uno de los hoteles más exclusivos de Boston: *El Templo* —mascullo, mientras acaricio el tatuaje de serpiente en mis nudillos. Luego, paso un dedo sobre el pequeño mando que uno de mis hombres acaba de entregarme.

Jack suelta una carcajada burlona, sacudiendo la cabeza, muy poco convencido.

—Dudo que lo consigas.

—Jack… —lo miro—, ¿acaso no me conoces?

Sin pensarlo demasiado, doy unos pasos al frente, aparto a un par de invitados y me dirijo al DJ, señalándole con una mano que corte la música. Apenas se hace el silencio en la bahía, tomo aire y grito con todas mis fuerzas, haciendo que mi voz retumbe en cada rincón del yate.

—¡Todos al aguaaa! ¡Una bomba a bordooo!

Jack me mira con los ojos abiertos de par en par y agita los brazos con violencia.

—¿Es una broma? —Su voz tiembla, como si no diera crédito a lo que está oyendo. Pero él sabe que no es una broma. Me conoce mejor que nadie.

—Ella no sabe nadar —respondo, encogiéndome de hombros. Avanzo con paso decidido a la borda, apretando el pequeño mando en mi mano.

—¡No me jodas, tío! —Jack corre detrás de mí, sus pasos resonando en la cubierta, cada vez más cerca—. ¿Vas a quemar tu propio barco por esa tipa?

—Quemaría el mundo entero por ella, Jack —hablo hipnotizado, clavando mis ojos en la rubia, que en estos momentos se está acercando a la borda, sin darse cuenta de lo que está por suceder.

Acto seguido, la veo caer al agua junto con el resto de los invitados que se han lanzado en medio del pánico. Salto rápidamente, controlando cada movimiento mientras mi mano sigue aferrada al cronómetro. Sé que tengo exactamente tres minutos, el máximo que una persona puede aguantar bajo el agua sin morir. He calculado cada segundo y, pese a todo… aún hay esperanza.

CAPÍTULO 11



BERTA

El agua burbujeante me absorbe completamente cuando todos saltamos al océano. Me maldigo por no haber esperado para que pusieran a nuestra disposición chalecos salvavidas o botes. Pero sencillamente no había tiempo. El caos se ha apoderado del yate tras los gritos de los tripulantes y el chillido de Pam, quien me ha empujado por la borda sin darme tiempo a reaccionar, ni siquiera para decirle que no sé nadar.

¡Oh, Santo Dios! Me quejo en mi interior en el instante en que siento una gran opresión en el pecho. Sin embargo, decido luchar con todas mis fuerzas para evitar que el agua inunde mis pulmones. Todo es en vano, por supuesto. El cansancio me agota, y tengo el presentimiento de que este es mi último momento de vida.

Jamás pensé que acabaría en el fondo del océano, víctima de una noche de fiesta que, en teoría, iba a ser divertida y prometedora.

Jamás me he sentido tan desamparada como en ese momento en que mi cuerpo atraviesa el agua helada en plena oscuridad. El frío me sacude de tal manera que siento el hielo en las entrañas y en la garganta. La asfixia no tarda en aparecer, es como luchar dentro de un barril lleno de agua, completamente sellado, sin opción alguna de tomar una bocanada de aire. Siento cómo me desmayo lentamente, a pesar de que todo mi ser me ordena seguir luchando.

—¡Tranquila, te tengo!

Sus manos seguras tiran de mí con determinación hacia la superficie mientras yo lucho contra la corriente de agua. Me siento como si estuviera atrapada en una lavadora, centrifugando a toda velocidad. No veo nada y apenas oigo. Mis ojos y oídos están completamente sumergidos y, de repente, escenas de mi vida comienzan a deambular en la oscuridad, como diapositivas en una presentación macabra. En mi mente retumba aquel dicho que nadie se cree hasta segundos antes de morir. Qué irónico.

—¡Abre los ojos! —La voz de la persona que me está llevando hacia arriba, suena histérica.

Sujeta mi cuello fuera del agua con una mano, mientras con la otra no suelta mi cintura y me mantiene pegada a él. Es Bram. Él me está salvando de una muerte segura. Sus ágiles movimientos hacen que el aire fresco golpee mis fosas nasales, trayendo algo de alivio, aunque sigo en estado de *shock*. No veo nada, solo siento el estrepitoso ruido de algo parecido a una explosión y mi mentón apoyado en su hombro.

—¡Respira, vamos! —me dice, más calmado—. ¡Ohhh, joder, respira!

Escucho su voz desesperada mientras poco a poco recupero el conocimiento, entre tirones y quejidos. Pero él no se da por vencido. Se sacude violentamente en el agua, pero no me suelta en ningún momento.

—No puedo... —susurro en su oído, después de la enorme explosión que destroza el yate. El agua está completamente cubierta de trozos de metal en llamas, y confieso que jamás en mi vida he sentido tanto miedo.

—¡Sí, puedes!

Los gritos y el intenso estruendo me dejan completamente sorda, y las llamas que parten el cielo oscuro me quitan el aliento, incluso más que el agua. Sigo tosiendo alarmada y me froto los ojos con una mano. Él me abraza con fuerza, dándome unos golpes en la espalda para ayudarme a expulsar el agua que aún invade mi nariz y mi boca. Con una mano firme, alcanza algo parecido a un enorme aro salvavidas y me coloca sobre él, sacando mi cabeza del agua por completo.

—Oh… por Dios —hablo, aún ahogada.

—¿Estás bien?

Finalmente, puedo verlo cuando mi vista se aclara. Su cara está iluminada por las llamas, y sus ojos brillan en esa luz. El pánico sigue sacudiéndome por dentro, y me abrazo a él con fuerza, con una taquicardia perfectamente justificada.

—No me sueltes... —murmuro en su oído, mientras mi vista barre la superficie del océano.

—Jamás te soltaría.

Sus labios rozan mi frente, y siento su corazón latiendo con fuerza en su pecho. Instintivamente, me aferro a su cuello.

—Tenía tanto miedo...

—Lo sé… —Vuelve a besar mi cabeza—. Lo sé, pero ya está todo controlado. Ahora vendrán a rescatarnos.

—¿Qué ha sido eso?

El denso humo aún flota en el aire, y trato de identificar a mis amigos mientras tiemblo de frío, completamente congelada. Todos parecen estar a salvo, y logro ver dos botes a cierta distancia, recogiendo a las personas que están repartidas por el agua.

—Mi amigo... —explica entre dientes—. ¡Oh, puta mierda!

Me aparto lentamente de su rostro y agarro con un brazo el salvavidas, que es lo suficientemente fuerte para aguantarnos a los dos, aunque él quede dentro del agua, luchando contra las olas. Me está dando preferencia.

—¿Tu amigo está bien?

Respiro aliviada cuando veo que Pam, Adam y Rebe están a salvo, a unos metros. También identifico a ese tipo que me ha presentado antes. Se acaba de subir a un bote junto a los hombres con los que vino a la fiesta.

—Sí. Por suerte, Jack está bien, solo que... temo mucho por su vida —titubea y aprieta los labios con frustración.

Bram se ve increíblemente atractivo en este momento, y su lado más humano me enternece.

—¿De qué hablas?

—Jack vino aquí para pedirme ayuda, Roberta —explica con un hilo de voz—. Lo están buscando.

—¿Quiénes?

—Da igual... —Me aparta la vista.

Su voz áspera me hace temer por la vida de ese hombre, y también por la de él. Los hilos en mi cabeza empiezan a enredarse.

—No me digas que... —Me ahogo mientras giro la cabeza hacia el yate carbonizado—... que son los mismos hombres que han atacado el barco.

—¡Ah, por Zeus!

La conjetura, todos los hechos y su turbada voz me conmueven hasta tal punto que siento que hay algo más que debo saber. Algo no cuadra. Además, su forma de hablar es extraña, como si esas expresiones no fueran propias de alguien común. Cualquiera mencionaría el nombre de Dios, pero él menciona a Zeus. Y entonces lo recuerdo.

Todo lo que no es de Zeus es mi territorio. Dicho de otro modo, tu próximo destino me pertenece.

Es la segunda vez que lo nombra. ¿Por qué?

—Podríamos estar muertos —digo temblando, sin dejar de mirarlo, horrorizada.

—Por favor, que esto no salga de aquí.

Aclara su voz, llena de dolor.

—Me siento tan culpable... —Veo que unas lágrimas asoman en el rabillo de sus ojos, y me aferro a sus hombros.

—¿Por qué? No es tu culpa...

—¡Sí, lo es! —Aprieta los dientes—. ¡Encerrarte en la cabina, no estar pendiente de la seguridad de mis propios invitados...!

¡Ohhh! Lo abrazo de nuevo al darme cuenta de su sincero arrepentimiento y del infierno que está viviendo. Yo me sentiría igual en su lugar.

—¡Shhhh! —murmuro—. No es tu culpa.

—¡Sí que lo es, joder!

—Ya no se puede hacer nada, ¿vale? —intento tranquilizarlo y entonces, él aprieta sus fríos labios en mi mejilla, con mucha pasión.

—Eres tan buena… —suelta un jadeo desgarrador.

Me emociono.

—Lo siento mucho. Eres tan buena, no te merezco —repite—. Yo…

Mi alma se está ahogando, igual que mi cuerpo lo iba a hacer minutos atrás. No estaría viva si no fuera por él.

—Bram… —Nuestras miradas cómplices se abrazan con la misma pasión que sentimos el primer instante en que nos conocimos— me has salvado la vida.

—Lo haría mil veces más, ¿sabes?

Me estremezco cuando siento su dominante mano sobre la parte posterior de mi cabeza y su boca deslizándose sobre la comisura de mis labios. Sus labios fríos me alcanzan enseguida, robándome un beso muy diferente a los que me ha dado esta noche. Sus tiernos, pero a la vez

persuasivos labios se adueñan de mi boca, y lo único que sé es que necesito desesperadamente sentirlo y empaparme de su aroma. Cierro los ojos en plena capitulación, incapaz de controlar mis instintos.

Con lo que acaba de hacer, la vida me ha demostrado que quizás Bram esconda un lado humano y humilde, un lado que he sido incapaz de ver en él. Y sin oponerme, me dejo llevar por el movimiento de sus labios sobre los míos. Su boca me incita a dejarme explorar y lo abrazo ferozmente, presa de la emoción que me domina. Una emoción que disfruto cuando nuestras lenguas se entrelazan en un baile pasional.

Y no, no se trata de amor. Se trata de algo más poderoso todavía. Es el deseo. Eso que me cuesta contener cada vez más cuando estoy cerca de él.

A continuación, gimo embriagada, costándome despegarme de él. Nos quedamos sin respiración por un breve instante, un momento en el que pienso que jamás se me ocurrió que estar a punto de morir pudiera desencadenar estas sensaciones dementes que estamos experimentando. Nuestros ojos brillantes se cruzan de nuevo cuando los abro y lo miro encandilada.

—Roberta… quiero tenerte. Te quiero de verdad.

¿Qué?

—Quiero que seas mi novia —finaliza.

Entreabro los labios. Su pregunta me toma por sorpresa y tiemblo entre sus brazos, mientras mi corazón late desbocado en mi pecho.

—¿Tu novia?

NOTA DE LA AUTORA: Escuchar la canción

«Swim» de CHASE ATLANTIC

Él sigue sosteniéndome contra su robusto torso y puedo sentir su respiración suave en mi mejilla húmeda. Y entonces... vuelvo a la realidad y empiezo a repasar en mi mente los hechos de los últimos días. Él en la pantalla del móvil de Pam, aquella canción seductora que incita al pecado, especialmente cuando suena en el deportivo de un Adonis como él. Su mirada lo cruza todo. Pero también recuerdo su arrogancia, la forma en que devoraba la boca de aquella morena.

Llevamos solo unos días conociéndonos.

¿Su novia? Levanto una ceja, suspicaz. Pecar de inocente no es mi estilo. Y me pregunto… ¿de qué demonios va? No nos conocemos, no sentimos lo que deberíamos sentir. Ni siquiera hemos ido más allá de unos besos.

El ruido estridente de un claxon perfora mis oídos, proveniente de un barco de rescate que está a solo unos pasos. Cierro los ojos y siento un sudor frío recorriéndome el cuerpo. Lo veo, su semblante serio, analizándome, y finalmente, su imagen desaparece.

Abro los ojos cuando unos pitidos discordantes taladran mi cabeza. Me llevo las manos a los oídos y me retuerzo en la cama.

Lo primero que veo cuando abro los ojos es el techo de la habitación de la residencia. Miro a mi alrededor, desorientada, y hago una mueca de desagrado, aliviada al mismo tiempo. El ruido

que escucho es el de los coches y, por lo visto, hay un embotellamiento en la calle Stanford, como de costumbre. Suspiro, recuperando la compostura poco a poco.

«Ha sido un sueño…», pienso aliviada.

Cojo el móvil y compruebo los mensajes.

Buenos días, bebé. Aquí tienes a tu instructor de natación particular. ¿Te parece si empezamos las clases ya?

P.D. Anoche tuve fiebre, necesito que me mimen.

¿Qué?

Doy un salto en la cama. No, no ha sido un puto sueño. Miro el número de teléfono, medio dormida, dándome cuenta de que él ha conseguido mi número. Anoche no se lo di, pero no le sería difícil conseguirlo, la verdad. Vuelvo a leer el mensaje y esta vez sonrío.

—¡Ahhh! —gruño ahogada y agito las manos como una loca—. ¡Santo Cielo! ¡Lo tengo!

Bram ha caído. Anoche me pidió ser su novia, y luego me dejó en la residencia como un niño bueno. Ni siquiera le importó si Noa se había puesto a salvo, que imagino que sí. Recuerdo que unos hombres nos recogieron con un pequeño bote, y cuando llegamos al puerto, ahí estaba esperándonos el senador Sander. El puerto parecía más bien un cuartel de la guardia civil, todo estando plagado de policía. Finalmente, Bram me llevó a la residencia en un coche privado, acompañado de varios agentes, que supongo que son los hombres que su padre tiene contratados, siendo una persona tan importante en Boston.

Apenas pudimos hablar. A continuación, llevo la mano a mi mejilla al recordar el beso que me plantó al despedirse. Después, me dejó frente a la entrada de la residencia y me dijo al oído: *Necesito una respuesta, no me hagas sufrir mucho.*

¿Su novia?

Sigo dándole vueltas mientras giro la cabeza hacia la cama, buscando a Lyn con la mirada. Ser la novia de alguien significa estar enamorada, y yo... yo no lo estoy. Y él tampoco.

¿Entonces?

—*¡Ragazza!* —Llamo a mi amiga mientras aparto las sábanas.

Miro el reloj con urgencia, temiendo que la santurrona se haya ido a la universidad sin mí. Ayer falté a clases, después de la resaca que tuve tras la fiesta de los Omega, y no puedo darme el lujo de faltar otra vez.

—¡Lyn! —vuelvo a gritar mientras abro el armario.

—¡Aquí!

Voy hacia la cocina, donde seguramente mi madrugadora amiga ya tiene listos los cafés y las tostadas, como siempre. Y, efectivamente, ahí está Lyn, con el desayuno servido en la mesa y medio cuerpo metido en la nevera, arreglando algo.

—¡Buenos días! —digo contenta, dando un salto, y me lanzo hacia ella para darle un beso apretado en la mejilla.

Pero no me contesta.

—¿Qué te pasa?

Pongo los ojos en blanco y la miro detenidamente mientras cojo mi taza de capuchino. Lyn lleva unos días rara, como si algo le estuviera pasando, y no muestra la misma alegría que al principio de la semana.

—¿Dónde estabas anoche? —Se gira y coloca las manos en las caderas, como si fuese mi madre.

—¿Anoche? —Me rasco la cabeza.

La conozco bien, y hoy no está de buen humor. Parpadeo con cara de idiota, decidiendo si contarle o no.

—Sí, ¡lo que has oído!

—Bueno... ¡no sabes lo que pasó anoche, *ragazza*! —Me apresuro a decir, con la boca medio llena y agitando una mano en el aire.

—No sé lo que pudo haber pasado para que llegaras empapada —responde cabreada y toma asiento—. Bert, llegaste muy tarde, deberías dejar las fiestas para el fin de semana.

—¡Tampoco vamos a dramatizar! —respondo, encogiéndome de hombros ante su obvia molestia—. Solo fui a una fiesta con una amiga y…

—¡Y al final llegaste pasada la medianoche, como siempre!

Mi cara parece un poema. Le falta el rosario y la biblia y la santurrona quedaría lista para practicarme un exorcismo.

—Yo… —Frunzo los labios, intentando explicarle, pero no me deja hablar.

—¡Has suspendido ya dos exámenes!

—¿Y? —Tiro el trapo sobre la mesa, algo molesta por su reacción. Mi amiga es un trozo de pan, pero es tan perfeccionista y responsable que a veces me cohíbe y me asfixia.

—¿Qué pasó? Te fuiste y solo me mandaste un mensaje.

Aprieto los labios y me doy la vuelta, colocando los platos en el fregadero. ¿Cómo leches le voy a contar de Bram? Para ella sería el fin del mundo si supiera que me ató a su jodida cama con unas esposas y me practicó sexo oral. Sé que no le bastaría con que después este se disculpara y acabara dándome el mejor beso de mi vida, en medio del mar, después de salvarme de unos tipos que buscaban a su amigo.

Intento esquivar su pregunta y cambio de tema, dándole la espalda.

—¡Bert! —grita—. ¡Cuéntame!

—¡No tengo nada que contarte!

Empiezo a ponerme un vestido cómodo de Ralph Lauren —uno de mis favoritos— y me arreglo el sujetador, eligiendo mi mejor lencería de seda. Me encanta el tacto y los colores del conjunto rosa chicle.

—Estoy bien, ¿no me ves? —Le guiño un ojo—. ¡Mejor cuéntame tú, *ragazza*! ¿Dónde estabas ayer?

Ella coge el bolso después de pintarse los labios en el pequeño espejo de la entrada.

—Almorzando con el señor Woods.

—¡No me digas! —Mi boca forma una o—. ¿Os habéis saltado todos los pasos o qué?

—¡Ya es tarde, Bert! —Me esquiva la mirada sin darme detalles y simplemente me entrega mi bolso.

Me río sin querer al ver sus labios fruncidos e intento hacer que se relaje.

—¡Al final me darás la razón de que el profesor es un ogro! Bueno, al menos en cuanto a su humor de perros.

Le doy un suave codazo y empiezo a masticar mi chicle de fresa mientras cruzamos la calle, no sin antes sacar mi móvil para ver si Bram me ha escrito.

—¡Qué va! —responde ella, riendo más relajada—. Los ogros son simples. Y él… él es demasiado inteligente.

Pongo una mueca de desconcierto, sin entender del todo lo que dice, y le paso el brazo por los hombros, feliz.

—Pero no más que tú, amiga.

Agito el móvil en la mano y le guiño un ojo. Acto seguido, abro el chat y le escribo un mensaje a Rebe: **No le cuentes nada a Lyn sobre anoche. Tampoco sobre Bram.**



—¿Qué tal, chicas? —Escuchamos la voz entusiasta de Rebecca.

Empiezo a saludarla a la distancia al verla acercarse. Minutos más tarde, nos encontramos en el pasillo de la Facultad de Negocios, justo frente a las máquinas expendedoras, esperando a que empiece la clase de Contabilidad. Rebecca estudia Derecho, en los edificios justo al lado de los nuestros, así que casi siempre nos encontramos con ella en los pequeños descansos entre clases.

—Bien, ¿y tú? —pregunta Lyn con un tono más animado.

—¡Genial! —responde Rebe, extasiada, meneando su melena rosa.

—¡Guaau! —exclamo divertida—. ¿Y ese color? ¡No me digas que estuviste en una manifestación feminista y enseñaste las tetas!

—¿Las tetas? —suelta una carcajada—. ¡Ojalá tuviera para poder enseñarlas!

Nuestras carcajadas resuenan en la entrada principal. Me encanta el estilo de Rebe, siempre innovando y luchando por los derechos de la mujer. Forma parte de una organización sin ánimo de lucro y, siempre que puede, ayuda en el departamento de derechos penales y organiza huelgas feministas.

—¡El gesto es lo que cuenta, chica! —respondo, y miro a Lyn, que está algo distraída, como en las nubes. Me pregunto qué pasó ayer con el profe buenorro para que esté así de ausente.

—Oye, mañana es sábado —dice Rebe—. Habrá que hacer algo, ¿no? ¿Os venís a cenar al Wendy's?

Rebe me observa de reojo, probablemente intrigada por el mensaje que le he enviado hace un rato. Noto que intenta preguntarme qué ocurre, haciéndome gestos a la espalda de Lyn. Cuando leo «Bram» en sus labios, le hago una seña para que pare, esperando que la rubia no se dé cuenta.

—¿Qué te parece, Lyn? —pregunto apresurada.

Cuando mi amiga nos da la espalda, hago el gesto de cortarme el cuello, y Rebe, sin entender nada, me levanta el dedo del medio. Ya le contaré después.

—Nos vendría bien despejarnos —asiente Lyn, girándose con un movimiento brusco. Por mi parte, dejo los gestos y miro a Rebe con complicidad, rezando para que no diga nada fuera de lugar.

—Oye, Rebe, ¿sabes que tienes delante a la asistente del profesor Woods? —Cojo el brazo de Lyn y hablo con picardía.

—¿Del profe sexy? ¡No me digas! —exclama Rebe llevándose las manos a la boca. En mi mente, grito un *¡sí!* satisfecha de que el tema de conversación haya cambiado y que Rebe no vaya a soltar la lengua. Todos la conocen por ser una bocazas.

—Rebe, ¿cómo conoces al profesor Woods? —pregunta Lyn llevándose una mano a la barbilla—. Tú eres de Derecho.

—Pues porque todo el mundo lo conoce aquí. Sería raro que no supiera quien es.

Me echo a reír al ver la cara de boba de la santurrona, que es la única que nunca se enteró de que el profesor existía siquiera en este planeta. Alzo un dedo y sofoco otra risa con la mano.

—Pues ella no lo sabía...

—Aylin, ¿de verdad? —Rebe la mira asombrada primero a ella y después a mí, como si planeáramos espabilar a la santurrona a base de tortazos si hiciera falta.

—¡Yo qué sé! —Se crispa y saca sus garras *marca Aylin* en defensa, como siempre hace cuando hay algo fuera de su control—. Tampoco es necesario saber todos los cotilleos de la facultad.

—¡Pero éste es buenísimo! Además, el profe estuvo involucrado en un escándalo hace un par de años.

Rebe parece estar empeorando las cosas, aunque suelta información valiosa. Me pregunto cómo se me pudo pasar ese detalle.

—Pensaba que la reputación del profesor Woods era impecable —comento mientras abro una barrita de cereales. Mi estómago ruge después de no haber desayunado; Lyn me ha cortado el apetito esta mañana.

—Y lo es —afirma Rebe—. En realidad, una mujer intentó desprestigiarlo. Resulta que esta chica acusó al señor Woods de engañarla y aprovecharse de ella.

—¿En serio? —preguntamos Lyn y yo al unísono.

¡Vaya! Ha despertado mi curiosidad. Confieso que adoro los cotilleos, y los de la universidad son de los más jugosos.

—No solo eso, también relacionó al profesor con un clan de prácticas sexuales *no muy ortodoxas* —aclara Rebe deprisa—. Días después de dar su declaración, la encontraron muerta en el río Charles. Dicen que se tiró desde el puente Zakim Bunker.

—¡Qué historia tan horrible! —Me llevo las manos a la boca, impactada.

—¿No es raro que todo acabara así? —La santurrona tiene la misma reacción que yo.

—Sí, bastante raro —continúa nuestra defensora de la mujer—. Al señor Woods lo investigaron, pero solo por un tiempo. Él demostró que Elisabeth Stuart estaba obsesionada con él y hasta lo había agredido. El caso se cerró con la conclusión de que la chica, al no ser correspondida, se suicidó.

—¡Joder!

—¡Muy fuerte! —exclamo, aún reflexiva.

—OK chicas, ¿nos vemos mañana por la noche, vale? —interrumpe Rebe, despidiéndose con un rápido abrazo—. ¡Poneos guapas, que luego toca ronda de cervezas! —añade con esa voz ruidosa tan suya.

—¡Si no hay tíos buenorros en la cena, no voy! —chillo mientras se aleja y le guiño un ojo.

—¡A las ocho!

Rebe se despide agitando lanzándonos besos al aire.

—¡Joder con el profesor!

Escucho la voz asombrada de Lyn mientras quedamos distraídas viendo a Rebe salir. Inmediatamente, le doy un suave golpe con el codo al ver al profesor Woods en la entrada, conversando con alguien.

—Hablando del «rey de Roma»… —susurro en su oído, señalándolo con la barbilla, ambas mirando a través del cristal.

—¿Quién es ese?

—¡Y yo qué sé!

El profesor Woods charla, visiblemente entretenido, con un hombre alto y rubio que acaba de bajar de una potente motocicleta. No lleva casco, así que puedo ver su cabello revuelto y, aunque sus gafas de sol cubran parte de su cara, se nota que es atractivo. Sus labios son normales —no tan gruesos ni sensuales como los de Bram—, pero tiene una sonrisa que destaca, algo que ilumina su rostro cuando sonríe.

El chico lleva el típico look de motero: jeans oscuros, una chupa de cuero que le queda perfecta sobre el torso robusto y gafas de sol estilo aviador que le sientan como un guante.

—Bert...

—¿Qué?

Se saludan de manera cercana, nada formal. Después, el rubio alto habla animadamente con el profesor Woods, quien lo escucha serio, casi sin cambiar de expresión. Me pregunto qué hace el profesor de Finanzas con un tipo así, tan distinto a él.

—¿Será su hermano?

—Puede ser... de madres diferentes —Me río disimuladamente y le doy una colleja a Lyn—. *¡Ragazza!* Son como la noche y el día: uno moreno, el otro rubio, ¿necesitas gafas?

—¡Auch! —se queja ella—. ¡Pues amigos, yo qué sé!

—Me cuesta imaginarme al ogro en moto con gafas de aviador —murmuro—. No creo que soportara despeinarse por el viento, créeme. No le van esas cosas.

—Claro... —responde ella, algo molesta—. A él le van otras cosas.

—¿Como qué?

—Nada. —Tensa los labios y tira de mí—. ¡Vamos, que ya es tarde!

¿Y ahora qué le pasa? Lyn es peor que un libro cerrado.

—La historia que contó Rebe sobre Woods es muy fuerte —continúa en voz baja.

Sí que es obsesiva la chica.

—¡Anda, no te rayes! —comento mientras me siento y observo que nuestros compañeros están ya en la sala.

—¡Berta, por favor! ¿Y si es verdad?

—Cálmate —le digo, viendo su exceso de preocupación—. Sabes que la gente exitosa siempre acaba en escándalos.

De repente, suena su teléfono y ella mira la pantalla, pálida.

—¡Mierda! —espeta—. Es mi padre, tengo que salir.

—¿Está todo bien?

—Mi madre tuvo otra subida de tensión ayer... —dice con el rostro desencajado.

Le acaricio el brazo, preocupada, mientras saco mis libros y libretas. Ella sale del aula deprisa, y yo me quedo entretenida mirándome las uñas y saludando a Adam al otro lado de la sala.

—¡Buenos días a todos! —La profesora Brown saluda con voz melódica, y, curiosamente, hoy viene acompañada de alguien. Y ese alguien es ni más ni menos que...

Dejo caer los codos sobre la mesa, con los ojos abiertos como platos.

—Hoy tengo el placer de presentarles a alguien especial —avisa la profesora, ajustándose las gafas—. Un destacado alumno de Harvard y compañero de la Facultad de Derecho.

¿Qué? ¿Cómo? ¿Por qué?

—El señor Sander… —señala con una sonrisa—. Hoy ha decidido presentarse aquí voluntariamente. Dice que tiene una muy buena causa, y yo estoy encantada de darle la bienvenida.

Mi corazón late con fuerza mientras mi mirada lo recorre de arriba abajo, sin poder creer que Bram está ahora mismo aquí, en mi clase, a primera hora de la mañana. Además, lleva un jodido traje gris oscuro, casi idéntico al que llevaba la primera vez que lo vi, cuando apareció en su deportivo. La camisa es blanca, impecable, y la corbata oscura le da un toque de elegancia que tiene un impacto tremendo en la sala. De repente, noto a todas mis compañeras sonrojarse, intercambiando murmullos por lo bajo. Y no me sorprende.

Se planta en el centro de la inmensa sala y enlaza las manos frente a él, proyectando una postura profesional y decidida. Sus tatuajes quedan visibles, y sus ojos nos recorren con calma, evaluándonos uno a uno. Finalmente, toma la palabra.

—¡Buenos días! —saluda con un tono firme y cordial—. La señora Brown está en lo cierto: hay una muy buena razón para estar aquí hoy. Y... si la montaña no va a Mahoma, Mahoma va a la montaña.

CAPÍTULO 12



BERTA

Mi respiración se detiene cuando su mirada fija parece desafiarme. En este instante, me siento completamente vulnerable, como si él pudiera ver a través de mí. Intento mantener la compostura, pero mis pensamientos se atropellan en mi cabeza. La tensión en el ambiente crece, y todos parecen ponerse nerviosos, pero ninguno tanto como yo.

Bram me sostiene la mirada por unos segundos más y después desvía los ojos hacia el resto de la sala, pero en mi mente el tiempo siguiera congelado. Es como si el aire se hubiera vuelto denso y solo pudiera pensar en una cosa: sus besos.

—¡Vaya, señor Sander! Hoy viene metafórico. ¿A qué se refiere exactamente? —interviene la profesora Brown, con los ojos tan abiertos como platos. Yo junto las manos bajo la barbilla, aún sin entender nada.

—Pues mire… —Bram aclara su voz—. Como ya sabréis, mi padre es candidato a senador en la Cámara Alta del estado de Massachusetts, enfrentándose como rival de los republicanos. Como su hijo, considero un deber apoyar su carrera. Y pensé, ¿por qué no comenzar, aquí, en la universidad?

—¡Maravilloso! —exclama la profesora, observándolo como si estuviera viendo algún santo delante de ella—. Qué buen hijo es usted.

—Nada de santo, y nada de buen hijo —murmullo.

—Se hace lo que se puede —le responde él con una sonrisa tranquila—. Los jóvenes de hoy deben entender que no podemos permitir que nos gobiernen corruptos y que todos merecemos igualdad de oportunidades. La política de mi padre se centra en esta doctrina, y es importante para él y para mí apoyar a los grupos más desfavorecidos. ¿Por qué algunos deben tener tanto y otros tan poco?

—¡Me está dejando impresionada! —dice la profesora con admiración.

Y a mí también. La idea que plantea es buena, pero siento que hay algo más detrás de esta escena conmovedora de solidaridad familiar.

—Y por eso estoy aquí, para solicitar su apoyo en unas votaciones justas y para proponer la elección de un representante de cada clase, que pueda asistir a una reunión privada con el senador.

Mientras habla, levanta el brazo con un gesto decidido y empieza a pasearse al frente de la clase, proyectando una autoridad innegable.

—¿Y quién será esa persona? —pregunta la profesora, alzando una ceja intrigada.

—La señorita Monticelli, por supuesto. —Me señala de repente.

¿Perdona?

—En una breve charla que tuvimos hace unos días, me demostró que es la persona ideal, no solo como líder, sino también por sus cualidades para el ámbito político.

Siento cómo mi rostro enrojece mientras mis compañeros me observan con curiosidad, y mis sospechas quedan confirmadas. Nunca he hablado de política con él; apenas sé que su padre es candidato y que quiere un puesto en el Senado de Massachusetts.

—¿Señorita Monticelli? —murmura la profesora mientras Bram, cruzado de brazos y con una sonrisa a medias, parece disfrutar de mi aturdimiento.

—Yo… —Levanto un dedo con intención de aclarar que no es cierto, pero no me sale nada coherente. La política me importa un pepino, y quién gobierne también.

—Se nota que está emocionada —me interrumpe ese diablo de ojos verdes, al que se le da de maravilla el sexo oral. El recuerdo de su boca entre mis piernas me sigue persiguiendo.

Me humedezco los labios, que siento secos, mientras evalúo hasta dónde pretende arrastrarme en algo que me da completamente igual.

—No creo que sea para mí —respondo can un chillido eufórico—. Señor Sander, estoy segura de que otros compañeros, como Adam, están más interesados en ese cargo.

Trato de desviar la atención hacia su amigo, sentado más adelante, preguntándome por qué demonios no lo ha elegido a él.

—La prefiero a usted —afirma con firmeza—. Y, de hecho, debemos partir ya, el senador nos espera.

—No creo que sea una buena idea —tartamudeo, encogiéndome en mi asiento.

¡Joder! Odio las sorpresas, y odio la política.

—¡Tú puedes, Berta! —gritan algunos compañeros—. ¡Eres la mejor para esto!

El apoyo de la clase me arrolla, dejándome sin opciones. Lo que ha comenzado como una simple clase con la señora Brown, se convierte en algo peor que un espectáculo, con todos alentándome como si fuera la estrella de un concierto. Y este rol, sin duda no me desagrada, así que, sin más opciones, me pongo de pie, cojo mi bolso y le echo una última mirada a Bram, quien parece encantado con el giro de los acontecimientos.

—¡Bien hecho, *ragazza*! —me gritan varios compañeros desde sus asientos.

Me vuelvo para dedicarles una sonrisa y un saludo con la mano como si fuese alguien importante. Algunos ahogan una risita y yo pongo los ojos en blanco. Después de todo, no quiero decepcionarles; ellos creen en mí y, aunque no lo reconozca fácilmente, a veces yo también creo en mí misma.

Suspiro y cruzo el pasillo en busca de Lyn, que ha salido a hacer una llamada. Lyn es de las pocas personas que me intimidan, y con ella aún no me atrevo a hablar de Bram. Con esto en mente, y pasando del sujeto de ojos verdes que acaba de irrumpir en mi clase, comienzo a caminar deprisa para aclarar mis pensamientos y decidir qué leches hacer, antes de que éste tome la palabra.

—¡Ehhh! —Su voz me alcanza, junto a su mano que tira de mi brazo. Me gira bruscamente, y nuestra mirada tropiezan de un modo implacable—. ¿Adónde vas?

No quiero que siga con ese juego de *novios*, que no se lo cree ni él.

—A cualquier lugar menos a esa fiesta —le espeto señalándolo con el dedo, irritada—. ¿De verdad pensabas que te acompañaría a un sitio lleno de políticos solo porque hoy te ha dado por ahí?

Él suelta una risa y cruza los brazos sobre el pecho.

—¿Y tú de verdad crees que yo quiero ir a esa fiesta?

Se señala, mostrándome una sonrisa jocosa.

—Ha sido una mentira —prosigue, rascándose el mentón.

—¿De qué estás hablando?

—Te tengo una sorpresa.

—No sé qué debería responder. No me gustan tus sorpresas —respondo, frustrada.

Detesto esta mezcla de incertidumbre y su constante insistencia en llevarme a su terreno. Me doy la vuelta y camino hacia el ascensor, con pasos decididos.

—¡Espera! —Su mano firme atrapa mi muñeca, y antes de que me dé tiempo a presionar el botón del ascensor, inclina su cuerpo sobre mí, empujándome suavemente contra las puertas metálicas cerradas. Apoya su mano al lado de mi cabeza, encerrándome entre el frío metal y su calor.

—Eh, reina…

—Si has venido buscando una respuesta, déjame decirte que las relaciones no me entusiasman. Lo creas o no, pero me entusiasma más el último bolso de Gucci que echarme un novio y…

—Shhh... —Su dedo roza mi barbilla, y su mirada, intensa y pensativa, se clava en la mía—. No vengo por eso. Y siento si mis mensajes te han incomodado. No era mi intención.

—¿Y entonces cuál es tu intención?

—Conocernos mejor y… —Me sonríe relajado, sus ojos bajando lentamente hasta mis labios — enseñarte a nadar. ¿Es eso tan malo?

Silencio. Solo nuestras cálidas respiraciones llenan el espacio entre nosotros.

—¿Ahora también eres instructor de natación, o qué? —replico incapaz de reprimir una sonrisa. El cabreo monumental que sentía se disipa.

¡Qué demonios! Ni yo misma me entiendo.

—Soy muy camaleónico. —Me guiña un ojo con descaro.

Me cuesta disimular la sonrisa que se extiende en mis labios.

—Ajá... —murmuro—. Pero te olvidas de un detalle.

—¿Cuál?

—Que muy a menudo los camaleónicos son confundidos con impostores o… narcisistas.

Él suelta una carcajada y me mira embobado, como si mi comentario le resultara fascinante.

—¿Y no crees que todos tenemos un poco de narcicismo? —pregunta, escrutándome con la vista—. ¿Tú, por ejemplo?

—¿Yo?

—Elegiste besar a Adam en la fiesta de los Omega, y no te importó que a tu amiga le gustara.

Abro la boca, preparada a responderle, pero los dos damos un salto hacia adelante cuando las puertas del ascensor se abren de repente con un chirrido. Nos separamos de golpe y nos giramos, encontrándonos cara a cara con un grupo de personas que nos observan con curiosidad.

—¿Vais a subir? —pregunta una profesora, alzando una ceja.

—No, gracias. Vamos por las escaleras —responde Bram, tomándome por el brazo.

Él me guía hacia las escaleras y empieza a descender con rapidez, como si tuviera prisa.

—¿Cómo lo sabes? —Lo detengo a mitad del camino, nerviosa—. ¿Pam también te contó que a ella le gusta Adam?

—Así es —dice sin rodeos.

¡Menuda insensata!

—Siento que no hayas tenido un buen cómplice —hace un guiño a la traición de Pamela—. Y también siento que ella no tenga una buena amiga.

Su mirada fría me taladra, una mirada que ya he visto anoche, cuando estábamos en su cama. Esa mezcla de desafío y control. La misma mirada que me hacía imaginar cosas descabelladas, como por ejemplo relajarme y disfrutar de lo que él me iba a ofrecer.

—No sé qué insinúas —respondo finalmente, desviando la mirada mientras descendemos hasta la planta baja de la facultad.

—En que, siendo tu amiga, no tuviste ningún inconveniente en lanzarte a la boca del chico que le gusta. ¿Eso no es egocentrismo, Roberta?

Su voz resuena a mis espaldas como una mosca cojonera, pero me niego a darle el gusto de responder, aunque en el fondo sé que tiene razón. Supongo que a nadie le gusta que le arrojen verdades a la cara, y mucho menos cuando son tan jodidamente acertadas.

Noto que mueve el pie, como si estuviera nervioso y echa una rápida mirada a su reloj, ese que no ha dejado de consultar continuamente.

—Sigo preguntándome qué tiene ese reloj.

—¿Y si te dijera que una foto tuya? —Se ríe.

—¡Oh, pobre chico! —Me burlo—. No me digas que te masturbas mirando mis fotos.

—Ya sabes que jamás me conformaría con una foto.

—No te vengas arriba, Bram —le digo, intentando controlar mi respiración y agilizo el paso.

—Dame una oportunidad, ¿vale? —Toma mi mano—. Yo te perdoné por besar a otro.

—No somos nada —le respondo, tratando de soltarme, pero su mano sigue firme.

—No somos nada, vale —me da la razón con un tono condescendiente, casi como si hablara con un loco—. Pero sí que vamos a ser unos impuntuales de mierda si no llegamos a tiempo. ¡Ven!

Me arrastra hacia la zona de aparcamientos, sin preocuparse por las miradas en el campus, como si de verdad fuera su jodida novia.

—¿Adónde vamos? —pregunto, tratando de mantener el paso.

—Es una sorpresa, ya te lo he dicho. —Sus labios se arquean en una sonrisa mientras saca las llaves de su coche y lo desbloquea con un botón.

Reconozco su vehículo al instante, un deportivo de alta gama que resalta entre los otros coches.

—¡Sube, no te arrepentirás! —me dice, abriendo la puerta del copiloto. Lo miro a él, miro el coche, y respiro profundamente.

—¿Es una promesa? —titubeo.

—Un hecho.

Su aire misterioso me desarma. Me acomodo en el asiento de cuero del copiloto, y él cierra mi puerta de golpe antes de apresurarse al volante.

—Sé que te gustará, es algo único y exclusivo —habla altanero.

—¿Qué será esta vez, el té que toma la reina de Inglaterra? —pregunto sarcástica, recordando el cóctel de anoche que supuestamente había pedido para mí.

—¿Té? —Levanta una ceja y suelta una carcajada mientras arranca el potente motor—. ¡Qué graciosa!

Suspiro encandilada, pese a que finjo exasperación, mirando el techo del coche.

—¿Por qué intentas impresionarme?

—No es eso —dice feliz, mientras yo me esfuerzo en no mirar sus brazos marcados bajo la camisa cuando gira el volante—. Solo quiero limpiar mi imagen.

Acomodo mi bolso en el regazo, apretando los muslos con una postura seductora, consciente de cada movimiento. Lo más sencillo sería tirármelo sin más, pero a una cazadora nata como yo le gusta el juego: acercarse, lanzar el anzuelo, atrapar al pez... y luego retroceder, aunque corra el riesgo de que «el pececito» se escape.

—Como buen hijo de político.

—No… —aclara, taladrándome con esa mirada que ya me está obsesionando—. Como buen novio.

—Eso de novio queda por verlo… —comento, sin poder reprimir una risita—. En realidad, ha sido una broma, no te culpo por eso, es normal que tu familia te exija cuidar la imagen.

Pienso en la influencia de su padre, el senador Sander.

—No podrías estar más equivocada.

—No eres el primer pijo que conozco, Bram. Hacen como que son independientes, pero después no se atreven a contradecir a sus padres.

—Te sorprenderías. Verdaderamente, no encajo en ese perfil. Sí, soy pijo, pero... —dice en ese maldito tono seductor— no sumiso.

—Eso quiero verlo. —Me río, intrigada por nuestra conversación—. Ahora me dirás que eres el típico rebelde que fuma marihuana y está metido en polémicas.

Mi risa inunda el coche mientras él me mira con el ceño levemente fruncido mientras esquiva unos cuantos coches en el camino.

—No provoques a este *pijo*, te puede salir caro.

—¿Con las elecciones a la vuelta de la esquina? —murmuro, mirando por la ventana—. Lo dudo.

—¿Quieres comprobarlo? —Me reta, apretando el volante con ambas manos.

Me agarro al siento cuando, de repente, él pisa el acelerador, y el coche se lanza a más de 160 km/h por una carretera abarrotada. Siento un golpe de adrenalina y me aferro al mango en el lateral del coche.

—¿¡Qué haces!?

El muy loco se salta un semáforo en rojo, con la vista fija en la carretera y una concentración que me asusta.

—Mostrarte un poco más de mí.

—¿Corriendo como un loco? —le grito, tambaleándome en el asiento.

—Solo estoy intentando demostrar mis palabras.

—No sé si te servirá, «niño pijo» —lo provoco con una sonrisa, intentando no dejarme llevar por el pánico.

—Y hablando de pijos, ¿conociste a muchos?

—Los suficientes.

—Pero ninguno que te haya pedido que seas su novia —puntualiza, aunque apenas escucho su voz entre la jodida corriente de aire y el rugido del motor.

Me llevo una mano a la boca cuando estamos a punto de chocar con un camión que se aproxima de frente.

—¡Joderrr! —grito y tiro del volante—. ¡Detente ya!

Pero él pisa el acelerador aún más, lanzándonos en una carrera suicida. Siento los latidos en la garganta y maldigo por haberme metido en este lío.

—¡Para ya, he dicho!

Pero él no lo hace.

—¡No voy a parar hasta que aceptes ser mi novia! —gruñe, aumentando la velocidad.

¡Por Dios y todos los jodidos santos!

—¡Hay cosas que no me quedan claras! —exclamo, luchando entre el miedo y el desconcierto.

—¡Dilo!

—¿Estás loco? —chillo con la boca abierta, aferrándome al asiento—. ¡Para el coche, hostia!

—Solo di «sí» —murmura con una sonrisa torcida, y suelta un grito de pura adrenalina al adelantar a varios coches, retomando el carril en el último segundo. Mi corazón late desbocado.

—¡No lo diré!

«*Cazzo*…», maldigo internamente al ver varios policías más adelante. Este demente es capaz de volar por la carretera a casi 200 km/h justo delante de los jodidos policías.

—¡Dilooo! —insiste, y en lugar de aflojar, pisa más el acelerador.

El sudor me corre por la frente, y respiro entrecortada, convencida de que esta tarde acabaremos en el cuartel, o en un sitio peor.

—¡Maldita sea! —le grito—. ¡Vale, seré tu jodida novia!

Frena de golpe, y el chillido de los neumáticos se oye mientras me inclino hacia adelante, con el cabello cubriéndome el rostro. Ni siquiera respiro; parpadeo mientras un escalofrío recorre mi

espalda.

Silencio.

Elevo la cabeza lentamente, aún temblando por el miedo que me ha metido en el cuerpo. Entonces, oigo su risa. Una risa vil que taladra mis pensamientos como un clavo ardiente. Lo veo reírse sin control, echando la cabeza atrás entre carcajadas. No me hace falta mirarme en el espejo para saber que estoy pálida.

—¡Vete al… arghhhhhh! —Frunzo los labios, furiosa, y le doy un golpe en el hombro con los nudillos mientras intento abrir la puerta.

—¡Ehhh! —Me sujeta del brazo, tirando de mí para que vuelva al coche—. Tranquila, estaba bromeando.

Lo miro, atónita.

—Me encanta cuando te enfadas —añade—. Eso me pone mucho. Muchísimo… —susurra cerca de mis labios, y su mirada baja hasta mi boca mientras me acerca más a él.

—¡Estás loco!

—Un poquito… —Su respiración entrecortada roza mis labios—. Por cierto, John Lagerfeld nos espera.

—¿Quién?

Mi aliento se corta al oír el nombre.

—Quiere ofrecerte un contrato. —Me acaricia la mejilla con suavidad mientras yo sigo sin palabras—. No me mires así, te hablo del gran diseñador Lagerfeld. Está ahí dentro esperándote. —Acomoda mi cabello con una expresión de fascinación—. Llegábamos tarde, y no podíamos hacerlo esperar, ¿verdad?

Señala el restaurante frente al que acaba de aparcar. Giro la cabeza incrédula.

—No puede ser…

—Sí lo es. —Me besa la mano—. Además, te ha traído un vestido de su última colección.

—¿Un vestido?

Estoy en estado de shock.

—Sí —Sonríe, satisfecho—. Mañana te llevaré a un lugar especial. Muy especial.

—¿A qué lugar exactamente?

—A un sitio que espero te guste. —Aclara la garganta y toma mi rostro entre sus manos—. Te llevaré a una fiesta digamos que… diferente.

—¿De qué fiesta hablas? —Mi voz se agudiza.

—Una fiesta de disfraces.

CAPÍTULO 13



.

BRAM

—¿Fiesta de disfraces? —Su voz suena como un filo que me corta y al mismo tiempo me fascina.

Verla delante de mí, con el corazón en la garganta y la mirada de quien está a punto de saltar de un precipicio, me produce satisfacción. Soy raro, lo sé, pero aparte del tiempo y otras cosas, también disfruto con controlar las emociones de las mujeres. Verla asustada y confusa me produce cierta… excitación.

Vuelvo a la realidad cuando su mano me empuja y, por un segundo, siento el calor y la fuerza en su toque, como si quisiera borrar la distancia entre nosotros con un solo empujón.

—Necesito que te tranquilices primero y después te cuento, ¿OK? —Levanto las manos.

—Estoy tranquila —miente con descaro, pero a mí no me engaña. Su mirada se clava en la puerta del restaurante como si tratara de procesar lo que está sucediendo.

Es irresistible verla así, sin ese blindaje que normalmente me lanza como una pared de hierro. Conozco su admiración por Lagerfeld. Sé lo que representa para ella: la cima, la entrada a ese mundo que tanto desea conquistar. Mañana es sábado y es por eso que hoy seré su pasaje directo a ese sueño. Ella feliz, y yo también, cobrándome este favor mañana. Es lo justo: un favor a cambio de otro.

—¿Lagerfeld está aquí? —susurra, como si pronunciara el nombre de una leyenda.

—Sí. —Mi mano encuentra su pierna de manera instintiva y la acaricio para calmarla mientras miro mi reloj; no puedo evitarlo—. Hemos tardado exactamente siete minutos, pero ya estamos tardando. No creo que te gustaría dejarlo esperando, ya que se ha tomado la molestia de venir, ¿verdad?

—No… —susurra asombrada.

Sé que no está respirando con normalidad y que apenas puede procesarlo. Me inclino, rodeando su cuerpo, y alcanzo la maneta de su puerta, abriéndola suavemente. Retiro las llaves del deportivo y apago el motor, observándola con una sonrisa. La veo salir, todavía incrédula, con la mirada fija en el restaurante como si no creyera lo que está a punto de suceder.

—¿Entramos como dos personas decentes, o qué? —Le ofrezco mi brazo, observando su postura crispada.

—¿Decentes? —Su risa sarcástica se convierte en mi debilidad—. De decente no tienes nada, Bram Sander. ¡Y terminemos ya con esto!

La observo bufar con frustración mientras clava su mirada en el camino delante de nosotros y, aunque no quiera admitirlo, su actitud muestra agradecimiento. Ambos sabemos que este

encuentro con Lagerfeld no es cualquier cosa, así que observo complacido cómo cede. Me rasco la frente más calmado, y camino a su lado, intentando alcanzar sus pasos galopantes.

—Pensaba que te alegrarías, pero ya veo que…

—¿Qué? —pregunta con una ceja alzada, sin desprenderse de esa arrogancia tan característica. Arrogancia que ya me está jodiendo y hace que tenga ganas de matar a alguien.

—Que no —digo serio—. Las mujeres tercas me cansan, ¿sabes?

—A mí me cansas tú, ¿y sabes por qué? Tu carácter no va conmigo —su voz, aguda y ruda me hace sonreír con un placer oscuro.

—No me sorprende en absoluto. —Aprieto mis dedos en su cadera y la freno bruscamente—. Eres dominante, orgullosa y caprichosa. Y ah, se me olvidaba, también eres de las que tiran la piedra y esconden la mano. ¿Quieres que siga con la lista?

Veo su rostro endurecerse con una expresión de furia herida, una furia que reconozco que me está empezando a volver loco.

—¿Hay más?

—Ya te dije que no podías engañarme. No a mí.

—Ajammm… —Alza la barbilla.

—Eres una líder innata que posa de monja, pero que sería capaz de hacer arder un todo un monasterio —prosigo—. Eres engañosa, disimulada y falsa.

Ella contiene la respiración.

—¿¡Cómo te atreves!? —masculla entre dientes.

—¿Pero sabes qué? —añado con una sonrisa torcida—. Eres perfecta para mí.

Por un momento, me pierdo en sus ojos y juraría que son los ojos más bonitos que he visto jamás.

La veo tragar con dificultad, su pecho sube y baja a un ritmo que confirma el estado en el que está. No voy a soltar su cintura, no hasta que cruce esa puerta y dé el siguiente paso. Esto apenas empieza.

Miro por el rabillo del ojo cómo está luchando por mantener la compostura mientras Lagerfeld se levanta de su asiento y nos dedica una sonrisa llena de encanto. Me siento victorioso viendo sus manos pasar nerviosas por su vestido, intentando alisar una arruga imaginaria mientras le invade la duda de si está lo suficientemente arreglada para un evento como éste.

—*¡Mon cher!* —exclama Lagerfeld en francés.

Su fascinación por él es palpable, y eso es un punto a mi favor.

—¡Bienvenido y perdón por el retraso! —le digo al diseñador mientras le estrecho la mano —. Pero ha valido la pena, John, mira la belleza que tengo aquí.

Lagerfeld desvía su mirada hacia Roberta y la examina con un descaro absoluto. Por un segundo, casi siento lástima; la noto luchando entre las ganas de salir corriendo y el orgullo que la mantiene firme en el sitio.

—Hola querida —saluda Lagerfeld con galantería—. Una verdadera joya, ¿y de dónde ha salido?

—De un monasterio —respondo sarcástico, aprovechando la oportunidad para bromear, hasta que siento su codo enterrarse en mis costillas. Su fuerza y determinación no me decepcionan—. Es una broma —añado, forzado—. Es estudiante en Harvard.

—¡Vaya, qué gusto! —responde Lagerfeld, mirándola como si ya estuviera visualizando cómo lucirá con alguna de sus creaciones.

—John Lagerfeld…

—Roberta. Roberta Monticelli —responde ella con esa mezcla de altanería y elegancia cuando el francés le da la mano.

—¿Almorzamos primero? —pregunto, intentando redirigir la situación, pero Lagerfeld no me permite seguir.

—*Bon.*… en realidad, tengo un compromiso dentro de poco y no me dará tiempo a almorzar —dice este mientras nos invita a subir al ascensor del restaurante de al menos tres plantas—. ¿Primero le sacas las fotos o se prueba el vestido?

—¿Qué fotos? —pregunta la chica, tratando de adivinar en qué momento se ha perdido el hilo de la conversación.

Le señalo el ascensor con galantería y, una vez dentro, rodeo su cintura de nuevo. Puedo sentir la tensión que recorre su cuerpo, algo que le es imposible ocultar.

—Serás la protagonista de una sesión fotográfica, preciosa. —Bajo la voz para añadirle ese toque de complicidad—. Saldrás en el siguiente catálogo de la marca Lagerfeld y voy a tener el honor de sacártelas yo. ¿Pensabas que bromeaba?

La sorpresa en su rostro no tiene precio. Su boca se abre ligeramente y puedo sentir cómo su respiración se acelera.

—¿Tú?

—Sí… —Acerco más mis labios a su oído—. La fotografía es una de mis aficiones secretas.

—¿Y cuáles son las otras?

—Es mejor que no lo sepas. —Le guiño un ojo y le doy un beso fugaz en la mejilla.

El brillo en su mirada me indica que vale la pena cada minuto invertido en este plan. Nuestro contacto visual queda interrumpido por las puertas que se abren en la segunda planta y por la voz aguda de John.

—Si estoy encantado con su trabajo, *ma chérie*, no dude de que le ofreceré un contrato.

Roberta me mira mientras yo tomo su mano, sin darle la oportunidad de recular.

—¿Es eso cierto?

Lagerfeld y yo intercambiamos una mirada cómplice, y al unísono dejamos escapar una leve carcajada.

—Veremos si es cierto —respondo, mientras Lagerfeld la invita a seguirlo con una pequeña inclinación de cabeza, como un maestro llevándola al centro de los focos.

Entonces, el sonido de una llamada entrante interrumpe la escena. Reprimo una maldición y miro el nombre en mi reloj digital. Es el senador y sé que me está buscando para recordarme el vuelo de esta noche, sin embargo, yo debo dejar esto listo antes. Cuelgo la llamada mientras le indico una sala a Roberta con un gesto alegre. Tendrá su sueño hecho realidad, y en ese instante, cuando su nombre esté grabado en uno de los catálogos de Lagerfeld, ella sabrá que yo lo he

hecho posible. Sabrá que es a mí a quien le debe sumisión y adoración.

—Aquí es —dice Langerfield, abriendo unas puertas.

Me obligo a mí mismo a mantenerme sereno. Ella entra, curiosa pero cohibida, y yo me quedo atrás, observando. El lugar es extraño. Un híbrido entre un trastero y un estudio improvisado. Material de hostelería amontonado a un lado, un sofá que parece de otro siglo, y en el centro esa tarima negra que llama la atención más de lo que debería. La miro acercarse lentamente, evaluando todo como si estuviera entrando en territorio enemigo.

—Bienvenida. Mi nombre es Sergei. —Un rubio con una coleta y gafas sale a nuestro encuentro. Deduzco que es el ayudante.

—¡Hola! —comenta también una joven chica de piel oscura, la cual lleva un enorme estuche de maquillaje. —Soy la maquilladora.

—Hola —saluda esta, dubitativa—. Gracias por todo, solo que yo… nunca he posado.

—No te preocupes, querida. Siempre hay una primera vez —dice John y me mira inseguro —. Ahora quítese la ropa.

—Ehmmm… —tartamudea—. ¿Qué tipo de fotos serán exactamente?

—Algunas *nude* y otras… llevando uno de mis vestidos —comenta él antes de que yo pueda abrir la boca—. ¿Algún problema?

—*¿Nude?* —pregunta, lanzándome una mirada rápida.

—En realidad, llevará la lencería Lagerfield. —Noto cómo suspira aliviada—. También deberá usar esto.

John se dirige hacia una ventana, al lado de la cual hay un sillón aterciopelado y un maletín dorado. Lo abre, siguiendo a pie de la letra mis indicaciones. Ahí se encuentra un conjunto de cuero y encaje de color oscuro, un látigo y un antifaz dorado, al igual que unas esposas de cuero.

—¿Cuál es la temática de la sesión? —Roberta mira al diseñador mientras yo me llevo una mano a la frente.

La miro atentamente y confieso que la estoy poniendo a prueba. Sin querer, me pregunto por qué me estoy complicando la vida, pero sé que esto es necesario, solo quiero que ella se acostumbre. «La fiesta de disfraces» está a la vuelta de la esquina.

—La sumisión —le responde éste deprisa—. ¿Algún problema, señorita?

—Yo… —Se cruza de brazos y junta los labios—. No estoy preparada para esto.

Antes de que pueda detenerla, se da la vuelta, decidida a salir, y entonces la freno por la cintura y la miro, contrariado. Alzo las manos automáticamente para sostenerla, pero no digo nada. No puedo. Sus ojos, llenos de furia y algo más —¿dolor?—, se clavan en los míos. Y en ese momento lo sé. Ella está luchando contra mí tanto como contra sí misma.

—John, déjanos solos, por favor —digo seco—. Comenzaremos por mis fotos.

—Pero mi maquilladora debe…

—Roberta es muy guapa, no necesita maquillaje.

John me mira con una mueca de pocos amigos, pero sabe que soy el que manda, es uno de nuestros clientes y me debe mucho. Acto seguido, veo cómo ella sigue batallando contra su propia mente mientras John les indica a los demás salir, con un chasquido de dedos.

—¿Qué ocurre? —le pregunto cuando la puerta se cierra.

—No pudiste tenerme en el barco de esa manera que querías y pensaste tenerme en fotos.

—Te equivocas. En el barco pude tenerte, recuerda que estabas atada, sin embargo, tengo claro que no iba a seguir adelante. No acostumbro a obligar a las mujeres. Además, te dije que fue una lección.

—¿Y esto qué es?

—Una sesión de fotos. —Me encojo de hombros.

Este desafío es precisamente lo que me atrae de ella, ese orgullo indomable que ahora mismo se tambalea bajo la presión de lo desconocido.

—Me puse en contacto con John cuando me enteré de esto, pero te prometo que la idea de las fotos *bondage* ha sido suya, lo puedes comprobar en su página web —le explico aunque sé que no me creerá—. Serán unas simples fotos, ¿vale?

—Ajam… —Chasquea la lengua—. Unas simples fotos.

—¿Sabes? —Me acerco con una sonrisa—. Sé que a veces el miedo de ceder nos ciega, pero no estás teniendo en cuenta la recompensa y si tienes miedo de que…

—No es eso, ¡por Dios! —exclama—. No son las fotos lo que me dan miedo. Son tus juegos de control, Bram.

La seriedad en sus ojos es tan intensa que, por un instante siento una punzada de respeto. Pero no puedo evitar seguir adelante. Después de todo, si está aquí, es porque una parte de ella lo desea, incluso si no lo admite. Una parte de ella me necesita, al igual que yo a ella.

—¿Mis juegos? —La miro escéptico—. Esto no es un juego, es una oportunidad. Si no quieres la sesión, es tu decisión, pero te arrepentirás toda tu vida.

—¿De verdad quieres que lleve eso? —Camina en mi dirección y su tono me resulta intrigante. Demasiado intrigante.

—Por supuesto.

—Me lo pondré, pero… tengo una condición.

Me cruzo de brazos, expectante.

—No sé por qué, pero esto ya no me está gustando.

—Entonces no hay fotos.

—Bueno, tú te lo pierd…

—Y tampoco iré contigo a esa fiesta de disfraces —interrumpe.

Se me corta el aliento. Enseguida me llevo las manos a las caderas y tuerzo la cabeza mientras se me escapa una risita nerviosa.

¿De qué demonios está hablando?

Genial. En ningún momento he contado con que ella se negaría a acompañarme. Cualquier jodida tipa de Harvard aceptaría acompañar a Bram Sander. Pero no ella.

—Dime, entonces… —Me acerco, lentamente—, ¿cuál es esa condición?

—Mantenerte alejado de mí durante la sesión —suelta.

—¿Solo eso? —Respiro aliviado—. Tampoco pensaba acercarme más de la cuenta, reina. Ya

recibiste tu castigo y créeme, no soy el perfil de hombre que insiste.

—Entonces no hay de qué preocuparse. Ambos saldremos ganando.

—¿Ambos? —Arqueo una ceja y me doy la vuelta relajado para coger la cámara de fotos que Sergei ha dejado encima de una mesa.

Verifico la batería, limpio el lente y ajusto la configuración, sumamente sonriente.

—En realidad, tú más que yo —prosigo, aún de espalda a ella

—¿Seguro?

—Sí —sonrío—. Saldrás en una de las mejores revistas de moda, y encima me acompañarás a una…

Las palabras se me atragantan y me quedo inmóvil cuando me doy la vuelta y la veo delante de mí, tan solo llevando unas bragas de seda y un sujetador, ambos de un rosa chicle.

—… fiesta —remato.

—¿Empezamos?

¡Por el jodido Zeus! Tenía razón de que ambos saldríamos ganando.

Mis ojos resbalan en su pálido cuerpo y me esfuerzo en cerrar la boca, la cual mantengo jodidamente abierta en estos instantes. La fijo con la mirada, aún sin dar crédito a que ella se está desprendiendo del sujetador en estos instantes, con movimientos lascivos. Sus movimientos me hipnotizan y sonrío cuando noto sus dedos tirar de sus bragas.

—Hace unos minutos no opinabas lo mismo, Roberta.

—He cambiado de opinión —Las desliza por sus piernas y estas acaban en el suelo.

—Uhmmm…. —ronroneo con los ojos fijos en su desnudez—. Te verá todo un país, ¿te da eso igual?

Sus pezones rozados y su pubis completamente depilado llaman mi atención. Me rasco la nuca y la miro con cara de gilipollas mientras arqueo los labios, intentando aparentar tranquilo, sin embargo, no hay nada que pueda calmarme en este instante. Nada podría hacer que ahuyente las tremendas ganas que le tengo a esta mujer.

—¿Vas a estar ahí todo el día? —dice ausente y se sienta lascivamente en el taburete aterciopelado que hay en medio de los focos, aún fijándome con esa mirada seductora. Extiende el brazo lentamente y toma el fino látigo de cuero que se encuentra en el estuche.

—No. —Elevo la cámara sutilmente mientras doy unos pasos en su dirección—. Por supuesto que no. A decir verdad, pensaba que empezarías por la lencería, pero veo que prefieres desnuda.

Ajusto el enfoque de la cámara mientras camino hacia ella, tratando de recuperar la compostura. Mi respiración es un caos, pero me aferro al lente como si fuera un escudo que pudiera protegerme de esta maldita tormenta de sensaciones que ella desata.

—¿Qué quieres que haga? —me pregunta.

—Ponte el antifaz.

Veo que coge el antifaz oscuro del maletín, y se lo coloca en el rostro, sin titubeos.

—¿Qué más?

—Sonríe.

Ella se mueve nerviosamente en el sillón y me fija con la vista mientras sacude su cabello y arquea sus labios. Preciosa. Verdaderamente preciosa.

—Quieta… —Mi voz suena más ronca de lo que esperaba, pero lo disimulo ajustando los diales de la cámara—. Si vas a hacer esto, hazlo bien, Roberta.

Ella sonríe, y es el tipo de sonrisa que deja cicatrices.

—Dime, ¿qué sería *bien* para ti? —pregunta, jugando con el látigo entre sus dedos, como si estuviera considerando seriamente usarlo.

—Dejarte dirigir —le aclaro mientras enciendo las luces principales, el resplandor dorado tiñendo su piel—. Ser mi obra maestra… mi musa.

Ella inclina la cabeza, evaluándome, como si mis palabras fueran un desafío más. No me molesta. A decir verdad, lo disfruto. Esa chispa que tiene en la mirada es el combustible que mantiene encendido este jodido juego entre nosotros.

—¿Es eso lo que buscas en todas tus modelos? —pregunta, cruzando una pierna sobre la otra con lentitud deliberada.

—No. —Presiono el disparador, capturando el movimiento. El *click* de la cámara rompe el silencio—. Lo busco en ti.

La frase cuelga en el aire, y por un instante, algo parece quebrarse en su expresión. Es sutil, pero ahí está.

—Abre las piernas, reina… —Mi tono es firme, y ella me obedece sin dudar, aunque su ceja arqueada sugiere que lo hace solo porque quiere, no porque yo lo haya ordenado.

Con un movimiento fluido, se inclina hacia atrás y abre sus muslos lentamente. Desliza el látigo con gráciles movimientos desde la pantorrilla hacia su muslo. Es perfecta. Es jodidamente perfecta, y eso me hace temblar.

—¿Sabes qué es lo mejor de esto? —susurra, inclinándose lo suficiente como para mostrármelo todo—. Que estás sudando.

Sus palabras son una provocación, y sus movimientos lascivos más aún. Noto hipnotizado cómo ella lleva la punta del látigo a su deliciosa «flor», y traza círculos sensuales en sus labios vaginales, separando más los muslos.

¡Oh, jo-deeer!

—Aquí hace mucho calor —replico, levantando ligeramente la cámara. Aprieto los dientes.

—Bueno, fotógrafo, ¿qué sigue?

Mi mente es un caos.

—Sigue... el arte —digo con un fuerte ardor en mis entrañas, tanto que siento cómo me expando en los pantalones a una velocidad fulminante. Estoy vibrando de deseo con cada toque y mordedura de labio suya.

Sé que lo hace a propósito, sé que hoy le toca a ella darme una lección.

El obturador de la cámara sigue disparando. Su cuerpo es un lienzo, pero su mirada sigue siendo un arma. Ese látigo que asciende hasta sus pezones y su inquebrantable mirada verde quitándole protagonismo al antifaz oscuro es una delicia.

—Eres perfecta… —digo absorto, pero el control no es algo fácil de mantener—. Tócate, bebé.

Sus dedos acarician su entrepierna con una destreza difícil de digerir. Traza círculos lentos en sus delicados «pétalos». Su gesto es fulminante y el calor absurdamente abrasador me atraviesa como una daga recién forjada.

—¿Sabes? —dice con un tono inquisitivo—. No dejo de preguntarme algo.

—¿Qué?

—¿Cómo sabes tanto sobre mí? —Su mirada se vuelve más intensa—. ¿Cómo sabes que me gusta la moda?

Me enderezo, fingiendo una calma que no siento, y bajo la cámara.

—No es tan difícil saberlo si uno se interesa un poco.

—Mientes… —La acusación viene cargada de una certeza que me inquieta—. ¿Pam te lo contó, cierto?

La habitación se queda en silencio, excepto por el zumbido leve de las luces.

—Digamos que... soy observador.

—Eso tampoco responde mi pregunta. —Junta los muslos—. Sabes cosas que no debería ser posible saber.

—¿Por ejemplo? —mi voz es baja, casi un susurro.

—Sabías que me gustaban los tulipanes, aunque nunca te lo mencionara. Sabías que me gusta el helado y que la moda me fascina. Y eso me pone en guardia.

Sus palabras me golpean como un puñetazo, pero no lo muestro, En lugar de eso, sonrío ligeramente y doy un paso hacia ella.

—¿Te pone en guardia... o te intriga? —Otro *click* en mi cámara, dispuesto a capturarlo todo —. Ahora sonríe.

—Ambas cosas. —Ella sonríe falsamente—. Pero esto no significa que confíe en ti.

—No te pido confianza, Roberta. —Le dedico una media sonrisa—. Solo quiero que veas lo que yo veo.

—¿Y qué ves tú?

Me observa por un largo segundo, permaneciendo inmóvil, como si estuviera absorbiendo cada sonido.

—Una mujer que deseo. —Me relamo los labios, sin poder apartar mi vista de esos pezones rosados que me invitan a morderlos y chuparlos. Y su piel… su piel me vuelve loco—. Y también una mujer a la que me gustaría… —Otro *click.*

—¿Follar?

Bajo la cámara lentamente.

—Atar —respondo calmadamente—. La verdad es que disfruto con ello y… —Muevo la mirada hacia el maletín— me muero por sacarte una foto con ellas puestas.

Ella tuerce la cabeza hacia el maletín con una lentitud exasperante, como si estuviera considerando cada movimiento.

—Deseo más que cualquier cosa que te coloques esas esposas, Roberta…

Sus ojos se clavan en los míos, pero no responde. En lugar de eso, se pone de pie con un aire

enigmático. Su cuerpo se mueve con una sensualidad deliberada y contonea sus caderas de una manera que hace imposible apartar la vista.

Cuando llega a mi altura, inclina la cabeza, bajando la mirada hacia la cámara que tengo entre las manos.

—Me gustaría ver si eres tan bueno sacando fotos al igual que lo eres mintiendo.

Antes de que pueda reaccionar, su mano se desliza sobre la mía, acariciándome con una sensualidad descarada. El roce envía una descarga eléctrica a través de mi cuerpo. Respiro hondo, esforzándome por mantener la compostura mientras mi mente grita que no caiga en su juego.

—Toda tuya —murmuro.

Ella la toma, pero para mi desconcierto, ni siquiera se digna a revisar las fotos. En lugar de eso, sujeta el dispositivo con firmeza y, con un movimiento brusco, lo arroja hacia la ventana abierta con fuerza.

El sonido del cristal rompiéndose tras el impacto del dispositivo contra el suelo se mezcla con mi exclamación.

—¿Qué demonios has hecho? —rujo.

Camino hacia la ventana rápidamente, pero ya no hay nada que pueda hacer. La cámara yace en el suelo, hecho pedazos. Me doy la vuelta hacia ella, con rostro desfigurado.

—¿Tienes idea de lo que has hecho?

Ella no se inmuta. Me mira con una calma escalofriante, como si el caos que acaba de provocar no le importara lo más mínimo.

—Claro que lo sé. —Cruza los brazos—. Eres tú el que no sabe.

—¿Qué se supone que significa eso?

Ella se acerca, invadiendo mi espacio personal una vez más. Su aroma me envuelve, mezclándose con la furia y la confusión que siento.

—Significa que debo saber la verdad —susurra en un tono mordaz.

—¿Qué quieres saber?

Ella sonríe, pero no es una sonrisa amable. Es la sonrisa de alguien que sabe que tiene el control.

—¿A qué te dedicas?

—A… —arqueo una ceja— ¿estudiar?

Me río nerviosamente. ¿Esta tipa acaba de tirar por la ventana la puta cámara de fotos de Lagerfeld?

—¿Eres un *Dom*?

—¿*Dom*? —murmuro—. ¿Qué es eso, un nombre propio?

—No me toques las narices, Bram… —Agarra el cuello de mi camiseta con ambas manos—. *Dom*, del latín *dominus*, traducido por amo, en el BDSM.

Suelto una carcajada.

—¡Ohhh, pensaba que las lenguas muertas no se te daban bien!

—Es el griego el que nunca se me ha dado bien, no el latín —Aprieta los labios.

—No, reina, no soy un *Dom* —Le inmovilizo los brazos y la acerco a mí bruscamente, haciendo que suelte mi camisa—. Un *Dom* respeta los límites impuestos por su sumisa. Yo, en cambio… no tengo límites.

—Eso se lo dices a tu puta… madre.

La observo, inmóvil, mientras se aparta un mechón de cabello con un resoplido. Mi garganta se cierra, incapaz de emitir sonido. Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago.

—Si crees que tus palabras me ofenden, tranquila… —musito—. Mi madre realmente es una puta y… una traidora. Se fue con el primero que pilló, ¿sabes? Es más, llevo dieciocho años sin saber nada de ella.

—Bram, yo… —Roberta estrecha la mirada, pero no termina la frase.

Un estruendo nos interrumpe. El sonido seco y brutal de golpes retumbando afuera. Mis sentidos se tensan al instante, y clavo mis ojos en los suyos. Por un momento, compartimos la misma pregunta muda.

¿Qué demonios está pasando?

CAPÍTULO 14



BERTA

—Bram, yo… —intento decir algo, pero no hay tiempo.

De repente, unos ruidos ensordecedores, como golpes secos y violentos, retumban desde fuera. Mi cuerpo entero se tensa, y clavo mi mirada en él, buscando respuestas. Él me devuelve la mirada, tan confuso como yo.

—Shhhh… —me ordena con un gesto, llevándose un dedo a los labios. Con movimientos rápidos, avanza hacia la puerta.

—¿Qué está pasando?

—¡Espera! —exclama en voz baja, aguzando el oído para descifrar lo que ocurre al otro lado.

No hay tiempo para especulaciones. El crujido de la madera al ser perforada me hace dar un brinco mientras una bala atraviesa la puerta, pasando peligrosamente cerca de su cabeza. Bram se aparta de golpe, con mandíbula tensa y ojos encendidos.

—¡Maldita sea! —ruge, con el rostro desfigurado por la rabia.

Con un movimiento rápido, lleva la mano al pantalón y saca una pistola que no he visto antes. Sin pensarlo dos veces, alza el arma, extiende los brazos y dispara dos veces contra la puerta. Los disparos resuenan en la habitación, mezclándose con gritos y el eco de más balas provenientes del exterior.

—¡Jesús! —grito, horrorizada. Mi mirada se fija en la pistola, intentando calcular su tamaño. Parece pequeña, pero letal. Hace un año, mi padre insistió en que debía aprender a defenderme, y aunque tomara algunas clases de tiro, todo terminó mal: casi le vuelo la cabeza al instructor por no seguir las normas de seguridad.

Me arranco el antifaz rápidamente y miro a mi alrededor, buscando una solución.

—¡Bram! —le llamo, colocándome el vestido de un tirón cuando dispara de nuevo y abre la puerta violentamente—. ¡Noooo!

Mis piernas tiemblan al ver cómo un hombre cae al suelo al otro lado, envuelto en un charco de sangre.

—¡Quieta ahí! —espeta, al tiempo que se asoma por el marco de la puerta para asegurarse de que no hay más amenazas.

Pero otra bala pasa zumbando a su lado, rozándole la oreja. Bram se lleva la mano al oído con un gruñido de dolor y cierra la puerta de golpe, bloqueándola con el pie.

—¡Está ahí! —Escucho una voz masculina y firme al otro lado, seguida de unos pasos veloces.

—¡Su puta madre! —brama él, retrocediendo hacia el centro de la habitación, con la mano aún en la oreja, que ahora sangra profundamente. Corre hacia mí, jadeando, mientras sus dedos se llenan de sangre.

—¡Joder! —grito yo también—. ¿Qué está pasando?

Antes de que pueda responderme, me arrastra hacia el otro extremo de la habitación. Sus movimientos son rápidos, pero apenas hay tiempo. Un golpe atronador sacude la puerta, que se desploma con violencia, y un hombre alto y bigotudo aparece en el umbral. Sujeta un arma enorme que nos apunta directamente.

—¡Ohhhhh, no, no, no! —Mis ojos se humedecen por el miedo.

No tenemos escapatoria.

—¡Mierda!

Es lo único que alcanzo a oír antes de que Bram me empuje al suelo con fuerza. El dolor en mis costillas y tobillo es insoportable a raíz del golpe y no puedo procesar nada más. Todo se convierte en ruido: disparos, gritos y el olor de la sangre. Bram dispara de nuevo, y siento su peso aplastándome mientras su herida en la oreja gotea sobre mi cara. Cierro los ojos, convencida de que no vamos a salir vivos de ésta.

Sin embargo, para mi sorpresa, el hombre del umbral se desploma de golpe. La bala de Bram ha atravesado su cuello, y ahora yace en el suelo, con la sangre escurriéndose de su cuerpo. No siento mis extremidades. Mis pulmones luchan por aire mientras mi mente se queda en blanco.

—¿Estás bien? —pregunta él, inclinándose sobre mí, con los ojos abiertos. Me recorre el rostro con sus manos, como si temiera que yo también esté herida.

—Sí… estoy bien.

Él parece aliviado, pero no baja la guardia. Me ayuda a levantarme, extendiéndome la mano, y corre hacia la puerta para inspeccionar el terreno.

—Ohhh, Bram… —murmuro, llevándome las manos al rostro para limpiarme la sangre—. Estás herido.

Pero es como si no hubiera dicho nada.

—Debe haber más —masculla, tensando la mandíbula mientras revisa el cargador de su pistola.

—¿Más de qué?

—Me queda solo una bala. —Me lanza una mirada urgente—. ¡Tenemos que salir de aquí, ya!

—¿Quiénes son? —pregunto, con el corazón desbocado, pero él me empuja hacia fuera.

En la salida nos topamos con los cadáveres de los dos hombres. Bram jadea mientras aprieta un botón en su reloj, llevándoselo a la boca.

—*Enkefalikó*… —murmura.

Le miro.

—¿Qué significa eso? —Tiro de su manga, frustrada, pues él evita mi mirada, centrando su atención en examinar la habitación.

—Nada —responde seco.

—¿Nada? —repito, pasándome una mano por el pelo, sumamente nerviosa. Hay algo en su tono que no me cuadra, un aire de misterio que me pone de los nervios. ¡Odio el misterio! ¡Y lo odio a él por no darme ninguna jodida explicación!

—Bram…

—Shhhh… —me interrumpe, llevándose un dedo a los labios.

Bufo y me froto los ojos, intentando ver algo a través de la densa cortina de humo que cubre el pasillo tras los disparos.

—¡Por aquí! —dice, rodeando mi cintura mientras me empuja hacia la derecha. Escuchamos pasos rápidos en el lado contrario, y ambos asumimos que más personas han irrumpido en el edificio. De repente, se oyen pasos en la primera planta.

—¿Quiénes son esos hombres?

Subimos deprisa unas escaleras que hay al final del pasillo.

—Ni idea —responde, sin mirarme, con una expresión tan grave que parece que su mandíbula va a romperse.

¿Cree que soy gilipollas? No todos los días te persiguen hombres armados que gritan «¡Está ahí!» y te disparan. Esto no es un jodido ataque terrorista. Maldigo, con la cabeza a punto de explotarme mientras mis ojos se mueven frenéticamente en todas las direcciones, incluso los cierro cuando pasamos por al lado de los tipos que él ha derrumbado.

—Acabas de matar a dos personas…

Me llevo las manos a la boca, incapaz de procesar lo que acabo de ver. Una escena de terror.

—¡Esto parece de película, hostia! —exclamo, agitando las manos en el aire. Mi voz se quiebra mientras cojeo, tratando de mantener el equilibrio.

—Un chiflado que quiere sacarme fotos atada, ¡y que encima quiere que lleve un jodido antifaz más feo que una nevera por detrás! Y...

—Perdón, reina. La próxima vez pediré que éste sea rosa, ya sé que es tu color favorito —me corta en tono de burla.

¿Qué? Lo fulmino con la mirada, deteniéndome a mitad de las escaleras mientras me llevo las manos a las caderas. Con razón que la cajetilla de la pulsera de diamantes era rosa, y la nota igual.

—¿Le preguntaste a Pam hasta por mi color favorito? ¿No te bastó con saber que me gusta la moda?

—¿Pam?

—¡Sí, Pam! —Le señalo con un dedo acusador, todavía desconcertada por cómo este hombre, con apenas una semana de conocerme, sabe tanto de mi vida—. Parece que no solo has invadido mi privacidad, sino que Pam también es parte de la película.

—¿Has terminado ya con la puta película?

—¡Nooo! —grito, levantando el dedo en el aire, furiosa, desquiciada y completamente bloqueada—. ¡Unos tipos nos están atacando y no tenemos ni zorra idea de por qué! Porque, según tú, claro, no lo sabemos, ¿verdad? —Me inclino hacia él, mirándolo con desconfianza.

Mi cuerpo entero tiembla, paralizado por el ataque de pánico que siento. Mis pies parecen anclados al suelo.

—Ahora no es el momento… —gruñe en mi cara, sin dejar de vigilar, listo para disparar.

—¡No faltarían más que los enmascarados del SWAT para coronar esta mierda! —grito, abriendo los brazos, completamente frustrada—. ¡Sería genial!

—¡Cuidado! —me advierte de repente, tirando de mi brazo hacia un pasillo a la izquierda. Una bala atraviesa la pared, a pocos centímetros de nosotros, seguida por otra que revienta un jarrón de cristal en la esquina.

—¡Santa mier…! —chillo cuando nuestras espaldas se estrellan contra una pared, en la tercera planta. Bram presiona su mano en mi boca para silenciarme, y ambos contenemos la respiración.

Le miro, horrorizada. Mis ojos se mueven frenéticos, buscando una salida. Por su parte, asoma la cabeza ligeramente por el hueco de las escaleras, tratando de localizar a nuestros perseguidores. Y entonces se oyen pasos los pasos. ¿Qué demonios haremos?

—¡Por ahí! —susurro con un gesto de cabeza.

Él asiente y, de paso, se limpia la sangre del cuello. Acto seguido, me muestra tres dedos en silencio, como si me estuviera diciendo: «¡A la de tres!». Siento que me voy a desmayar del miedo, y respiro con dificultad mientras las sombras de aquellos hombres se proyectan en la pared. Veo de reojo cómo Bram revisa su reloj de pulsera, sujetando su pistola con más fuerza, y parece contar mentalmente.

3... 2... 1...

Salgo disparada hacia la puerta más cercana. La abro enseguida, pero de fondo oigo el estruendo de un disparo. Seguramente está intentando ganar tiempo. Me giro, manteniendo la puerta abierta para que él pueda entrar. Lo veo corriendo hacia mí, tan rápido que parece un lince, y cierra la puerta de un tirón tras cruzarla. Solo que la maldita puerta no cierra del todo, así que le proporciona varias patadas hasta quedar bien sellada.

Nos escondemos tras ella, rezando porque los hombres armados no logren atraparnos.

—¿Le has dado?

Me dejo caer contra la puerta y alzo la mirada al techo, intentando calmarme, pero me sobresalto cuando él lanza su arma a un lado y jadea, desquiciado. Afuera, los pasos se oyen cada vez más lejanos, como si pasaran de largo. Suelto un respiro aliviado, pero no dura mucho.

—¡Menuda mierda! —brama él, descargando un puñetazo contra unos grandes carros metálicos llenos de estanterías—. Me he quedado sin balas.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —pregunto, todavía con la oreja pegada a la puerta, buscando algún ruido que pueda darnos una pista de lo que está pasando fuera.

—¡Ni idea!

Empieza a teclear con rapidez en su reloj digital, como si estuviera enviando un mensaje.

—Pues entonces yo buscaré una solución.

Me giro, decidida. Estoy harta de su actitud, harta de todo este lío, y, sobre todo, harta de que actúe como si no tuviera nada que ver con esos tipos.

Tengo la esperanza de que la policía haya llegado ya y podamos escabullirnos hasta la salida del restaurante. Pero cuando busco un pomo en la puerta para salir… no hay pomo.

¿Qué *cazzo*… ?

Mi pecho se contrae y siento un nudo en la garganta.

—¡No hay mango! —exclamo, golpeando la puerta con la palma de la mano.

Bram se acerca rápido y analiza la puerta con una mirada fija y concentrada, pero no hay nada que arreglar.

—Solo abre desde fuera.

—¿Eso qué significa? —Me giro hacia él, con el ceño fruncido.

—Shhh —susurra, aferrándose a mis hombros al escuchar algo en el pasillo.

Ambos contenemos el aliento una vez más. Afuera, el sonido de unos pasos rápidos resuena cada vez más cerca. Aquellos hombres son más de los que pensábamos, y está claro que no van a detenerse hasta encontrarnos. Siento un frío intenso que se cuela hasta mis huesos. Levanto la mirada y observo el espacio que nos rodea con más atención. Ya no tengo dudas. Estamos en una habitación frigorífica.

¡Maldita sea!

Desde que este hombre ha entrado en mi vida, me siento como la jodida protagonista de una película de acción con un final incierto. Jamás imaginé que acabaría en una situación como ésta, atrapada en medio de un jodido tiroteo.

—¿En qué cojones estás metido? —pregunto con la voz entrecortada.

—No te gustaría saberlo...

Tira la pistola a un lado mientras me fija con esa mirada de fuego.

—¡Oh, vamos a morir aquí! —maldigo, sintiendo el frío calándome mientras empiezo a caminar en círculos, frotándome las manos para entrar en calor—. ¡Qué casualidad! Desde que te conozco, he estado a punto de congelarme dos malditas veces.

Pienso en la noche anterior, en cómo me sacó del agua helada cargándome hasta el aro salvavidas. Aquel momento en el que me puso a salvo y sus palabras todavía resuenan en mi cabeza.

—Eres tan buena... no te merezco, y yo...

—Bram... me has salvado la vida.

—Lo haría mil veces más, ¿sabes?

Su ronca voz me trae de vuelta a la realidad.

—¿Y quién ha dicho que vamos a morir? —pregunta de repente, relajando los rasgos. Curiosamente, se empieza a reír, despreocupado.

—¿Y quién ha dicho que no?

Encima se está descojonando. Y yo aquí temblando de frío.

—Reina, hay muchas formas de entrar en calor... —susurra, caminando hacia mí con pasos sinuosos.

Su insinuación me enciende, aunque, para ser sincera, llevo encendida desde el maldito momento en que su lengua me invadió con esa devoción, lamiendo hasta la última gota de mí, anoche, en su yate. Es el hombre más bestia y dominante que he conocido jamás. Y aunque eso me descoloca y me enfurece, también me excita.

—En realidad… creo que tenemos algo pendiente —murmura, con una intensidad que me

eriza la piel.

—¿Como por ejemplo...?

Me mira pensativo, a la vez que lleva las manos a su corbata, desatando en mí una ola de calor muy necesaria. Él es puro fuego en medio del hielo, capaz de derretirlo todo. Incluyéndome a mí.

—Bebé... ¿y si...?

—Te he dejado claro que no quería que te acercaras…

—Durante la sesión —señala, sin dejarme continuar—. Pero las fotos han terminado.

Su astucia me atrapa. Las ganas que tengo de sentirle entre mis brazos aumentan y tan solo puedo mirarlo, completamente extasiada. Parpadeo indecisa, pero al final le sonrío. No puedo evitarlo; me sale natural.

A continuación, nos quedamos así, frente a frente, como dos animales al acecho, sabiendo perfectamente lo que está a punto de suceder. Me muerdo el labio. Su rostro, viril y marcado, exuda una masculinidad abrumadora. Sus tatuajes asoman cuando lleva las manos al cuello y empieza a aflojar el nudo de su corbata lentamente, sin apartar la mirada de mí.

—No te lo aconsejo, te helarás al momento —le advierto, al ver que comienza a desabrocharse unos dos o tres botones de la camisa, uno por uno.

El frío que domina la habitación me preocupa. Estamos literalmente en un congelador, y la idea de morir aquí me aterra, a menos que...

Él tiene razón.

—¿Helarme? —pregunta con una sonrisa ladeada.

Me humedezco los labios e intento calmarme, ya que siento un deseo infernal. Quiero probarlo, empaparme de su piel, de su aroma, de su locura. Lo quiero todo de él.

—Bram... —balbuceo nerviosa—. Siento haber dicho eso sobre... tu madre. Creo que deberíamos hablar y...

No termino la frase. Sus manos me atrapan y sujeta mis antebrazos contra la fría puerta metálica.

—¿De verdad piensas que ahora mismo tengo ganas de hablar? —gruñe, apretando los dientes a unos centímetros de mi cara—. Créeme... preferiría follarte contra esta puerta antes que hablar.

Un escalofrío me recorre, aunque no tiene nada que ver con el frío del lugar. Asiento despacio, mientras mis ojos no se apartan de los suyos. Bram inclina su cabeza, y queda tan cerca de mí, que su respiración se mezcla con la mía, pero no me besa. No todavía. Él tiene el control, y lo sabe.

—¿Y si yo quiero hablar? —susurro con un toque de sensualidad, dibujando huellas en la tela de su camisa con mis uñas.

—Tengo una idea mejor. —Sus manos bajan a mis muslos, y me levanta con fuerza, arrancándome un pequeño grito.

—¿Qué idea, «niño pijo»?

—¡Ohhh! —gruñe, apretando mi trasero mientras me estrecha contra él—. Me pone duro ese apodo, bebé. Anda... repítelo.

Se relame los labios y me sostiene aún más fuerte contra su pecho. Sus caderas chocan con las mías mientras se mueve hacia una mesa metálica con ruedas en las esquinas.

—Niño pijo... —musito junto a su rostro, apretando mis brazos alrededor de su cuello, excitándome con el tacto de su gruesa erección contra mí.

—Ajá... repítelo.

—Eres un chico malo, y un pijo, Bram...

Nuestras narices chocan en un frenético acercamiento, al igual que nuestros labios.

—¡Chist! Y tú... una orgullosa. Una orgullosa que me pone mucho… mucho. ¿Quieres ver tu regalo? —susurra contra mi boca.

Lame mis labios con un gesto perverso, y nuestras lenguas se entrelazan de una forma sobrenatural. Es un beso que me quita el aliento, que hace que olvide el sitio en el que estamos, incluso el hecho de que hay hombres armados merodeando por los pasillos.

—No es mi cumpleaños.

—Conmigo a tu lado, todos los días será tu cumpleaños —responde, guiñándome un ojo de manera adorable.

Soy yo quien le muerde el labio esta vez, justo cuando me deposita sobre una mesa metálica y, sin titubeos, me baja el vestido de algodón hasta la cintura, con una rapidez que me deja sin palabras.

—¿Quieres verlo?

Nuestras bocas se buscan de nuevo en un beso profundo, uno que me llena por dentro, sellando lo que sé que será mi capitulación en los próximos minutos. Mi libido, junto a la atracción desmedida que siento por él, hace que Bram se vuelva completamente irresistible a mis ojos. Su cuerpo perfecto brilla tenuemente bajo las luces violeta, y sus ojos claros, cargados de deseo, parecen encender los míos.

—Este es tu regalo, linda...

Mis muslos se separan completamente cuando él guía mi mano hacia la bragueta de su pantalón de traje y me obliga a presionar el bulto que se ha formado en su pelvis. Su agrandada polla me quita el aliento y hace que mi cuerpo responda y quede doblegado ante él.

¡Oh, Cielos!

—Te lo dije, te dije que acabaríamos así, pero me tachaste de loco.

La curiosidad y las ganas de explorar hasta dónde puede llevarme me consumen.

—¡Vaya! —exclamo, y sonrío con picardía—. Además de niño pijo, también obstinado.

—Cuando me propongo algo, siempre lo consigo —responde, mordiendo mi mentón con una pasión desbordada—. Y me propuse que serías mía, Roberta.

—Solo esta vez seré tuya. Por una vez... —digo entre jadeos, completamente encendida.

—Serás mía una y mil veces más.

Él no pierde el tiempo: aparta mi ropa interior con un movimiento decidido y profundiza más sus dedos en la creciente humedad que habita entre mis piernas en este instante. Me devora la boca con ansias, mientras dos de sus dedos invaden un lado de mi tanga rosa y me rozan, aumentando mi humedad al instante.

—Dime que me quieres dentro ya, dímelo —me ordena suavemente, después de succionar mi cuello con una intensidad que me deja sin fuerzas.

Una descarga eléctrica me atraviesa mientras nuestros labios y lenguas se fusionan en un baile voraz. Sus manos no se detienen, reclamando cada centímetro de mi piel, avivando un incendio que amenaza con consumirnos. En este momento, no hay frío, no hay peligro, no hay hombres armados allá fuera. Solo estamos él y yo, atrapados en este fuego imparable

Abro la boca para decir algo, pero en ese momento unos disparos resonantes suenan desde fuera. Mierda. Ambos saltamos y nos ponemos de pie a la velocidad de la luz. Pensaba que esos hombres no se habían dado cuenta de que estábamos dentro.

—¿Qué ha sido eso?

—¡Shhh! —me calla.

Respiro con calma mientras trato de tirar de mi vestido, aunque mis manos tiemblan torpemente. A lo lejos, el ruido en el pasillo sigue aumentando.

—¡Al suelo! —una voz desconocida y potente interrumpe los murmullos que se oyen de fuera. En ese instante, Bram se lanza sobre mí y caemos al suelo junto a la mesa metálica justo cuando una explosión hace que la puerta se desintegre en pedazos.

Me tapo los oídos, conmovida por la onda expansiva. Aprieto el antebrazo de Bram, intentando distinguir algo a través del marco destrozado. Y entonces, mi boca se abre en un gesto de puro shock cuando, de repente, un hombre alto y terriblemente fuerte irrumpe por la puerta.

El hombre viste un uniforme que parece sacado de un escuadrón de operaciones especiales. Lleva un chaleco antibalas negro cargado de bolsillos y correas, perfectamente ajustado a su torso ancho. El pasamontañas oculta su rostro por completo, excepto los ojos. Sobre las piernas, unos pantalones de combate, con rodilleras incorporadas, que terminan en unas botas militares gruesas. Un cinturón cargado de municiones y herramientas cuelga de su cintura, y en la mano derecha sujeta con firmeza una enorme metralleta negra mate.

Una maldita... metralleta.

Me quedo paralizada mientras el tipo se detiene, alternando su mirada entre Bram y yo. Sus ojos claros brillan a través de las aberturas del pasamontañas, y aunque no pueda ver su rostro, la intensidad de su mirada refleja combate.

—¡Maldición! —gruñe, moviendo la metralleta con frustración mientras nos lanza una mirada fulminante—. ¡Despejadooo!

Enseguida levanta el brazo, dando una señal a alguien detrás de él. El gesto firme y autoritario me hace dudar: no parece un mafioso, ni alguien de los que nos persiguen.

¿Qué demonios está pasando hoy?

Entro en pánico e intento subirme el vestido para taparme el sujetador, temblando, mientras trato de recuperar el oído tras la explosión que casi me deja sorda.

Entonces, lo entiendo. Claro, ¿cómo no lo he pensado antes? Tiene que ser el SWAT. Perfecto, solo faltaba el policía enmascarado, y aquí está.

«Reparto completo», pienso con un sarcasmo que da asco.

CAPÍTULO 15



LIAM

«¡Por Zeus!»

Suelto un bufido al ver el panorama, pero no me sorprende en absoluto. Bram Sander siempre ha sido el consentido de todos. El jodido rey. Con la excusa de ser el más joven del comité y de que su madre lo abandonara cuando era pequeño, escapando con un desterrado de la Bratva, logró que tuviéramos incluso más consideración por este mocoso que no es capaz de mantener las bolas quietas ni siquiera encerrado en una maldita habitación frigorífica.

—*Pobre criatura...* —decía la mujer mayor con pecas, la misma que estaba a cargo de nosotros.

Me mojo los labios, y los sigo observando con una mirada nerviosa e inquisitiva. Mi mente comienza a evocar fragmentos del pasado. Imágenes fugaces de nuestra infancia, recuerdos que permanecen incrustados en mi memoria. Momentos duros, tristes, extraños, pero también felices. Y mamá Lulú forma parte de esos recuerdos felices.

—*Es horrible que te abandonen siendo tan pequeño* —añadió—. *Vamos, mis mofletes, ayúdalo*.

No sé lo horrible que puede llegar a ser que te abandonen siendo tan pequeño. Lo único que sé es lo horrible que es que tu padre fallezca por una sobredosis. Y yo no me ponía a llorar por las esquinas.

Recuerdo imágenes borrosas, confusas. Un niño de unos seis o siete años, sentado en una silla, golpeando con sus pequeños puños el escritorio del gran despacho de *El Templo*. Estaba desbordado, con las lágrimas cayendo por su cara, diciendo que quería irse con su madre. Había pasado un mes desde su partida, tiempo que me hicieron responsable de calmarlo y jugar con él.

Mala suerte para mí.

No era mucho mayor que él, pero, aun así, era uno de los más dóciles cuando se trataba de ayudar. Así que sacrifiqué mi colección de motocicletas en miniatura y se la puse sobre la mesa, intentando llamar su atención.

—*Bram...* —Me acerqué desganado, ya que, como adolescente, tenía la cabeza en otros mil lugares y no en perder mi tiempo con un maldito niño llorón y caprichoso. Pero en el fondo, me daba pena. Mucha pena.

El niño, que parecía más un esqueleto andante —no como yo, que no me faltaba carne en el cuerpo—, alzó su mirada triste hacia mí. Sus ojos vidriosos me hicieron sentir más culpable aún por apretar los labios al pensar que él jugaría con mis motos, las cuales eran sagradas para mí.

—*¿Quieres jugar?* —dije con serenidad, tocando su hombro.

No respondió. Solo se frotó los ojos, se limpió los mocos con la manga de su pequeña camisa

y luego fijó la mirada en las seis motocicletas que había puesto frente a él. En ese preciso momento, el mocoso golpeó con el dorso de su mano mi colección, y las piezas cayeron al suelo, algunas desmembradas por el impacto brusco.

«¡Maldición!», pienso con una punzada de dolor. No puedo olvidar la forma en la que ese gesto desgarró mi corazón adolescente, quedando igual o peor que las piezas rotas que yacían sobre el mármol.

—*¡No quiero tus estúpidos juguetes!* —me gritó furioso—. *¡No quiero nada! ¡Solo quiero ver a mi madre!*

Jamás la volvió a ver y jamás se enteró de que su madre, tras vivir años lejos de su casa, revolcándose con el ruso, falleció. El senador nos prohibió decirle la verdad. Nunca recuperamos su cuerpo ni se le dio un entierro digno.

También recuerdo nítidamente el día que su madre lo abandonó. Los truenos retumbaban de fondo, y yo acababa de volver de las clases de tiro. He soñado con sujetar un arma desde que tengo uso de razón, y así fue como mi padre decidió apuntarme a clases de tiro. De tiro falso, con pistolas de plástico, para niños.

Recuerdo oír muchos murmullos por los pasillos y un grito estridente proveniente de otra habitación. Cuando llegamos, lo encontramos tendido en el suelo, medio inconsciente, después de haber golpeado la puerta de su habitación con los puños. Los nudillos de sus manos estaban ensangrentados, y sus manos se veían bastante heridas. Sander quiso consolarlo, pero su ira era tan grande que lo empujó y le soltó, furioso, que se fuera a la mierda y saliera de su habitación. Un jodido niño de siete años. En ese momento supe que Bram Sanders tendría un carácter de mil demonios y que no sería fácil lidiar con él.

—¿Y a éste qué le pasa?

Mi reflexión se interrumpe cuando escucho el susurro disimulado de una mujer rubia, que acaba de agarrar el codo del consentido que tengo frente a mí.

—¿Por qué nos mira así? —continúa, algo nerviosa.

Él no le responde, solo se despega de su mano y empieza a arreglarse la ropa.

—¡Vístete! —gruño enfadado, y muevo mi joyita de aproximadamente 1500 disparos por minuto en dirección a ellos.

La rubia agranda los ojos cuando me ve dando un paso hacia ellos, agitando el cañón en el aire.

—¡Mierda! —exclama.

La chica parece atontada, ya que no es capaz de subirse las gruesas tirantes del vestido vaquero, ni ocultarse de una maldita vez. Su piel está erizada, suave, pálida y uniforme. Sus pechos no son muy grandes, pero sobresalen del diminuto sujetador de una forma...

«¡Ohhh!», suspiro, confundido.

Trago en seco y doy un paso más, intentando no mirar las jodidas tetas de la rubia.

—¡He dicho que te vistas!

—¡Ehhhh! —chilla nerviosa—. Tranquilo, no creas que disfruto desnudándome en medio de un tiroteo.

—No lo tengo muy claro —replico, poniendo los ojos en blanco.

—Baja el arma, ¿vale? —dice el otro capullo, con tono impaciente.

La rubia logra cubrirse sin apartar la mirada de mí. Por mi parte, hago un giro brusco con el

arma, bastante desconcentrado. Odio que esto pase. En el trabajo, intento ser lo más profesional posible y no dejarme impresionar por una cara bonita y un culo bien proporcionado como el suyo, que, dicho sea de paso, he visto cuando se ha girado de lado. Y sí, fuera de aquí soy muy diferente, puedo ser yo mismo. Pero aquí no. Esto no ha terminado, y tanto Ares como yo sabemos que la señal de alarma ha saltado y que ellos se están acercando, cada vez más.

Todos entendemos lo que eso significa, excepto el idiota que tengo delante, quien ahora intenta meter su maldita camisa en los pantalones mientras me lanza una mirada endemoniada, como si le molestara que haya venido a salvarle el culo, cuando ha sido él mismo quien ha pedido ayuda. Y encima, con ese orgullo de mierda.

—No tengo todo el jodido día... —murmuro, haciéndoles una señal para que me sigan mientras me giro rápidamente a comprobar las bajas.

Lo hago tanto por eso como por sacar de mi campo de visión a esa jodida chica, que ahora tiembla de frío. Sus dientes no dejan de castañear, y el sonido empieza a ponerme de los nervios.

—Oh, qué frío... —susurra, dando pequeños saltos en el lugar.

—Haberlo pensado antes —le suelto, con un tono malhumorado y borde, girándome para dejarlos atrás.

¿De verdad estos dos creen que tengo todo el día?

—Reunión de urgencia, ¿vale? —le digo a Pete, que asiente con la cabeza para confirmar que todo está despejado.

—¿Por qué no ha venido Jack? —pregunta el otro pedante, interrumpiendo mis pensamientos.

—Jack no está en la ciudad —respondo, girándome medio cuerpo para mirarlo—. Y tu padre te recuerda que tienes un vuelo y que llevas más de una hora de retraso.

—¿Qué vuelo? —replica, mirando su reloj mientras empieza a caminar detrás de mí—. El vuelo no sale hasta esta noche.

—Pues se ha adelantado —le suelto sin detenerme.

—¿Y por qué me entero ahora, joder? —gruñe Bram, apretando los labios. Por el rabillo del ojo veo cómo tira de la mano de la rubia, llevándola escaleras abajo.

La chica, por su parte, no deja de mirar a su alrededor, aún en estado de *shock*. Resopla angustiada, como si intentara entrar en calor.

—¿Quiénes son esos hombres? —pregunta de repente, fijando su mirada en los al menos cinco cadáveres esparcidos a lo largo del pasillo.

Pero tanto Bram como yo ignoramos su pregunta por completo.

—Objetivo alcanzado —respondo, agachándome y hablando con voz ronca en el reloj digital. La seria voz de Max, nuestro jefe de operaciones, se oye al otro lado.

—Recibido.

Bram sigue a mi lado, mirando con cara de confusión a la rubia, que no para de dar vueltas en el sitio, como si no tuviera ni idea de qué hacer.

—¿Dónde está Lagerfeld, está bien? —pregunta el mocoso, una vez llegamos a la planta baja.

Richardson, el dueño del restaurante, sale de detrás de la barra con el rostro pálido.

—Sí, señor. Se ha ido antes de que esos hombres irrumpieran aquí —responde, bufando de frustración mientras observa el caos—. Pero… ¡Mire esto! ¡Está todo destrozado! Mi negocio está… —Se lleva las manos a la cabeza—. ¡Oh, Dios mío!

—Dave —le grita el energúmeno, tirando de la rubia y saliendo delante de mí por la puerta—. Te llamo esta tarde y lo arreglamos todo.

Que lo arregle como le salga de los huevos. Ya tengo suficiente con que he tenido que renunciar a una barbacoa, un viernes por la tarde, para venir aquí, como para ahora preocuparme por el negocio de este tipo.

Camino rápidamente hacia fuera del recinto y tiro del pasamontañas con dos dedos, sin dejar de observar a la «parejita feliz», que parece que empieza a discutir a unos metros más allá. Peter me hace una señal con la cabeza, indicándome que salgamos pitando de aquí. Empiezo a caminar en su dirección, un poco más relajado cuando, de repente, escucho la voz chillona de la rubia.

—¡No pienso moverme de aquí! —grita, como si en lugar de salvarla, estuviéramos a punto de matarla.

En vez de dirigirme al 4X4 que está aparcado frente a una furgoneta negra, donde he traído el armamento y el equipo, cambio de dirección.

«¿Quién es esta chica que no para de gritar?», me pregunto, alzando una ceja mientras me acerco a ellos con pasos lentos. Meto un palillo de dientes en el agujero del pasamontañas, colocándolo en la comisura de mis labios. Llevo un mes sin fumar, y es mi forma de calmar el ansia. Muevo el palillo entre los dientes, al mismo tiempo que una extraña sensación me invade: esa chica me suena de algo, pero no sé de qué. O será su voz.

—Bebé... —le responde él mientras yo me quedo parado frente a ellos y me cruzo de brazos, disfrutando del espectáculo barato de estos dos—. Debo irme, pero te voy a pedir un taxi. Te prometo que ya hablaremos, ¿vale?

Bram tira de su mano, pero la astuta mujer se sacude violentamente y suelta su brazo, clavando los pies en el suelo.

—¡No me iré! —Su tono de voz agudo me irrita, y su decisión, aún más—. No antes de llamar a la policía, ¿entendido?

«¿Ha dicho *policía*?»

Tuerzo la cabeza, trazo un círculo con la mirada y calculo el tiempo que nos queda antes de que la policía llegue. Tanto Bram como yo sabemos que debemos salir de aquí echando humo. Tengo suerte con el camuflaje de comando especial; de esta manera, no levantamos sospechas, porque la gente piensa que somos agentes especiales. Es un atuendo diseñado por nuestros especialistas con ese fin, y jamás falla cuando realizamos operativos de día. De noche, con un pantalón, una chupa de cuero y el pasamontañas, es suficiente.

—Tranquila, no hará falta que llames… estarán aquí en menos de tres minutos —digo, con tono de incredulidad, como si la idea de que la policía llegara fuera la peor broma del día.

Bram, que está a mi lado, me lanza una mirada asesina. No sé si es por el tono con el que hablo o porque esa tipa sigue montando un numerito.

—Mejor entonces, les esperaré.

—¡Descartado! —Este le agarra el brazo, furioso—. Te vas ya, Roberta.

Ella lo mira, desafiante.

—No pienso moverme de aquí —replica.

Cuando Bram está a punto de abrir la boca, doy un paso más hacia ellos con el cuerpo tensionado, consciente de que esta mujer está a punto de echarlo todo a perder.

—Yo me encargo —digo entre dientes, fastidiado por la cabezonería de la mujer.

Los dos giran la cabeza hacia mí.

—No, no, no... —Ella sonríe con sorna y me lanza una mirada taladrante con esos ojos verde agua, que el sol hace aún más claros.

—Tiene razón —Bram me mira con complicidad, aunque no oculta cierta intranquilidad—. Es mejor que te vayas con él.

—¿Con él?

—Sí… —murmura, mientras echa un vistazo a su reloj—. El senador me espera; es importante acompañarlo en la campaña, se lo prometí. Esta noche te llamo, ¿vale?

Le da un beso rápido en la mejilla y mueve la cabeza en mi dirección, informándome en silencio que ella queda a mi cargo. Luego se monta en su deportivo aparcado a unos metros y arranca con un chirrido, tras guiñarle el ojo a la rubia.

—¡No me iré! —Ella agita las manos como una loca mientras yo me rasco la cabeza, mirando cómo el coche tuneado de ese mocoso desaparece al fondo de la calle—. ¡Por Dios! ¿Qué es todo esto?

La escucho despotricar, hablando sola, mientras rebusca en su bolso. Seguramente intenta sacar el teléfono para hacer una llamada. ¡Maldición! No estoy de humor para lidiar con mujeres histéricas y de pésimo gusto en ropa interior.

Contengo la respiración y trago saliva.

—Señorita... —intento decir, sujetando su bíceps con fuerza para detener la mano que acaba de hundir en el bolso—. Se viene conmigo.

Ella sacude la cabeza frenéticamente, mientras su aroma me golpea. Huele a fresas. Claro, no podía ser de otra forma, seguro que su fruta favorita es la fresa. Es la típica rubia de bote que adora el rosa chicle.

Chasqueo la lengua y la observo con fijeza.

—¿Qué? —pregunta, claramente extrañada, y me lanza una mirada de asco.

—Lo que has oído.

Se ríe, incrédula, como si no le importara nada. Ni un atisbo de miedo en su mirada, a pesar de que yo le saco al menos dos cabezas y de que acaba de presenciar un tiroteo y casi se queda tendida.

—¡Exijo hablar con la policía ya! —Se agita, bloqueada, mirando a todos lados—. Dios mío, me niego a ir a la cárcel. ¡Habrá cámaras de vigilancia! —farfulla, completamente fuera de sí, sin entender que ya hemos tomado precauciones, incluyendo el control de las cámaras de vigilancia —. ¿Te das cuenta?

Se lleva una mano a la boca y se suelta de mi agarre de un tirón.

—Acabaré en la cárcel. Descubrirán que yo he estado ahí dentro con él y... *¡Fanculo!* —exclama en un perfecto italiano, claramente molesto en mis oídos—. A él le dará igual; su padre es senador, encontrará una solución. Pero yo... ¡Ay, Dios! Cuando mi padre se entere...

Pongo los ojos en blanco. Mi paciencia se ha agotado hace un rato.

—¡Debo adelantarme y confesarlo antes de que me atrapen! —añade, mientras hurga en su bolso de nuevo.

¿De qué demonios está hablando? ¿Está delirando?

La mujer no deja de parlotear, y confieso que me dan unas ganas inmensas de taparle la boca,

meterla en un taxi y mandarla a China. Suspiro desesperado y, sin pensarlo dos veces, le arrebato el bolso con una mano mientras con la otra la atrapo, inmovilizándola antes de que se le ocurra huir.

—¡Regla número uno! —le hablo en el oído con rudeza—: Evitar a la policía. Regla número dos: evitar las guerras narco. Regla número tres: evitar cometer el mayor error de tu vida, rubia.

Mis dedos se clavan un poco más en sus brazos, pero me da igual.

—¿Y quién va a evitarlo, tú? —me desafía, apartando la cabeza de la mía e intentando liberarse. Pero mis manos no le dejan moverse ni un centímetro.

—¿Ves a alguien más por aquí?

Su sonrisa, pícara y burlona, es la marca de una mujer que sabe exactamente lo que quiere, una que no retrocede ni siquiera cuando podría convertirse en el blanco perfecto de la maldita mafia italo-estadounidense que domina la costa Este. Es de esas mujeres que, por un lado, te hacen querer mantenerte a kilómetros de distancia porque sabes que traerán problemas, pero que, al mismo tiempo, te hipnotizan con esa mirada cautivadora, ese gesto de torcer la barbilla y chasquear los dedos cuando se pone nerviosa. O con la forma en que junta los labios de un modo tan…

El sudor empieza a resbalar por mi frente, estando desesperado por largarme de aquí antes de que sea demasiado tarde.

—¡No podrás obligarme a caminar! —grita en mi oído.

Ese chillido, combinado con el puchero que está haciendo es...

¡Maldición! ¿De qué narices me suena esta tiparraca más terca que siete mulas? Le lanzo una sonrisa cargada de ironía, porque estoy hasta las mismísimas pelotas de ella.

—No te hará falta caminar —matizo—. Y espero que lleves bragas. Y si no las llevas... —le guiño un ojo— mejor.

—¿Qué?

No me molesto en responderle. Simplemente me agacho, la levanto sobre mi hombro y me preparo para lidiar con sus brazos y piernas, que no paran de moverse como si estuviera poseída.

—¡Por supuesto que llevo unas jodidas bragas!

—¡Ah, no lo sé! —digo con una mueca inocente .

Me doy la vuelta, jadeando con impaciencia por llegar al 4x4 y lanzarla al asiento. La sujeto con firmeza, inmovilizando sus muslos con un brazo.

—¡Déjame en el suelo ya!

Ella suelta un gruñido, tan furiosa que me recuerda a un gato callejero al que acaban de mojar con una manguera.

—¡Bájame ahora mismo, imbécil! ¡No puedes hacer esto, es un secuestro! —chilla, golpeando mi espalda con esos malditos puños, que, para su desgracia no tienen ni la fuerza de un mosquito.

—Llámalo como quieras, princesa —replico mientras avanzo hacia el 4x4, sin detenerme ni por un segundo—. Pero si vas a seguir gritando, al menos ahórrame el drama de los insultos baratos. Tengo cosas más importantes que hacer que escucharte.

—¡Te voy a denunciar!

—Por supuesto, cariño. Eso si llegas a ver un juzgado —respondo, cargando una sonrisa socarrona.

—¡Eres un... un... maldito cavernícola! —insiste, pataleando con tal fuerza que casi pierdo el equilibrio.

—Lo que tú digas. Pero este cavernícola va a salvarte el culo, aunque no te lo merezcas —respondo mientras, de un tirón, abro la puerta del copiloto del 4x4.

La suelto en el asiento con el cuidado justo para no romperle nada, pero lo suficientemente brusco para que entienda que estoy hasta los cojones de su berrinche. Ella se incorpora de inmediato, tratando de salir, pero me adelanto, atrapándola por los hombros y obligándola a quedarse sentada.

—Ni se te ocurra… —le advierto.

Instantáneamente, mis ojos descienden a sus labios.

—¡Maleducado! —espeta, cruzándose de brazos como si con eso pudiera intimidarme.

—Gracias por el cumplido. Y ahora, abróchate el cinturón —digo, cerrando la puerta de un portazo. Después, rodeo el vehículo deprisa. Apenas enciendo el motor, siento su mirada taladrándome como si intentara perforarme el cráneo.

—No voy a quedarme aquí sentada —protesta.

—Pues será mejor que te acostumbres, porque vas a estar aquí un buen rato —respondo mientras piso el acelerador con su bufido exagerado de fondo.

—No tienes derecho...

—Tienes razón, no tengo derecho. Pero mira, aquí estamos, así que ahórrate la lección de moral.

El silencio dura apenas cinco segundos antes de que vuelva a la carga, moviéndose inquieta en el asiento como si eso fuera a hacerme cambiar de opinión.

—¿Adónde me llevas?

—Espera y ya verás, ¿te parece suficiente? —replico sin apartar la vista de la carretera.

—No. No me parece suficiente. Quiero respuestas —exige.

—Y yo quiero paz y tranquilidad, pero parece que ninguno de los dos va a tener lo que quiere hoy —le digo, soltando un suspiro mientras giro el volante con fuerza.

Ella golpea el asiento con ambas manos, frustrada.

—¡Idiota!

—Lo que tú digas, rubia. Pero este idiota es lo único que se interpone entre tu culo y una celda, así que mejor cállate y disfruta del paseo.

No responde. Por primera vez desde que la he levantado sobre mi hombro, se queda callada, aunque puedo sentir su mirada llena de rabia. El silencio no dura mucho.

—¿Quién eres?

CAPÍTULO 16



BERTA

—¿Quién eres?

Unos mechones caen sobre mi rostro, la vista se me empaña y siento una molesta congestión en la nariz, como si estuviera a punto de resfriarme. Normal que me resfríe después de bañarme de noche en el océano y estar atrapada en una jodida nevera.

—*¡Cazzo!* —murmuro.

Me doy unos golpes mentales, intentando recuperar mi actitud habitual, la de una mujer fuerte y valiente. Porque eso es lo que soy. Siempre lo he sido. No hay hombre que se me resista, ni al que no pueda manipular, y este *ninja* disfrazado de policía no será la excepción.

—¿No piensas hablar o qué?

Pero él no responde y acelera el vehículo, que parece más un tanque blindado que un 4X4. El giro brusco que da hacia la derecha hace que mi cabeza se estrelle contra la ventana. Un dolor punzante me recorre la sien mientras pienso en Bram y en este otro tipo, sentado a mi lado y el cual parece estar con prisas por llegar a quién sabe dónde. Lo odio. Lo odio tanto como al otro.

Son tal para cual.

Al principio he pensado que este hombre era del SWAT, alguien que ha llegado a salvarnos. Es lo normal, ¿no? Estás en apuros, llegan unos enmascarados armados hasta los dientes y asumes que son la policía. Pero no es así. Desde que ha abierto la boca, su tono rudo y esas frases confusas han activado las alarmas:

¡Regla número 1! Evitar la policía. Regla número 2. Evitar las guerras narco. Regla número 3. Evitar cometer el mayor error de tu vida, rubia.

Este tipo no es del SWAT. Es un mafioso. Otro mafioso, como los que atacaron el yate anoche.

—¿De qué conoces a Bram? —le pregunto, esta vez con más insistencia. Mi mirada se desvía hacia los cristales tintados. No puedo evitar pensar que este hombre podría hacer conmigo lo que quisiera aquí dentro y nadie se enteraría. De reojo, analizo la metralleta que reposa en el asiento trasero.

—¿Eres de los malos? —pregunto con barbilla temblorosa, y es justo cuando termino la frase, que me doy cuenta de la estupidez que acabo de preguntar. Pero ya es tarde.

—Soy de los malos malísimos, «bebé»…

El tono fingido y exagerado con el que lo dice, como si fuera un villano en una película barata de Halloween, me saca de mis casillas. Hay algo en esa burla que hace que lo deteste aún más. Este tipo ya me cae como una patada en el culo, y ni siquiera sé quién es.

Lo miro, completamente anonadada.

—¡Por Dios! —exclamo exasperada, mientras junto los dedos, implorando algo de cordura en esta situación absurda.

Su carcajada resuena como un eco en el interior del coche. Es ridículo. Un hombre de ese tamaño, con el rostro parcialmente oculto, carcajeándose como un niño pequeño. Infantil. Inmaduro.

—¡No sé qué tienes de malo malísimo, pero de capullo tienes mucho… —hago una pausa, inclinándome hacia él—. ¡Muchísimo! Y ahora quiero salir de aquí, ¿me oyes? ¡Salir!

Él, lejos de inmutarse, me mira de refilón con una media sonrisa burlona, como si todo esto le divirtiera más de la cuenta.

—Pues no estarías aquí si no fuera por el idiota de tu novio.

—No es mi novio —le respondo más calmada.

—Bueno, corrijo —dice con un tono seco, carraspeando—. No estarías aquí si no fuera por el idiota al que te estabas follando.

Mi rostro se enciende de inmediato, como si me hubieran dado una bofetada. La forma en que lo dice, con tanta crudeza, me deja paralizada. No suena bien. No suena nada bien.

—¿Y cómo es que habéis acabado en un frigorífico, ni más ni menos? —sigue, ahora más relajado, pero sin dejar de reírse. Mastica un palillo entre los dientes mientras mantiene la vista fija en la carretera.

—¡No es tu problema!

—¿De verdad no había otro sitio para esconderse?

—¿Trabajas para Bram? —le corto, manteniendo mis ojos fijos en su perfil mientras intento descifrar algo, cualquier cosa que me ayude a entender quién es este tipo. Mi atención se desvía un momento hacia el seguro de la puerta, calculando si podría alcanzarlo sin que se diera cuenta. El hombre tiene un aire de psicópata enmascarado.

—¿Trabajar para Bram? —replica seco—. Anda, dime dónde vives y deja de hacer preguntas.

¿Quién se cree este individuo?

La sangre me hierve, siento un calor insoportable subiéndome por el cuello y me cuesta contener el temblor en las manos. Mis pensamientos empiezan a dispersarse, saltando de un lugar a otro sin orden ni sentido. Los oficiales ya deben de estar rastreando el restaurante. Seguro que han encontrado las cámaras. Antes de que llegue a cualquier sitio, me habrán localizado.

En mi mente me veo esposada, llevada por un comisario con gesto severo, despidiéndome de Lyn mientras debo enfrentar las repercusiones de mis malas decisiones. No tengo dudas: Bram está metido en asuntos turbios. Muy turbios.

Tomo aire y aprieto las manos sobre mi regazo, intentando recuperar algo de dignidad.

—Quiero que me lleves a la policía. —Alzo la barbilla, tratando de sonar autoritaria, aunque mi voz tiemble ligeramente.

—Haré como que no has dicho nada—responde tajante.

Le miro con rabia. Este tipo se mueve como un macarra en toda regla, con esa actitud de chulo insoportable y unos músculos que parecen diseñados para intimidar. Pero no deja de ser un

basto. Un jodido macarra, más burdo que un condón con cremallera.

Intento recobrar el control. Cruzo las piernas como una *lady*, adoptando una postura que exuda elegancia y control, aunque por dentro estoy al borde de un ataque de nervios. Llevo una mano a la barbilla, apoyando el codo contra el cristal mientras me inclino ligeramente. Decido cambiar de táctica.

—Bueno… —sonrío tranquila—. Llévame entonces a la residencia estudiantil que hay en la Calle Stanford.

—Veo que nos entendemos.

—Y de ahí, yo solita iré a la policía, no te preocupes —añado con suficiencia, acentuando la última palabra.

Pero no me da tiempo a disfrutar de mi pequeño triunfo. Todo se desmorona en cuestión de segundos. Su mano aparece de la nada, como un águila cazando a su presa, y de repente siento cómo me tira de la oreja.

—¡Eh! ¿Qué coj…?

Mi codo, que estaba cómodamente apoyado en la ventanilla, resbala cuando él baja la ventanilla de golpe. Antes de que pueda reaccionar, mi cabeza queda fuera del coche, a merced del viento. El aire frío me golpea la cara con fuerza, y mi cabello empieza a volar como si tuviera vida propia.

—¡Ahhhhhhh! —grito, el chillido desgarrando mi garganta mientras mis piernas, que antes estaban cruzadas con tanta gracia, se separan instintivamente en busca de apoyo. Anclo los dedos en su muñeca, intentando librarme de su agarre—. ¿Qué estás haciendo, menudo subnormal?

—Pensé que así se te oxigenaría el cerebro… —responde con una calma pasmosa, sin soltarme. Hace un giro brusco del volante con la otra mano, esquivando un coche que pasa peligrosamente cerca de mi cabeza.

Por un instante, un escalofrío me recorre la columna al imaginar mi cráneo aplastado contra el retrovisor de ese vehículo. Grito con todas mis fuerzas, incapaz de contener el pánico.

—¡Mejor? —pregunta con tono burlón, mientras yo sigo arañando su muñeca desesperada.

—¡Maldito psicópata! —jadeo.

—Vaya, parece que el oxígeno no ha sido suficiente. —Su tono sarcástico es la gota que colma el vaso.

Entonces lo veo. La boca de un túnel se aproxima rápidamente en el horizonte. Mis ojos se abren de par en par y suelto un sonido gutural, como un animal acorralado. La adrenalina me da el empuje necesario para juntar todas mis fuerzas. Me retuerzo, pataleo, y finalmente logro volver al interior del coche justo antes de que la pared del túnel pase a ras del vehículo.

—Bien, muñeca, ha sido suficiente por hoy —dice tranquilamente, soltando mi oreja y dejando que recupere mi posición.

Simplemente cierra la ventanilla y vuelve a poner ambas manos en el volante como si nada hubiera pasado. Mientras tanto, yo me dejo caer contra el respaldo del asiento, temblando de los pies a la cabeza. Me llevo una mano al pecho. Mis mejillas arden, quemadas por el viento y la vergüenza, y cada respiración es un recordatorio del infierno que acabo de pasar. Este hombre es el mismísimo demonio.

Inspiro. Espiro. Mis pulmones no dan abasto, y no soy capaz de mirarlo a la cara.

Mis ojos recorren el barrio donde estamos pasando, y me doy cuenta de que no reconozco ni una sola calle. ¿Dónde me está llevando? No, esto no puede quedar así. Me niego a quedarme sentada y tranquila esperando que me deje en la residencia, si es que eso llega a pasar, porque por ahora no tiene pinta de que eso vaya a ocurrir.

—¡Para ya el coche! —le ordeno, tirando del volante con todas mis fuerzas.

Lo que consigo, sin embargo, es que el coche patine sobre la carretera, atravesándose en el camino, mientras él frena bruscamente. Agradezco que no haya más coches, de lo contrario, nos estamparíamos.

Acto seguido, el enmascarado me aprieta el brazo, acercándome a su duro chaleco antibalas, aunque puedo adivinar que su pecho es igual de duro. Puedo ver sus ojos claros, y noto cómo su rostro, casi oculto, se aproxima al mío mientras gruñe desde debajo de la tela. Sus pupilas chispean, y su voz destila furia.

—Saldrás de aquí sólo pasando por encima de mi cadáver, ¿entendido?

Y entonces, por puro impulso, decido hacer lo único que me queda. Con mucho disimulo, extiendo la mano sin apartar la vista de la suya, y agarro la metralleta.

—Eso está hecho… —Le guiño un ojo mientras mis gestos acompañan mi brazo, pero ni yo misma sé cómo lo hago. De repente, ya la estoy sujetando, y la empujo hacia él.

—¡No te muevas! —le aviso—. Ni un puto movimiento.

Mi aliento se dispara cuando veo que sus ojos se abren aún más, y lentamente, baja la mirada hacia el largo cañón de la metralleta, que ahora está rozando su nariz.

—Has sido rápida, lo reconozco. Pero, la cuestión es que lo que sujetas… —dice tranquilo— tiene…

Su mano baja lentamente hacia el arma y quiere señalar algo, pero el miedo me hace perder los nervios. Pienso que me va a quitarla de las manos, así que, sin pensarlo más, aprieto el gatillo.

—... seguro automático —concluye.

Cierro los ojos con fuerza, sintiendo cómo me sacude su vertiginosa reacción: arranca la metralleta de mis manos con una rapidez brutal, mirándome con una cara que parece sacada del mismísimo infierno.

—¿De verdad me hubieses disparado?

—¡Ohhhh!

Suspiro, quedándome sin aliento. Mi cabeza da vueltas, y siento algo atorándome la garganta, como si fuera a vomitar.

—Yo… —tartamudeo, incapaz de articular una sola palabra.

De repente, pisa el acelerador, haciendo que el coche arranque con fuerza, dejando chispas sobre el asfalto. Mis labios se sellan en una fina línea y una sensación de impotencia me invade. Las lágrimas amenazan con caer al darme cuenta de que me podía haber convertido en una asesina.

Una asesina.

Sin ese seguro puesto, le habría disparado, sin duda alguna.

¿En qué narices estaba pensando?

Todo ocurre tan rápido, y yo estoy tan perdida en mis pensamientos, que ni siquiera me doy cuenta de cuándo el coche se detiene frente al rojizo edificio de la residencia del campus. No emito ni un solo sonido cuando él, con una calma espeluznante, coloca la metralleta en mi cabeza, lo que me produce un brinco.

Cierro los ojos, al sentir el frío metal en mi frente.

—Cuenta media palabra sobre esto y te prometo que… —Su voz rasposa me eriza la piel— conocerás a mi nena. Sería un verdadero desperdicio, debo reconocer….

El cañón se detiene en lo alto de mis senos, tras dibujar círculos, y mi estómago se revuelve. No sé dónde meterme, y tan solo sigo apartando la mirada, aterrada. Su suave gruñido me hace pensar que, a pesar de lo grotesco que resulta, habla en serio, aunque me parezca que es un payaso salido de un circo.

—Y ahora… —Su aliento contra mi oreja me hace estremecer—. ¡Fuera!

Con un movimiento brusco, se agacha, abre la puerta del copiloto y me empuja violentamente fuera del coche.

—¡Menudo caballero! —farfullo crispada.

Claramente, el portazo se lo lleva. Respiro aliviada al pisar suelo firme, y no me detengo ahí. Al instante, me acerco al cristal tintado del vehículo y aunque no pueda verle, levanto el dedo del medio y lo pego al cristal.

—¡Im-bé-cil! —Sonrío furiosa.

Me alejo cuando arranca y sale disparado como un cohete.

Genial.

Empiezo a caminar cojeando hacia la entrada, temblando sin control.

«¿Acaso hoy es viernes, 13 o qué?», me pregunto, preocupada, mientras me llevo una mano a la frente y sigo caminando despacio. Finalmente llego a la habitación, haciendo un enorme esfuerzo para abrir la puerta de nuestra pequeña habitación.

—¡Bert! —Veo a Lyn parada en medio del cuarto. —¿Dónde has estado?

«Dónde no he estado…»

Se me acerca con una mirada suspicaz, su rostro iluminándose al verme.

—*¡Ragazza!* —Le grito, intentando poner buena cara, aunque no soy capaz de controlarme. —¡Qué frío, se nota que está entrando el invierno!

¿Cómo le explico todo lo que ha pasado hoy, ayer, y anteayer? ¿Con qué jodidas palabras?

—¿Estás bien? —me pregunta.

—¡Sí! —Empiezo a reír con falsedad, tensando los ojos. —¿Por qué no iba a estarlo?

—No sé, no das señales.

Sabía que Lyn estaría pendiente de todo.

—Estaba con Rebe y Pamela en el *Blue*. —Me quito los tacones deprisa y camino hacia el baño, intentando caminar dignamente. —Se nos ha hecho tarde.

—¿Pamela?

—Ya te contaré. —Le guiño un ojo. —¿Y qué tal el trabajo? ¿Ya has dejado sin camisa a

Woods?

La veo bufar.

¡Dios mío, tengo que distraerla como sea!

—Me imagino esos pectorales, esa tableta de gimnasio bien dura del profesor… Ese…

Empiezo a manosearme mientras me quito la ropa, preparándome para una ducha. Una jodida ducha bien caliente.

—¡Qué dices! —Se ríe sonoramente, bastante ruborizada, y me lanza un cojín en toda la cara.

—¡Bjua, qué aburrida! —suelto, dándole al agua caliente de la ducha. —En una semana, yo ya le hubiese dejado sin calzoncillos.

—¡Así te va! —Me grita desde fuera.

Tiene razón. Así me va.

—¡Ahora deja eso! —Me persigue con una tremenda emoción—Bert, ¡necesito tu ayuda!

—¿Estás bien? —Le toco la frente y seguimos riendo; la mía un tanto forzada. —¿Desde cuándo necesitas tú mi ayuda y no al revés? —Frunzo el ceño.

—Pues desde que…

La santurrona se hace la interesante y ahoga una carcajada cuando cierro el grifo de la ducha y abro los ojos como platos. Confieso que no puedo con los cotilleos, aunque mi culo esté helado y mi tobillo torcido.

—¿Qué?

—Esta noche voy a cenar con... —continúa de manera pausada, manteniendo el suspense.

Le agarro los brazos, una vez que nos encontramos fuera del baño.

—¿Con...?

—¡Los socios de *AmExpress Co*! —chilla extasiada.

Ya lo entiendo. El profesor Woods quiere presentarle a los socios de la agencia financiera que lleva, y que representa el sueño de Aylin. El resultado es que yo también empiezo a chillar y aplaudo eufórica. Acto seguido, le doy un fuerte abrazo, feliz por ella y porque agradezco que haya dejado de centrarse en mí. No sé si podré esconderle por más tiempo ésto que me está pasando.

—¡*Ragazza*! ¡Qué alegría! ¡Ahhh! —gritamos las dos al unísono y damos pequeños saltos, como si fuéramos dos crías.

—¡Ahhh!

—¡Pues le debes un polvo a Woods!

—¡No seas tonta! —Detiene su risa y junta los labios. —La cosa no va por ahí.

—Bueno, bueno… —Paso de ella. —¿Y qué te vas a poner?

—Pues… —Hace una mueca—. Ahí es donde te necesito, Bert. No tengo vestidos muy elegantes.

—¿Te llevará a un restaurante?

—Supongo.

Me lanzo a abrir los armarios de par en par, aunque me cuesta andar debido a la tensión que

siento en los músculos.

—¡Todo el armario es tuyo, *amore*! ¡Ven! —le digo mientras paso por su lado.

—Me debería maquillar un poco, ¿verdad?

Lyn entra en un estado de ansiedad.

—¿Lo dudabas? ¡Aquí tienes a tu *make-up stylist* personal! —Me señalo a mí misma con orgullo, deseando terminar ya con esto y tirarme a la cama. Estoy exhausta.

—Pero no me dejes como un cuadro, por favor...

Conozco bien los gustos de mi amiga y tengo claro que es mucho menos extravagante que yo. Se ríe cuando casi entro en el armario y empiezo a elegir distintos modelos para ella.

—Creo que este vestido violeta te quedaría de escándalo —sugiero como una verdadera profesional—. Eres rubia y este color te pega mucho.

—¿Pero no es muy corto?

Le entrego un vestido poco escotado y de manga mediana.

—¡Cariño! —la regaño—. Tienes unas piernas increíbles, ¡lúcelas un poco!

—Bueno...

—¡Ah, los zapatos! —exclamo, todavía perdida en los recuerdos de Bram, de Lagerfeld y del restaurante—. Toma estos tacones *stiletto* dorados, encajan perfectamente con estos pendientes.

Lyn escanea los pendientes largos dorados, cargados con cristales Swarowski, pero no parece muy convencida.

—Berta, prefiero mis pendientes cuadrados.

—¿Aquellos de color oro? ¡OK, combinan muy bien! —apruebo.

—Voy a ducharme yo primero, si no te importa.

—¡Tírale! —asiento.

La observo atentamente cuando empieza a buscar entre su ropa interior para irse a la ducha. Pone una mueca cuando sostiene en sus manos un tanga negro.

—Menos mal, *ragazza* —agrego, acercándome a ella—. Como te conozco, pensaba que te ibas a poner las bragas de mi abuela.

—¡Seguro que son más cómodas que esto! —exclama mientras sujeta el minúsculo tanga con dos dedos.

—¡Me encantas! —le digo con simpatía.

—¡Tú a mí no tanto!

Nos reímos sin freno antes de que la santurrona se meta en la ducha. Sé que está feliz, pero yo…

¡Ohhh!

El sonido del móvil interrumpe el momento. Leo el nombre de Bram y el mensaje debajo.

Hola, reina. Siento lo de hoy y espero que sea nuestro secreto —dice—. **Créeme… después de lo ocurrido entre nosotros, te deseo más que nunca, Roberta. Me muero de que llegue mañana para volver a Boston** —Añade y dibuja un corazón al lado—. **Lo quiero todo contigo. Fijaré otra cita con Lagerfeld y tú decidirás la temática de las fotos, solo quiero**

que dejes que sea yo quien te las saque. Eres mi musa, recuérdalo. Y también serás mi invitada de honor en la fiesta.

Toda esa parrafada va seguida de unos besos.

¿Qué fiesta?

«La fiesta de disfraces…», me respondo a mí misma.

Me dejo caer en el sofá con un suspiro y me muerdo el labio, sumamente tentada, cual Eva en el jardín de Edén.

¿Cuál es la temática? —Escribo rápidamente.

Clavo mis ojos en la pantalla y me sorprendo cuando Bram me responde enseguida, como si estuviera con el móvil en la mano, esperando que yo le responda.

Dioses griegos —afirma—. **Ya sabes, una sábana blanca, un cinturón dorado y un antifaz. Tu belleza hará lo otro.**

No me sorprende. Sonrío y miro el techo, recordando la gran afición que tiene Bram por la lengua griega. Al instante, pienso seriamente en todo y decido decirle la verdad. Ahora que ha caído en mis redes, prefiero ser sincera. Le diré que no quiero ser su novia y que no se haga ilusiones más allá de lo evidente. Honestamente, no me gustaría que se repitiera lo ocurrido con Tim. Esta vez me portaré bien y dejaré las cosas claras antes de que esto se me vaya de las manos.

Por último, le hablaré del atentado de hoy. Aunque lo único que quiera de él sea algo puramente físico, eso no le da derecho a ponerme en peligro y tampoco a dejarme en manos de un psicópata enmascarado de ojos azules como ese tipo que me ha traído, con una arrogancia más grande la que universidad de Harvard. Que sea psicópata, me trae sin cuidado, pero que me haya tratado de ese modo, me jode. Me jode mucho.

CAPÍTULO 17



BERTA

—Bert... —Lyn me agarra del codo y me mira con los labios entreabiertos—. ¿Bram no es el tipo de la universidad?

—¿Qué tipo? —Me rasco la cabeza y dirijo la mirada hacia el morenazo de ojos verdes que conversa con su amigo, Adam.

—El que me dijiste que tiene novia —responde, preocupada—. No me digas que...

La interrumpo con una carcajada que casi me ahoga mientras le doy un sorbo firme a mi copa. Todavía no entiendo por qué Bram está aquí. Hoy es sábado. Creía que estaba fuera de Boston y que no volvería hasta las once de la noche para llevarme a esa fiesta de disfraces de la que me habló ayer, pero ha llegado hace unos minutos, sin avisar. Y no sé por qué me sorprende, ya debería de estar acostumbrada.

—¡No, *ragazza*! Ya no tiene novia.

—¿Por qué?

Lo que faltaba.

«¿En qué pensabas, Roberta? ¿Que Lyn no iba a querer saber más sobre tu nuevo ligue?», me reprendo a mí misma.

A continuación, me mira suspicaz, y sé que esta conversación es la caja de Pandora y ella, sin duda, la quiere abrir. Antes de que pueda responderle, ya sé lo que viene: el sermón del siglo. Me dirá que debería concentrarme en estudiar, dejar de fijarme en hombres con novia y, sobre todo, no quitarles los novios a las demás. Es justo por esto que no le puedo contar nada.

Aunque, siendo honesta, no puedo culparla. Todo esto es culpa mía por mencionar el nombre de Bram esta mañana, cuando he bajado la guardia. En realidad, lo he hecho con la esperanza de que ella me contara más detalles sobre la cena de anoche, en el *Hotel Gold* con el profesor Woods.

—¿Qué te parece Pam? —le pregunto, tratando de desviar su atención.

Veo cómo su mirada cambia hacia Pamela, quien parece absorta en Adam a unos metros de nosotras.

—Es simpática, pero no me has dicho...

—¡Por cierto, estás guapísima esta noche! —Agarro su antebrazo y me fijo en su vestido negro de terciopelo, tan ajustado que parece una segunda piel. Las tetas de mis amigas son envidiables, y no puedo evitar desear tener sus pechos. Después desvío la mirada hacia Adam—. ¡Seguro que le has gustado!

—No lo tengas tan claro... —musita, risueña.

—¡Con este vestido, nadie puede resistirse, *baby*!

Ella se alisa la falda y un rubor intenso le sube al rostro, lo que me saca una sonrisa. Llevo desde anoche pensando en cómo castigar a Pam por contarle a Adam y a Bram cosas sobre mí. Una amiga no actúa así, pero ya me estoy dando cuenta de que Pam no es mi amiga. Es una egoísta que solo vela por ella, incluso después de que yo le pidiera disculpas por ese beso que le di a Adam. Es por esto que me he propuesto que Lyn y Adam terminen juntos. Primero, porque la santurrona necesita perder la virginidad urgentemente, y segundo, porque Adam parece un buen chico. En resumen: que Pam se fastidie. Y si perder a Adam no es suficiente castigo, ya se me ocurrirá algo más para joderla.

—Lyn, quizás deberías...

—¡Bert, anda, tú disfruta de tu Bram! —me interrumpe con suavidad mientras me empuja. Bram se acerca por detrás, y siento su mano en mi cintura.

—¡Dale una oportunidad a Adam, porfa! —le suplico, uniendo las manos bajo mi barbilla. Pero ella me mira con escepticismo, esa misma expresión ausente que pone a veces. Creo que sé la razón: el profesor Woods.

—Hola, preciosa… —susurra Bram en mi oído, pese al volumen alto de la música pop que retumba en el club.

El club *Dawn Boston* es el lugar perfecto para perderse un sábado por la noche. Techos altos con luces que cambian de color al ritmo de la música, una pista de baile abarrotada, y una barra que nunca deja de despachar cócteles y cervezas. La decoración combina un estilo industrial con toques de neón, y en el aire se respira un vibrante caos de pijos universitarios. Digamos que Dawn Boston es el punto de encuentro de la *crème de la crème* de Boston.

—¡Aquí está el camarero! —exclama Adam, regresando con varias bebidas que reparte entre todos.

Observo cómo empieza a hablar con Lyn, y me felicito mentalmente: esto va por buen camino. Le sonrío a Bram mientras enlazo mis brazos en su cuello, echándole una mirada furtiva a Pam. Su cara de disgusto al ver a Lyn y Adam juntos me llena de satisfacción.

—¿Qué ocurre, reina? Te veo dispersa…

—¿Dispersa? —repito con sarcasmo—. ¿Eso es lo mejor que tienes? Pensé que te gustaba el arte y ya sabes, eso implica creatividad.

Bram sonríe con esa seguridad que, lo admito, me debilita las rodillas. Sus ojos verdes brillan bajo las luces del club, y cuando su mano se desliza un poco más hacia mi cadera, siento un escalofrío.

—Guardo mi creatividad para más tarde, cuando no haya público.

Le doy un leve empujón en el pecho, pero no puedo evitar reírme. Ese maldito encanto suyo es un arma peligrosa.

—Vas a tener que esforzarte más, Romeo —le digo antes de tomar un sorbo de mi copa.

De reojo, noto que Lyn y Adam siguen conversando. Ella tiene una sonrisa tímida, mientras que él se inclina un poco más hacia ella, claramente interesado. Perfecto. Vamos avanzando.

—Ven conmigo —dice Bram, tirando suavemente de mi mano.

—¿A dónde?

—A bailar.

Sin darme opción a negarme, tira de mí hacia la pista. La multitud parece abrirse como si el lugar le perteneciera, y por un momento creo que realmente es así. Hay algo en su porte, en la forma en que camina, que irradia poder, aunque no me sorprende, todos conocen al hijo del senador. Es entonces cuando me doy cuenta de que no estamos solos. Dos hombres vestidos de negro nos siguen a corta distancia. Son altos y fornidos, y tienen ese aire inconfundible de guardaespaldas.

¿Guardaespaldas? Mis pensamientos se agitan, pero Bram no me deja tiempo para procesarlo.

En el centro de la pista, su cuerpo empieza a moverse al ritmo de la música, con movimientos hipnóticos. No puedo apartar la vista. Su polo blanco se ciñe a su torso, revelando una fuerza que parece peligrosa; su piel de color oliva contrasta con el color y sus brazos y manos llenos de tatuajes hacen que mis terminaciones nerviosas vibren. Sus manos encuentran mi cintura, posesivas y seguras, y el mundo parece detenerse cuando nuestras miradas se cruzan. Sus ojos, oscuros y profundos, tienen un brillo especial esta noche, pero eso no hace que me olvide del cabreo que siento por todo lo ocurrido ayer.

—¿Por qué no me contaste que venías?

—Quería sorprenderte.

Antes de que pueda responder, alguien me empuja accidentalmente desde atrás, y mis pechos presionan su torso. Él aprovecha el momento para sujetarme por la cintura, manteniéndome pegada.

—¿Estás bien? —me pregunta con una sonrisa divertida.

—Todo controlado —respondo, aunque mi corazón late como loco, así que prefiero centrarme en Lyn.

—¿Te pasa algo? —pregunta Bram, notando mi distracción.

—Nada. Solo que me acabo de enterar de que has sido tú quien ha pagado nuestras entradas, así que lo has premeditado. Sabías que vendrías aquí esta noche y ni siquiera me has avisado.

La música cambia a una canción más lenta, y él no pierde el tiempo. Me atrae hacia él y me mira fijamente.

—¿Si te lo hubiese dicho, hubieses aceptado?

Prefiero no responder, en cambio, mis ojos se deslizan nuevamente hacia los hombres que lo acompañan. Permanecen en el borde de la pista, atentos, con una expresión que no deja lugar a dudas: están listos para intervenir si algo sucede.

—¿Quiénes son? —pregunto, señalándolos con un ligero movimiento de la cabeza.

Bram me observa por un instante, su sonrisa desapareciendo lentamente.

—Nadie.

Una sombra cruza su mirada, pero yo continúo, dispuesta a dejarle claro que no aceptaré que me vuelva a meter en sus mierdas. Las suyas o de ese amigo suyo del yate.

—Como estos sean iguales que el enmascarado, te daré el premio por contratar a los guardaespaldas más capullos de Boston, ¿sabes?

—¿De quién hablas?

—Del tipo con quien me dejaste ayer y saliste por patas.

—Sabes que mi padre me estaba esperando…

—No lo vuelvas a hacer, Bram. —Aprieto su nuca y lo miro desafiante—. No vuelvas a asumir una responsabilidad con la que no puedes.

Mientras me separo de él con una mueca de enfado, tomo la copa adornado con una pajita y algo parecido a una fruta. Antes de que él pueda darme una explicación, hay algo que me llama la atención. De repente, veo a Lyn caminar velozmente hacia los servicios, con cara de estreñida. No, no puede haberse puesto nerviosa y dejar a Adam en los brazos de aquella víbora. Entonces, le doy la espalda a Bram y la detengo por los brazos con una expresión genuina.

—¡Ehhh, adónde vas! —hablo en su oído—. ¡Vamos a bailar, cariño!

—Necesito irme, Bert…

—Tranquila, yo también me iré dentro de nada —le respondo alegre—. ¿Cómo te lo estás pasando?

No le dejo tiempo para protestas, ya que la empujo literalmente en los brazos de Adam. Me rio y le guiño un ojo mientras éste abraza a mi amiga con una sonrisa traviesa. Sin embargo, de repente noto el rostro serio de Bram y sus manos aferradas a mi cintura, empujándome hacia la salida.

—¿Qué te pasa? —le pregunto perpleja y miro mi reloj—. Aún no es la hora…

De pronto, siento mi espalda empotrada contra la pared y eso hace que por fin centre mi atención en él. ¡Por Dios! ¿Qué leches esperaba después de que me dejara plantada ayer frente a un puto restaurante agujereado por unos mafiosos que lo estaban buscando?

—¿Por qué preguntas si ya lo sabes? —Evito su mirada y quiero irme, pero él inmoviliza mis caderas y me empotra más contra la pared del pasillo.

—¡Ehhh! —Aprieta mi mejilla con una mano y me obliga a mirarlo—. No volverá a pasar lo de ayer, ¿vale? Te juro por… mi madre que me hubiese encantado que eso no acabara así ayer.

Lo miro fijamente, y me odio a mí misma por creerle en este momento, pero es como si su sonrisa y sus palabras atravesaran mi coraza y no quisiera moverme del sitio. Como si algo en mí deseara creerle.

—Vale —digo—. Pero soluciona tus mierdas, Bram. Y si ese amigo no te conviene, mándalo a tomar viento.

—Ya te he dicho que no volverás a estar en esa situa…

—¡No es por mí, joder! —Aprieto los dientes—. No… es solo por mí, quería decir.

Agacho la mirada, procurando no ver que me está empezando a importar más de lo que debería. Pero si hay algo que me caracteriza y no puedo ocultar, es la sinceridad y transparencia.

—Temo por tu vida, ¿vale?

Él me mira con los ojos abiertos de par en par, como si yo fuese la primera persona que le soltara eso, e incluso retrocede un paso.

—Pues no lo hagas.

—¡Vale! —Levanto las manos, arrepentida de mostrarle preocupación—. Pues que te maten, entonces. ¡Me va a importar un bledo!

—Yo… —dice mirando su reloj, cambiando de tema rápidamente—. Es casi la hora y nos están esperando. ¡Ven!

Empuja mi espalda, señalándome la salida con una mano.

—¿Quién? —susurro y lo miro con rostro grave cuando el aire fresco de la noche me golpea, una vez que salimos a los aparcamientos del club.

—En… —Es él el que me aparta la vista— la fiesta de la que te hablé, Roberta. Nos están esperando y no tenemos mucho tiempo.

—Pues… —Me froto las manos, poniéndome nerviosa— no lo tengo tan claro.

—¿Por qué? —exclama y se detiene de golpe, girándose hacia mí con una intensidad que me obliga a retroceder un paso.

Su rostro se endurece, y por un momento, veo algo en él que me asusta. No es furia, no exactamente, sino algo más oscuro: una advertencia.

—Mírame, Roberta. —Su voz es baja, casi un gruñido. Obedezco, aunque cada fibra de mi ser me dice que no debería—. Te vendrás conmigo, porque si no lo haces, siempre te preguntarás qué habría pasado.

—¿Y si no quiero saberlo? —replico, mi voz temblando más de lo que quiero admitir.

Él sonríe, pero es una sonrisa fría, carente de humor. A continuación, pulsa el botón de unas llaves y unas luces empiezan a parpadear a unos metros.

—Eso sería una mentira, y los dos lo sabemos. —Me coge de la mano y empezamos a caminar hacia su deportivo.

Me quedo atónita y tan solo puedo entreabrir la boca cuando veo que Bram abre la puerta del copiloto, invitándome con un gesto. Sus ojos me sostienen, desafiándome a negarme.

—Vale, ahora quieres que finja que todo está bien y me quieres llevar a una jodida fiesta griega como si nada raro estuviera ocurriendo. —Muevo la mano delante de sus narices y le miro contrariada, esperando que comprenda la gravedad de la situación—. Es por eso que has traído a esos hombres, ¿verdad?

—Relájate, reina… es solo por precaución.

—¡Podríamos no estar vivos! —sigo con mi discurso, aún intrigada por la calma que destila.

Curiosamente, se ríe mientras se lleva las manos a las caderas.

—Pero lo estamos —replica—. Además, ¿crees que dejaría que algo malo te pasara? Y ahora entra.

Me sonríe de un modo jodidamente provocador y, pese a que su sonrisa embaucadora me enciende hasta la médula, permanezco inmóvil.

—¿Quieres que me ponga de rodillas? —Se ríe—. Lo haré.

De momento veo que se agacha como si verdaderamente tuviera intención de arrodillarse delante de mí. Me cruzo de brazos, y lo miro más relajada, reprimiendo una sonrisa.

Definitivamente, es el hombre más bruto que conozco y el más loco. O soy yo la que se está volviendo loca. No sé qué es peor: el hecho de que sé que debería dar media vuelta y marcharme, o el hecho de que sé que no lo haré.

—¿Es suficiente con esto o también quieres repetir lo del yate para hacer paces? —Me guiña

un ojo.

—Me parece que te quedarás con las ganas, «niño pijo». —Pongo los ojos en blanco y me monto en el asiento del copiloto con aires de diva, dejándole claro quién manda.

Mi corazón late con fuerza cuando Bram cierra la puerta tras de mí con una risa enloquecida, como si mi comentario le divirtiera. Por mi parte, ruedo los ojos y me acomodo en el asiento. Mientras me coloco el cinturón, miro cómo este les hace señales a aquellos hombres que están a una distancia considerable, y después arranca el vehículo.

—¿Puedo preguntarte algo? —digo al cabo de unos pocos minutos, tras dejar atrás el iluminado edificio del club.

—No pareces de las que piden permiso para preguntar.

—¿Por qué es tan importante para ti acompañarte a esa fiesta?

Lo miro fijamente agarrándome al asiento cuando este pone el coche en marcha, a más de 160 kms/h, como me tiene acostumbrada. Su perfil está iluminado por la tenue luz del tablero, y su mandíbula marcada se mueve ligeramente, como si estuviera masticando las palabras antes de pronunciarlas.

—¿Qué necesitas para confiar en mí?

Pienso por un momento. Su rostro está relajado, pero sus dedos, apretados en el volante, cuentan otra historia. Está tensándose, pero no quiere que lo note.

—¿Quieres una lista?

—Empieza por lo básico.

—Bien. —Me aclaro la garganta, tratando de sonar más segura de lo que me siento cuando él gira la cabeza y me mira con atención—. Primero: ¿por qué te están buscando?

—Esa no es tu tarea, sino de la seguridad.

Su respuesta es rápida, pero la forma en que se apoya contra el asiento y tamborilea los dedos en el volante me dice que está dejando cosas fuera.

—Seguridad para qué, exactamente. —Insisto, no dispuesta a dejarlo pasar.

Él sonríe, pero no hay calidez en su gesto. Es una sonrisa afilada, como un cuchillo.

—Para mí y… para ti.

—¿Eso significa que tienes enemigos? —pregunto, girándome hacia él completamente.

—Eso significa que no soy un hombre aburrido. —Sus ojos se encuentran con los míos por un instante antes de volver a la carretera.

—¿Siempre te escudas en respuestas vagas?

—No me escudo en nada, Roberta. —Su voz se endurece ligeramente, como si hubiera tocado un nervio. Luego suelta un suspiro, relajando un poco los hombros—. Deberás aprender a respetar la privacidad de los demás y de que… todos tenemos secretos.

Abro la boca para responder, pero cierro los labios de golpe.

—Aún no has respondido mi pregunta.

Permanece callado y, en su lugar, su mirada se fija en la carretera, pero puedo sentir que está pensando en cómo responder.

—Si te refieres a por qué te he elegido a ti para acompañarme esta noche, es porque tienes algo.

—¿Algo?

—No lo sé exactamente —admite, con una honestidad que me toma por sorpresa—. Pero lo sabré pronto.

Sus palabras deberían asustarme, y lo hacen, pero también hay algo en ellas que despierta una parte de mí que no quiero admitir que existe. Una parte que quiere sabe más.

—Siento que hay algo en esa fiesta que… —digo con voz temblorosa.

—No te precipites, es solo un lugar donde no tendrás que fingir ser quien no eres. —Sus palabras son crípticas, pero el peso en su voz me da un extraño escalofrío.

—No necesito ir a una fiesta casi en pelotas para descubrir quién soy, ¿sabes?

Esta vez, él sí me mira, y sus ojos parecen traspasarme.

—Entonces no le des tantas vueltas.

—¿Y si no me gustará? —le pregunto suspicaz, recordando lo ocurrido en su yate. Esa cama llena de cadenas y las esposas ancladas en el cabecero de la cama. Y la sesión de fotos. Su afán por sacarme fotos con ese antifaz puesto. Decirme que me quiere atada. Sé que Bram está metido en ese mundo, solo estoy esperando que él solo me lo cuente.

—Puedes irte cuando quieras.

—¿Puedo? —me burlo, arqueando una ceja.

Su sonrisa se borra y el silencio entre nosotros se vuelve tan denso que parece llenar cada rincón del coche. La carretera sigue extendiéndose en la oscuridad, pero mis pensamientos están atrapados en él, en la manera en que mi cuerpo reacciona cada vez que su mirada me encuentra.

Y, de repente, oigo el chirrido ensordecedor de las llantas, fruto de un violento frenazo. Detiene el deportivo con tanta violencia, que hace que me tambalee hacia delante. Levanto la vista mientras junto mis piernas y miro por la ventana, aturdida. Afuera, apenas hay luz; solo la débil claridad de la luna filtra a través de las copas de los árboles que nos rodean.

—¿Por qué hemos parado?

—No podía seguir conduciendo.

Bram se gira hacia mí, apoyando un brazo en el respaldo de mi asiento. Su cercanía me envuelve, y su perfume, oscuro y amaderado, parece intensificarse en el espacio cerrado. Sus ojos brillan como brasas mientras me observa en silencio. Lo miro embobada, incapaz de romper el contacto visual.

—¿Y sabes por qué? Porque llevo toda la noche deseando esto. —Antes de que pueda procesar sus palabras, su mano se desliza por mi mejilla.

El mundo parece detenerse cuando sus labios rozan los míos, apenas un roce al principio, como si estuviera esperando mi reacción. Mi respiración se entrecorta, pero mi cuerpo ya ha tomado la decisión por mí. Bram no tarda en profundizar el beso, su boca reclamando la mía con una intensidad que me roba el aliento.

Su otra mano encuentra mi cintura, tirando de mí hacia él mientras el espacio entre nosotros desaparece. Hay una urgencia en sus movimientos, como si hubiera contenido este momento durante demasiado tiempo y ya no pudiera detenerse. Mis dedos se aferran a la tela de su polo,

buscando algo a lo que anclarme mientras me pierdo en los movimientos de su lengua, invadiéndome apasionadamente.

—Te necesito, Roberta —habla emocionado—. Necesitaba sentir tus labios, saber que eres real.

El peso de sus palabras me golpea con una fuerza inesperada, y mi pecho se llena de un calor que no puedo explicar.

—Yo… —suspiro— no sé qué decir…

¿Cómo le digo que tengo miedo de esto que estoy empezando a sentir?

—Entonces no digas nada.

Él sacude la cabeza, como si no quisiera que hablara, y vuelve a besarme, esta vez con más pasión. Su deseo lleva consigo una oscuridad que debería asustarme, pero en lugar de eso, me atrae aún más.

—Tu resistencia solo hace que te desee más, ¿entiendes? —continúa.

Cuando sus labios finalmente se apartan de los míos, sus dedos se deslizan por mi mandíbula, deteniéndose justo debajo de mi barbilla para obligarme a mirarlo.

—Ahora entiendes por qué no puedo dejarte ir, ¿verdad? Y solo espero que tú sientas lo mismo que yo…

No respondo. No puedo. Pero algo en la manera en que mi cuerpo se inclina hacia él, en cómo mis labios buscan los suyos de nuevo, le da la respuesta que necesita.

—¿Qué clase de hombre piensas que soy? —pregunta, pero hay un deje de diversión oscura en su tono.

—Uno que siempre obtiene lo que quiere…

—No siempre. Pero cuando lo hago, nunca es por accidente, exactamente igual que tú.

La manera en que lo dice, con tanta certeza, envuelve el coche en un silencio cargado. Y, una vez más, me confirmo que debo hablar con él y decirle que tenía razón. Que lo premedité todo y que esto no es casualidad. Que no estoy preparada a sentir esto que siento y que…

—Tienes razón…. —ronroneo y bajo la mirada, arrepentida por haber jugado con él—. Y es por eso que deberíamos hablar, Bram.

—Ten claro que, si tuviéramos tiempo, haríamos de todo menos hablar. No sabes lo mucho que me jodió no tenerte ayer.

—¿Estás loco? —Me río—. Nos quedamos encerrados en una nevera. ¿Estarías dispuesto a morir por un polvo?

—Estaría dispuesto a morir por un beso tuyo, bella.

Se me corta el aliento y solamente observo cómo él mira ese jodido reloj anclado en su muñeca.

—Ya llegamos tarde.

Noto que él se separa de mí deprisa, como si estuviera preocupado por la hora y arranca el coche con una expresión grave en su rostro.

Respiro hondo, aunque mi estómago esté dando saltos mortales. Estamos fuera de la ciudad, rumbo al pico de una montaña, ya que una carretera serpenteante se abre camino entre un

pequeño bosque. Conforme estamos subiendo, la ciudad de Boston se extiende ante mí, sus luces brillando como estrellas lejanas. Pero no tengo tiempo para admirarla, ya que de momento quedo distraída por lo que veo a mi alrededor.

La estructura está cercada por robustas puertas de metal que le dan un aire de fortaleza inexpugnable. Al llegar a las enormes puertas de acero, me fijo en dos hombres trajeados, ambos con auriculares apenas visibles. Al vernos, abren las puertas sin una palabra y bajan ligeramente la cabeza en un gesto breve y controlado.

El edificio es imponente. Se trata de una masiva edificación de piedra con una planta rectangular, rodeada completamente por columnas de estilo griego.

Mientras el coche avanza lentamente, no puedo evitar seguir admirar el sitio. Lo que en un principio parecía una fortaleza revela un carácter más refinado, como un lujoso hotel de cinco estrellas reservado para la élite. En el interior del recinto, las luces bañan la fila impecable de coches de alta gama aparcados alrededor y, frente a la entrada principal, unos focos iluminan un gran cartel dorado en el que se lee, con letras majestuosas, el nombre: *EL TEMPLO*. A su alrededor, esculturas y relieves finamente tallados recrean escenas mitológicas que parecen cobrar vida.

¡Qué curioso que no supiera de la existencia de este hotel!

—¿Estás lista?

Desvío mi mirada hacia él cuando siento las ruedas de su deportivo detenerse y escucho su voz enronquecida

—Ehhh… ¿lista para qué?

—Para revelarte uno de mis secretos.

CAPÍTULO 18



BERTA

Miro a mi alrededor, impresionada. Más bien, opresivamente impresionada. Los techos son tan altos que parecen rozar el cielo, y las paredes están cubiertas de múltiples escenas: dioses lanzando rayos, mujeres bailando bajo cascadas, guerreros en batalla. Una enorme lámpara de cristal cuelga en el centro, derramando una luz molesta que hace brillar los suelos de mármol blanco y negro, como un espejo pulido.

Pero lo que más me impacta es el vestidor improvisado en una esquina de la sala. Sobre un elegante biombo de madera tallada con motivos de laurel, hay un vestido blanco con bordados dorados perfectamente doblado, esperando por mí. Al lado, un antifaz de color oro descansa en una mesita.

—¿Es en serio? —murmuro, cruzándome de brazos, no antes de mirar de reojo la puerta por donde Bram ha salido con prisas minutos atrás.

—Hola…. —una voz suave me saca de mis pensamientos. Me giro y encuentro a tres mujeres que han entrado casi en silencio, como si fueran sombras.

Y qué sombras. Pongo una mueca. Son ridículamente hermosas, como si hubieran salido directamente de la portada de una revista. Cabellos perfectos y pieles impecables. Llevan vestidos similares al mío, y unos antifaces descansan en sus delicados rostros.

«Si yo soy una simple mortal, estas chicas son diosas hechas de carne y hueso», pienso.

—Señorita, ¿nos permite?

—¿Permitir qué? —respondo, frunciendo el ceño.

—Ayudarla con su atuendo —aclara la segunda, con una sonrisa tan dulce que me da caries solo de verla.

—Gracias, pero no necesito ayuda. He llegado a esta edad vistiéndome sola, ¿vosotras no? —Sonrío con sarcasmo, pero las chicas no parecen captar el tono.

—Son las órdenes —dice una tercera, como si eso lo explicara todo.

Ah, claro. El gran Bram Sander, ahora dictador de las vestimentas. Me río por lo bajo y sigo analizando la prenda detenidamente. Busco fallos en el corte o diseño, como hago siempre, a la vez que me pregunto quién será el dueño de este hotel, dando por hecho que debe ser alguien importante. Podría ser ese amigo de Bram que conocí en el yate, y de ahí las molestias que se están tomando conmigo. Quizá desee recompensarnos por el peligro al cual nos ha expuesto.

—Bueno, ya que son «las órdenes»… —Miro el techo con una mueca.

Ellas parecen tomarse mi consentimiento como una señal para actuar. En un abrir y cerrar de ojos, estoy de pie, con los brazos en alto, mientras una de ellas desabotona mi blusa y otra

desenrolla el vestido de lino blanco.

—¿Esto no es un poco… excesivo? —pregunto mientras me quitan la ropa con una eficacia que casi me hace sentir como una marioneta. Cuando me señalan las bragas, las freno. Asienten en silencio.

—No, señorita, es el protocolo.

—¿Qué protocolo? —insisto, pero la respuesta nunca llega.

Cuando me ajustan el vestido, no puedo evitar observarlas más de cerca. Hablan entre ellas en murmullos casi inaudibles, sus movimientos son gráciles, como si estuvieran flotando. Y lo más extraño: todas están sonriendo, mostrándose absurdamente felices.

—¿Y vosotras qué? ¿Trabajáis aquí o estáis atrapadas en un anuncio de detergente de ropa? —pregunto, intentando aliviar la tensión.

Una de las chicas me mira con curiosidad, como si no entendiera la broma, sin embargo, las otras dos se llevan una mano a la boca y reprimen una risita.

—No, de hecho… la ropa es lo de menos —responde una de cabello castaño.

—No sé por qué no me sorprende… —Sonrío y me muerdo el labio, sumamente intrigada por la fiesta—. Y a esto, ¿Bram Sander viene mucho por aquí?

Se miran entre ellas, como si mi pregunta fuera absurda.

—En realidad, no tenemos su permiso para hablar —dice una, al mismo tiempo que agarra mi muñeca y desliza un brazalete griego con hojas de laurel hacia la parte superior de mi brazo.

—¿Y siempre hacéis lo que os dice? —Me vuelvo más intrigada aún, alzando una ceja.

—Por supuesto.

—¿Y si os pidiera que os lanzarais por un acantilado?

—¡Ohhh! —exclama una.

—*Μα τον Δία* —balbucea otra en un idioma desconocido y mira alarmada a las demás—. Él nunca nos pediría algo así.

—Bueno, me alegra saber que tiene límites… —respondo, sarcástica.

Ellas no se ríen, obviamente. Pero yo sí, aunque sea para aliviar un poco esta sensación surrealista de estar en una versión griega de El Show de Truman.

Finalmente, me colocan el antifaz. Es un tanto pesado, así que maldigo en silencio, al antifaz, y a Bram, que ha sido el que me ha atraído a este sitio. Decorado con una especie de piedras brillantes y bordados dorados, el antifaz hace juego con el vestido. De repente, me siento como un extraño híbrido entre una exhibicionista y un personaje de un baile de máscaras renacentista.

—Está lista —dice una de ellas, dando un paso atrás para admirar su obra.

—Gracias… supongo.

Me miro en un espejo cercano. No me reconozco. Es como si hubieran disfrazado a la verdadera Roberta y la hubieran sustituido por otra persona, una que no tiene idea de por qué está aquí. Miro mis pies. Al menos he podido conservar mis sandalias plateadas, ya que paso de ir descalza.

Antes de cambiar mi mirada a los pies de esas chicas, las puertas se abren de la nada. Me doy la vuelta bruscamente y, por un momento, siento que el aire se ha escapado de la sala. Es él.

Intento no mostrarme nerviosa y lo examino en silencio: su túnica blanca, ajustada en la cintura con un cinturón dorado, cae perfectamente sobre su cuerpo, dejando al descubierto su hombro y una pequeña parte de su pecho, donde sus tatuajes negros se extienden como arte vivo. Sus ojos verdes me atrapan en cuanto se encuentran con los míos. Luce como un verdadero dios griego, pero con un toque oscuro que lo hace aún más irresistible.

Cuando este se acerca con pasos firmes, siento mi pulso acelerarse. Acto seguido, veo de refilón que las tres mujeres abandonan la estancia con la cabeza gacha cuando él ejecuta un leve movimiento con la mano. Un gesto que me está empezando a resultar familiar.

—¿Así que aquí está mi preciosa diosa griega —dice, con un magnetismo casi tangible—, escondiéndose tras un antifaz?

—Quizá yo también tenga mis secretos…

Sonríe mientras sigue avanzando con pasos lentos.

Esa sonrisa. Esa sonrisa que es de todo, menos inocente.

Sus tatuajes parecen moverse con cada respiración, y mis ojos se pierden en las curvas de su torso marcado por líneas de dureza. Unos poderosos músculos resaltan en sus anchos brazos y siento que parece una escultura jodidamente tentadora. Una a la cual sé que esta noche no resistiré.

—Espero que no pienses mantener esos secretos por mucho tiempo. —Su dedo recorre lentamente el borde de mi antifaz, y su mirada intensa se desliza hacia mis labios, como si pudiera desnudarme con solo mirarme.

—¿Y si lo hago?

—Entonces, me aseguraré de arrancarlos uno por uno, al igual que este vestido.

Me quedo atónita mirando su dentadura de un blanco impoluto, su sonrisa casi quedando oculta tras un antifaz, muy parecido al mío. Mientras tanto, su mano se desliza por mi cintura, atrayéndome hacia él.

—¿Siempre eres así de insistente?

—Solo cuando me obsesiono. —Su mirada lasciva me cohíbe y sus labios, tan cerca, me incitan a probarlos.

Tiemblo.

—¿Estás obsesionado conmigo, Bram? —Recorro la comisura de mis labios con la punta de mi lengua mientras acaricio su fuerte hombro donde la tela muestra un nudo.

Siento un calor abrasador recorrerme, y mientras sus tatuajes y esa mirada esmeralda dominan mi campo de visión, sé que este hombre es puro fuego. Una que podría arrasar con todo lo que soy, pero también cuyas llamas deseo con locura.

—Creo que ha llegado la hora de la verdad… —susurra en mi oído mientras sus labios se acercan a mi cuello.

Siento su aliento veloz cerca de mi lóbulo y sus dedos bajando a mi trasero.

—Debes saber algo… —Escucho sus palabras, atenta.

Acaricio su cabello con una mano. Gimo cuando tira del lóbulo de mi oreja con hambre. Oh, Dios, no puedo más con esto que siento. Su cercanía me consume lentamente y el deseo de sentirlo dentro de mí me desarma. El ambiente sensual y su figura ahora mismo, hacen que toque

fondo y que no aguante más.

—Aquí hay unas normas que hay que cumplir —remata.

—¿No quitarse el antifaz? —susurro cuando él me aprieta contra su pecho con ardor.

—Ajam… —Siento sus dedos apretando mi culo y su voz sensual en mi oído—. Esa es la primera. La segunda es no llamarme por mi nombre.

Ahogo una risita y empujo sus hombros para poder mirarle, su comentario rompiendo el hechizo entre nosotros. O eso, o es mi curiosidad que incrementa por segundos.

—¿Sabes qué? —Me llevo un dedo a la boca—. Si esto es una broma y terminamos en algún tipo de culto secreto, definitivamente no me haces un favor.

Bram me lanza una mirada de soslayo y, de repente, suelta una carcajada.

—¿Un culto secreto? —pregunta—. No, reina, aquí solo hay lujo, placer y... un poco de caos. Si quieres, te puedo dejar en un club de karaoke, pero no sería lo mismo.

—No me hagas escoger entre esto y el karaoke, Bram. En serio —respondo, casi a punto de soltar una carcajada nerviosa.

Sentir sus dedos en mi cintura hace que me estremezca y casi doy un brinco cuando, de repente, entran dos chicas —no sé si son las mismas de antes—, las cuales sujetan en las manos unas bandejas doradas. En una de ellas hay dos copas de champán y en la otra, algo que parece una carpeta de cuero, también de color oro, con un símbolo en medio. Lo más curioso de todo es que no nos miran a los ojos, en cambio, sus miradas están clavadas en el suelo.

—¡Ah, aquí están mis chicas! —dice este mientras me tiende una copa, antes de que pueda preguntar algo—. Señorita…

Sujeto la copa con dos dedos, analizando las burbujas y olfateándola disimuladamente.

—Tranquila… —susurra—, no le he echado nada, te necesito cuerda.

—¡Qué pena! —bromeo—. Yo quería el menú completo.

Él se ríe sorprendido, y choca su copa contra la mía, a la vez que rodea mi cintura con su brazo.

—Conmigo tendrás suficiente esta noche —me habla al oído—. No necesitarás nada y a nadie más, créeme.

—¿Es una promesa?

—¡Por supuesto! —exclama distraído y noto que coge la carpeta en cuya portada identifico un triángulo, solo que lo más extraño de todo es que es un triángulo al revés. Coge una pluma y escribe algo en un documento, al tiempo que yo me termino la copa de champán de un sorbo.

—Ahora te toca a ti. —Me sonríe y me tiende la carpeta y el bolígrafo.

—¿Qué es esto?

—Protocolo, nada importante —me responde ausente—. Los clientes deben firmar un consentimiento, ya sabes qué tipo de fiesta es.

Me encojo de hombros y me centro en el documento, pero éste toma mi barbilla entre sus dedos obligándome a mirarle.

—Sé que todos me tendrán envidia esta noche, y yo disfrutaré mucho viéndoles joderse. ¿Y sabes por qué?

—¿Por qué? —Me quedo completamente aturdida cuando él acomoda un mechón detrás de mi oreja.

—Porque eres la griega más guapa de la fiesta y, lo más importante… eres mía, Roberta.

Siento sus labios sobre los míos dándome un beso casto y fugaz. Me quedo completamente derrotada por el atractivo que destila y por cada sonido que sale de su boca. Lo maldigo por dejarme con ganas de más, y sospecho que lo hace a propósito.

—Firma, mi amor…—susurra contra mis labios—. No dejemos que nuestros anfitriones nos esperen.

—¿Anfitriones?

Carraspeo y esbozo mi firma con rapidez, preguntándome por los dueños. Estaba segura de que el propietario del *El Templo* es su amigo del yate, pero al parecer se trata de más socios. Siento su mano empujando mis caderas de momento, guiándome hacia la puerta.

—Sí, son varios socios.

—¿Uno de ellos es tu amigo Jack, al que le persiguen esos tipos?

—¿Y qué, te gusta el hotel? —Él me ofrece el brazo y me abre la puerta del amplio salón, evitando responderme.

Examino mi alrededor. Indudablemente, no es un hotel cualquiera. Esto parece más bien una especie de templo griego moderno, con la riqueza de un emperador romano y el glamour de una película de Hollywood.

—No estaba preparada para un cambio de milenio —digo, alzando las cejas, sin saber si debo reír o salir corriendo.

—Bueno, siempre puedes quedarte fuera, mirando la vista, mientras yo me meto dentro y me convierto en un dios griego —bromea y eso me relaja.

—¿Serás un dios griego o un emperador romano con complejo de poder? Porque, honestamente, no sé qué esperar de esta noche.

—Sólo espero que no salgas corriendo… o quizás sí —responde, con esa sonrisa burlona que estoy empezando a amar.

No pensaba que Bram tendría el sentido del humor tan desarrollado.

—¡Para ya! —Le clavo el codo, sintiendo mis rodillas temblar.

Cuando cruzamos la puerta, el ambiente cambia por completo. La música clásica envuelve el aire, y las luces bajas crean sombras que se deslizan entre los invitados, todos disfrazados, y sin un rostro descubierto a la vista. La sensación es como entrar en un sueño febril, donde todo está lleno de telas blancas y máscaras doradas. Todo parece demasiado perfecto para ser real.

—¿Esto es lo que llamas «caos»?

—El caos es la oportunidad de romper las reglas y de hacer lo que otros no se atreven a hacer.

Su tono es serio, pero no puedo evitar notar el toque de diversión en su voz. Como si todo esto fuera parte de un plan que sólo él conoce, y eso hace que me sienta maravillada. Jodidamente maravillada.

—Espero haber cenado, porque hemos llegado justo para el baile.

—¿El baile? —Mi corazón se detiene.

Nos dirigimos al centro de la pista, y me doy cuenta de que no hay vuelta atrás. La música cambia, volviéndose más rítmica.

—Sí… ¿por qué te extraña tanto? Estamos en una fiesta.

Veo de reojo una especie de banda de música sobre una pequeña tarima adornada, pero en vez de guitarras y batería, hay violines y… harpas.

¿Harpas?

—Señorita…

NOTA DE LA AUTORA: Escuchar la canción

«Fairytale» de ALEXANDER RYBACK

Su mano me atrapa y, enseguida, me da una vuelta, mezclándonos con los invitados. Miro a mi alrededor agitada cuando noto que todos parecen conocer los pasos del baile. Todos menos yo.

—Bram… —susurro, mandándolo a la mierda mentalmente por hacerme pasar por algo así.

—Un paso hacia delante y otro atrás, reina… —Oigo su voz ronca en mi oído a la vez que miro de reojo los pies de los demás, que mantienen el paso con la melodía embaucadora del violín. Es como si todos siguieran una coreografía y supieran qué hacer en todo momento.

—Tranquila, lo estás haciendo de maravilla.

—¡Por Dios! —susurro con el corazón agitándose en mi pecho, e incluso siento gotas de sudor en mi espalda.

Él tira de mi cintura hacia él, obligándome a retroceder y, de repente, siento los huesos de sus caderas en mi trasero.

—Norma número tres… —Me da un beso en la mejilla y me obliga a dar un paso a la derecha—, no menciones a Dios, recuerda que estamos en el Templo de Zeus.

—¿Sabías que bailar no es lo tuyo? —Me río mientras éste da unos pequeños saltos delante de mí conforme los violines incrementan el ritmo.

Me llevo una mano a la boca para reprimir la tremenda carcajada que me sale cuando todos empiezan a brincar con suavidad y sonreír, las damas y caballeros ejecutando movimientos seductores, como si estuvieran flirteando a través de la melodía.

«¿Dónde leches te has metido, Roberta?»

—Prefiero destacar en otras cosas —me responde.

—¿Como por ejemplo? —le tiento mientras me acerco a su boca peligrosamente.

—Hacer que jamás quieras abandonarme.

Me quedo inmóvil, en medio de la sala mientras todos siguen con esos movimientos envolventes, atrapándonos a Bram y a mí en medio. Por un instante, sus mejillas se tornan encendidas, pero no por vergüenza, sino por algo más poderoso. Es el deseo. Entonces, la adrenalina sube por mi cuerpo como puro veneno que llega a cada rincón.

—¿Y por qué jamás quisiera abandonarte?

El baile comienza a ser más intenso. Puedo sentir su cuerpo contra el mío, el calor de su piel, y el suave roce de su túnica de un material sedoso. El contacto se vuelve casi eléctrico. Peligroso.

—Porque te provoco intriga —responde con un tono tan suave que casi parece un suspiro—. Y eso es divertido.

—¿El qué? —Siento su mano en mi muslo, apartando mi falda.

—El hecho de que no sabes si deberías quedarte o salir corriendo —Me atrapa en sus brazos.

—¿Me estás desafiando?

—No. Solo te estoy invitando a celebrar —responde a la vez que cuela sus manos entre mis piernas—. Y también a dejarte llevar y cumplir tus fantasías, bebé…

Le aparto la mano sutilmente, pero él ya sabe que estoy mojada. Estoy quedando completamente envuelta en su hechizo, porque sé que, por primera vez en mi vida, me encuentro en un sitio donde no hay reglas. Y no sé si me gusta o me asusta, pero sigo bailando a su lado.

—Quizá deberías decirme primero qué se supone que estamos celebrando —le digo, mientras mis pies se mueven lentamente al compás de la música.

Bram me mira provocador, pero no responde de inmediato, es como si estuviera analizando cada uno de mis gestos, y eso me pone aún más nerviosa. No me gusta cuando siento que no tengo el control, pero es exactamente lo que está pasando ahora.

—Estamos celebrando el banquete de los dioses —señala—. Los dioses del Olimpo están presentes esta noche, Roberta.

Yo me echo a reír, sin poder evitarlo. Lo miro con una mezcla de incredulidad y sarcasmo, admirando su capacidad de meterse en el papel.

—¿Ah, sí? ¿Zeus está por ahí, echándose una copa y lanzando rayos?

Él se ríe, pero no suelta su postura de dios griego. Al contrario, parece disfrutar cada palabra que sale de mi boca.

—No exactamente —dice, con una sonrisa que es casi demasiado arrogante para soportarlo —. Pero Apolo está aquí, por supuesto. Y si te fijas bien, podrías ver a Hera acechando desde las sombras.

—¡Hera, claro! —exclamo, alzando las manos con falsa admiración—. La diosa de dioses. ¿Quién falta, Poseidón?

—Ares… —Sus facciones se tornan serias y, de repente, lo veo mirar detrás de mí, como si estuviera buscando a alguien—. Ares es el que falta.

Yo también giro la cabeza, persiguiendo la dirección de su mirada y noto que sus ojos quedan posados en una mesa en forma de semicírculo, donde hay varias personas.

—¿Quiénes son?

—Personas que conocerás muy pronto.

Entreabro los labios. ¿Por qué siento que él no está siendo del todo claro?

—Entonces, ¿me estás diciendo que conoceré a los dioses del Olimpo? —Sonrío, pero mi corazón late más rápido, y sé que él lo nota.

—Sí, claro.

—Oh, por favor —respondo, aguantando una risa nerviosa—. Solo falta que me digas que

me ofrecerás como ofrenda, es lo que solían hacer en la Antigua Grecia.

—¿Como ofrenda? —Se inclina hacia mí, y mis pies parecen pegarse al suelo—. ¿De verdad crees que soy tan predecible?

Su rostro está tan cerca del mío que siento que, si doy un paso más, nuestras bocas se devorarán. Y eso es lo que deseo. Oh, Dios, lo deseo. Deseo que me devore la boca y todo. Lo deseo todo de él a un nivel infernal.

—Espero que no, además, te aconsejo que elijas otra ofrenda para los dioses del Olimpo —me burlo—. No me gusta el papel de víctima.

—Porque no lo eres, bebé. Eres una cazadora.

La sonrisa en su rostro se ensancha, y por un segundo, parece que el mundo a nuestro alrededor se desvanece. No hay dioses, no hay máscaras, no hay nada más que el calor que se construye entre nosotros.

—Tal vez eso sea lo que me atrae de ti —dice, bajando la voz, haciendo que sus palabras se sientan aún más intensas—. No eres una presa. Eres la cazadora. Pero... ¿qué pasaría si te pidiera que, aunque sea por una noche, seas la presa?

—¿Por qué haría eso?

—Para conocerme mejor.

¿Qué quiere decir?

Bram me mantiene a su lado, pero con una destreza que raya en lo sobrenatural. Es como si estuviera guiándome a través de un río, y yo, por más que quiera resistirme, me dejo arrastrar por la corriente. Su mano en mi espalda baja, tan firme, me da una sensación de control. Y no lo quiero admitir, pero una parte de mí se pregunta: ¿qué pasaría si de verdad cediera y le permitiera tomar el control?

—¿Podrías ser mi presa esta noche?

—Depende de lo que me ofrezcas a cambio… —murmuro con una mirada seductora.

—Todo —dice rápido—. Te lo ofreceré todo y no solo esta noche, sino para siempre.

—Déjate de chorradas empalagosas y habla claro, Bram —demando.

—¿Más de lo que lo estoy haciendo?

—Más, mucho más… —digo, con los pies temblorosos.

—Antes te he dicho que te contaré mi secreto, pero quería asegurarme de que estás preparada.

—No creo que sea un secreto. Sé que estás metido en ese rollo del BDSM, y este sitio es uno de esos, ¿cierto?

—No sé por qué me lo preguntas si sabes cuál es mi respuesta.

Aprieto los labios y le miro, sabiendo que tiene razón. Tiene mucha jodida razón. Siempre lo supe.

—¿Me tienes miedo?

—No —le respondo.

Le aparto la mirada, pero él acaricia mis mejillas y me mira serio, como si esperara darle una respuesta afirmativa.

—¡Ehhh! —murmura—. Quiero que me tengas miedo.

—¿Qué?

Mi sonrisa desaparece y tan solo puedo mojarme los labios y agrandar los ojos, expectante. ¿Por qué siento que está hablando en serio?

CAPÍTULO 19



BERTA

—¿Qué?

Las luces se apagan lentamente y es como si el ambiente se volviera más íntimo.

—Roberta… —Sus manos vuelven a inmovilizar mi cabeza, y me impiden ver lo que ocurre a nuestro alrededor—. Hay algo más que debes saber de mí y eso es que…

Respiro nerviosa. Debo advertirle de que no quiero que se haga ilusiones conmigo antes de que esto se me vaya de las manos. Él parece mirarme con admiración, y sé que no estoy preparada para eso. ¡Joder! No estoy preparada para ser su novia liberal a la que lleva a clubs privados de orgias.

—No, yo… —tartamudeo como si de repente me sintiera embriagada, incapaz de controlar mis acciones—. Yo también debo contarte algo y…

—Roberta… —susurra, colocándo un dedo en mi boca—. ¿Serás mi víctima esta noche?

Lo miro perpleja, pero en cierto modo aliviada de que no siga con esa estupidez de ser novios.

—¿De qué estás hablando?

—Te necesito… —su voz suena gutural.

Sin embargo, no añade nada más, ya que un estrepitoso ruido corta el ambiente, como si se tratara de unos fuertes tambores que estallan con fuerza.

—¿Qué ha sido eso? —Me despego de él y miro en todas las direcciones, sin comprender gran cosa.

—La señal.

De una fiesta de disfraces, esto se ha convertido en algo mucho más siniestro y tan solo puedo vislumbrar a personas besándose, presas de la lujuria. Incluso noto a algunos otros esnifando coca de unas pequeñas bandejas y hay unas cuantas personas que empiezan a desnudarse a tan solo unos metros.

—¿Señal de qué? —Lo miro aturdida y empiezo a tener la sensación de estar borracha.

¡Qué puñetas! Ni siquiera me he tomado una copa.

—De que la cacería ha comenzado.

Mis labios se arquean y le miro, pensando que tengo delante de mí a un lunático.

—Ahm… la cacería. —Me río con más fuerza mientras recuerdo nuestra conversación.

—No estoy bromeando.

Noto cómo él se lleva las manos a su torso y mi sonrisa desaparece. Vuelvo a confirmarme a mí misma que es como si él hablara en serio.

—Quiero que lo hagas —añade.

—¿Cómo?

Arqueo una ceja mientras persigo la dirección de su mirada y, cuando me muestra su pecho descubierto, lo entiendo todo. Leo deprisa las letras oscuras que muestra un gran tatuaje que reina en medio de su torso cargado de los surcos de sus músculos. Su tersa piel y su torso imponente me intimida, pero de momento mi mirada recae sobre algo más. Unas letras de color negro, en medio de sus tatuajes.

—*Corre, bebé* —susurro, con la mirada clavada en las letras.

Alzo la mirada y entreabro los labios.

—Corre… bebé. —Él repite mis palabras con una sonrisa maliciosa y un brillo extraño en sus ojos.

¿A qué jodido hombre se le ocurriría tatuarse en el pecho esa frase tan extraña?

—Ahm, vale —Acaricio su pecho sensualmente y me muerdo el labio, con una sonrisa traviesa—. Quieres que juguemos al *pilla pilla*.

—Exacto… —Ladea la cabeza y me sonríe—. Tu corres, y yo te pillo.

—¿Y después?

—Te follo.

—¡Oh, vale! —Alzo las manos con una risa, sintiéndome embriagada—. Pero y adonde se supone que…

—¡Corre, he dicho! —demanda con rudeza.

Me separo de él rápidamente.

—¿De verdad?

—Sí…

¿Qué me he perdido? ¡Ohhh! ¿Qué especie de juego retorcido es todo esto? Este hombre está jodidamente loco. Definitivamente, Bram está loco y, definitivamente, eso me gusta.

—¿Estás seguro? —Alzo una ceja.

—Segurísimo.

—¿Con el riesgo de que no me encuentres? —siseo mientras enrosco un mechón de pelo, sintiendo cómo mi lubricación aumenta, fruto de nuestro juego demente.

Nuestra cacería privada.

—Bebé… —susurra, inclinándose con esa sonrisita rebelde que me está empezando a obsesionar—. Solo corre y reza para no encontrarte.

NOTA DE LA AUTORA: Escuchar la canción

«RUNRUNRUN» de DUTCH MELROSE

Entonces, siento cómo mis dedos aprietan la falda e, instintivamente, me doy la vuelta,

movida por el impulso que él ha generado en mí.

—¡Ajá! —suelto un chillido de emoción, apartándome de él cuando quiere alcanzar mis labios—. Tú lo has querido.

—Buena chica —susurra a mis espaldas.

Su preciosa y varonil sonrisa y sus palabras es lo último que recuerdo, antes de girarme y agilizar el paso.

¡Qué leches! ¿Qué estoy haciendo? Miro a mi alrededor con el corazón en la garganta, tras girarme y ver su figura inmóvil detrás. Al parecer, me está dando ventaja. Todo un caballero, debo reconocer.

«¡Eres un puto loco, Bram!»

La suave luz roja baña los pasillos de *El Templo*, dándoles un aire onírico y sensual. Cada rincón parece diseñado para seducir los sentidos: paredes de mármol con grabados antiguos, columnas majestuosas que se elevan al cielo abovedado, y espejos que multiplican las imágenes de los asistentes, desenfocados por la penumbra.

Choco violentamente con alguien, y eso me obliga a detenerme, pero todo eso se vuelve irrelevante cuando siento sus pasos detrás, acercándose. Mi corazón da un brinco y miro hacia atrás distraída y a la vez atemorizada, a la vez que apoyo mi espalda contra una de las columnas.

Joder. Trato de calmar mi respiración.

¿Por qué estoy sonriendo? ¿Acaso me estoy volviendo loca? Esto no tiene sentido, pero hay algo en el jueguecito de las narices que me electriza.

—Bebé… —su voz resuena a lo lejos, un eco que parece provenir de todas partes a la vez.

—¡Ohhh! —Me llevo una mano a la boca y me muevo a mi izquierda, aún oculta detrás de la enorme columna.

—¿Ya te has cansado? —inquiere en tono burlón.

Aprieto los labios para no reír, y echo a correr nuevamente al detectar una puerta a mi izquierda, adentrándome más en el laberinto de pasillos. Hay invitados doquier, algunos me miran con curiosidad, otros ni siquiera parecen notar mi presencia y se siguen besando apasionadamente.

Finalmente, doblo una esquina y tropiezo de repente contra el hombro de alguien.

—No lo estás intentando en serio, ¿verdad?

—¡Mierda! —suelto un sonido gutural cuando mi nariz choca contra su mentón. Es él, y no sé cómo ha salido a mi encuentro, ya que estaba detrás. Aunque no sé por qué me sorprende, él conoce este sitio. Yo no.

Bram me mira con ese brillo de peligro placentero. Entonces, me obligo a mantener la compostura y le sostengo la mirada. Trato de apartarme, pero él coloca sus manos a ambos lados de mi rostro, atrapándome y obligándome a mirarle.

—No voy a morderte… todavía.

—¿Y si no quiero jugar más?

—Oh, reina… —Se inclina ligeramente hacia adelante—. Te lo advertí. Te dije que corrieras. ¿Qué clase de presa serías si decides detenerte ahora? O no me digas que ya te has rendido.

—¿Rendirme? —Acerco mis labios a los suyos, ignorando el sudor frío que baja por mi espalda—. Ni siquiera he empezado.

Lo empujo con fuerza y me doy la vuelta con el corazón a mil y la adrenalina por las nubes, mezclándome con la gente. Veo que, a un paso, un grupo de personas están en pleno coito y eso me enciende más. Una mujer está encima de un tipo, sacudiéndose en su regazo, ambos completamente desnudos. Mientras tanto, otro se coloca detrás de ella y le encadena las muñecas mientras le pide a una mujer algo parecido a una fusta. Una fusta de cuero. Le aparta el cabello sensualmente y se coloca detrás de ella, a la vez que sujeta sus muñecas y la penetra desde atrás. Doble penetración, sin duda.

¡Oh, joder! Siento la boca seca, lo opuesto a mis bragas, que… que… . Por Dios… Esto me encanta. La lujuria y lascivia que me rodea me fascina hasta tal punto que siento la sangre fundirme las venas. Acto seguido, me detengo un momento para recuperar el aliento, mientras apoyo la mano en una pared tapizada de un color granate, tratando de no desmoronarme.

—Me parece que eres demasiado lenta, cariño—. Su voz grave y seductora resuena detrás de mí, como si estuviera susurrándome al oído.

Doy un respingo, girando la cabeza rápidamente. Nada. Solo personas que pasan de largo, sumergidas en sus propios placeres, ajenas a mi pequeña cacería. No, la mía no… la suya.

¡Oh, *cazzo*!

Una risa baja y gutural me responde, y juro que la siento vibrar en mis huesos. ¿Por qué me siento como si estuviera drogada?

—¿Dónde estás? —Miro enloquecida a mi alrededor, pero solamente veo unas telas blancas; sé que debe estar detrás de alguna de ellas—. ¿Por qué no me atrapas ya?

—Porque es parte del juego. Yo sí estoy jugando, pero parece que tú no.

—¡No me digas! —Me acerco a una de las telas de donde proviene la voz, cuando sé que debería estar corriendo—. ¿Sabes qué? ¡Te tragarás las palabras!

—¿Estás segura?

De repente, una de las telas que hay justo a mi derecha se mueve y es como si unos brazos fuertes emergieran de detrás. Me atrapa al completo contra su pecho y siento sus dedos moviéndose en mi espalda. Tropiezo de cara con su la forma que su máscara dibuja en la tela blanca y es como si me abrazara un fantasma.

—¡Estás loco! —chillo con una risa y le empujo con firmeza, librándome de él.

Me giro bruscamente empiezo a correr de nuevo. Él no me ganará esta vez. ¡No, como que me llamo Roberta Monticelli, joder! Mi pecho sube y baja, aún alterado por su cercanía. Maldito Bram. Su voz sigue resonando en mi cabeza. Finalmente, giro la cabeza, con el corazón a mil, pero me detengo en seco cuando me doy cuenta de que no está detrás de mí.

—¡Oh, joderrr! —suspiro, con la vista nublada.

¿Cómo es posible? ¿Qué me está pasando? ¿Por qué es como si todas las sensaciones se magnificaran?

Agilizo el paso, esquivando a las parejas que se pierden entre sí contra las paredes.

—¿Qué estás planeando? —murmuro para mí misma mientras doblo otra esquina.

El ambiente cambia sutilmente. Las luces rojas parecen hacerse más intensas. La multitud se

hace más escasa, y los murmullos se convierten en ecos lejanos. Entonces lo veo: una gran puerta de madera, tallada con figuras mitológicas en relieve. Está entreabierta, así que, sin pensarlo dos veces, la empujo y entro.

El espacio dentro es más amplio de lo que imaginaba. Una especie de salón privado, con cortinas de terciopelo carmesí y un techo tan alto que parece desaparecer en la penumbra. En el centro, hay una enorme cama redonda cubierta con sábanas del mismo blanco virginal —nada que ver, por supuesto—, y frente a ella, una mesa con copas de cristal y botellas de alcohol. Esto no es solo un salón, es un verdadero oasis de la lujuria. Noto al menos quince personas dentro, algunos ya en pleno coito, otros besándose, y unos cuantos bebiendo y esnifando cocaína de las mismas pequeñas bandejas doradas.

—Finalmente te has detenido… —Su voz me hace girar de golpe.

—¡Oh! —Me llevo una mano al pecho.

Bram está allí, de pie en la entrada de dicho salón, con una sonrisa triunfal. Sus ojos parecen brillar más de lo normal bajo la tenue luz roja, como si hubiera ganado una batalla de vida o muerte.

—¿Qué es esto? —pregunto, tratando de sonar más firme de lo que me siento.

—¿Esto? Esto es la recompensa. —Da un paso hacia mí—. Has llegado antes de lo que pensaba.

—No entiendo… —susurro, pero mis piernas se tensan, como si estuviera lista para correr nuevamente.

—Claro que entiendes. —Se detiene a solo un par de pasos de distancia—. Siempre lo entendiste.

—¿Entender qué?

—Que este juego no se trata solo de correr o atrapar. —Su sonrisa se vuelve más peligrosa—. Se trata de nosotros.

Intento retroceder, pero mi espalda choca contra otra de esas columnas de mármol que hay doquier. ¡Este sitio parece un jodido templo, pero de verdad! Y yo parece que estoy inmersa en un sueño. Mis músculos están relajados y veo borroso cuando da un paso más, y el calor que emana de él me hace temblar. Se inclina lo suficiente como para que nuestras caras queden a centímetros de distancia.

—No te hagas la ingenua. —Su voz baja a un susurro ronco—. Desde el momento en que aceptaste acompañarme, sabías que no ibas a salir de aquí sin mí.

—¿Crees que quería atraerte aquí?

Bram ríe suavemente, un sonido que parece vibrar en el aire entre nosotros. Esa risa… esa risa que me derrite.

—Es lo que hace una presa con su cazador —me responde.

—Te equivocas, una presa huye, cielo.

—Entonces dime, reina… —Inclina la cabeza fijándome con la mirada como si pudiera ver a través de mí—. ¿Por qué no has seguido corriendo?

Abro la boca para responder, pero las palabras no llegan. Tiene razón. No he seguido corriendo. Quería llegar aquí. Quería que esto pasara. Quería que él me atrapara. Y quiero

tenerle. Quiero tenerle más que cualquier cosa en este mundo.

—Eso pensaba. —Bram alza una mano y, con una lentitud exasperante, roza mi mejilla con sus dedos. Su toque es ligero, casi reverente, pero me enciende como una llama.

No respondo con palabras. En cambio, dejo que mis manos viajen hasta el borde de su túnica y la desabrocho con movimientos torpes pero urgentes, dejando al descubierto su torso perfectamente esculpido. Es un deseo que me quema y me anula hasta el punto de que no me importe en absoluto no estar solos. Todo lo contrario, es como si eso me encendiera más aún. Saber que me hará suya delante de todos me provoca algo desconocido.

Mis ojos bajan a su pecho nuevamente. Aquel tatuaje parece palpitar bajo la luz roja, y no puedo evitar trazar las letras con mis dedos, lenta y deliberadamente.

—Creo que tú ya sabes la respuesta —le respondo con una sonrisa atrevida mientras dejo que mis uñas rasguen suavemente su piel.

Bram gruñe, un sonido bajo que me hace sentir poderosa.

—Ahora dime… ¿quieres seguir jugando o prefieres cambiar las reglas?

Mi respiración se acelera, pero no aparto la mirada de la suya.

—Las reglas ya no importan, aunque… sí tengo una —replico, intentando no dejarme intimidar.

La sonrisa de Bram se amplía.

—¿Cuál?

Sonrío con el mismo aura malicioso que lo hace él. Ya no soy la presa. Ahora, soy yo quien controla este juego. O al menos, eso quiero creer.

—Que me demuestres eso que solo un buen cazador sabe hacer… —Me muerdo el labio.

—¿Estás segura de eso? —murmura, mirándome extasiado.

—Nunca he estado más segura de algo.

—Vale… —dice moviendo la cabeza—. Pero hay una regla más, preciosa.

Estoy impaciente. Jodidamente impaciente. En un solo movimiento fluido, él se inclina hacia mí, su boca rozando la mía. No es un beso completo, todavía no. Es un roce tentador, un juego de voluntades que me hace arquearme hacia él, buscando más… necesitando más.

—¿Otra? —susurro con una risita.

—Sí, otra. —Muerde el lóbulo de mi oreja ferozmente, como un cazador—. Pero no otra cualquiera.

No me deja responder, tan solo me besa. Me besa de verdad. Delante de todos. Su boca atrapa la mía con una intensidad que hace que mis rodillas amenacen con ceder. Su lengua acaricia la mía en un baile lento y decidido, marcando territorio, reclamándome de una manera que me deja sin aliento.

Mis manos viajan instintivamente por sus hombros, agarrándolo con fuerza como si necesitara un ancla para no perderme por completo. Mis uñas se clavan en su espalda cuando su lengua roza la base de mi cuello y siento su pelvis empotrado en mi abdomen. Su erección se hace presente y no se priva de hacérmelo saber.

Las palabras se quedan atrapadas en mi garganta mientras sus dedos se deslizan por mis

caderas, levantándome la falda y acariciando la tira del tanga que llevo debajo. Clava sus dedos en mi espalda, firme y posesivo, mientras me empuja bruscamente contra la columna.

—Sin bragas… —dice autoritario—. Quítatelas…

Me separo apenas unos milímetros para recuperar el aliento.

—Shh… —me calla—. Es parte del juego. Quítatelas y me harás feliz. Me muero de ganas de verlo, ¿sabes?

—Bram… —musito, mirando a mi alrededor.

—No puedes pronunciar mi nombre, aunque agradezco que lo hagas, porque sabes qué significa eso, ¿verdad?

—Lo puedo suponer.

—Es justo eso que supones —replica.

Sonrío, apoyándome contra la columna con las manos cuando este agarra mi mentón con dos dedos, y me mira a los ojos fijamente.

—Ohhh —suspira— y no sabes cuánto disfrutaré castigándote. Aunque no hoy. Hoy eres mi invitada.

«Castigándome…»

Sus palabras vuelven a mi mente:

No soy un Dom. Un Dom respeta los límites impuestos por su sumisa. Yo, en cambio… no tengo límites.

No. No es un Dom. Él es un hombre que disfruta con este juego de poder, juego que no estoy segura de si podré tolerar. Pero estos pensamientos turbios desaparecen cuando quedo fascinada por la manera en la que sus hábiles labios se apoderan de los míos.

Tiemblo. ¿Cómo es posible? Jamás me he sentido tan aturdida y excitada como en este jodido momento. Cierro los ojos cuando su boca me atrapa al completo y siento los suaves golpes de su lengua devorándome al completo. Succiona, muerde, me invade anhelante, como si sus gestos fuesen más movimientos de lucha libre, que un hombre besando a una mujer.

—Te volveré tan loca que me necesitarás a cada instante de tu vida, reina.

—Ya te necesito… —Aprieto mis manos en su cabello, y me dejo llevar por nuestro beso pasional.

Sonríe con perversión.

—Yo te necesité desde el principio.

Súbitamente, su mano presiona mi muslo, y con la otra atrapa mi cintura, sujetándome con firmeza mientras me atrae más hacia él. Hunde sus labios con más ímpetu, apartándome la ropa interior con una mano.

—¿Sabes las ganas que tengo de probarte, verdad? —Su voz y gutural vibra contra mi piel. Siento un tirón en mi vientre cuando desliza un dedo en mi interior bruscamente—. Estás preparada. Muy, muy… preparada.

Su dedo avanza y retrocede, follándome como si su impaciencia estuviera al límite, al igual que la mía. Este hombre sabe exactamente lo que hace, ¡maldita sea si lo sabe! De pronto, suelta un gemido seco cuando muerde mi mentón y vuelve a tomar mi barbilla con la otra mano.

—Bebé… —susurra, su voz rasposa haciéndome estremecer—. Tus bragas. Las quiero.

Corto y al grano. Acto seguido, se aleja lentamente, sin apartar su mirada de mí.

—Yo…

Aprieto la mano en la columna, con las mejillas encendidas. Él es como la miel que te ponen en los labios, y con la cual no tienes suficiente. Y, entonces, quieres más. Mucho más.

—Quítatelas mirándome a los ojos.

Barro mi alrededor con la vista, sumamente indecisa, recodando dónde estoy por un momento. Pero es como si mi mente no funcionara, y solamente existieran mis ganas. A continuación, agarro las tiras del tanga de seda y lo deslizo suavemente en mis muslos, sin perder el contacto visual. Él se lleva una mano al mentón, y admiro encandilada cómo los músculos de sus robustos brazos se inflan. Mientras tanto, él sigue retándome con aquella mirada infernal de deseo, lo cual me da morbo. Incluso el hecho de que todos me vean me produce placer.

Sus labios se tuercen cuando ve que, en vez de entregarle mi ropa interior, alzo los brazos y me recojo el cabello, que cae molesto en mi rostro. Me hago una coleta, usando el diminuto tanga como coletero, ante su mirada asombrada.

—Aún no te has ganado mis bragas.

—Oh, bebé…. —Jadea con fuerza, haciendo un tremendo esfuerzo por no abalanzarse sobre mí.

De repente, siento cómo sus brazos me envuelven con firmeza.

—¡Ven aquí!

Ni sé en qué momento se agacha y me toma en brazos, ya que tan solo noto sus manos debajo de mis muslos y cintura. La violenta sacudida hace que me agarre a sus hombros para no caerme.

Siento que estoy flotando en sus brazos cuando empieza a caminar no sé a qué sitio.

—Eres una chica mala, ¿sabes?

—Lo sé.

—Sabes lo que te voy a hacer, ¿verdad?

—Ajam… —ronroneo, perdiéndome en su mirada verdosa—. Lo sé.

—Dime, *cazadora*, ¿lo quieres?

—Lo quiero.

—¿Lo quieres o lo deseas? —me pregunta, apretándome más contra su pecho.

—Lo deseo… —añado, la desesperación apoderándose de mi—. Lo deseo con todas mis fuerzas.

—Y lo tendrás. Yo no soy tan malo como tú…

Me deposita en el centro de la cama con suavidad, como si estuviera coronándome en un trono. Mi respiración se acelera, y el contacto de mi cuerpo con las sábanas me provoca un nuevo escalofrío. La textura del satén blanco se siente fresca, un contraste delicioso con mi tórrida piel.

Me acomodo el antifaz en el rostro, con dos dedos. Alrededor, las pocas personas que estaban cerca de la cama se apartan a la vez, como si obedecieran un ritual. Él se queda agachado sobre mí, inmóvil, observándome con una intensidad tan abrumadora que siento como si estuviera

completamente desnuda, a pesar de que mi vestido aún cuelga de mis hombros.

—No me mires así —murmuro, incorporándome sobre los codos.

—¿Así cómo? —responde, ladeando la cabeza.

—Como un animal.

—Tal vez porque eso es exactamente lo que soy, pequeña —Se pone de pie.

«Pequeña…»

Una vez más me indica mediante palabras y gestos que él es el cazador, sin duda. Aprieto las piernas y me relamo los labios cuando una risita escapa de sus labios, pero su expresión cambia rápidamente cuando una mujer morena se le acerca. Es una de las pocas que lleva ropa, una tela blanca y un brazalete parecido al mío, de color dorado, el mismo color que el adornado antifaz que la cubre. Ella le susurra algo al oído, algo que, al parecer le enfurece.

—De rodillas… —le ordena, serio.

La mujer obedece de inmediato, sin titubear, como si sus palabras le hubieran arrebatado cualquier voluntad de protestar. Se arrodilla ante él con la cabeza baja. Mientras tanto, otras dos mujeres empiezan a despojarlo de su túnica con movimientos fluidos, sin vacilar. Me quedo paralizada, con los ojos abiertos de par en par, incapaz de procesar lo que estoy viendo.

Regreso bruscamente a la realidad cuando siento dedos extraños deslizarse por mis hombros, apartando lentamente la tela que apenas cubre mi cuerpo. A ambos lados de la cama, unos cuantos hombres completamente desnudos, salvo por las máscaras que los ocultan, se han acercado. Sus cuerpos son fuertes, incluso parecen esculpidos por un artista obsesionado con la perfección.

Mi respiración se vuelve errática al sentir sus manos tocándome, arrancándome la ropa.

—Un momento, esto… —balbuceo con un hilo de voz, pero sé que estoy aquí por una razón. No puedo echarme atrás ahora. Es demasiado tarde. Y no es solo eso, es como si sintiera curiosidad.

—Relájate, cariño… —dice él con un tono dulce—. Esta noche, serán tus esclavos. ¿No te da morbo pensar que sentirás todas esas pollas dentro de ti?

Mi mente se queda en blanco. Cuando vuelvo a mirarlo, él está completamente desnudo, apenas cubierto por el antifaz que realza su mirada penetrante. Su erección, imposible de ignorar, parece tan irreal como el resto de su cuerpo. Me quedo sin respiración ante semejante imagen divina. Su cabello oscuro, brillante bajo la luz suave de la estancia, enmarca un rostro que podría pertenecer a un dios, perfectamente. Y si los hombres de la sala imponen, ¡él es el puto Adonis de carne y huesos!

Pero lo que me atrapa completamente, es algo más. En su ingle izquierda hay dos serpientes enroscadas alrededor de un bastón, acompañadas de un triángulo invertido parcialmente oculto por las sombras. Algo en ese símbolo me resulta extrañamente familiar, aunque no consigo acordarme por qué.

—¿Dónde lo he visto, joder? —susurro para mí misma, pero mi mente está nublada y el mareo que siento se intensifica.

Él me observa con una mezcla de deseo mientras la mujer arrodillada atrapa su miembro en su boca. Bram gime, pero no aparta su mirada de mí, y es como si quisiera que fuera testigo de cada movimiento. Que notara cada detalle. Que lo viera disfrutar.

—Más fuerte… —ordena, presionando la cabeza de la mujer contra su pelvis con un gesto firme.

Mi pecho vibra con la fuerza de su voz, y me estremezco cuando uno de los hombres a mi lado toma mi muñeca delicadamente, envolviéndola con una tira de tela blanca semitransparente, que cuelga del techo. El otro hace lo mismo con mi otra mano, siguiendo una señal sutil que él hace con la cabeza.

No me opongo. Esto es parte de su juego y se lo he prometido. Le he prometido que hoy seré su presa, pero lo que no sabe es que él lo fue antes que yo.

Mis brazos están tensos, alzados sobre mi cabeza. Muevo las muñecas levemente intentando calmarme cuando uno de los hombres se inclina y lame mi pezón con suavidad. Agrando los ojos, esforzándome por vislumbrar algo a través de los huecos del antifaz que se ha movido sutilmente. Le sigo mirando, expectante. Pensaba que era él quien me deseaba y quería tenerme, no que me dejaría en manos de unos extraños.

—Así, florecilla —murmura con una voz gutural, mientras acaricia el cabello de la mujer arrodillada, que está entretenida chupándosela—. Es esto lo que necesito de ti.

Mis ojos se abren aún más al escuchar la forma en que la llama. ¿Florecilla? ¿A otra mujer? El nudo en mi pecho se aprieta mientras me esfuerzo por ver su rostro, pero solo alcanzo a distinguir su perfil. Y, por un momento, me parece que esa mujer es ni más ni menos que Noa. Su supuesta amiga le está chupando el glande con ansias, delante de mis putas narices. Cuando identifico el dibujo de la flor de loto en su hombro, lo tengo claro.

¿Noa aquí?

—Necesitamos… hablar —logro decir con voz firme.

Antes de que pueda continuar, uno de los hombres se acerca a mis labios, pero su grito ronco me sobresalta.

—¡No la toques!

El hombre se detiene de inmediato, apartándose con una obediencia casi sumisa. Bram, por su parte, empuja suavemente a la mujer, y se inclina hacia delante, colocando una rodilla sobre la cama redonda. Le lanza una mirada de odio al tipo que ha intentado besarme y sus manos se posan en mis caderas. Queda a tan solo unos centímetros de mi cara.

—¿Sabes lo guapa que eres cuando intentas resistirte?

—¿Y tú sabes lo capullo que eres cuando me mientes?

—Esto es mucho mejor que el karaoke, ¿cierto? —murmura, su aliento rozando mis labios.

—Creo que debemos ha… hablar —digo, sintiéndome insegura.

¡Maldita sea! ¿Por qué me siento así? ¿Por qué siento que me ahogo si todo esto hace que quiera saber más?

—Ser tan perfecta debería ser un pecado, bebé… —susurra contra mi clavícula, sus labios trazando un camino de fuego desde mi hombro hasta el hueco de mi cuello.

—Y tú disfrutas siendo un pecador. La mentira es un pecado.

Mis manos traicionan mi intento de resistencia al relajar mis brazos. Es como si él anulara mis sentidos, como si apagara mi razonamiento y voluntad.

—He probado todas las versiones del pecado, pero tú... tú eres el único que me hace pensar

que he encontrado uno nuevo. —Se aparta lo justo para mirarme—. Eres jodidamente perfecta, ¿sabes?

Mi corazón late con fuerza, no solo por sus palabras, sino por la forma en que las dice, como si yo fuera algo sagrado, algo que temiera romper.

—Bram… —trato de hablar, pero él coloca un dedo sobre mis labios.

—Espero que estés lista para romper más reglas esta noche, *cazadora*.

—Es ella, ¿verdad? —digo, mi mirada bajando de nuevo a la morena que está a solo unos pasos mirándonos—. Es… Noa.

—Noa no existe para mí.

Jadeo mientras arqueo la espalda al sentir sus labios en mi clavícula y la punta de su miembro rozándome cuando aparta mis muslos, instalándose entre mis piernas.

—¿Por qué quieres tenerme, eh? —Aprieto los labios y le miro fijamente—. ¿Por qué aun teniendo a todas estas mujeres aquí?

—Porque eres un incendio esperando consumirlo todo. Y a mí no me importa arder, Roberta —me responde al oído, apretando sus caderas contra las mías con respiración acelerada.

Gimo en su oído. Mi vientre se tensa de manera involuntaria cuando él avanza en mi interior, lentamente.

—No sabes cuánto he deseado este momento… ¡oh! —ronronea contra mi oído y sujeta mis caderas con firmeza, sus manos decididas presionándome más contra él—. ¿Me deseas? Dime que me deseas tanto como yo a ti.

El calor sube a mi rostro, y una deliciosa sensación recorre mis entrañas al sentir cómo se desliza dentro de mí.

—Joder… —Arqueo la espalda, y me aferro con fuerza a las telas que envuelven mis muñecas, buscando algún tipo de control que sé que ya no tengo.

Gimo, desenfrenada, cuando Bram finalmente se hunde por completo en mí, para después retroceder, dejando un rastro de placer intenso en cada centímetro.

—Ahhh, bendito sea Zeus por haberte creado… —murmura entre sollozos ansiosos que hacen que mi piel se erice y un profundo cosquilleo recorra cada rincón de mi cuerpo.

Aprieta mi nuca con una mano a la vez que, con la otra tira de mi muslo, separando mis piernas al completo. Sus movimientos empiezan a cobrar ritmo, obligándome a enroscarme alrededor de su cintura.

—Fue mi madre quien me creó, no tu dios —respondo, mi voz siendo apenas un murmullo entre jadeos.

—No es solo mío, linda. A partir de hoy, también será tuyo.

Su respuesta me desconcierta, pero no puedo evitar abandonarme a la sensación de su cuerpo contra el mío, al éxtasis que recorre nuestras venas como un veneno dulce.

—¡Estás loco!

—Lo estoy… —dice con una sonrisa maquiavélica—. Tú también.

—Ohhh… —suspiro con cada golpe de cadera. Su enorme erección expande mis músculos con cada penetración desquiciante.

Sus ojos esmeralda me atrapan como si pudieran quemar hasta el mismísimo infierno. Abro la boca para contestar, pero las palabras se quedan atrapadas en mi garganta, ahogadas por las violentas penetraciones que desatan un placer abrasador mezclado con un desconcertante escozor. Mi cuerpo responde de forma instintiva, acompasando sus embestidas con movimientos de cadera que me llevan al borde del delirio.

—Ohhh, me encantas. Me lo he imaginado tantas veces… tú y yo…

Cada embestida brutal me sacude como una tormenta, su fuerza y precisión dejando claro que no se detendrá hasta que grite extasiada. Aun así…

—¿Y esa mujer…?

No, no son celos. No siento nada por él, ni por él ni por nadie. Entonces… ¿qué es?

—No hay ninguna otra mujer, ¡no la hay! —gruñe, elevanto mi cabeza, obligándome a mirarlo. Sus ojos fulminan cualquier duda mientras su voz se suaviza ligeramente—. Eres solamente tú.

—Bram, yo... ¡Ohhh, Jesús! —jadeo sonoramente cuando una nueva oleada de estocadas más profundas y certeras hace que mi cuerpo entero tiemble—. No creo que la hayas dejado por mí.

—¡Qué mal concepto tienes de ti, entonces!

—No es eso —le corto con un hilo de voz, esforzándome por mantener la cordura—. Sé que no eres mi jodido novio, y no quiero que lo seas, pero no quiero que me tomes el pelo.

Él sonríe, con esa mezcla de arrogancia y deseo que me desarma completamente, y sigue embistiéndome con un ritmo implacable.

—Tomaré muchas cosas de ti, tenlo claro —susurra con un tono deliciosamente seductor, sin detenerse ni un segundo—. Pero el pelo, seguro que no.

Su respuesta, cargada de descaro, me embriaga hasta el punto de sentir que todo se mueve a mi alrededor. Abro la boca, pero tan solo suelto un chillido gutural, antes de que un nuevo embate me robe por completo el aliento.

—Dime, reina, … ¿quién está al mando ahora?

—¿Eso es lo único que te importa? —respondo entre jadeos, aunque mi mente está demasiado nublada para formar una respuesta adecuada.

—No, me importas tú… —Su voz es dulce y sus labios sobre los míos me llevan al paraíso —. Y si me eliges, te prometo una cosa: nunca volverás a ser la misma.

Y, efectivamente, me lleva al paraíso. La descarga de éxtasis me sacude al completo, haciendo que mis rodillas tiemblen y mis jadeos se intensifiquen. Bram me lleva más allá de cualquier límite que pensaba que tenía. Mi visión se borra con mi cuerpo temblando bajo su embiste final, pero el más profundo de todos. Lo último que veo es su mirada ardiente clavada en la mía y los último que siento es su boca devorándome.

Finalmente, cierro los ojos lentamente como si una niebla pesada se apoderara de mi mente. Siento que no hay vuelta atrás. No quiero vuelta atrás. Solo quiero disfrutar de este momento. De sus besos. De sus susurros. De su cuerpo. De él. De su locura… De…

Me quedo dormida entre sus brazos, con el sudor y el fruto de nuestra lujuria rociando nuestra piel.

NOTA DE LA AUTORA: Escuchar la canción

«I feel like I´m drowning» de TWO FEET.

CAPÍTULO 20



BRAM

Observo cómo Roberta cierra los ojos y sus labios entreabiertos dejan escapar un leve gemido antes de que su cabeza caiga hacia un lado, quedándose completamente dormida. El efecto del GHB finalmente la alcanza.

«Cuarenta minutos…», reflexiono.

Perfecto. Exactamente lo que he calculado para que la droga surgiera efecto.

Me aparto de ella físicamente, pero, desafortunadamente, soy incapaz de apartarle la mirada. Su cabello rubio enmarca su rostro con un caos elegante. Es imposible ignorar su belleza, incluso ahora, cuando yace dormida y vulnerable. Sus pestañas largas y mejillas sonrojadas le quitan protagonismo al antifaz, y pienso por un momento que ni siquiera éste puede ocultar su belleza. Su pecho se eleva y desciende de manera hipnótica y sé que esas tetas serán mi perdición.

Carraspeo mientras me pongo de pie, procurando ahuyentar el éxtasis que siento, aún sin haberme corrido. Aún no me ha saciado y sé que éste es tan solo el primer paso.

—¡Lleváosla! —Mi voz corta el silencio como un látigo.

Dos de los *pornos* la recogen con cuidado tras mis órdenes, como si tuviera miedo de romper algo valioso. Y lo es.

—Avisa a Eudoxia —añado—. Ella sabrá qué hacer.

Las ninfas me envuelven en la tela y Noa atrapa mi brazo cuando quiero girarme sin un atisbo de emoción.

—Por favor. Debemos hablar.

—No me toques… —le respondo lleno de furia—. ¡Y baja la puta mirada!

¿Qué mierda se piensa? Casi monta un circo hoy aquí por sus malditos celos.

—Mi dios…

—En mis aposentos en diez minutos —dictamino y me giro bruscamente, dando por hecho que ha agachado la cabeza.

Camino hacia la salida, sin lanzar ni una mirada hacia atrás. Necesito alejarme de este sitio lo antes posible. Necesito mantenerme sereno y la presencia de la italiana me inquieta y me altera. Curiosamente, hace que sienta algo que no debo sentir: dudas.

El sonido de mis sandalias contra el mármol hace que desvíe mis pensamientos por un momento y lanzo una mirada fugaz a la sala central, preguntándome cómo estará yendo *El Ritual*. Es solo eso, una mirada fugaz. No puedo sentarme en la mesa de los dioses, no vestido así. Todos salvo Jack piensan que estoy fuera, y no tengo ganas de que me atosiguen con

preguntas de por qué me estoy camuflando detrás de un simple cliente, en busca de orgías.

El aire es denso, cargado con la mezcla de incienso y perfume que siempre impregna este lugar. *El Templo*. Un santuario para el placer y la perdición. Mi hogar. Mi vida entera. Sin embargo, mi mente regresa a ella. A Roberta.

Maldita sea. Me enfurece cuánto me está empezando a importar. No debería ser así. No puede ser así.

Prométeme que siempre serás fuerte, pequeño león.

Cierro los ojos por un instante, como si pudiera arrancar su voz de mi cabeza, pero en lugar de disiparse, sigo escuchándola como si se adueñara de mi oído. Aquella dulce voz con la que ella me hablaba, casi como si supiera que algún día me abandonaría a mi suerte.

Pero el siguiente recuerdo no es tan dulce. Es el sonido de una maleta arrastrándose por el suelo. El eco seco de sus tacones alejándose por el pasillo. La forma en que me miró por última vez.

Nunca lo entendí. Nunca comprendí por qué lo hizo, en cambio, comprendí algo mejor aún: que las mujeres son como ella. Preciosas, encantadoras y, en última instancia, destructoras. Unas zorras de mucho cuidado.

«No confíes en las mujeres…», decía mi padre mientras llenaba su copa una y otra vez. Y sí, esa lección me ha salvado siempre, pero ahora parece que la estoy olvidando. No, no puedo olvídalo. Debo recordarlo, y también debo recordar su mirada aquella noche: el odio, el rencor, la humillación. Sus palabras se convirtieron en mi credo y sé que las mujeres son un campo de batalla, un juego de poder en el que yo debo salir victorioso para no convertirme en «el senador». Para no ser débil. Para no ser un puto calzonazos.

Pero la imagen de Roberta no se borra. Sigue ahí, atormentándome. Su cabello rubio, como el de mi madre, sus labios suaves, incluso el leve gemido que dejaba escapar antes de caer dormida, todo parece una trampa diseñada para quebrarme.

«Maldita sea…», murmuro entre dientes, apretando los puños hasta que los nudillos se vuelven blancos.

—No me digas que estás tan cagado de que el italiano te encuentre, que no te dignas en acompañarnos.

Casi doblo una esquina, a tan solo unos pasos de la zona privada, cuando oigo una voz. Giro mi cabeza y lo veo. Está de pie, apoyado contra una columna de mármol, con los brazos cruzados sobre su pecho, llevando la máscara propia de un dios —la misma que yo debería llevar esta noche—, y esa corona de hojas que no sé por qué cojones lleva en la cabeza. Liam parece más bien Julio Cesar que el dios de los mares.

—Sabía que te estabas aburriendo demasiado en el almacén limpiando tus armas y vendrías a dar por culo.

—No te creas que es algo que me agrade, yo soy más de coños —dice con el mismo tono jocoso que siempre usa—. ¿O acaso tú sí eres de… lo otro?

—¿De qué hablas? —Lo miro sin ganas de entablar una conversación. Mi cabeza no está para eso y siento que me estallarán los sesos de un momento a otro.

—Teniendo en cuenta el sitio donde nos encontramos, tampoco creas que me extrañaría, eh. No te juzgo, es más, tranquilo, compartimos mesa y mujeres, tu secreto estará a salvo.

«Payaso», me digo a la vez que me giro. Sin embargo, él agarra mi brazo y hace que le mire.

—¿Quién es esa chica del restaurante? —gruñe serio.

Comprendo su pregunta al instante. Me está preguntando por ella, por la rubia que acompañó a la residencia de estudiantes de Harvard, tras salir corriendo al encuentro del senador. La misma mujer que acabo de drogar y la cual he entregado a cuatro rusos, clientes fieles, para que se diviertan esta noche.

—Nadie que te importe. —Aprieto los labios.

—No sé a qué esperas para hablar —me pregunta con rostro grave, ese jodido rostro que muestra cuando se trata de la seguridad del Templo. Y el rubio, sin duda, parece más bien un soldado que alguien que pertenece a este sitio.

Entonces, le hago un gesto a uno de mis hombres cuando quiere intervenir, y me aparto de él como si su mano en mi brazo me quemara. Sonrío jocoso y lo examino atentamente, sabiendo que me estoy equivocando. No es ni un soldado, ni un puto socio en este sitio. Es el jodido perro de ese cabrón.

—¿Te ha mandado Ares o qué?

—¿Crees que necesito que me mande alguien? —me responde con otra pregunta.

—Pues si tanto quiere saber qué está pasando, haber dado la cara esta noche, ¿no crees? —digo irritado—. ¡Pero qué casualidad, él no está hoy sentado en la mesa de los dioses!

—Igual que tú… —susurra con la misma sonrisa de mierda que avecina algo, o bien que me suelte alguno de sus comentarios ridículos, que él ve como graciosos, o bien que use la fuerza, como siempre hace. Pero sabe que conmigo no puede, aunque me lleve unos años, y me supere unos cuantos centímetros en altura.

—Me tengo que ir —le respondo seco, pero éste tira de mi hombro.

—No te irás —me amenaza.

—No pruebes suerte, ehhh, tío.

—No te vas, Bram, no antes de responderme. ¿Por qué demonios esos hijos de puta te están buscando?

—No es tu problema. —Me encaro, intimidante—. No metes tus narices en todo.

—Todo lo que tenga que ver con el suelo que pisas, es mi problema. —Aprieta los labios y sus ojos celestes adquieren oscuridad—.¡Qué casualidad que justo después de que intentaran quitarse del medio a Apolo, te quieran agujerear el culo, atacándote en un restaurante!

—¿Pretendes que Gambino se quede de brazos cruzados después de lo que pasó, o qué? —Me río y lo miro de arriba- abajo con soberbia—. Pensaba que éras más listo.

—Y yo pensaba que tú serías más precavido, eh, Brami.

Aprieto el puño y lo fulmino con la mirada. Odio cuando me trata como si fuese un niño pequeño.

—Nos están cazando, pero no saben que están detrás de las personas equivocadas.

—¡Cállate la puta boca, chico! —Su mano acaba en mi cuello, de repente—. No te atrevas… sabes tan bien cómo yo cuál es la verdad y también sabes que no dejaré este asunto en vuestras manos.

—No me digas… —Le aprieto la muñeca con fuerza y le aparto la mano—. ¿Qué harás aparte de ir con el cuento a Ares?

—Advertido quedas… —murmura, dándose la vuelta bruscamente.

—¡Vete mejor a Colombia, te ves más guapo lejos, ehhhh!

—Y tú a meterte una raya —replica, alejándose por el pasillo.

«¡Capullo!»

Me toco el cuello y sigo avanzando hasta las zonas privadas de los dioses. Entonces, me arranco la máscara de la cara, ya que me siento asfixiado. ¿Qué demonios me está ocurriendo, joder?

Lanzo una mirada detrás de mí, antes de subir la escalera de caracol que está a mi derecha, y le hago una señal a JB con la cabeza.

—Acércate… —susurro con los músculos tensos—. ¿Sabes algo del cabrón que colocó la bomba en el coche del dios Apolo?

—No, mi dios.

—Respuesta equivocada. —Miro su cabeza agachada, dándome mi lugar, y sé que encontrar a ese capullo requiere tiempo, pero es algo que no tenemos. Debemos planear cómo desviar la atención de Gambino de nosotros antes de que sea demasiado tarde—. Escúchame, JB… —Aprieto su nuca con una mano—. Te doy esta noche, ¿vale? Una puta noche para encontrarlo y traerlo ante mí. Ya sabes que, si mi cabeza cae, también caerá la tuya, ¿comprendes?

Este no dice nada, tan solo asiente. Le suelto con mirada grave y empiezo a subir las escaleras fuera de mí, pensando en que lo único que está yendo bien es la transacción con los rusos, que querían a una muñeca virgen. Euxodia se encargará de que la italiana parezca virgen y que esos capullos forrados no se den cuenta de nada.

Por un momento, intento huir de la realidad y de lo que está ocurriendo ahora mismo en el mismo sótano del Templo. No puedo dudar, todo lo contrario. Es una transacción más, y debo frenar ese fuego que me quema por dentro y que necesito extinguir.

Con esto mente, abro la puerta de mi habitación, y mi mirada tropieza con Noa. Está arrodillada en el centro de la sala, como la tengo acostumbrada. Está completamente desnuda y sus ojos clavan el suelo, a la dulce espera.

—Aquí estás… —constato en voz baja, pero en vez de acercarme a ella, camino hacia un mueble que hay en un lado de la habitación.

Saco una pequeña bolsa del primer cajón y esparzo el polvo en la superficie brillosa de la cómoda. El polvo blanco brilla bajo la luz de las velas, extendido sobre el mueble. Paso una tarjeta de crédito *gold* por encima, formando una línea perfecta. Me inclino, y esnifo con fuerza. Suelto un breve sonido cuando el ardor comienza. Primero en las fosas nasales, y después en mi cabeza, como un rayo que fulmina mis sentidos. Por un instante, todo es claridad, pero mi ira aumenta y solo necesito pagarla con alguien. Y ella, sin duda, se lo merece.

Me giro y miro a mi sumisa, la cual ha perdido el atractivo. En realidad, no es a ella a quien deseo. Sé que es otra la que debería estar aquí. Debería ser Roberta. Pero no puedo permitirme pensar en eso ahora.

—No sé cuántas veces te lo he dicho ya… —digo con voz gutural—. Y ya me estoy cansando.

—¿Por qué has traído a esa chica aquí?

—Para divertirme, ¿acaso no es obvio?

—¡No te creooooo! —me grita.

Entonces doy un paso hacia ella y mi mano acaba en su rostro. Siento mi pecho oprimido y la sangre acumulándose en mis sesos, como si su pregunta me pesara. Como si no soportara que me pregunte por esa mujer con las que esos degenerando se están divirtiendo y le están follando todos los agujeros.

—¡No vuelvas a hablarme así, hostiaaa!

Mi mirada recae en el suave hilo de sangre que fluye de la comisura de sus labios.

—¡No vuelvas a hacerlo, Nélida! ¡Ya has incumplido una maldita norma!, ¿sabes cuál?

—Yo…

—¡Tus celos obsesivos!

—Mi dios… esa chica está dentro, ¿verdad?

¡Por Zeus! Pongo los ojos en blanco. Ella, como siempre, va al grano. Al parecer, esta putita cuyos labios me vuelven loco no ha aprendido nada. Respiro hondo, disfrutando del efecto de la coca, apoderándose de mis sentidos. Me acerco despacio, y la tensión crece con cada paso que doy mientras lucho por sacar a la italiana de mi cabeza.

—Por supuesto que ella está dentro y se quedará aquí para siempre, florecilla.

—¿Como qué? —dice y levanta la mirada bruscamente, desobedeciéndome—. ¿Como tu favorita?

—Como a mí me salga de los huevos —le respondo, a la vez que me acerco a ella con pasos agigantados—. ¡Levántate!

Atrapo su cabeza en una mano mientras sonrío con el pulso latiendo en mi sien.

—No vuelvas a hacerme preguntas estúpidas y espero que la próxima vez que alces la mirada sea para suplicarme que te azote, ¿entiendes?

—Pero…

—¡Nada de peros!

—¿Qué pasará conmigo? —Veo su mirada llena de ira y sé que posiblemente ella me esté odiando, pero no es mi culpa. Sabía desde el principio dónde estaba y cuáles son las normas.

—¿Contigo? —Acaricio su cabeza y enredo mis dedos en el nacimiento de su cabello—. Nada.

—Te amo… —Sus ojos se llenan de lágrimas—. Sé que tú también, y ella no lo va a estropear todo, ¡no, no se lo permitiré!

—¡Oh, cállateeeeeeeee! —Aprieto más mi mano en su pelo y la tiro sobre la cama violentamente, de modo que acaba bocabajo—. ¿Qué te dije de la palabra prohibida?

Extiendo la mano y tomo una fusta negra que cuelga de un gancho cercano. Su mango es de cuero, liso y bien trabajado, encajando perfectamente en mi mano.

—¿Qué te dije?

—Que no puedo amarte —responde en un susurro. Su voz tiembla ligeramente, pero su

cuerpo permanece inmóvil.

—Entonces, no habrá necesidad de recordártelo... ¿o sí?

Ella niega con la cabeza, pero su mirada baja un instante, como si dudara de su propia fortaleza.

—Mírame. —La punta de la fusta roza suavemente su barbilla, cuando queda tendida de lado en la cama, obligándola a levantar la cabeza—. Si sigues incumpliendo las putas normas de *Álympos*, te prometo que… te mataré con mis propias manos.

Su respiración se acelera cuando nuestros ojos se encuentran.

—¡Boca abajo! —rujo, colocando la fusta sobre su hombro para marcar mi punto.

Ella obedece, enterrando su rostro en la cama, y su espalda se arquea de manera involuntaria. Mi pulso incrementa, al ver la sumisión en su postura y clavo mi mirada en su culo y su espalda, donde unas huellas rosadas le recuerdan a quien pertenece.

—Extiende los brazos. —Aprieto el látigo en una mano, sabiendo que hoy no tengo ganas de más juego, ni más preámbulo. Solo quiero descargar mi frustración y también vaciarme.

Me acerco a ella, dejando que la fusta trace un camino desde su hombro hasta la parte baja de su espalda. Ella se estremece al contacto, un jadeo suave escapando de sus labios.

—¿Qué eres tú para mí, Nélida? —susurro en el oído de Noa mientras dejo que la fusta descienda lentamente por su costado.

Le proporciono el primer golpe, sin dejar de mirar su cuerpo desnudo, que representa el lienzo perfecto. Cada curva, cada línea de su piel, parece pedirme que la marque, que la reclame.

—Soy tuya.

—Dilo otra vez.

—Soy tuya... completamente tuya, mi dios.

Su vulnerabilidad es tremendamente placentera, una prueba de la confianza absoluta que ha depositado en mí.

—Y ahora dime… ¿qué tienes prohibido hacer?

—Preguntar.

—Esooo… —gimo cuando dejo caer mi fusta en su espalda con más fuerza que antes.

—¿Qué más?

—Pronunciar la palabra prohibida… mi dios— agrega.

—Bien, tesoro. —Mi mano baja una tercera vez, proporcionándole un duro golpe en las nalgas, deseoso de manchar su piel—. ¿Qué más?

—No volver a mencionar a esa mujer.

«Esa mujer…»

Mi mano se congela, al igual que mis facciones y quedo inmóvil, con el látigo en la mano y a medio camino de que este vuelva a golpear su espalda por cuarta vez.

¡Puta mierda!

¿Por qué siento que me ahogo? Es a la italiana de los cojones a quien deseo ahora mismo aquí conmigo, debajo de mí, encima de mí, en todos los malditos lados. Es a ella a quien deseo

en mis aposentos, probando mis juegos, hacerla partícipe de mis locuras, de mis deseos, de mis anhelos más profundos. Es ella la que sé que podrá devolverme esa adrenalina que siento que he perdido.

Es Roberta quien hará que me reencuentre a mí mismo.

Y eso es un problema. Un grave problema.

Suelto el látigo de la mano, completamente congelado.

—¿Qué estás haciendo? —La voz de mi sumisa me trae de vuelta a la tierra, pero ya estoy empujando la doble puerta lacada de mis aposentos y caminando con pasos veloces hacia las escaleras de la se-gunda planta.

—¡Maldita sea! —Aprieto los dientes con la sensación de que, de repente, estoy en cámara rápida, cegado por los efectos de la coca, pero también por lo rabia que siento de que haya sucumbido a algo que no deseo, con tal de no perder pasta y poder.

Bajo las escaleras con la velocidad de un rayo. ¿Cuándo ocurrió esto? ¿Cuándo decidí que no cumpliría con el trato, sin yo mismo ser consciente de ello?

—Mi dios… —Veo a dos *pornos* aguardando en el pasillo de la zona privada.

Sé que ella debe encontrarse dentro, con esos rusos que son unos de nuestros clientes más fieles.

—¿Dónde está? —Les miro, mordiéndome los labios—. ¿Está ahí, verdad? Señalo la puerta oscura con la mano, sabiendo que ella debe estar en el otro lado, según mis órdenes.

—¡¿Dónde está, he dicho?! —rujo, fuera de mí.

—¿Dónde está quién? Me giro con el puño tan apretado, que siento los nudillos en la palma de mi mano. Veo la figura de Jack en la penumbra, emergiendo a unos metros de mí, al principio del pasillo.

—¿Qué te pasa? —me pregunta.

—Yo… —Miro por el rabillo del ojo la puerta de roble oscuro—. He cambiado de opinión, ¿vale? Tengo a una tipa mejor para los rusos.

—Dejadnos solos… —Mi amigo mueve una mano y nuestros hombres se retiran. Me giro sin querer darle explicaciones y alcanzo el pomo de la puerta, empujándola con rabia. Sin embargo, no encuentro lo que busco, tan solo a un tipo barbudo con pinta de árabe montando a una de nuestras *heteras*, que gime desquiciada.

Quedo atónito, ya que hubiese jurado que la habían traído aquí. Aquí era donde les había ordenado que la entregaran.

—Disculpe, señor —dice Jack y tira de mí violentamente fuera de la habitación, cerrándola con un portazo. Después, siento sus manos en la tela blanca de mi túnica y cómo me presiona contra la puerta del apartado, taladrándome con una mirada nerviosa y llena de furia.

—¿Qué piensas que estás haciendo, ahhh? —¿Por qué no está aquí? —le cuestiono—. No sé qué estás haciendo, pero recuerda, que, gracias a mí, no te quedarás sin la puta cabeza, Jack. Ya sabes que pagaron miles de dólares por una virgen.

—¡Patético! —murmura Apolo y me mira con esos ojos del color del azafrán—. Amigo, tú solo estás reparando tu error. ¿Y sabes qué? Me alegro que haya trasladado a esa mujer a otro lado, sabía que esto ocurriría.

—¿Qué es *esto*, exactamente?

—Que te arrepentirías en el último momento —dice, y retira sus manos de mi torso cuando lo amenazo con la mirada—. Sé lo do-minante que eres, Bram. Se toca la perilla, pensativo. —Lo eres más que yo, que todas las mujeres me sudan un cojón. Sabía que, si esa tipa despertaba tu sed de sangre, no la cederías a los rusos tan fácilmente.

—No sé de qué hablas. —Frunzo la boca y me arreglo la ropa, queriendo salir de aquí.

—Sabes perfectamente de lo que estoy hablando —rebate—. ¿No eres tú el que se la estaba follando antes, en el ala oeste, cuando habíamos quedado en que solamente la ibas a traer aquí y ofrecerle una jodida copa de champán para dormirla?

—No me dirás dónde está, ¿verdad? —Lo miro.

Sé que no tiene sentido hablar con él, así que doy un paso huracanado al lado, decidido a buscarla yo mismo.

¡Oh, por Zeus, debo encontrarla!

—No he terminado.

—¡Pero yo sí! —digo convencido mientras le lanzo una mirada amenazante y me alejo de él, por el pasillo, dando por hecho que Jack deberá rezar de rodillas para que vuelva a dirigirle la palabra.

—No la encontrarás. —Oigo su voz detrás, lo cual hace que me detenga en seco.

Me giro y lo miro, con una ira latente vibrando en mis células.

—¿Qué? —Si te sirve de algo, esa tipa no recordará nada mañana. Se irá a su casita y seguirá con sus clases en Harvard, junto a sus amiguetes pijos, tú incluido.

—¿Crees que es por ella? —Me llevo el puño a la boca, horrori-zado por esto que me quema el pecho—. ¡Oh, por todos los malditos dioses! —¡Soy yo, Apolo! Es por mí…

Aprieto los dientes, consumido.

—No soporto la idea de que alguien toque lo que es mío. ¡Mío! No quiero que esos tipos la destrocen, porque… —sigo con un rugido— si alguien podrá hacerlo, ese seré yo. Solamente yo, ¿entendido? Nadie más que yo.

Jack endurece su rostro y me mira, perplejo.

—Todas las *heteras* son tuyas. No seas tan ansioso.

—Pero ella no es una *hetera.* Ella… es especial. —Lo miro fija-mente—. Es una NINFA.

—¿Qué has dicho?

CAPÍTULO 21



BERTA

Un leve cosquilleo en la nuca me arranca de un sueño extraño y confuso. Mis ojos se abren lentamente, y durante unos segundos no sé dónde estoy. El techo alto, decorado con relieves dorados, parece casi infinito. La habitación es enorme, y todo en ella rezuma opulencia: columnas de mármol blanco, cortinas translúcidas que se mueven con una brisa ligera, y una cama tan grande que podría albergar a una jodida decena de personas. Pero no sé qué me sorprende, en este hotel se huele el lujo en cada milímetro.

Me incorporo con esfuerzo, con la cabeza latiéndome como si un tambor resonara en mi cráneo. Algo no está bien. No sé cómo he llegado aquí, pero una sensación de alarma me recorre. Lo último que recuerdo son imágenes fugaces, máscaras sobre mí y un dolor latente en el vientre. En realidad, es como si me doliera todo el cuerpo.

Mi atención se centra entonces en un cuadro que yace en la pared de la cabecera de la cama: es una pintura rectangular, con un marco dorado, que ocupa el ochenta por ciento del espacio. Veo la figura de un hombre alado con casco y un bastón con dos serpientes enroscadas. Es un cuadro que posee cierta belleza y las serpientes me recuerdan al tatuaje de Bram. La figura impone, pero no tengo ni idea de quién es, aunque no me sorprendería que tuviera que ver con la mitología griega, como todo en este jodido sitio.

—¿Qué demonios…? —murmuro mientras paso las manos por las sábanas negras de satén. El contraste entre la suavidad de la tela y la tensión en mi vientre es grotesca.

Entonces, me muevo y aparto las sábanas con un quejido, y lo que veo es…

¡Mierda!

Estoy completamente desnuda y unos moratones cubren mis muslos, al igual que uno de mis brazos. Rozo la mancha de mi antebrazo y suelto un quejido.

¿Qué coño está pasando?

—Oh, Bram… ¡maldito seas!

¿Cómo es posible que no recuerde nada? Entonces, trato de buscar en mi cabeza lo último que ocurrió anoche. Había música, harpas, trajes blancos, antifaces doquier, su cuerpo sobre el mío, sus besos desquiciantes, el deseo que sentía y las ganas de tenerle por fin, y después… nada. Solo un vacío negro. Me empiezo a poner nerviosa y siento la vista borrosa.

«Tienes que salir de aquí cagando leches, Roberta Monticelli…», me ordeno.

Al instante me levanto decidida, pero me tambaleo poderosamente por el mareo que siento. No, algo está pasando, yo jamás tengo resaca, ni con diez tequilas. Esa es Lyn, no yo.

La puerta está justo frente a mí, así que envuelvo la sábana en mi cuerpo con torpeza, y

camino deprisa hacia ella, sin ni siquiera analizar la habitación. Mis neuronas no están para eso, y solo piensan en salir de este hotel de la lujuria o lo que puñetas es. A continuación, giro el pomo, pero la puerta está cerrada. Lo intento de nuevo, empujo, golpeo, pero nada. Ni un solo sonido que llegue de fuera. Nada.

—Genial —mascullo frustrada, apretando la sábana, como si ella pudiera darme una solución.

Fijo la ventana con la vista, ya que parece que es mi única salida.

Encima ni siquiera veo mi ropa, solamente… ¡oh! Respiro aliviada. Mi bolso está tirado encima de una silla. A continuación, cojo mi diminuto bolso y me lo cuelgo, me acerco a una de las amplias ventanas y corro las cortinas. Podría llamar a Bram, pero no me veo capaz de verle, primero quiero despejar mi mente, puesto que siento que no es nada normal esto que está pasando.

Veo que hay un borde estrecho que conecta con otra ventana unos metros más allá. Quizás si llegara a la habitación de al lado… Mi estómago se revuelve solo de ver la distancia, ya que parece que se trata de la segunda planta, pero no tengo opciones.

Respiro hondo y me impulso al borde. Avanzo despacio, pegándome a la pared como si mi vida dependiera de ello. Y así es.

—Esto es una puta locura… —susurro, apretando los dientes mientras mi pie roza el borde resbaladizo.

Por un momento, oigo un pájaro y eso me desestabiliza, de modo que resbalo.

—Mierda, mierda, mierda... —murmuro, apretando los dientes e intento no mirar hacia abajo cuando siento que estoy flotando y mi rodilla roza algo.

La sábana cruje, y se raja justo en la parte delantera, dejando una parte de mis pechos a la vista. Mi corazón se acelera. Sin duda, esto acabará muy muy mal. Me convertiré en una ex universitaria estampada contra el suelo, envuelta en una sábana tras una noche de pasión que ni siquiera recuerda.

Aprieto los ojos, intentando recordar si me acosté con alguien más, aparte de Bram. Y si así fuese, me encantaría recordarlo, al menos, joder. Y también me encantaría saber qué tipo de protección puse por medio.

Menuda insensata.

Pero justo en ese momento, un rugido de motor llama mi atención. Giro la cabeza hacia el camino pavimentado que bordea el hotel y ahí está: una moto negra, brillante, con un tipo alto y cachas que acaba de detener el motor y se baja tranquilamente.

—¡Ayuda! —grito, aliviada.

El tipo levanta la vista y frunce el ceño al verme colgando del balcón como una bandera mal colocada.

—¿Qué demonios...? —pregunta, quitándose el casco y colocándolo sobre el motor.

Se acerca con pasos veloces hasta mí y entonces… ¡Ohhh! Veo su ropa. Es un maldito uniforme del SWAT, el mismo que me recuerda a alguien en concreto, aunque, podría verdaderamente ser alguien de la policía.

¿La policia, Berta? No, eso está descartado.

¿Qué cojones va a hacer la policía en un jodido club privado, a no ser que haga una inspección?

—¿Te importa explicarme por qué estás a punto de romperte el cuello?

Giro la cabeza y aprieto más las manos en la barandilla mientras suelto un bufido. No soy capaz de ver su rostro, pero no lo necesito.

—¡Genial! —Pongo los ojos en blanco y eso es porque la ruda voz de ese tipo me lo confirma. Es él. Es ese maleducado que me llevó a la residencia hace unos días. Ese que parece ser la sombra de Bram.

—¿Necesitas ayuda?

—Olvídate, ¿vale? —le grito, balanceándome ligeramente mientras intento ajustar mi agarre.

Consigo ver por el rabillo del ojo que es un hombre rubio y que ladea la cabeza, mirándome con incrédula.

—¿Prefieres morir a que yo te ayude?

—No te hagas ilusiones, chico. No me moriré hoy aquí, lo tengo claro —protesto, ignorando el ardor en mis manos.

—Ah, bueno.

—Jamás me fiaría de ti.

—Pues… —Veo que agita la cabeza y mira alrededor, pero no hay nadie, señal de que la ventana da a un espacio trasero del hotel. —Tampoco hay nadie más aquí de quien te puedas fiar.

—Bajaré sola —susurro con unas cuantas lágrimas en mis ojos, midiendo la distancia y apretando las piernas para que él no pueda ver nada bajo la sábana. Eso me faltaría, que ya quedara ahí plantado, admirando las vistas.

Aunque ya creo que las está admirando: ese tipo se acaba de colocar justo debajo de mí y está mirando concentrado hacia arriba. ¡Por Dios!

—Y qué haces ahí, si se puede saber —me pregunta, de repente.

—¡Intentando huir, gracias por preguntar!

—La puerta sirve para algo, ¿sabes?

—¿Crees que estaría colgada aquí como Tarzan si pudiera salir por la puerta, joder?

Él suspira y noto que mastica un palillo de dientes en la comisura de sus labios, el mismo palillo que recuerdo, mientras se remanga esa camisa oscura de mentira.

—Vale, suéltate.

—¿¡Qué!? —grito, mirándolo con los ojos como platos—. ¿Estás loco?

—Tranquila, te atraparé. —Da una palmada a sus brazos—. Soy más fuerte de lo que parezco.

—¿Más fuerte? —resoplo—. El último que dijo eso me dejó caer en una clase de zumba.

Oigo una risa seca y aprieto los labios. Ni muerta me suelto, lo tengo clarísimo.

—Bueno, no soy el típico instructor de zumba que solo sirve para mirar los culos de las mujeres. Así que… suéltate ya, muñeca.

—No me llames muñeca, y tampoco pienso solt... —Gesticulo con una mano y aprieto más

las piernas en el aire, siendo consciente de que poco me falta para que la sábana se me caiga y acabe desnuda. Sin embargo, antes de que termine la frase, mi mano resbala en la baranda del balcón.

Grito como si me estuvieran matando, pero en un abrir y cerrar de ojos, siento unos brazos fuertes alrededor de mi cuerpo.

—Shhh, tranquila, te tengo.

—¡Ohhhhhhhhhh, jo-derrr! —suspiro y lo agarro por los hombros, ocultando mi cara en su cuello, con el corazón en la garganta.

Sus brazos se pegan a mi cuerpo y me estrecha contra su pecho con una fuerza abrumadora. Mientras tanto, yo sigo apretando su nuca y mis ojos cerrados, como si un miedo horrendo de que pudiera haber caído me dominara. Curiosamente, me tranquilizo, al sentir cómo sus brazos calman los latidos de mi corazón, e incluso su aroma masculino es uno relajante. Sí, verdaderamente curioso, ya que no pensaba que un macarra de pueblo como él pudiera oler tan bien.

—Ya ha pasado, ehhh… —Sus dedos aprietan mis muslos desnudos—. Ya ha pasado…

Carraspeo y lo miro. Él me analiza con los ojos agrandados y, por un momento, no me muevo, tan solo lo miro.

—¿Estás bien?

Tiene unos intensos ojos celestes, casi eléctricos. Su pelo rubio, corto y perfectamente desordenado, enmarca un rostro rudo, al igual que sus modales, con facciones varoniles, marcadas con una ligera perilla que acentúa su mandíbula. Hay algo en su expresión, quizá el leve tirón de su boca al hablar, que transmite una actitud relajada, pero también desafiante, como si estuviera acostumbrado a tener el control.

Me muevo inquieta mientras pienso que el macarra no está nada mal, pero también porque me doy cuenta de que mis pechos están completamente desnudos y pegados contra su torso, el cual se siente duro, probablemente por sus músculos, pero también por algún chaleco antibalas.

—Estoy bien… —Frunzo la boca y me cubro rápidamente—. ¡Bájame ya!

Él me deja en el suelo con cuidado, y nuestros ojos vuelven a cruzarse. Recuerdo sus ojos claros resaltando en el agujero del pasamontañas. El azul que muestran sus pupilas es más claro que el cielo mismo y el tipo es más alto de lo que recordaba, ya que debe agacharse bastante para ponerme de pie.

—No sé yo… —sigue chupando el palillo de dientes—, pero es la segunda vez que te encuentro en cueros. Te prefiero con un vaso de cartón en la mano y esa camiseta de tirantes, a decir verdad.

¿Qué?

Carraspeo y analizo su motocicleta, que está a un paso. Hoy no lleva la chupa de cuero, pero sin duda su voz me lo confirma. Con razón que este hombre me resultaba familiar cuando me llevó a la residencia.

—Tú… —Aprieto la sábana alrededor y lo sigo inspeccionando, al igual que la motocicleta que se encuentra a unos metros—. Tú eres el tipo del puente, ¿verdad?

—¿Qué puente?

Se cruza de brazos y me mira atentamente.

—¡El del tráfico! —Alzo la voz, sin querer.

¡Cazzo! Es el mismo que me llamó de todo y me dio el día, pero conociéndolo ya un poco, no sé qué me sorprende.

—¿Siempre gritas como una chiflada? —pregunta, mirándome con una ceja levantada.

—¿Siempre eres un maleducado? —replico y pongo una mueca por las angustias que siento.

—Fuiste tú quien empezó, ¿debo recordártelo?

Veo que da un paso atrás, evaluándome con una mezcla de curiosidad y diversión. No le respondo, y tan solo tirito de frío, ya que estamos a finales de octubre y empieza a refrescar.

—Entonces, ¿qué hacías intentando escaparte por el balcón? ¿Te aburriste de la lujuria del Templo y ahora estás intentando volver a tu vida de humana?

—Menudo sinvergüenza… —exclamo, con un hilo de voz—. Oh, ¡Oh, qué hago aquí en pelotas dejando que este tío me hable así! —balbuceo, totalmente fuera de mí, como si él no estuviera presente.

—Lo mismo me pregunto yo… que qué haces aquí. —Mueve el palillo entre sus dientes otra vez.

—Tú también estás metido en esto, ¿verdad?

—¿En qué exactamente? —pregunta mientras su mirada baja a mis pechos. Instintivamente, me tapo y junto los labios, con unas ganas sobrenaturales de irme ya a mi puta casa.

—¡En esto! —gesticulo hacia la entrada—. Primero eres un lunático en la carretera, luego apareces con un uniforme del SWAT y una metralleta, ¡y ahora estás aquí otra vez!

Él parpadea, claramente intentando procesar mi acusación.

—¿Metralleta?

—¡Sí, metralleta! Me apuntaste con ella, ¿recuerdas?

Él se rasca la cabeza como si fuese el ser más despistado que hay sobre la faz de la tierra.

—Bueno, primero fuiste tú. Y no lo hubiese hecho si no me hubieses vacilado, ¿y sabes qué? No me gusta que me vacilen, además...

—¿Trabajas en este sitio? —le interrumpo.

Veo que recorre la fachada del hotel con la vista por un instante, como si pensara algo.

—No, no trabajo aquí.

Trago en seco cuando noto sus pasos lentos acercándose a mí.

—¿Y cómo sabes que…? —dudo por un momento.

—¿Qué? —murmura—. ¿Qué pasa ahí dentro? Todo el mundo lo sabe.

Cruzo los brazos, todavía enfadada, pero incapaz de añadir algo más. Él extiende una mano hacia mí, como si estuviera ofreciendo un apretón de manos después de todo esto.

—Por cierto, mi nombre es…

—Me da igual tu nombre. —Miro su mano y doy un brinco hacia atrás, arisca—. Y si a ti no te gusta que te vacilen, a mí tampoco.

Me retiro de él, sin dejarle terminar, y empiezo a caminar con los pies descalzos sobre el césped helado que bordea la edificación. Por supuesto, él camina detrás, pegado como una lapa

y, sin venir a cuento, me toca el brazo.

—¿A dónde vas a ir así?

—¡No es tu problema! —exclamo, pero en el mismo instante estornudo dos veces y me llevo una mano a la nariz.

—Vale, no es mi problema.

El tipo sonríe y sigue chupando el palillo de los cojones, midiéndome de arriba abajo, como si se estuviera divirtiendo como nunca.

—¿Qué estás mirando?

—Nada… —murmura y veo que se aleja hacia unas puertas dobles, que parecen ser la entrada a un garaje.

—Genial… —susurro y aprieto más la sábana en mi cuerpo, pero ese tipo ya se ha girado, dejándome con la palabra en la boca.

—Por cierto, la próxima vez que intentes escapar, evita el balcón. No tienes futuro como acróbata —añade con un chillido.

¡Qué narices! Miro hacia atrás embobada, pero ya no lo veo, señal de que ha desaparecido detrás de las puertas del garaje. Aún me pregunto qué hago aquí parada, como si fuese una estatúa, cuando debería parar el primer taxi y largarme de aquí de una buena vez.

LIAM

Entro por las puertas dobles hacia el almacén, intentando no reírme en voz alta mientras busco algo que sirva como ropa para la rubia más testaruda que he conocido en mi vida.

«Esa mujer…»

No hay quien la entienda, pero maldita sea si no es fascinante. Entre su terquedad, su furia y esos ojos que me parecen interesantes, empiezo a darme cuenta de que me atrae más de lo que debería.

«¿Qué hago aquí?», me pregunto mientras abro una caja con más fuerza de la necesaria. Es una pregunta válida. No tengo por qué estar ayudándola, mucho menos pensando en eso que la sábana cubría. No, no debería estar pensando en ella, directamente. Sin embargo, hace unos días cuando la llevé a la residencia y me mostró ese dedo a través del cristal del 4x4, supe que era la tipa con la que había discutido en el puente.

«La tigresa…»

Ubico un abrigo oscuro largo en una percha. No es nada del otro mundo, pero es mejor que la sábana con la que se pasea ahora mismo. Tomo el abrigo, ya que no puedo soportar la idea de que pase frío, aunque parezca empeñada en echarme a patadas cada vez que me acero a ella.

Con el abrigo enrollado en una mano, cierro las puertas tras de mí y empiezo a subir las escaleras hacia la primera planta. No pienso salir ahí fuera para entregarle la ropa, ya encontraré la manera de hacerlo sin que quede yo por los suelos. Una cosa que he aprendido en los veintocho años que tengo, es que si muestras demasiado interés en una chica, te saldrá el tiro por la culata. Y no me da la gana.

El pasillo hacia la zona privada parece interminable. Cada paso se siente pesado mientras mi mente regresa, una y otra vez, a ella.

¡Maldición!

Cierro los ojos un momento y respiro hondo.

«Te estás obsesionando, Liam. Tranquilízate, es italiana y a ti los italianos no te caen bien…», me digo, pero la imagen de ella desafiándome, con ese fuego en los ojos, se cuela en mis pensamientos.

—Prudence… —mascullo cuando me cruzo con una mujer del servicio doméstico—. Hay una chica rubia fuera, en el patio —digo, tendiéndole la bolsa.

—Sí, mi dios.

—Llévale esto… ¡Ah, y unas medicinas! Algo para el dolor de cabeza. También búscale unas zapatillas o unos zapatos y consíguele una botella de agua en la cocina.

—De acuerdo, se lo llevaré todo enseguida. —La mujer mira el abrigo atentamente y se da la

vuelta con docilidad.

—¡Prudence! —chillo detrás de ella mientras me rasco la cabeza, pensativo.

—Sí, mi dios…

—No le digas mi nombre si te pregunta de quién es.

La mujer asiente con una leve reverencia. Sin más, desaparece por el pasillo, y yo continúo hacia el despacho de la primera planta. Empujo la puerta de la oficina y veo a mi amigo al teléfono. Su figura imponente, el cabello oscuro perfectamente peinado y el rostro de mármol me reciben con esa familiaridad intimidante.

—¡Eh, hermano! —exclamo y me lanzo a él, saludándolo con un apretón de mano.

—¿Liam? —gruñe mientras cuelga la llamada y me lanza una mirada severa. —Espero que tengas algo importante que decir.

—Depende de tu definición de *importante* —respondo con una sonrisa perezosa mientras me dejo caer en una de las sillas frente a su escritorio.

Él no pierde el tiempo.

—A Jack le colocaron una maldita bomba en el coche y, para mi sorpresa, Bram también fue atacado en un restaurante—. Veo cómo apoya los puños en el escritorio y me mira amenazante —. ¿Cuándo pensabas contármelo?

—Cuando supiera con certeza que son ellos.

—El clan Gambino está haciendo movimientos peligrosos, ¿crees que lo saben?

—Brian… —murmuro y le miro mientras frunzo el ceño—. Íbamos cubiertos, es imposible que lo sepan. Pienso más bien que esos dos inútiles se han metido en problemas.

—No es un juego. —Sus ojos oscuros me perforan, haciéndome enderezar ligeramente en mi asiento. —No me gustaría que nos tomaran por sorpresa.

—Tranquilo, ya me he adelantado y ¿qué crees? —digo relajado—. Nuestros hombres ya están vigilando a ese hijo de puta.

—Mejor. Estoy muy ocupado.

—Eso significa que seguirás desaparecido. Ya sabes que…

—El próximo fin de semana viajaré a Miami. Tengo una charla en la universidad, y alguien tiene que asegurarse de que todo está bajo control en mi ausencia.

—¡Miami! ¡Qué sacrificio! Sol, playas, chicas guapas… — Levanto las manos en un gesto de falsa rendición—. Estarás devastado, ¿verdad?

Mi amigo me lanza una mirada que dice *Ni lo intentes*, pero no se molesta en responder a mi sarcasmo. La conversación se interrumpe cuando Sander entra al despacho. Su porte elegante, su traje impecable y esa calma inquietante que todos los políticos destilan, llena la habitación.

—Chicos… —nos saluda con una leve inclinación de cabeza, pero su atención se fija en el líder. —¿Habéis visto a mi hijo?

Mi amigo niega con un movimiento casi imperceptible.

—Seguramente sigue durmiendo. —Frunzo los labios y pienso en que ha pasado la noche con la rubia. Pienso que ella se ha entregado a él y que… eso me jode. Sin una razón aparente. No sé por qué, pero me está jodiendo.

El senador asiente, pero su ceño se frunce ligeramente.

—Ese chico lo deja todo en mis manos, ya sabéis que el viernes es su cumpleaños, pero viajaremos a L.A. y, ¿qué creéis? Ha decidido celebrarlo antes, dentro de unos días.

—¿Y? —pregunta mi amigo, con una ceja en alza.

—Pues que necesito ayuda con la fiesta, decidle a Max que lo organice todo. Estoy de reuniones hasta las orejas con las elecciones.

—Es su cumpleaños, que lo organice él con dos cojones —le responde Brian. Me llevo la mano a la boca, reprimiendo una carcajada.

—Pues… ya conocéis a mi hijo. —El senador se está poniendo nervioso—. Además, me advirtió que solo irá a L.A. si le organizara esa fiesta, al parecer quiere impresionar a alguien. Una de esas amigas que tiene.

«Debes estar hablando de esa chica que lo acompaña últimamente…».

—Que mejor se encargue él —dice Brian con esa sequedad característica que cae en lo borde, pero le interrumpo bruscamente.

—¡Me puedo encargar yo!

La imagen de la italiana aparece en mi mente. Si Bram quiere una fiesta para impresionarla, tal vez me deba encargar yo. Así la veré. Y también les joderé la fiesta, ¿por qué no?

—¿De verdad?

—Claro, cuenta conmigo —respondo deprisa, levantándome de un salto, como si estuviera sentado sobre brasas.

Brian me echa una mirada de advertencia, como diciendo, *¿Qué diablos estás tramando?,* pero no me importa. La obsesión me está llevando a lugares peligrosos y, por alguna razón, simplemente no puedo detenerme.

Necesito saber su nombre. Quiero saberlo todo de ella.

Todo… y más.

NOTA DE LA AUTORA: Escuchar la canción

«Haunted» de CHRIS GREY

CAPÍTULO 22



BERTA

Mis pies descalzos tocan el suelo helado del patio, y un escalofrío recorre mi columna. Me abrazo con más fuerza a la sábana que me cubre, resistiendo la tentación de correr de vuelta al calor del interior del hotel. No. Ni loca. Antes preferiría que me tragara la tierra que pedir ayuda o dar la cara con Bram. Y eso es porque sé que me lanzaría a él, pidiéndole explicaciones.

Miro hacia la puerta principal, un par de metros más adelante. Hay unos tres o cuatro porteros, con sus uniformes oscuros y sus miradas sobre mí. Sigo avanzando cabreada por el camino adoquinado, pero de repente oigo una voz detrás, a unos pasos de alcanzar las puertas grandes de acero de la entrada.

—¡Espere!

Me doy la vuelta y veo a una mujer que parece mayor, vestida de un modo peculiar. Como si no se hubiese enterado de que la fiesta griega ha finalizado. La señora lleva un moño y parece tener más de cincuenta años, pero su cuerpo queda cubierto por un vestido blanco ajustado, con mangas y un cinturón dorado simplón. Veo que carga una bolsa y un abrigo oscuro.

—Señorita… —dice mientras me tiende el abrigo—, es para usted. También me pidieron que le trajera esto. Zapatos, una botella de agua y analgésicos.

La observo por un momento, calculando si aceptar el abrigo me hará parecer débil. Pero el frío me da otra bofetada en forma de brisa helada, y cedo. Lo tomo deprisa, manteniendo el contacto visual.

—¿De quién?

—Del señor… —titubea— Ares.

—¿Quién?

—Eh, el dueño del hotel, señorita.

Me sonríe con una especie de reverencia antes de dar media vuelta y desaparecer por donde ha llegado.

¿Ares?

No puedo evitar torcer los labios en una mueca. Así que el idiota de ojos celestes se llama Ares. Qué nombre tan endiosado para alguien con tan poca gracia. Aunque… me ha dicho que no tiene nada que ver con este sitio. ¿Y si me ha mentido porque quiere mantener su identidad oculta o algo por el estilo? Al fin y al cabo, todos llevaban máscaras anoche. ¿Quién me asegura que el tipo rubio no estaba también en la fiesta? ¿Y de que su pasatiempo favorito no sea pasearse por ahí en un coche blindado, cargando una metralleta?

Recuerdo su actitud soberbia, muy poco apropiada para ser un simple guardaespaldas.

Enseguida, me envuelve un nudo de emociones extrañas, una mezcla de gratitud y un orgullo herido que no me deja tranquila pensando en el chico rubio.

—¡Qué remedio! —murmuro vencida mientras me pongo el abrigo.

Cómodo. Demasiado cómodo, de hecho. Enseguida me ajusto el cinturón y avanzo hacia la puerta. Los porteros me observan, uno de ellos con una ceja levantada y mirada suspicaz. Sé exactamente lo que se están preguntando quién es esa rubia que se pasea en cueros por el patio. Tan solo espero que no me detengan, y respiro aliviada cuando atravieso la doble puerta con la velocidad de un relámpago. Pero mi alegría no dura mucho.

—Señorita…

Siento una mano en mi codo y, cuando me doy la vuelta, me topo con la mirada suspicaz de uno de ellos.

—¿Adónde va?

—Yo… —pongo una mueca—. El señor Ares me ha pedido un taxi. ¿Ha llegado?

Alzo la cabeza con arrogancia y aprieto el abrigo en mi cuerpo, esperando desesperadamente que funcione.

—No, aún no…

—¿Cómo que aún no? —Frunzo la boca, altiva—. ¿Entonces por qué os paga el señor Ares? Iré a quejarme ahora mismo y…

—Señorita, disculpe —dice éste cohibido y le hace una señal a uno de esos tipos—. ¡Pete, un taxi ya!

—Gracias, esperaré fuera.

Salgo por la puerta con la cabeza en alto, pero descalza y tambaleante, como si tuviera una pistola en la cabeza. Miro temerosa hacia atrás y me mojo los labios, intentando aclarar mi puta cabeza, que parece estar en una trituradora.

¿Qué está pasando aquí?

Me pongo los zapatos deprisa, sintiendo pequeñas agujas en el vientre. Doy vueltas en círculo unos minutos más, y noto la cámara de vigilancia que hay en la entrada, como si fuese un ojo sobre mí. Vuelvo a pensar en lo ocurrido anoche. Sabía que Bram era un mujeriego, pero jamás pensé que podría ser tan liberal. Incluso más que yo. Su libertinaje va más allá de lo que pensaba en un primer momento y siento que primero debo poner en orden mis pensamientos antes de decidir qué hacer.

Una bocina hace que dé un brinco y veo delante de mí un coche amarillo. El taxi ha llegado.

—Staten Island —le digo al taxista mientras me dejo caer en el asiento trasero.

Cuando el vehículo arranca, saco mi teléfono para comprobar los mensajes. Al ver el nombre de mi padre en la pantalla, siento un nudo formarse en mi estómago. ¡Genial, se me ha olvidado llamar! Hoy es domingo y es un día especial.

—¿Papá?

—*¡Bambina!* —La voz de mi padre ya suena como un regaño. —Es el cumpleaños de tu madre. Estamos esperándote.

Joder. He olvidado la fecha al completo.

—Lo siento, papá. Estoy en camino —respondo, intentando sonar tranquila, aunque las emociones me desborden.

El taxi avanza entre el tráfico, pero mi mente no está en la fiesta ni en Staten Island. Una y otra vez, mi mente regresa a Bram. Su cuerpo. Sus palabras llenas de doble sentido, y esa mirada que parecía atravesarme hasta el alma.

¿Por qué no puedo dejar de pensar en él?



El taxi me deja frente a la casa familiar en Staten Island, y mientras pago, trato de recomponerme. Respiro hondo antes de subir los escalones de piedra hacia la puerta principal, donde oigo risas. Mi familia, siempre ruidosa, ya está reunida para celebrar a la matriarca Monticelli. Mi madre.

La puerta se abre de golpe antes de que toque el timbre, y mi hermano menor, Massimo, aparece con una sonrisa traviesa.

—¡Berta! Pensaba ya te habías olvidado de nosotros, como siempre.

—No exageres, tonto.

—¿Qué te pasa, fea? —me pregunta y me mira con esos ojos de un marrón claro, los mismos que los de mi padre, mis ojos verdes siendo herencia de mi madre—. ¡No me digas que vienes de estar de fiesta!

—¡Massi, cúbreme, anda! —le digo con una mueca desesperada—. Debo llegar viva a mi cuarto, ¿estamos?

Él solamente me guiña un ojo y vuelve a mirarme.

—¿Qué, joder? —Aprieto más el abrigo alrededor—. No estoy desnuda, si es lo que piensas.

Poco me falta.

Miro hacia el interior de la casa nerviosa, pensando en por qué narices no he ido antes a la residencia. Sin embargo, no podía arriesgarme a aparecerme en la calle Stanford así. Hoy es domingo y Lyn está en nuestra habitación. Al menos eso espero, al igual que también espero que esté viva. Pamela me ha escrito hace un momento y me ha preguntado por qué me fui anoche del *Dawn* sin despedirme. Quería saber si me fui con mi amiga, Lyn que, según ella, salió disparada del club. O si me largué con Bram.

No pienso responderle. Que se joda.

Veo cómo el energúmeno de mi hermano cierra la doble puerta del salón y se mete dentro, pero no sin antes marcarse unos movimientos de cadera tan ridículos que parecen un intento de seducir al jarrón del vestíbulo. Impresionante: se está follando a un objeto inanimado.

—¡Chist! —rujo, agitando la mano furiosa—. ¡La puerta, ciérrala!

Me cuelo en el vestíbulo, sin dejar de mirar el salón. Tengo apenas unos minutos para vestirme, y ya estoy escuchando a mi orangután favorito preguntar por mí a pleno pulmón.

—¿Y tu hermana? —lo grita a Massi—. Me ha parecido ver un taxi en la puerta.

Mierda. Corro desenfrenada hasta el final del pasillo y empujo una puerta decorada con uno de mis modelos preferidos de Gucci: rostro de malota y el dedo del medio bien alto. Debajo, un

mensaje icónico: *Entra sin tocar, y te mandarán a tomar viento.*

Sonrío mientras lanzo mi bolso sobre la cama *king size* y abro el armario. Los tengo a todos adiestrados, sin duda. Y no porque mi hermano sea especialmente dócil, pero si hay alguien rebelde en esta familia, esa soy yo.

Pongo el móvil en silencio y sigo escuchando el ruido que llena nuestra enorme casa de una planta. A mi madre no le gustan las escaleras, así que mi padre cumplió su sueño de construirle una casa sin una sola. Todo a un pie de la playa. Bueno, «playa» más o menos. Staten Island tiene acantilados y zonas donde bañarse es un deporte extremo. Tal vez por eso nunca aprendí a nadar.

«Quizá ya sea hora…», se me ocurre mientras me enjabono rápidamente, recordando el momento en que Bram me salvó hace unos días en el puerto de Boston.

Me seco a toda prisa y corro envuelta en una toalla justo cuando suena el teléfono. Al ver el nombre en la pantalla, mi corazón da un vuelco. Es él. Bram.

—*¡Piccola!* —La voz de mi padre retumba por toda la casa. Sé que no es el momento para hablar con él, así que silencio el móvil y lo lanzo sobre la cama.

—¡Ya voy, papá!

Aún hace calor, a pesar de ser octubre, y hoy parece uno de esos días en los que todo me asfixia. Hace más calor que en Boston. Y no es solamente el calor, sino también el dolor en mi cuerpo. Examino rápidamente los moratones en mi antebrazo, en una nalga y en el muslo. Por Dios. ¿Por qué no recuerdo nada?

—¡Que sea hoy, por favor! —Oigo la voz de mi padre de nuevo.

Frunzo los labios mientras me deslizo en un vestido amarillo de estilo camiseta, me pongo un poco de pintalabios, unas sandalias de plataforma y mis pendientes de aro favoritos, marca Dior.

Al llegar al salón, veo a mi madre radiante con su vestido azul favorito, sentada junto a mi padre, que agita una copa de vino mientras gesticula con la pasión de siempre. Mis tíos están charlando mientras mis primos corren como si tuvieran un turbo en los pies, ignorando por completo a sus padres.

—¡Cariño, finalmente! —exclama mi madre, levantándose para abrazarme.

—Feliz cumpleaños, *mamma*.

—Pensaba que te habías olvidado… —dice ésta con una mueca de desconcierto.

—Sabe que quedará desheredada como se olvide de su madre —ronronea el patriarca lanzándome una mirada de enfado.

—¡Por mí no hay problema!

—Más quisieras tú… —añado con cara antipática mientras me siento en mi lugar habitual en la mesa, e hinco mi codo en la costilla de Massi. Odio a los adolescentes arrogantes y avariciosos.

Sin embargo, no pasa mucho tiempo antes de que el timbre suene. Mi padre se levanta, extrañado, y eso es porque todos los invitados ya están aquí.

—¿Quién será? —murmura mi madre y todos clavamos nuestras miradas en el vestíbulo.

Repaso la mesa uno por uno: mis padres, mi hermano, mi tía Theodore y mi tío Luca, con sus dos hijos de ocho y trece años, aparte de Clara y Luciano, ambos íntimos amigos de mis padres y

nuestros padrinos.

—¿Esperas a alguien? —pregunta mi padre mientras se dirige al vestíbulo, arrastrando los pies y esa barriga cervecera que se hace más grande con los días.

—No, cariño —le responde mi madre.

Me lleno un vaso de agua, con una sonrisa de oreja a oreja, viendo comida encima de la mesa. Mi estómago está rugiendo y no he desayunado, además anoche apenas cené.

—Roberta, te están buscando.

—¡Hola!

Me atraganto con el agua cuando, de repente, oigo una voz.

Su voz.

Levanto la vista bruscamente y veo que Bram está de pie en el umbral de la puerta, con un enorme ramo de rosas blancas.

—*¡Cazzo!*

Una tos se instala en mi pecho y recibo el golpe duro de Massimo en mi espalda.

—¿Estás bien, *mia piccola*? —me pregunta mi padre más perdido que yo, mirando al recién llegado de reojo.

Bram viste unos pantalones chinos de color oscuro y un polo azul marino precioso, que deja a la vista los tatuajes en sus brazos y parte de su cuello. Su rostro se ve serio, pero al mismo tiempo relajado.

—Sí… papá.

—Felicidades, señora —dice él, con esa voz grave que parece acariciar y cortar al mismo tiempo. Extiende una mano hacia mi madre—. Bram Sander. Un placer conocerla.

—¡Ohhh! —exclama mi madre maravillada, mirando el ramo fijamente—. Lucia Monticelli.

—Disculpen por llegar sin avisar, pero su hija me ha hablado maravillas de usted y simplemente quería felicitarla y traerle esto… —añade, mirando directamente hacia mí. Su mirada me atraviesa, como si hubiera venido exclusivamente para desestabilizarme.

—Ya lo veo, tanto que sabes que me encantan las rosas. —Mi madre sonríe—. El jardín está repleto de todas ellas, como habrás visto. Muchas gracias, ¡toma asiento, joven!

Un silencio incómodo se apodera del lugar mientras me pongo de pie. Todas las miradas se dirigen hacia mí, y siento como si el aire se volviera más denso.

—Massi, deja al chico sentarse al lado de tu hermana, ¡anda! —dice mi padre, aún analizándolo de arriba- abajo como a un intruso. Y eso es porque lo es, ¡joder! Es un intruso. Jamás he traído a un tío a mi casa para presentárselo a mis padres.

Me quedo sin palabras, al igual que todos. Su presencia es magnética, pero también incómoda, como un depredador que ha irrumpido en un espacio seguro. Él saluda educadamente a cada miembro de mi familia mientras yo me debato entre cogerlo de la mano y salir de aquí echando humo, o seguir con el almuerzo.

Bram, por su parte, se acerca a mí, inclinándose solo lo suficiente para que su voz sea un susurro que nadie más pueda escuchar.

—Hola, reina…, —Me deposita un beso en la cara—, espero que no hayas cogido frío. Muy

insensato de tu parte.

Mi corazón late con fuerza dándome cuenta de que él ya está informado. O bien por las cámaras de vigilancia del hotel, o por los guardaespaldas que había en la entrada. O porque Ares, ese pesado de ojos celestes, ya se lo ha contado. Sin duda, Bram sabe que he salido por la ventana y me he ido del Templo como una fugitiva. Y ahora estoy atrapada entre el deseo de lanzarle el vaso de agua a la cara y el impulso irracional de mantener la calma frente a todos.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunto entre dientes, pero él no me responde, tan solo se sienta en la mesa, a mi lado, como si fuese uno más de la familia.

Tomo asiento lentamente, con los pies entumecidos, sin saber qué esperar de todo esto y aún sin poder creer que me ha seguido hasta Staten Island y se ha atrevido a autoinvitarse a nuestra comida familiar. ¿Y cómo sabía lo de la comida?

Mi madre, siempre encantada de hablar con cualquier desconocido que parezca mínimamente educado, empieza con su interrogatorio mientras mi padre le sirve una copa de vino. Yo le señalo mi vaso, preguntándome si será suficiente con una copa, o necesitaré tequila para no volverme loca.

—Así que eres amigo de nuestra Berta… —dice mi madre con una sonrisa mientras le sirve más ensalada caprese.

—¿A qué te dedicas exactamente? —pregunta mi padre, analizándolo con una mirada de halcón.

—Estudio derecho, en la misma universidad que Roberta —responde éste, con un tono de voz grave, pero atrapante. Incluso Massi, que generalmente nos ignora, lo mira como si estuviera frente a un actor de Hollywood.

Yo, por otro lado, estoy intentando mantener la compostura. Mi copa de vino tiembla ligeramente en mis manos, porque Bram no solo está respondiendo preguntas con su sonrisa perfecta y me está devorando con la mirada. No. Su mano acaba de deslizarse debajo de la mesa y está ahora sobre mi muslo.

—¿Estás bien, cariño? —pregunta mi madre.

Casi escupo el vino.

—Sí, solo que el vino es… fuerte —balbuceo mientras tomo una servilleta y me limpio la boca, evitando mirar a Bram.

—¿Qué tal estás? —pregunta él, inclinándose ligeramente hacia mí, con esa sonrisa burlona. Su mano se mueve suavemente hacia arriba, rozando mi piel de una manera que hace que todo mi cuerpo se tense.

—B-bien.

—Me alegro, porque yo no lo estoy… —susurra, tan cerca de mi oído que el calor de su aliento me hace estremecer—. La próxima vez coge el teléfono.

Le lanzo una mirada endemoniada y le aparto la mano de mi muslo deprisa, pero a él le da exactamente igual. Vuelve a colocarla en mi pierna, esta vez acariciando mi piel suavemente. Me derrito como una gilipollas.

—Cuéntanos, Bram, ¿tienes familia en Boston? —quiere saber mi padre, ajeno a sus caricias, y ese calor que sube por mi cuerpo vertiginosamente.

—Sí, de hecho, mi padre es el representante de los republicanos en el Senado de

Massachussets —responde Bram con calma, como si no estuviera acercando su jodida mano a mis bragas.

—El senador Sander… —susurra mi padre y su rostro se ilumina.

Intento apartarlo de nuevo, pero él solo sonríe, como si estuviera disfrutando de mi desesperación. Mi madre me observa de reojo, sospechando algo, pero no sabe exactamente qué. Mientras tanto, sus dedos suben descaradamente hacia mi entrepierna.

—Exacto —prosigue con una sonrisa amable—. Pero en realidad, es como si no tuviera familia, mi padre pasa mucho tiempo fuera. ¿Y tú, Roberta? —dice, de repente, atrayendo la atención de todos hacia mí—. ¿Qué es lo que más extrañas de estar lejos de tu familia?

—Ehm… la comida —respondo rápidamente, intentando ignorar cómo roza el borde de mi ropa interior con dos dedos.

Instintivamente, junto las piernas. Siento latidos fuertes en el vientre cuando él aprieta.

—Oh, claro, porque tu madre cocina de maravilla —subraya, dedicándole una sonrisa encantadora a mi madre.

¿A qué está jugando?

Trato de cerrar las piernas para detener su avance, pero sus dedos se cuelan hábilmente bajo mi ropa interior. Lo miro de reojo, desesperada, y lo único que encuentro es su expresión tranquila, casi inocente, como si no estuviera encendiendo un maldito incendio.

—¡Oh, gracias! —dice mamá, emocionada—. Si algún día te quedas en Boston, avísame y te prepararé una cena italiana, a la vieja escuela.

—Estaré encantado —responde Bram, con esa sonrisa de «niño bueno» que sé que es completamente falsa—. ¿Tú no?

Massi, siempre el inoportuno, se inclina hacia mí y susurra:

—¿Por qué estás tan roja, Berti?

—Vete a la mie… —balbuceo con los dientes apretados.

—¿Estás bien?

Mi flujo aumenta vertiginosamente y… ¡diablos! ¿Bien? No estoy nada bien. ¿Qué debería hacer? ¡Paso de tener un puto orgasmo delante de mis padres!

—Perfectamente —gruño, apretando su mano con firmeza.

Sin embargo, sus dedos parecen de hierro, y no hay manera de alejarlos de mí. Como si eso fuera poco, sé que, si seguiré luchando más, todos se darán cuenta.

—Relájate, reina. Dudo que tus padres quieran saber por qué estoy aquí. —Él se inclina nuevamente, sus labios apenas rozando mi oído.

—¿Puedes parar ya? —susurro con la mandíbula contraída.

—Pídemelo como si lo quisieras de verdad… —responde con voz sensual.

¡Cielos! Lo odio. Lo odio a él y odio que me encienda la sangre y pierda el control, como lo estoy haciendo en este instante.

Su mano empieza a moverse entre mis piernas, acariciándome con una suavidad insoportable. Mi piel se eriza al contacto, pero mi mente está dividida. Entonces, mi primo dice algo gracioso, y toda la mesa estalla en risas. Yo me río nerviosa, esperando que nadie note cómo mi cuerpo

tiembla bajo la mesa.

—Estás temblando, mi amor. ¿Es por mí? —pregunta, su boca casi rozando mi oreja.

Su descaro me enciende tanto como me enfurece. Aprieto los labios, intentando ignorarlo, pero entonces, siento mi flujo empapándolo poderosamente.

—¡Ay, cuidado! —grita mi madre, y mi corazón da un vuelco, pensando que nos han descubierto. Pero no, solo es el pequeño Matías que casi tira una copa al suelo.

¡Oh, Dios! Oh Dios. Oh, Dios. Dios…

Mis manos quedan ancladas en el borde de la mesa y siento mi vientre arder cuando su dedo avanza y retrocede con sutileza. Es como si encajara a la perfección con mi cuerpo.

—¿Te está gustando la comida? —le pregunta mi madre.

—Ajam…. —ronronea éste mientras retira su mano de pronto y se la lleva a la boca—. Deliciosa. Verdaderamente deliciosa.

Giro la cabeza deprisa y miro cómo se chupa los dedos con una sonrisita viciosa, ya que uno de esos dedos es el que estaba dentro de mí hace unos segundos.

—¿Y a ti? —me pregunta mientras apoya un codo en la mesa.

Lo fulmino con la mirada, pero sé que no tengo forma de detenerlo. Él lo sabe también, y eso me enfurece. Pero lo que más me asusta es que me gusta. ¿Gustarme? No. Este maldito juego me fascina. No, más que eso. Rompe todos mis esquemas. Todos y cada uno de ellos, y eso… me aturde y me preocupa, en igual medida.

—Yo…

Todos se me quedan mirando.

No puedo más. Siento como si me estuviera abrasando, mi corazón late con fuerza, y lo peor de todo es que él lo sabe. Sabe exactamente lo que me está haciendo.

—¡Perdón, necesito… un momento! —digo de repente, levantándome bruscamente de la mesa.

Las miradas curiosas de mis familiares se clavan en mí mientras me excuso. Él, en cambio, veo que mira ese reloj inteligente que tanto vigila todo el rato.

—¿Estás bien? —me pregunta mi madre.

—Sí, creo que he tomado demasiado vino —respondo, fingiendo una sonrisa que espero sea convincente.

Antes de que alguien pueda decir algo más, salgo casi corriendo hacia el pasillo.

—Disculpen… —También oigo su voz detrás.

Jadeo con los nervios a flor de piel. Necesito un respiro, un momento para recuperar la compostura. Mi rostro arde, y no es por vergüenza o por pudor. No me importa que me meta mano debajo de la mesa, de hecho, lo hubiese montado ahí mismo en esa maldita silla, ¡joder! Hubiese dado rienda suelta a esto que siento y a esos deseos animales que me dominan estando cerca de él, sin duda.

Pero no delante de mis padres.

No, ¡joder! No en mi propia casa, el sitio más sagrado que existe para mí. Y no sin una explicación. Claramente, me debe una explicación, aunque parece que a él le dé todo igual. Una

vez más, me confirmo a mí misma que Bram carece de escrúpulos y que está dispuesto a todo. ¿Pero y yo? ¿Tengo escrúpulos?

Cuando llego a mi habitación, cierro la puerta y me apoyo contra ella, intentando calmar mi respiración.

—Maldito seas… —murmuro para mí misma, pasando una mano por mi cabello, al borde de una taquicardia.

No pasan ni diez segundos antes de escuchar sus pasos. Mis latidos se aceleran aún más cuando oigo su inconfundible voz desde el otro lado.

—Abre la puerta.

—Vete al infierno… —musito, con la boca pegada a la madera.

—Ya estoy en el infierno, créeme.

CAPÍTULO 23



BERTA

—Ya estoy en el infierno, créeme. —Oigo su suspiro profundo detrás—. Solo abre la puerta, Roberta, por favor.

Su voz, la cual parece cargada de sentimientos, me desarma al completo y relajo mi hombro. La puerta se abre de golpe, y ahí está él, con esa maldita seguridad, caminando erguido, intimidándome con su altura y torso ancho.

—¿Qué parte de *vete al infierno* no estás entendiendo? —Me llevo ambas manos a la cabeza, escuchando el golpe seco de la puerta cerrándose detrás de él.

—Por cierto, el cártel en la puerta es gracioso. —Gira la llave de mi puerta pausadamente—. Es muy tú.

No le respondo. Sus facciones serias me atraviesan hasta la médula, y sus ojos brillan con la escasa luz de la habitación.

—¿Cómo estás? —dice expectante y, por un momento me parece notar un atisbo de preocupación.

—¿De verdad me lo estás preguntando?

—Yo… —Veo que mira el suelo y respira hondo como si necesitara ese suspiro para calmarse—. Siento que anoche no haya salido como esperabas.

—No recuerdo nada —recrimino, moviendo los brazos enloquecida—. ¡Absolutamente nada!

—¿Nada? —Se cruza de brazos y arruga la frente, mirándome intrigado—. ¡Qué pena, entonces! ¿Y sabes por qué?

Da un paso en mi dirección, los tatuajes cubriendo sus brazos haciéndolo más temible aún.

—Oh, Roberta… —susurra—, fue la mejor noche de mi vida.

Apenas parpadeo mientras lo miro. Está jugando con mi puta cabeza y tan solo necesito salir del enredo mental en la que me ha atrapado poco a poco, sin darme cuenta. Mi aliento se corta cuando él vuelve a abrir la boca.

—Es más…

No le dejo que continúe. No, hoy no.

—Tengo unos jodidos moratones, Bam.

—¿En serio? —Abre los brazos—. Probablemente te golpearías contra el borde de la cama cuando te desmayaste. —Se encoge de hombros—. Te quedaste completamente dormida, y tuve que llevarte a la habitación, ¿vale?

—¿Desmayarme? —Soy yo la que me acerco a él esta vez—. ¡Eso no tiene sentido!

—No todo tiene que tener sentido.

Su desdén por mi indignación solo logra enfurecerme más.

—Para ti, claro que no. —Lo acribillo con la mirada, como una daga. —La cacería no ha terminado, ¿verdad?

Sus labios se curvan en una media sonrisa, y el fuego en mi sangre se intensifica.

—Te lo puedo explicar… —Avanza otro paso, pero yo lo enfrento, lanzándome hacia la puerta, dispuesta a salir de ahí. Es como si no quisiera oír ninguna jodida explicación y tan solo necesitara alcanzar el pomo.

—¡Eh, bebé! —Toma mis brazos y me sacude, haciendo que lo mire.

—No quiero que me lo expliques, ¡oh, Dios! —susurro dolida, fruto de la poca confianza que siento por él—. No quiero.

—¡Mírame!

Su brazo se apoya contra la puerta, junto a mi cabeza, bloqueándome. La otra mano va directa a mi cintura, atrayéndome más hacia él.

—No, Bram, ya no… tuviste tiempo suficiente para… —murmuro, moviendo la cabeza, pero las palabras suenan débiles incluso para mis propios oídos. No quiero seguir escuchándole y tampoco mirándole, y eso es porque en mi interior sé que, si se me ocurriera permanecer aquí un minuto más, acabaría creyéndole.

—Si me sigues huyendo, será peor. —Su aliento roza mi piel, y su voz es un ronroneo oscuro.

El contacto de su mano subiendo por mi costado me hace perder el aliento. Sus dedos trazan mi cintura, ascendiendo lentamente hasta mi rostro, donde toma mi barbilla con suavidad, obligándome alzar mi mirada.

—Dime que no quieres escuchar mi explicación.

—Es mejor que te vayas.

—Solo dilo —exige, su mano rozando mi mandíbula mientras su otra mano explora mi espalda sensualmente—. Y también dime que no te alegras de verme.

—No me alegro de verte —replico con un hilo de voz.

—Mentira… —masculla, deslizando sus dedos hasta mi cuello, marcándome.

Suspiro, embriagada por su cuerpo pegado al mío. Sus grandes ojos hacen mella en mí y sus labios me roban el aliento. Jamás he visto un rostro tan perfecto como el suyo: tan angelical, pero al mismo tiempo maléfico.

—Dime que no sientes lo mismo que yo…

Mi boca se abre para responder, pero no encuentro las palabras. ¿Cómo voy a mentirle cuando mi cuerpo está ardiendo por él? ¿Cómo hacerlo cuando me estoy debatiendo entre besarlo o golpearlo?

Él no piensa tanto como yo.

Su boca se arquea en una sonrisa insinuante y, al segundo siguiente, sus labios se estrellan contra los míos, ferozmente. No hay nada dulce ni gentil en el beso; es hambre pura, una

tormenta desatada que me consume por completo. Mi mente grita que lo detenga, pero mi cuerpo cede, incapaz de resistir el magnetismo de su presencia. Entonces, nuestras lenguas se unen en una danza pasional y mis brazos le rodean el cuello desesperadamente como si quisiera agarrarme a sus hombros y quedarme ahí para siempre.

—Mi bebé… —Inmoviliza mi mentón y me mira con una dulzura jamás vista en él—. Hay algo que me gustaría que comprendas.

Siento la calidez de sus manos ancladas en mis mejillas. Sus ojos verdes que parecen demoniacos, me llevan al cielo una vez más.

—Quiero recompensarte. Quiero… ser parte de tu vida.

—No quiero que me recompenses, tan solo que seas honesto.

—Por eso estoy aquí.

Lo miro incrédula, aunque hay algo en él que me inspira sinceridad esta vez.

—Te lo prometo. Te prometo que seré honesto —habla atropelladamente, como si estuviera nervioso. También te prometo que haré que recuerdes todo lo ocurrido anoche. Cómo te entregaste a mí…

—Bram…

—Estamos hechos el uno para el otro, ¿no lo ves?

Lleva mi mano a su boca y deposita un beso suave en mi piel, lanzándome una mirada de súplica. Me está suplicando.

—¡Oh, Roberta! —Me envuelve entre sus brazos—. Solo dime que no renunciarás a mí.

—Yo…

La calidez de su pecho me aturde y quiero creerle. Deseo desesperadamente creerle.

—No quiero que pongas fin a nuestra historia antes de empezarla, ¿vale? —Presiona su boca en mi frente.

—Bram… —Reúno todas las fuerzas que puedo y me despego de él, mirándolo con firmeza —. ¿Qué me echaste en ese vaso?

Borra esa sonrisa ladeada que parece ser su sello personal. Sin embargo, permanece callado, como si nada le perturbara. Como si estuviera buscando las palabras.

—¿Crees que soy idiota? —insisto—. Sé que había algo en ese vaso, me quedé completamente dormida y…

—Te equivocas. —Me mira tranquilamente—. Probablemente te desmayaras por el olor fuerte del incienso. Nosotros estamos acostumbrados, pero tú no.

Sonríe de un modo extraño.

—¿Estás seguro?

—¡Eh, tranquilízate! —responde—. Mira la parte buena. Fuiste la bella durmiente del hotel *El Templo*. La más bella.

Cuando suelta una risa descarada, me hace perder el control. Acto seguido, empujo su pecho, intentando apartarme, aunque sé que es como intentar mover una pared.

—Ese sitio… —pregunto, con el corazón golpeándome en las costillas— ¿lo frecuentas mucho?

—Bastante, reina —habla calmadamente, como si me contara una historia—. Es más, me encantaría que vuelvas a acompañarme y sientas de verdad la magia.

—¿Por qué Noa está siempre a tu lado? —pregunto decidida y lo miro fijamente.

—Ella es…

—Bram… —Aprieto los labios, dispuesta a soltarle todo lo que pienso y más—. Te lo advierto. Elige bien tus palabras y no me vengas con gilipolleces de que ella es tu amiga. Anoche te hizo una mamada en mi puta… —Me señalo con el índice— cara.

—Si quieres saberlo, lo sabrás —puntualiza—. Ella es mi sumisa.

—¿Cómo?

—Jamás fue solo mi novia.

—No lo entiendo.

—Ella no solo fue mi novia, ¿vale? Lo fue todo —continúa y mira el suelo por un momento —. Una sumisa es la persona en la que más confías: tu amiga, tu amante… tu mujer.

—Y entonces… —Alzo la barbilla sintiendo mis ojos empañados—, ¿qué haces aquí?

Intento mantenerme firme y no dejar que una sensación extraña de rabia me invada. Más que celos, es la rabia de que no sea yo la más importante para él. De que esa mujer esté cerca de él y que ellos ya tengan una historia que contar, cuando la nuestra ni siquiera ha empezado. Llámalo egocentrismo.

—Lo fue —susurra—. Noa lo fue todo para mí antes de que una rubia más soberbia que yo rechazara mi café, ¿recuerdas?

No puedo evitar sonreír. Siento cosquillas en mi pecho cuando sus caricias en mi espalda y brazos se intensifican. Solo él puede hacerme esto, pasar de estar furiosa y querer matarlo a desear su compañía, sus besos, sus palabras intrigantes y sus caricias.

—Aun así, la mantienes cerca de ti.

—¿Te molesta?

—¿Debería molestarme?

—No sé… dímelo tú.

Silencio de por medio, tan solo la escasa luz de la habitación y el jaleo típico de los Monticelli, incrementando en el salón de mi casa.

—¿Quién fue mi plato principal anoche, cariño? Noa o… ¿tú?

—Yo.

—Bingo… —Su voz me produce escalofríos y su pulgar acaricia mi cuello sensualmente.

—Bram…

—Roberta… —Su dedo alcanza mi barbilla—, soy un hombre poco convencional, uno dedicado a la lujuria, ¿comprendes? Un vicioso, pero de los de verdad.

Escucho atentamente, dejándome embriagar por su voz y por la oscuridad de mi cuarto.

—Y ahora viene la parte más difícil, ¿verdad? Pedirme decidir si aceptarlo o salir corriendo.

—No —dice calmadamente—. Ya lo aceptaste. Ahora viene la parte de… ¿hasta dónde estarás dispuesta a jugar?

Siento mi mentón contraído y unas pulsaciones en mis sienes cuando soy consciente de lo que me acaba de preguntar.

—¿Jugar? —Lo miro consternada—. Creo que te dije que el juego ha terminado.

—Ningún juego termina sin un ganador, bebé.

—¿Y si los dos fuéramos ganadores? —le pregunto, absorbiendo cada palabra suya. Cada gesto y movimiento. Cada sílaba que sale de su boca.

—Si lo fuéramos, tú lo has dicho —me responde—. Pero no lo somos. Tú aún no me tienes y yo a ti tampoco.

Estrecho mi mirada y retrocedo un paso, sin entender ni una maldita palabra suya. Él es como una ráfaga de viento: cuando piensas que lo tienes todo controlado, llega y lo revuelve todo.

—¿Y cuándo te tendré de verdad?

—Cundo yo te tenga a ti.

—¡No lo entiendo! —Me llevo las manos a la cabeza y miro el suelo.

¿Cómo es posible que siga enredándome aún más, cuando lo que debería hacer sería atravesar esa puerta que me separa del exterior y largarlo de mi casa?

—Aún no has respondido, Roberta —prosigue con la misma mirada turbia sobre mí—, ¿hasta dónde estarías dispuesta a llegar?

Pienso en mi respuesta por un instante.

—Hasta donde me apetezca —afirmo tajante—. Ni más ni menos.

—Vale —asiente.

—Te seré franca, no soy una mujer con prejuicios… y tampoco soy una mujer con principios cuando me obligan. Y sabes lo que eso significa, ¿verdad?

—No, no lo sé.

—Seré buena con quien me sea fiel. Seré mala con quien me traicione y me mienta, Bram —remato, lanzándole una mirada amenazante—. ¿Sigues queriendo jugar?

Le reto en silencio, aun sabiendo cuál será su respuesta. Es justo esto lo que lo alimenta: el juego, la adrenalina, la caza…

—Si no quisiera esto, no me hubiese arriesgado a venir aquí esta noche. Apuesto que ningún hombre se ha plantado en tu casa, como yo, y eso debería indicarte algo.

—Que no has soportado el desplante que te he hecho en la mañana.

—¡No! —exclama, como si estuviera diciendo la mayor idiotez del mundo—. ¡Ven aquí, te lo explico!

Me atrapa los hombros y me vuelve a acercar a él, pegándome a su pecho. Aún me pregunto qué quiere en realidad. Sé que Noa no es tan importante para él como pensaba y sé que quiere continuar con lo nuestro. Pero la pregunta aquí es: ¿yo quiero?

—¿Sabes? Me encanta el sexo, lo adoro… —Me besa la coronilla con pasión, con los latidos veloces de su corazón retumbando en mi pecho—. Pero hay algo sin lo que sé que no podría vivir. Algo que espero de ti y que te enseñaré a tolerar y comprender.

—La sumisión.

—¡Ohhh! —suspira y levanta mi mentón con un dedo, obligándome a mirarle—. La dominación.

—Jugar a tener poder sobre una mujer —añado, estrechando mi mirada y por primera vez, intento comprenderlo. Sin peleas, sin luchas de ego. Sin reproches ni desconfianza.

—No, yo no juego a tenerlo. Lo tengo, preciosa.

—Tienes dinero y eso, ya sabes, te da poder.

—¡Chist! —Chasquea la lengua—. No se trata de dinero. Tú también lo tienes, al igual que gran parte de nuestros amigos.

—Es el poder que te da el papel de amo —concluyo—. Te refieres a eso.

—A eso y más… —dice rápido y su tono intrigante hace querer llegar hasta el final. Hay algo en él que me intriga hasta la médula y que hace que no quiera moverme ni medio centímetro del sitio.

—Habla claro.

—¿Te acuerdas que te dije que había algo en ti que me atraía y que no sabía qué era?

—Lo recuerdo.

—Pues ya lo sé. —Sus dedos se deslizan por mi mejilla—. Sé que, aunque consiga tenerte, seguiré deseándote. Algo que no me ha pasado con Noa, y con ninguna otra.

—Te estás precipitando. No cumplo con el prototipo de sumisa, Bram —susurro.

—Lo piensas porque nunca lo has probado.

—Esto no funcionará, y tengo suficientes argumentos para convencerte. No soy obediente, ni tampoco dulce y mis modales son toscos y…

—Eres sal y pimienta, Roberta. Justo lo que necesito.

—¿Y si seré yo la que me canse de ti?

—¿Qué te dije anoche? —Acaricia un mechón de mi cabello—. Si querrás irte, te irás. Si querrás quedarte, te quedarás.

Es pura sensualidad.

—¿Tal cuál?

—Tal cual.

Respiro hondo. Sé que lo necesito, por más que me cueste aceptarlo. Necesito a Bram de la manera que sea, y no sé si es obsesión o algo más, pero la curiosidad que siento hace que no lo piense dos veces.

—Acepto.

—¿Tal cual? —Sonríe maliciosamente.

—Tal cual…

Me deposita un beso delicado y prolongado, algo que no es propio de él. Es más bien como si quisiera sellarme los labios con un beso dulce, para después besarme de la manera violenta a la que me tiene acostumbrada. Pero estoy equivocada.

—Y ahora dejemos las cosas claras. —Se aparta de mi boca deprisa—. Todo lo que ocurra entre nosotros de ahora en adelante tendrá como único objetivo el placer. No son faltas de

respeto ni injurias. Es un juego morboso entre dos adultos, sin más.

—Hablas como si fueras a… hacerme daño.

—Nos equivocamos al pensar que el daño es malo —habla en un tono enigmático—. Nos mintieron cuando nos dijeron que no podemos aguantar el dolor. Nos convirtieron en débiles, Roberta.

—¿Es tu forma de afirmar que me harás daño?

—No, no te lo haré. Te haré el daño que tú consientes. Recuerda: no tengo límites en la cama, pero creo que te debo un favor, después de ponerte en peligro tantas veces.

—¿Qué favor?

—Una ventaja —aclara—. Al principio, te daré tiempo para que te acostumbres.

—¿Al principio?

—Sí, consideraré que esto es un juego consentido, reina.

—¿Y después?

Lo miro intrigada, con el aliento cortado.

—Después, aguantarás mis juegos y me pedirás por más.

—Me parece bien, pero… —Me llevo un dedo a la boca—, aún no me has explicado qué esperas de una sumisa y cómo debería comportarme.

—Hoy no, hay demasiadas cosas que debes saber de mí —dice deprisa y su cuerpo se tensa, como si sus músculos se contrajeran con cada segundo que pasara.

—¡No me digas que ahora me tendré que leer un libro! —suelto sarcástica.

—No te hará falta, yo te instruiré. —Sonríe, embriagándome al completo—. Con que confíes en mí, me conformo. Y hay… —Se detiene por un momento— hay algo más. Algo que pondremos en práctica aquí y ahora mismo.

El enigma que envuelve esta conversación me desestabiliza y me provoca demasiada intriga, tanto que lo miro embobada y es como si su voz y presencia me hipnotizaran. Juro y perjuro que jamás he prestado tanta atención a algo. Ni siquiera a las clases de Woods, que sé que me suspenderá.

—¿Qué es eso que pondremos en práctica?

—Un acto de rebeldía.

—¿Tuyo?

—No, tuyo —explica—. Cuando más placer sentirás será cuando te resistas, porque entonces me transformaré.

—Pero se supone que una sumisa no debe resistirse.

—Una mujer se convierte en sumisa cuando su amo logra dominarla, bebé. —Su afirmación eriza mi piel—. Y no hay mayor placer que ese, créeme.

—¿Para ti?

—Para ambos —asiente—. Y ahora golpéame.

—¿Golpearte?

—Hazlo…

—Estás loco.

—No, en absoluto… —Sus ojos se transforman—. Estaría loco si me quedara aquí con una zorra débil como tú, que se desmaya con el olor a incienso.

—¿Qué?

Abro los ojos de par en par, sin comprender este cambio repentino. ¿Me acaba de llamar *zorra*?

—¿De qué vas?

—Solo sígueme la corriente, haz lo que harías en circunstancias normales.

—¡Por Dios! —Pongo los ojos en blanco—. Menuda estupidez.

—¿Te parece estúpido lo que acabo de llamarte?

—Bram…

—Ya sé que estás cabreada, reina —prosigue—. Sé que te gustaría recordar lo de anoche, ¿verdad? Te gustaría recordar cómo te la estaban metiendo los hombres enmascarados, ¿verdad? ¡Oh, pobre Roberta!

Mi aliento se detiene, y la adrenalina de la humillación y de la rabia me devoran al instante. Ya no sé si es un puto juego o si lo está diciendo de verdad, pero mi mano ya tiene vida propia.

—¡Cállateeeee! —Le golpeo la mejilla con un gesto desenfrenado, como si fuera la única forma de que se callase. —Sal de aquí… —Aprieto los labios.

—No saldré cuando tú lo digas —espeta.

—He dicho que… salgas.

Pero él no se inmuta. Su sonrisa desaparece y su mirada se vuelve más oscura. Los segundos parecen eternos, y sé que algo extraño está a punto de suceder.

—Entonces saldré yo.

Me doy la vuelta, pero no me da tiempo a llegar a la salida. Él me ataca por la espalda con una furia incontrolable. Extiende mis manos hacia arriba, presionando mis antebrazos contra la puerta de mi habitación, y mi pecho choca violentamente contra la puerta.

¿Cuándo se ha descontrolado todo? Me empuja desde atrás y sus fornidas manos me apresan las muñecas. Suelto un gemido profundo mientras él me frena, al intentar bajar los brazos, nuestros cuerpos colisionando ruidosamente contra la madera. Siento mi rostro presionado contra la puerta, y sus dedos anclados en mi cintura.

—¿Qué haces? —le pregunto ahogada.

Noto cómo él empieza a subirme el vestido y presiento qué ocurrirá a continuación.

—Nada que te sorprenda… —susurra con una voz demencial en mi oído—. Y nada de lo que tú no desees.

NOTA DE LA AUTORA: Escuchar la canción

«Dark desires» de NICHOLAS BONNIN

La firmeza de su pecho ardiente contra el mío me arranca un gemido que intento sofocar,

temiendo que mis padres nos escuchen. El calor entre nosotros es insoportable, y cuando sus manos viajan hacia mis nalgas y me empieza a acariciar con una mezcla de firmeza y ternura, siento que mis sentidos estallarán.

—¡Por Zeus! ¡Oh, Roberta! Me vuelves completamente… loco.

—¿Es esta la primera lección?

—Lo es.

—No deberías haber venido, Bram. Esto… —tartamudeo—. Lo podíamos haber puesto en práctica en otro sitio.

—Aquí es perfecto.

—¡No en mi casa! —Alzo la voz.

—Enfadada estás preciosa, mi vida.

—No puedes simplemente aparecerte aquí, desordenarlo todo y… y…. —digo enfurecida, pero en voz baja— esperar que caiga a tus pies, ¡maldita sea!

¿Por qué lo hago? ¿Por qué sigo aquí? ¿Para continuar con el juego o por qué me sale del alma soltarle todo esto? Ojalá pudiera gritarle.

—No, preciosa… —Siento sus labios besando mi nuca—. No espero que caigas a mis pies.

Mi corazón late con fuerza, y no es solo mi corazón. Mi vientre vibra de deseo y un escalofrío me recorre cuando siento la presión de su fornido antebrazo contra mis muñecas, inmovilizándome completamente. Sus labios, su cuerpo contra el mío, su olor. Todo me embriaga.

—Solo quiero que admitas que hay algo, algo que ni tú ni yo podemos controlar. —Agarra mi cadera violentamente y me atrae más hacia su pelvis con la otra mano.

—No hay nada dentro de mí que me haga cambiar de opinión —digo rápido, intentando hacerle frente—. ¡Nada!

—Sí que lo hay, reina…. —susurra en mi oído mientras empuja la mano en mi abdomen y, con un movimiento rápido, separa mis muslos. Me penetra ferozmente.

—¡Ohhh! —gimo.

Siento mis músculos pélvicos expandirse a su paso y sus dedos clavados en mis carnes.

—Mi polla está dentro de ti ahora mismo y… —gruñe— lo estará cada vez que… —Empuja — me dé… —Embiste sin piedad—… la gana.

Instantáneamente, estampa sus caderas contra mí con una fuerza arrolladora, tanto que me veo empotrada contra la puerta.

—Eres un grandísimo hijo de… —Cierro los ojos y me muerdo los labios.

—Lo soy. —Desliza su mano izquierda entre mis piernas y empieza a dibujar círculos en mi clítoris—. ¿Te gusta que lo sea?

Abro los ojos, sobresaltada, con los sentimientos a flor de piel. Sus golpes de cadera contra mí y su agrandado miembro invadiéndome despiadadamente hacen que mi cuerpo responda. Intento despegar mis brazos de la puerta, pero su fuerza es implacable.

—Ehmmm… responde cuándo te hablo. —demanda con voz ronca y su boca está en todas partes.

—Responderé cuando me dé la gana.

—¿Eso crees?

Su pelvis colisiona contra mí con ritmo y su respiración sacudida en mi oído me electriza hasta el punto de desear que siga y que me enseñe eso que me quiere enseñar. Quiero que siga, pese a todo, pese a mi cordura, y pese al sitio donde nos encontramos.

—¡Responderás ahora! —ruge en mi oído, embistiéndome con fuerza—. ¿Te gustan los hijos de puta?

Sus besos toscos alcanzan mis hombros y sus labios suben vertiginosamente por mi cuello. De repente, algo en mi mente me grita que recupere el control. Con toda la fuerza que me queda, le clavo el codo en una costilla y consigo liberarme.

—¡Ya es suficiente!

Él suelta un gruñido sonoro y me permite bajar los brazos y darme la vuelta velozmente. Lo miro, con la cabeza a punto de estallarme y una excitación desbordada. Sus mejillas están encendidas y su ropa revuelta, igual que la mía.

—Si te haces llamar hijo de puta, es que no me conoces, Bram.

—Pequeña fugitiva… —susurra—. Muéstrame lo hija de puta que puedes llegar a ser entonces.

Sonríe él. Sonrío yo.

—¿De verdad quieres que te lo muestre?

—Adelante. —Abre los brazos.

—La docilidad no es algo que me caracteriza, te lo he dicho —murmuro con voz enronquecida—. Y tendrás que luchar por ello.

Soy yo la que avanza esta vez en su dirección, con una mirada enferma y un deseo sublime recorriéndome. Lo miro justo cómo miraría una fiera su próximo festín. No lo puedo evitar, no puedo luchar contra ello… ¿y por qué lo haría? Es esto lo que llevo deseando desde el verano.

Entonces, lo empujo con una mano, pero él intenta hacerme frente. Vuelve a inmovilizar mi cabeza y estampar sus labios contra los míos, hablándome jadeante.

—Estaré encantado de luchar por ti —me responde con la misma voz lasciva que enciende mis sentidos.

—No solo tendrás que hacerlo, sino también conseguirlo.

—Si dices esto, es porque no me conoces.

Vuelvo a reunir fuerzas y, con ambas manos, le agarro los hombros y le vuelvo a empujar, forcejeando durante unos segundos, pero mi agilidad y la locura hacen que su espalda golpeé el colchón finalmente. Sin perder más el tiempo, me monto en su regazo y me dejo caer sobre él, deslizándome por su glande, hasta sentirlo clavado en mí hasta el último milímetro.

—¡Wooooow! —grita extasiado—. ¡Sí que eres una hija de puta!

Me muerdo el labio mientras me aferro al cuello de su camiseta-polo violentamente, obligándole a elevar la cabeza. Me empujo contra él, aunque sienta agujas en mi vientre.

—Te lo he dicho, Bram… —Aprieto la tela con una fuerza abrumadora, tanto que oigo la tela crujir en mis manos.

Él abre más los ojos, como si estuviera sorprendido por mis actos, como si no supiera reconocerme. Pero yo sí me reconozco.

Mi otro lado se ha adueñado de mis sentidos al completo y ha eliminado a mi lado cuerdo. Mi otro yo se ha apoderado de mí de manera despiadada, convirtiéndome en mera esclava de la lujuria y la pasión. Esto es la otra parte de mí que me esclaviza y me confunde, pero no hay nada más sublime que yo moviéndome sobre este perfecto hombre, moviéndome a mi antojo, taladrada por su enorme falo. Soy yo la que lleva las riendas y siempre lo seré. Yo, la que tan solo ha decidido seguirle el juego, pero la que no está dispuesta a someterse.

—Como ves... —Me agacho sobre él, dando enérgicos brincos en su regazo, sin importarme siquiera que mi vientre vaya a estallar de un momento a otro—. No soy esa débil mujer que se quedó dormida por el mísero incienso. Y tampoco a la que follarás cómo, cuándo y dónde te dé la gana.

Le devoro los labios cuando él atrapa mis caderas, e intenta domar mis brincos, como un jinete a un potro salvaje en un torneo.

—En mi casa… nunca… —Le suelto el cuello del polo, y su cabeza choca contra el colchón — más. Jamás, Bram.

Este me mira con la boca abierta, pero es efímero, ya que de momento hunde sus intranquilos dedos en la parte posterior de mi cabeza, agarrando mi pelo y tirando de él. Acerca mi cara a la suya, obligándome a agacharme. Bram está consumido por las mismas ganas que yo de tomar el control.

—Ya lo veremos. —Me envuelve entre sus brazos, inmovilizándome al completo y me da la vuelta en un visto y no visto.

¡Oh, mierda!

—¡Suélta… me!

—Esta camiseta vale una fortuna, y me la has roto… —murmura.

—Estás rico, te comprarás otra. —Sonrío con malicia.

Siento sus manos abriéndome las piernas, esta vez estando él encima de mí, casi aplastándome debajo. Su lengua me invade con furia y su beso arrollador me aturde hasta el punto de tranquilizar mis manos por un instante. Me dejo embriagar por el movimiento de sus labios contra los míos y su abrazo ardiente.

—Te diré algo… —Veo su dedo alzado, como si fuese un maestro, explicándome una lección—. Nadie rompe algo mío, tan solo yo tengo derecho a romperlo.

Sus dedos alcanzan mi humedad mientras con la otra presiona la parte interna de mis rodillas. Casi arranca mis bragas y siento una suave molestia cuando me aparta la ropa interior a un lado.

—¡Ohhhhh! —gimo perturbada al sentir la punta en la entrada—. ¡Vaya, pobre chico!

Fijo la raja que hay en su camiseta y extiendo los brazos, alcanzando la tela. Tiro bruscamente mientras aprieto los labios. La camiseta se abre más, desgarrada bajo mis manos.

—Bonitas vistas… —susurro, ahogando una risa cuando veo su cara de cuento, mirándome fijamente.

—¡Ohhhh, bebé! —Sus ojos sueltan chispas cuando se inclina y lame la comisura de mis labios—. Eso no se hace, no, no, no. Sabes que lo pagarás, ¿cierto?

Arremete contra mí con más violencia que antes, y yo tan solo puedo dejarme llevar y admirar cómo tensa los músculos con cada movimiento y golpe de caderas. Los tatuajes definen más su torso y brazos, y eso me hace arder en mis propias llamas. Dios, estoy terriblemente cachonda. ¿Cachonda? No. Soy un volcán en erupción, deseando soltar toda esa lava que me quema las entrañas.

—Eres preciosa…

Se aferra a mi cintura, a la vez que mis ojos buscan los suyos. Lo que veo ahí me deja sin palabras: no es solo deseo, no es solo pasión. Es algo más profundo, más peligroso.

—Y eres mía —concluye.

Antes de que pueda responder, su boca se apodera de mí, reclamándome con una mezcla de desesperación y promesa. Sus manos bajan por mi cuerpo, firmes pero cuidadosas, como si estuviera explorando un territorio que ya le pertenece.

—Ohhh… —gimo mientras cierro los ojos, invadida lentamente de esa corriente desbordada que siento en mi vientre.

—¿Quieres correrte, ehm? —su voz ronca en mi oído intensifica mis sentidos.

—Sí…

—¡Pídemelo!

—Quiero correrme, sí.

—No lo harás así, y no antes de que yo te lo permita, preciosa —su ronroneo poco claro en mi oído hace que mueva mis caderas debajo, buscando esa sensación que necesito desesperadamente.

—¿Es otra lección?

—No… —dice—. Es una necesidad y es… lo que me hace feliz.

—¡Oh, *cazzo*!

—Mi amor… —dice—, ¿quieres verme feliz?

—¿Qué haces? … —susurro cuando me doy cuenta de que él ralentiza sus movimientos.

—No tendrás la recompensa hasta que no me pidas que te lo dé.

—¿Recompensa? —Lo miro escéptica—. ¿Quieres que te suplique?

Pero él es como si fuese ausente, como si tuviera las cosas muy claras en su cabeza.

—¡Pídele a tu dios que te dé eso que necesitas!

—¿Qué?

Lo miro embobada.

«Tu dios…»

Es la segunda vez que oigo esa palabra y sé que es parte de su ritual de dominación. Debe ser eso, que él sienta placer si le llamo de esa manera.

—¡Pídemelo!

Por Dios. No aguanto más, y sus movimientos demasiado lentos, tan solo hacen prolongar el momento y torturarme.

—Haz que me corra. —Aprieto los dientes, aturdida y con el corazón golpeando mi tórax

como un mazo.

Me revuelvo sobre el colchón, con las sensaciones a flor de piel, siendo consciente de que, si he entrado en este baile, tengo que seguir bailando.

—Mi dios —reclama, mirándome fijamente.

—¡Hazlo, joder! —Vuelvo a agarrar su camiseta despedazada y lo acerco a mi cara, hablándole con la mandíbula apretada—. ¡No se te ocurra dejarme sin el puto orgasmo después de invadir mi puta casa, Bram!

Él me muestra una sonrisa de triunfo. Soy yo la que se lo está suplicando, pese a que no sea como él quiere. Porque no todo será como él quiere.

—Muy bien, *cazadora…* —Me besa con pasión y furia—, pero la próxima vez que no me lo pidas como debes, te azotaré hasta que me supliques que te mate, ¿lo has entendido?

Sonrío con el entrecejo fruncido, sin dar crédito a sus palabras. Sin duda, su exageración es aún un enigma para mí, pero supongo que a un Dom como él, aunque no lo reconozca, es este tipo de diálogo lo que le mueve. Sentir que tiene el control absoluto sobre las emociones de su sumisa, incluso sobre su vida.

Cierro los ojos cuando siento sus rudos dedos en mi nuca. Me vuelve a penetrar con una locura jamás vista en él, como si quisiera romperme por la mitad. Su pasión provoca un intenso terremoto en mis entrañas, seguido de una violenta erupción de placer. Sus hábiles movimientos y su boca traen al mismo éxtasis a mis pies.

—¡Demonios! —gruñe en mi oído, casi al mismo tiempo que yo libero el aire de mis pulmones.

Siento mi corazón galopando en mi pecho y me arqueo cuando un brusco y placentero orgasmo hace acto de presencia, pudiendo batir el récord, ya que jamás lo he sentido en menos de un cuarto de hora, como me acaba de ocurrir.

Bram se derrumba sobre mí, jadeante, sin moverse ni medio milímetro. Mis uñas siguen clavadas en su espalda, como hachas. Noto los latidos veloces de su corazón contra mi pecho y siento su cálida semilla en mi interior.

Y entonces… me doy cuenta. ¡Cielo Santo!

—¡Quítate! —exclamo y aprieto las piernas deprisa, mirándolo horrorizada—. ¿No sabes que hay algo que se llama marcha atrás? Por Dios, Bram, esto ya no es un juego.

—Tranquila… —dice, despegando su rostro del mío lentamente.

Pero no me suelta. Me sigue apretando entre sus brazos, clavado en mí.

—No podría dejarte embarazada, aunque quisiera.

—¿Por qué?

Su mirada vidriosa me lo indica. Sus ojos me tocan el alma, y se unen con los míos, igual que lo están haciendo nuestros cuerpos en este instante. En realidad, no espero respuesta alguna, ya sé la respuesta.

—Yo… —susurro, con un nudo en la garganta— lo siento.

Me aguanto las lágrimas.

—Yo no. —Contrae su mandíbula, como si luchara contra él mismo—. Y tú tampoco deberías.

Sus frías palabras representan un golpe final a mis sentidos, y me inducen una sensación que tan solo hace recordarme que no soy de piedra, sino alguien que siente y compadece. Ese nudo en mi garganta se hace más grande y, sin que pueda controlarme más, mis ojos se llenan de lágrimas.

—¿Estás llorando?

—No… —Sonrío, mintiéndolo. Acto seguido, lo atraigo entre mis brazos bruscamente para ahorrarme la humillación de llorar en su presencia. El aire se atasca en mi garganta mientras mis manos lo envuelven y lo aprietan con fuerza contra mi pecho.

Cierro los ojos, profundamente conmovida mientras él se aferra a mí como un ancla. Bram entierra su boca en mi cabello y me aprieta entre sus brazos, como si temiera que escaparía. Es un abrazo silencioso, pero conmovedor. Es como si sintiera un abrazo real y sincero de su parte por primera vez. Entonces, el mundo se detiene a nuestro alrededor, y dos lágrimas caen vertiginosamente en mis pómulos.

—Prométeme que jamás volverás a irte de mi lado —susurra agónico.

—Te lo… prometo.

Las lágrimas son un recordatorio de que sentir es vivir. No importa si caen por pena, por tristeza o por felicidad, si llegan en soledad o acompañadas. Son el eco líquido de nuestras experiencias, una forma sublime de liberar lo que el alma no puede guardar por más tiempo. Y nuestras almas se están liberando, al igual que lo han hecho nuestros cuerpos.

CAPÍTULO 24



BERTA

—¡Hola, *baby*! —exclamo, entrando en la habitación de la residencia con mi característico éxtasis, dando brincos.

No puedo disimular lo ansiosa que estoy por ver a Lyn. Han sido tres días largos, y aunque no lo admitiría fácilmente, la verdad es que la presencia de mi amiga me ha faltado muchísimo.

Al entrar, la encuentro inclinada sobre la mesa de estudio, rodeada de libros y papeles. Está tan concentrada que no puedo evitar sonreír. Lyn siempre tan responsable. Dejo caer mi mochila con un golpe pesado sobre el sofá y sus ojos se levantan rápidamente hacia mí.

—¡Bert, ven aquí! —Se levanta y me abraza con ímpetu, dejándome sin respiración.

Su preocupación se siente sincera. Como para no estarlo: he faltado unos días a clases, días que he pasado convaleciente en la cama, con una manta y mi gata, Coco, a la que le puse el nombre inspirándome en Coco Chanel.

—¿Cómo te encuentras?

Hago una mueca dramática.

—Pues imagínate, con la «resaca» de una gripe de cojones.

—¡Joder! —contesta la santurrona, dirigiéndose hacia la cafetera. Sé exactamente lo que está haciendo. Me va a preparar un capuchino, y no puedo evitar sentirme mimada. Sabe que me encantan.

—Tres días en la cama, espero que no me haya perdido mucho.

—Pues la verdad es que no. —Se encoge de hombros mientras organiza los papeles en su mesa.

—¿Qué tareas han mandado? —pregunto mientras me rasco la frente. Es un hábito cuando estoy nerviosa, y con el retraso que llevo, nerviosa es poco. Estoy que me subo por las paredes.

—En la agenda lo tengo todo apuntado, ya te diré y te ayudaré para ponerte al día.

Sus palabras son un alivio, y eso es porque «Santa Lyn» lo tiene siempre tiene todo bajo control.

—¿Y en Finanzas? —inquiero, preocupada. —Ya sabes lo poco flexible que es Woods, es capaz de suspenderme.

Aylin me mira con calma.

—Tranquila, esta semana vino nada más que el lunes. No mandó mucha tarea. Está en Washington.

—¡Menos mal! —Dejo escapar un suspiro de alivio mientras tomo la taza que me ofrece. Le

doy un trago ansioso, sintiendo cómo la calidez del capuchino me llena de energía.

—Bert, sabes... —empieza a decir, con un tono que me hace pensar que tiene algo importante que confesarme. Pero no le doy tiempo. La interrumpo rápidamente cuando miro el reloj.

—¡Joder! ¿Has visto qué hora es? Debemos prepararnos para la fiesta, se nos echa el tiempo encima.

No es una excusa, pero definitivamente quiero evitar cualquier conversación seria ahora mismo. Al parecer, Bram va a cumplir años el viernes, pero estará acompañando al senador a L.A., y ha decidido celebrar su fiesta de cumpleaños hoy mismo. Tiro del brazo de mi amiga, obligándola a levantarse de la silla. Corro deprisa al armario mientras chillo de emoción, y no porque estemos a punto de iniciar nuestro ritual de belleza habitual —mi parte favorita de las fiestas—, sino porque recuerdo el mensaje que Bram me ha enviado una hora atrás:

A las ocho en mi casa, *cazadora*. Y aunque no me hayas dejado visitarte estos días, te tengo una sorpresa. ¿Preparada para la lección número 2, bebé?

—Bert… ¿qué me pongo? —La voz de Lyn me trae de vuelta.

—¿Y si esta noche te pones el vestido que llevaste el año pasado en Nochevieja? —le pregunto, con una ceja en alza.

—¿El turquesa?

—¡Sí, ese!

Ella se rasca la cabeza, claramente dudando, pero no pienso aceptar un *no* como respuesta.

—¡Venga, vamos *ragazza*!

Cojo el vestido del que le acabo de hablar entre mis manos y calculo rápidamente si es el elegido para ella. El turquesa resalta la piel blanca, y los reflejos de un dorado oscuro de su cabello, me indican que le quedará como un guante.

—¿Y estas prisas? —pregunta, riéndose mientras observa mi entusiasmo—. ¡No me digas que tienes unas ganas locas de ver a tu Bram!

—Bueno… —Mis ojos brillan mientras intento disimular.

—Te estás enamorando, ¿verdad? —Mi amiga me observa detenidamente, como si estuviera intentando leerme la mente.

¿Qué? Mi sonrisa se borra. ¿Acaso se le ha quemado el cerebro de tanto estudiar? Me río nerviosamente y la miro con cara de haber visto la cosa más desagradable del mundo.

—¿Enamorando? ¡Noooo! —respondo agitada—. Es muy bueno en la cama, no te voy a mentir. Pero solo eso.

—¿Seguro? —pregunta con una mirada que deja claro que no me cree del todo.

—¡Por supuesto! —respondo, encogiéndome de hombros—. A los hombres no hay que darles más importancia de la que se merecen.

—Si tú lo dices.

—¡Voy a la ducha ya! ¡Queda menos de una hora y ¡nos tenemos que ver divinas! —grito mientras me encierro en el baño. Necesito tiempo para despejarme.

El vapor comienza a llenar el espacio mientras dejo que el agua caliente corra por mi piel. Suspiro profundamente, como si el calor pudiese derretir no solo las tensiones de mi cuerpo, sino

también la confusión que Bram ha sembrado en mi mente.

¿Te acuerdas que te dije que había algo en ti que me atraía y que no sabía qué era? Sé que, aunque consiga tenerte, seguiré deseándote. Algo que no me ha pasado con Noa, y con ninguna otra, dijo.

Apoyo las manos contra las baldosas, dejando caer mi cabeza hacia adelante, y cierro los ojos. El recuerdo de su último mensaje aparece en mi mente como un relámpago, y no puedo evitar sonreír. Bram tiene esa habilidad de meterse bajo tu piel con unas pocas palabras.

Mis dedos resiguen el agua que cae sobre mi cuello, y casi puedo sentir sus labios allí, justo en el punto donde siempre comienza cuando quiere hacerme perder la cabeza. Sus besos son tan intensos que hacen que todo lo demás desaparezca. Recuerdo su pasión, cómo su cuerpo se movía contra el mío con una mezcla perfecta de fuerza y ternura. Sus palabras. Es como si supiera exactamente qué decir para ganarme. No puedo evitar que mis pensamientos viajen al domingo, cuando él fue a Staten Island, solo para verme.

Apuesto que ningún hombre se ha plantado en tu casa, como yo, y eso debería indicarte algo…

Me prometí a mí misma que no quería complicaciones con él, pero ese gesto… Joder, recorrió cientos de kilómetros por algo. Quizá porque le importo. No, esto es muy raro. No es solo cuestión se sexo. Aunque quisiera convencerme de que lo es, mi corazón late con fuerza cada vez que pienso en él. ¿Y si Bram se está enamorando de mí? ¿O yo de él?

Sacudo la cabeza, como si eso pudiera espantar los pensamientos que se arremolinan en mi mente.

«¿Qué me estás haciendo?», murmuro en mi cabeza.

No, esto no es real. Es solo diversión, placer, curiosidad. Sin embargo, hay algo en él que me hace querer romper todas mis jodidas normas de chica liberal, que vive el momento.

El agua corre por mi rostro y se mezcla con las emociones que intento contener. A pesar de mi lucha interna, lo único que quiero ahora es verlo, sentir sus manos en mi cintura y ver su sonrisa descarada mientras pronuncia ese «bebé» tan sensual.

Cuando salgo de la ducha, con la toalla envuelta alrededor de mi cuerpo, miro mi reflejo en el espejo empañado. Veo a una chica guapa, sonriente y segura de sí misma. Pero también veo a una chica que no puede esperar a descubrir qué es esa *lección número 2.*

Con una sonrisa traviesa y renovada, abro la puerta del baño.

—¡Lyn! —chillo—. ¡Prepárate! ¡Esta noche va a ser épica!



Una vez listas, cogemos un taxi en *Callum Street* que nos lleva al barrio residencial donde se celebra la fiesta. Mientras observamos las calles iluminadas, analizo mi vestido rosa palo que, sinceramente, me hace sentir como un bombón de esos caros que sólo compras para regalar, porque para ti no. Es satinado y tiene ese brillo que indica *glamour*, aunque yo sé que cualquier gota de vino tinto va a arruinar mi noche. La falda llega hasta los tobillos y lleva una abertura intrigante. Justo lo que buscaba: verme elegante y sexy. El pelo lo llevo suelto, con ondas que parecen naturales, aunque en realidad, he estado unos jodidos cuarenta minutos con la plancha, quemándome los dedos. Mi pelo es liso y es liso. Pero oye, el resultado vale la pena.

Sin duda, estoy perfecta, pero lo más importante es que llevo la pulsera de diamantes que Bram me regaló. Su pulsera. La acaricio disimuladamente mientras miro de reojo a mi amiga, que está preciosa. Con su vestido turquesa, se ve espectacular, y no porque quisiera echarme flores, pero mis consejos de futura diseñadora nunca fallan.

Enseguida llegamos a la dirección que Bram nos envió, y la casa no es menos de lo que esperaba. La mansión es enorme, con un jardín perfectamente cuidado y una melodía romántica que se escucha desde el interior, señal de que ha contratado músicos o algo por el estilo. En realidad, preferiría una banda de rock pero dudo que el senador lo consentiría.

—Bueno, bueno… ¿has visto esto? —pregunta mi amiga maravillada.

—Sí —respondo, con la boca tan abierta que parece que estoy sentada en la silla del dentista.

Empiezo a preocuparme otra vez por mi apariencia y me aliso la falda con ambas manos, poniéndome nerviosa. Es como si sintiera inseguridad. ¿Insegura, yo?

—¿Seguro que voy bien?

—Por supuesto que sí. —Aylin aprieta mi brazo con una sonrisa tranquilizadora—. A tu Bram se le caerán las babas.

Pongo los ojos en blanco y camino con aires de diva junto a mi amiga, a la vez que me toco el bolso sutilmente. No sé si se le caerán las babas conmigo, pero sé que le encantará eso que guardo en el bolso y que él encontrará sumamente placentero.

—Guau —dice Lyn—, no veas esto, debe estar forrado.

—No él… —murmuro cerca de su oído, recorriendo el jardín con la vista—, su padre, el senador Sander.

—Y, por consiguiente, él también.

Me sale una risita nerviosa. Definitivamente, el lugar supera mis expectativas. La casa de Bram, con su imponente fachada y la elegancia de los invitados, parece sacada de una película. Se trata de una mansión bostoniana de tres plantas, de un blanco impoluto y de proporciones

perfectas, rodeada de un césped impecablemente cuidado.

Y el jardín no se queda atrás. Joder. Es un espectáculo, pero no de esos que te hacen sentir fuera de lugar; es más bien como si un Pinterest de bodas elegantes hubiera cobrado vida. Hay mesitas con manteles blancos y flores tan perfectas que seguro tienen un contrato con una marca de perfumes.

«Esto no es un jardín, es un set de Hollywood. Sólo falta que un actor famoso nos confunda con las camareras», pienso.

Hablando de camareros, hay una tropa entera, paseándose entre los invitados con canapés diminutos que, siendo honestos, necesitas como veinte para comer.

—¿Dónde estará Rebe? —dice mi amiga.

—Ya sabes que siempre llega tarde.

Camino junto a Aylin, ajustando la chaqueta sobre mis hombros mientras observamos cada detalle.

—¿Alguien quiere champán?

La voz de Bram me detiene en seco. Me giro hacia él, y, Dios mío, se ve increíble. Su traje oscuro resalta cada línea de su cuerpo, y esa corbata verde aceituna… me bloquea las neuronas y tan solo sonrío mientras me abraza y me da un beso en la mejilla.

—¿Qué tal?

Viene acompañado de Adam, y me pregunto si Pam también está invitada, ya que llevo sin hablar con ella desde hace días.

—¡Felicidades! —grito junto a Aylin, tratando de mantener la compostura.

—Tengo pendiente tu regalo… —añado y le guiño un ojo.

—¡Tú eres mi regalo, bebé! —me susurra con esa voz que tiene el poder de derretir el mismo Ártico.

Inesperadamente, me agarra por la cintura, y su toque envía un pequeño escalofrío por mi piel. Se inclina y me planta un beso en la boca que, aunque breve, muy muy intenso. Mi mente se llena de una sola cosa: este hombre sabe exactamente lo que hace conmigo, y lo peor es que no me importa. Y parece que a él tampoco le importa que todos nos vean besándonos.

—¿Os hago un *tour*? —pregunta él, con sus ojos clavados en los míos.

Me río, intentando no dejar que mi interés sea demasiado obvio, pero el calor en mi rostro me traiciona.

—¡Yo sí, uno privado! —respondo sin dudar, tomando su brazo mientras nos alejamos.

Antes de irnos, le lanzo a Aylin una mirada descarada, señalándole que aproveche la oportunidad con Adam.

—¡Bienvenida a mi humilde casa!

—Haré caso omiso de esto último… —digo, apretando mi mano en la mano que él coloca en mi cintura.

—Te he preparado algo, ¡ven!

—¿Un *striptease*?

—¡Ohhh! —exclama con un gesto dramático, como si se sintiera ofendido—. Y yo que

pensaba que será al revés, que el *striptease* era mi regalo de mi cumpleaños.

Su boca acaba en mi cuello, y sube por mi oreja, haciendo que tuerza la cabeza.

—No seas tan exigente —le contesto coqueta.

—Tan solo quería invitarte a una bebida especial, bombón.

—¿Otra copa de champán sospechosa? —le digo con un tono jocoso y analizo su reacción. Me sigue pareciendo muy extraño que haya sido el incienso lo que me durmiera el sábado por la noche en ese hotel y la desconfianza vuelve a instalarse en mí, por un momento.

—Dudo que podría conquistarte con una copa de champán. Ya me he dado cuenta de que no te gusta. —Se ríe—. Es algo mejor. ¡Ven!

Tira de mi mano con energía. Caminamos hacia el interior de la casa y, madre mía, qué lugar. El vestíbulo es tan impresionante que casi me detengo en seco. Mármol por todas partes, una escalera gigante, y candelabros de cristal que brillan como si acabaran de pulirlos para la ocasión.

—Y ayer te quejabas por una camiseta —le suelto.

—Ayer tan solo quería mantener la emoción.

—Ajam… —ronroneo—. ¿Y hoy?

—Hoy seguiremos con tu instrucción.

—¿Y eso significa…?

—¿Siempre eres tan impaciente? —Se ríe, manteniendo ese aire enigmático mientras me lleva hacia una mesa llena de botellas de alcohol caro y un grupo de personas.

De momento, mi mirada tropieza con dos rostros conocidos: uno el de ese perro faldero que recuerdo haber soltado comentarios desagradables en la fiesta de los Omega, y otro, de una chica pelirroja que acompañaba a Noa, en la misma fiesta. Probablemente sea amiga de ella, ya que, cuando nos ve cogidos de la mano, me lanza una mirada que podría competir con kilos de limones.

—¡Hola! —saluda éste, chocándole el puño al tipo de la cicatriz, que parece un armario empotrado y tiene más pinta de mafioso, que de pijo universitario.

—Eh, cabrón —murmura, sin despegar su mirada de mí—, pensaba que te has perdido en tu propia casa.

—Bram, cariño, por fin te veo. —La pelirroja prácticamente se pega a él, mientras le da dos besos en las mejillas. Me ignora por completo, como si fuese invisible.

—Clara…

—¿Y Noa? Pensaba que estabas con ella.

—No, como ves. —Bram le devuelve el gesto con una sonrisa educada, pero siento cómo su mano en mi cintura se aprieta ligeramente.

La pelirroja finalmente me mira, y su sonrisa se afila como un cuchillo.

—Oh, me suena tu cara.

—A mí también la tuya —replico con una sonrisa encantadora, preparada para sacar mis garras. Presiento que se trata de una pija con cara de mosquita muerta, pero lengua viperina.

—Ella es Roberta —dice Bram con una mueca relajada—, la conocistéis en la Casa Omega.

—¡Oh, cierto! —Clara se lleva una mano a la boca y después me sonríe falsamente—. Roberta Monticelli, estudiante de la Facultad de Negocios. He escuchado hablar de ti.

—Espero que hayan sido cosas buenas. —Le devuelvo la sonrisa, tan falsa como la suya.

—Cosas… interesantes. —Su tono es tan dulce que da diabetes.

—Soy Ed, dulzura —dice ese gilipollas tendiéndome una mano, y mirando a Bram, que le acaba de hacer un gesto con la cabeza.

—Roberta… —murmuro, sin tenderle la mano. No me he olvidado de la actitud misógina que tuvo en la fiesta.

—Mi cielo… —La chica se dirige a Bram con demasiada confianza—, ¿qué opina Noa de esto? La verdad es que me extraña que no esté aquí. Hace unos minutos…

Bram la interrumpe, indicándole diplomáticamente que ya es suficiente.

—Clara, ¿por qué no le cuentas a Ed sobre tu último viaje a Saint-Tropez?

Antes de que Bram tire de mi mano para alejarnos del grupo de amigos, Clara deja caer un comentario final, con tal de salirse con la suya.

—Las cosas cambian tan rápido, ¿verdad? Hace unos meses, todo era tan distinto.

El veneno está ahí, pero yo solo sonrío y me alejo con Bram, que parece inmune a la tensión.

—¿Siempre tan encantadora tu amiga? —le susurro mientras nos dirigimos a un rincón más tranquilo.

—No le hagas caso. —Me da un apretón en la cintura, y su tono bajo y cercano hace que me olvide de esa bruja por completo—. Está celosa.

—¿Celosa de qué?

—De lo que tenemos.

Esa respuesta suena a *cliché*, pero la forma en que sus ojos se clavan en los míos hace que quiera creerle.

—¿Tendré que comprarme un spray para ahuyentar a todas las mujeres que te rodean, o qué?

—No sé, pero creo que yo sí le tendré que torcer el cuello a más de uno. —Mira a su alrededor como si examinara a los hombres que hay.

—En vez de planear cómo deshacerte de tus propios invitados, mejor invítame a algo —suelto una risita.

—Justo en eso pensaba. —Me guiña un ojo y, acto seguido, le hace una señal elegante a uno de los camareros.

Siento sus manos en mi cintura, de repente, y esa mirada que se transforma, como si se tratara de una imagen nítida que, de la nada, se vuelve turbia.

—Entonces comprendo que Noa seguirá formando parte de tu vida —le digo, intentando no parecer molesta—. Digo, ya que incluso la has invitado a tu fiesta de cumpleaños.

—Reina… —Acaricia un mechón que cuelga en mi frente, y me lo coloca detrás de la oreja —. Hace unos días hablamos de confianza, ¿cierto?

—Cierto.

—También me aceptaste tal y como soy, ¿cierto?

—¿A dónde quieres llegar?

—Que te preocupas inútilmente —responde relajado—. Creo que fui claro. Noa ya no significa nada para mí.

—Pero querrás seguir teniéndola en tu cama…—prosigo con mi discurso punzante—, ¡como amiga que es, por supuesto!

—Aquí tienes —habla con una mirada seductora mientras coge dos pequeños vasos de chupitos y me tiende uno—. Tequila azul.

Claramente, no va a responderme y claramente, yo no insistiré. Que se folle a quién le da la real gana.

—Espero que te guste, es el tequila que bebe la realeza, solo las personas con poderío, tú me entiendes.

—Bram… —suspiro, mirándolo fijamente—, no quiero que te sigas esforzando por impresionarme, creo que ya te lo dije.

—No es eso.

—Sí, lo es —murmuro—. Hemos acordado que solamente disfrutaremos y lo pasaremos bien, y tener dinero o recibir regalos caros no son atributos que busco en un hombre.

El ambiente se siente cargado, no solo por el calor del lugar, sino por la tensión que Bram y yo parecemos crear con cada movimiento, cada mirada. Estoy consciente de que todos nos observan, incluso aunque intenten disimularlo.

—Bueno… —quiere continuar, pero le corto.

—Es más, yo no te puedo devolver el favor, ya que el regalo que te he comprado es muy… muy… muy barato.

Frunzo los labios con un gesto teatral, como si intentara dar pena.

—¡Ajaaam! —exclama, mirándome atento, con ese brillo precioso en sus ojos—. Me has comprado un regalo. Y yo que esperaba que sería algo más… íntimo.

Sonrío, sabiendo que él está pensando en lo mismo que yo. Sé que no quiere nada material de mi parte. Él solamente desea seguir con nuestro juego y yo solamente deseo que le encante mi sorpresa.

—En realidad, para mí lo material tampoco es importante.

—Lo sé… —suelto, a la vez que me acerco más a él, jugando con la distancia.

Mis dedos rozan la corbata de color aceituna que encaja con sus ojos a la perfección, deslizando la yema suavemente por el tejido satinado. La atrapo entre mis manos y la aprieto ligeramente, obligándolo a bajar un poco la cabeza para que nuestros rostros queden casi al mismo nivel.

—¿Sabes? —susurro, dejando que mi voz sea un arma suave pero incisiva—. Creo que mi regalo te gustará porque cumple con ambas cosas.

—¿Ah, sí? —Su ceja se arquea y una sonrisa maliciosa invade su rostro.

Le devuelvo la sonrisa mientras deslizo la mano libre hacia mi bolso. Abro lentamente el cierre, asegurándome de que él siga cada uno de mis movimientos. Su atención no se desvía ni un segundo.

—Pero no puedo mostrártelo aquí —añado, apretando el bolso bajo mi brazo, y soltando su corbata.

—No me hagas esto, reina —su tono es un murmullo bajo y cargado de intensidad, lo que hace que mi piel se erice—. Ven conmigo.

Dada su impaciencia, me toma de la mano, guiándome con pasos seguros hacia una puerta lateral que conduce a una habitación contigua. Es un espacio discreto, más íntimo, iluminado solo por la tenue luz de una lámpara. En cuanto la puerta se cierra tras nosotros, no pierde el tiempo. Bram me toma por la cintura y sus labios encuentran los míos en un beso que es puro fuego. No puede haber besos mejores que los suyos.

—¿Qué te parece? —Se ríe—. Soy un hombre de soluciones rápidas.

«¡Por Dios! Bram Sander, ¿dónde estabas y por qué no te conocí antes?», pienso.

—¡Eh, quieto! —Lo aparto cuando intenta acercar sus labios a mí de nuevo—. Siéntate.

—¿Sentarme? —Arquea el entrecejo—. No me digas que al final tenía razón y vas a hacerme el honor de bailar para mí, haciéndome un delicioso *striptease.*

—No seas tan impaciente.

Camino decidida hacia él y le indico con la cabeza una silla, que hay a unos metros.

—Esa está bien.

Él se ríe y abre los brazos, como si no entendiera nada.

—¡Oye, no puedes hacer esto! —exclama, con una mueca adorable—. Soy yo quien te iba a instruir. Debemos continuar con la lección dos, ¿recuerdas?

Lo empujo suavemente hacia atrás hasta que se deja caer en la silla de respaldo alto. Sus manos intentan atraerme hacia él, pero yo me deslizo fuera de su alcance con una sonrisa traviesa.

—¡Chisttt! —Le freno—. Hoy tan solo déjate llevar.

—¿Qué estás tramando? —pregunta divertido, pero en alerta.

—Confía en mí —respondo, mientras saco un par de esposas brillantes de mi bolso.

Él suelta una risa ronca, apoyando sus codos en sus fuertes muslos, como si hubiera esperado cualquier cosa menos eso.

—¿Te he dicho alguna vez que lo que más me intriga de ti es que nunca haces lo que pienso que harás?

—Pues… —Estrecho la mirada, y sigo agitando las esposas en una mano, haciéndome la interesante— creo que no.

—Eres muy impredecible, Roberta.

—¿Es eso malo?

—¡Míranos! —dice mientras se frota las rodillas suavemente—, no parece ser malo. Por cierto, interesante elección, ¿pero estás segura de que puedes manejarme?

—¿Quieres comprobarlo?

Sus ojos chispean con un brillo peligroso, pero no responde.

Antes de que pueda decir algo más, me acerco sinuosamente y atrapo sus brazos con unas

caricias. Tenso sus brazos y aseguro sus muñecas en la espalda, en el respaldo de la silla. Bram se deja esposar, pero su mirada, oscura y penetrante, me advierte que está analizando cada uno de mis movimientos.

—¿Estás tan impresionado que te has quedado mudo?

Esbozo una sonrisa encantadora mientras bajo la mirada hacia la tela de su camisa. Mis dedos encuentran los botones y los desabrochan lentamente, uno a uno, dejando que mi piel toque la suya. Su respiración se acelera apenas perceptible, pero yo lo noto. Me acerco lo suficiente para que nuestros labios casi se toquen otra vez, pero me detengo.

—No, me gusta observar.

Reprimo una risita cuando veo que sus facciones se crispan y que empieza a tirar ligeramente de las esposas, probando la resistencia del metal.

—Espero que sean de calidad, de lo contrario…

—Te aseguro que no podrás hacer nada.

De repente, me inclino hacia él, mis labios apenas rozando los suyos. Lo quiero provocar, volver loco. Quiero que sienta mi aliento en su piel y que arda junto a mí.

—Así que, dime, Bram —susurro desafiante—. ¿Quién tiene el control ahora?

—Eso depende, reina —habla en voz baja, manteniendo ese mismo misterio que me vuelve loca.

—¿De qué, rey?

—De si estás lista para lo que viene después…

Sus palabras envían un escalofrío por mi espalda, pero no me detengo. Mis labios finalmente encuentran los suyos, y el beso es intenso, hambriento, lleno de significados. Sin embargo, me retiro deprisa y lo examino.

—¿Te gusta tu regalo? —pregunto, acariciando su duro abdomen.

—No lo sé todavía —responde con una sonrisa jodidamente seductora y se lame los labios—. Espero que me lo demuestres.

—Oh, Bram… —mi tono es un suave reproche, cerca de su oído—. Siempre tan exigente.

Siento un poder electrizante recorriendome cuando me arrodillo lentamente y empiezo a bajarle la bragueta del pantalón. Empiezo a invadir su bóxer, sin apartarle la vista.

—Recuerda que debo instruirte, tesoro… —murmura él de vuelta—. ¿Qué tipo de amo sería si no fuese exigente?

—Uno pésimo.

Me lamo los labios cuando su erección cobra un tamaño insoportable en mi mano.

—Y no quiero ser pésimo, de hecho, veo que estás aprendiendo.

A continuación, tira de las esposas otra vez, con más fuerza, y esta vez siento que lo hace más para desafiarme que para liberarse realmente.

—Sí, pero tú no —le suelto—. Debes estar quieto.

Se ríe crispado, sacando sonidos guturales cuando aprieto más mi mano alrededor de su glande y agilizo el movimiento de mi mano.

—Eso será complicado y lo sabes.

—Eres un chico muy peligroso, por lo visto.

—No sé si tanto como tú, bebé… —susurra con esa voz ronca que ya está impregnada en mi tímpano—. Eres una tentación que podría destruirme.

—Tal vez deberías dejar que lo haga.

Antes de que pueda responder, me inclino hacia él otra vez y empiezo a lamer la punta suavemente, proporcionándole pequeños golpes con la lengua. No le quito la mirada y, aunque siento una sutil vergüenza y mis mejillas se encienden, quiero verlo todo. Quiero disfrutar sus jadeos y muecas de placer.

—¡Ohhh! —gruñe y cierra los ojos por un momento, preso de mi ágil boca.

—¿Te parece que esto podría destruirte? —ronroneo y lo rodeo completamente con mis labios, deslizando mi lengua arriba y abajo con un movimiento erótico.

—Mucho… ¡uhmmm!

Acaricio el tatuaje que refleja su ingle, la vara y las serpientes enroscadas resultándome terriblemente excitantes. Sus suspiros de placer me excitan más aún y vuelvo a lamer su punta, apretando más los dedos en su tronco.

—¡Oh, reina! —dice—. Podría vivir así por el resto de mi vida.

—Deberás portarte bien… —murmuro y paso más saliva, chupando intensamente—, para volver a recibir un regalo como éste. O que sea tu cumpleaños.

Le guiño un ojo.

—¿Sabes? Me muero de ganas de pasar contigo a la lección dos.

—¡Sorpréndeme!

La silla cruje bajo su peso mientras él se mueve ligeramente, tratando de acercarse más, pero las esposas lo mantienen en su lugar y parece que eso lo enfurece.

—Primero, me libraré de esto —dice entre dientes— y después, invitaremos a alguien para acompañarnos.

—¿Acompañarnos?

Vuelvo a enterrar su terso miembro en mi boca y aprieto los labios intensamente, sus palabras y gemidos quemando mi piel. Bram impone. Todo en él impone: su rostro, su cuerpo, sus palabras, sus embestidas, incluso sus susurros. Este pensamiento hace que me sienta húmeda y deseosa de sentirlo. Hace que me lo imagine sobre mí, llevándome al éxtasis de esa manera tan demente; de la misma manera insana que me provocó un orgasmo en Staten Island, en mi propia cama, y con mis padres a unos metros. Increíble.

—Sí… quiero que experimentes algo más —ronronea—. ¿Tú quieres?

Aparto mi cabeza y elevo mi torso, completamente embriagada por su pregunta. Tanto, que ni pestañeo.

—¿Quieres hacer un trío?

—Compartir… —Sonríe y se muerde el labio—. Eso es lo que quiero. No es lo mismo uno que dos, preciosa. Y sé que te encantará.

Lo miro fijamente, aunque no por aturdimiento, ya que sería imposible después de la escena

de la fiesta griega. Es más como si yo misma me encontrara en un cruce importante. Un punto clave donde tendré que decidir hacia dónde caminar, si coger el camino de la rectitud y de lo políticamente correcto y convencional, o…

De repente, un sonido desgarrador atraviesa mis pensamientos.

¡BEEEEP! ¡BEEEEP!

Una especie de alarma retumba en mis oídos y un chirrido ensordecedor lo arruina todo. La luz roja del detector parpadea en el techo, iluminando la habitación con destellos intermitentes. Después una lluvia nace de la nada y cae sobre nosotros, con ráfagas torrenciales.

¡Joder!

—¿Qué es eso? —pregunto, con el corazón en la garganta, mirando hacia arriba.

Él se tensa y analiza el dispositivo del alto techo, sin comprender nada, al igual que yo. El sonido no cesa, y el eco de pasos apresurados comienza a oírse en el gran salón. Mientras me pongo de pie, quedando empapada hasta la médula, oímos puertas abriéndose, y las voces de los demás nos llegan amortiguadas.

—¡Maldita sea! —berrea enfurecido y, con un solo movimiento, consigue romper la cadena que une las esposas—. Es la alarma de incendios.

Se pone de pie con rapidez, ante mi mirada perpleja. No entiendo cómo puñetas ha sido capaz de romper la cadena de unas esposas metálicas y destrozar el cierre.

—Te dije que no compraras de las baratas…

Veo que las tira a un lado y se pasa una mano por el cabello mojado, mientras que con la otra se abrocha el pantalón.

—Igual…—Sonríe, besándome la mejilla—, me ha encantado. ¡Pero ahora salgamos!

Me coge por la cintura y me indica la puerta, a la vez que nos cubrimos las cabezas con las manos.

—¿Crees que es una falsa alarma? —le pregunto, preocupada.

—Ya lo averiguaremos.

CAPÍTULO 25



LIAM

Vigilo la entrada principal de la mansión Sander con ojos de águila mientras me desabrocho un botón de la camisa ceñida que llevo esta noche. Siempre estoy en alerta, y eso es porque aprendí de la manera más dura que no puedes fiarte de nadie, ni siquiera de los amigos que dicen que te cubren la espalda. Sin embargo, parece que todo está en orden: los invitados en el jardín, con sus copas de champán y esas sonrisas falsas que solo la gente rica sabe fingir. Y ahí está ese capullo de Bram, rodeado de sus secuaces, un grupo de universitarios que no podrían levantar ni un lápiz, menos aún una empresa. Me sorprende que sepan respirar sin ayuda.

La vigilancia es sencilla, pero no por eso me confío. Me enseñaron a no hacerlo. Él… Zeus. Jonathan Woods fue el culpable de todo y, aunque, en ciertos momentos de mi vida le odié por su crueldad, en otros se lo agradecí, porque sin la preparación que recibí en el campamento, hubiese acabado bajo tierra en más de una ocasión.

«El campamento…»

Los recuerdos me golpean. Corríamos kilómetros con mochilas llenas de piedras mientras su perro más fiel nos gritaba que éramos unos inútiles. A mí no me importaba y recuerdo medir mi resistencia con la de Brian. Correr y ganar. Era eso o quedarte parado y que te dejara claro por qué nunca iba a haber un hueco para ti en el comité. Que nunca tendría la bendición del dios supremo y que mi legado terminaría con la muerte de mi padre.

Y sí… ese campamento fue un infierno, pero me curtió. Aprendí a ser más rápido, más fuerte y más listo que los demás. Ese gilipollas que estaba al mando decía que yo era un perro rabioso, incapaz de rendirme incluso cuando estaba al borde de la extenuación. Y maldita sea, tenía razón.

Mientras observo a los invitados, mi mente se distrae por un momento, llevándome al recuerdo de la peor noche de mi vida. La noche en que mi padre murió. No era un santo, ni mucho menos, pero lo admiraba por lo cariñoso y buen padre que era. Y cuando se fue, dejó más deudas que buenos recuerdos. Mi madre y yo nos quedamos arruinados, y lo único que heredé fue un montón de problemas y una rabia que nunca se apagó. Fue entonces cuando aprendí que la vida no da segundas oportunidades.

Sigo mirando al grupo de amigos de ese mocoso. Todos estudiantes en Harvard y, aunque otros sentirían envidia, yo no. Estudiar una carrera nunca fue una opción. No porque no pudiera, sino porque sabía que no era para mí. No me gusta la universidad —solo las universitarias—y no se me da bien estudiar. Además, ¿de qué me serviría aprender teorías cuando podía ganar dinero de verdad? Brian fue quien me ayudó, mostrándome cómo moverme en las bolsas y multiplicar cada maldito centavo que tenía. Prefiero mil veces más la acción, los números y las apuestas a escuchar a un profesor explicando algo que jamás usaré.

Y no me arrepiento.

De vuelta al presente, me río para mis adentros. Estos universitarios repelentes no tienen ni idea de lo que significa trabajar de verdad. Seguramente piensan que *sufrir* es quedarse sin señal Wi-Fi. Mientras tanto, yo estoy aquí, analizando cada movimiento, buscando cualquier cosa que esté fuera de lugar. Y justo en este instante estoy viendo algo. Algo que he estado esperando toda la noche. Lo veo a él, dirigiéndose junto a uno de sus colegas al jardín para darle la bienvenida a su invitada de honor.

«Ese hijo de puta del campamento tenía razón, soy un perro rabioso. Y cuando muerdo, no suelto…», pienso mientras miro fijamente a la recién llegada.

La rubia.

—Liam, ¿me estás escuchando? —La voz de Brian llega como un zumbido molesto, taladrándome los sesos.

El móvil sigue pegado a mi oreja, pero ya no le estoy escuchando. Mi atención está completamente centrada en ella. Esa mujer tiene un don para hacerse notar, incluso cuando ni siquiera lo intenta. El vestido color rosa le queda como una maldita obra de arte, abrazando cada curva con una precisión que debería ser ilegal. Y entonces, Bram le toca la cintura, y eso es suficiente para que mi sangre hierva. Una reacción que ni yo comprendo.

—Sí, claro. —Tenso los labios, sin apartarles la mirada.

—No lo parece, tío.

—Hermano… —empiezo—, el aumento de refuerzos del Templo. Y que el puto italiano no nos puede tomar desprevenidos. No sé por qué te preocupas tanto, lo tengo todo bajo control —murmuro, sin quitarle la vista a esa chica.

Veo entretenido que ella se ríe de algo que Bram dice, y esa risa… ¡maldición! Esa risa es como si el universo estuviera burlándose de mí.

—No, Liam. Estás demasiado distraído. ¿Dónde estás?

—En la fiesta de cumpleaños del crío. —Dudo por un segundo, pero al final se lo cuento, ya que parece que se le ha olvidado—. Y tengo algo mucho más interesante en qué pensar ahora mismo, que en Gambino, créeme.

—¡Ohhh, por todos los dioses!

—Tú sigue tranquilo con tu viaje, y no te preocupes tanto. Sé que Washington no es Miami, pero ya disfrutarás de la playa en unos días.

—¿Qué estás diciendo? ¿Ya se te están cayendo las babas con alguna mujer?

—Una mujer no, *la mujer*. —Sonrío y me retiro más hacia un lugar sombreado, que me proporciona la oscuridad suficiente para camuflarme.

—Pues no tardes en volver al Templo, sabes que no nos podemos relajar, ¡diablos! —El tono de Brian se endurece, y puedo imaginármelo con el ceño fruncido, apretando el teléfono como si pudiera atravesar la línea y golpearme.

—Iré, pero no antes de estropearle a alguien la fiesta. Y, por cierto, esa chica que me gusta va acompañada de otro bombón que sé que te encantaría —continúo mirándo fijamente a la belleza del vestido rosa—. Aunque ya creo que está pillada, está bailando con un moreno alto.

Oigo el silencio en el teléfono mientras observo que la rubia y ese niñato están moviéndose hacia el interior de la casa, su mano entrelazada con la de él. Algo dentro de mí se retuerce, y lo sé: esta noche no va a terminar bien.

—Liam…

—¿Qué?

—¿Cómo es esa mujer que está bailando con el moreno alto?

—Pues… —Vuelvo a tirar del nudo de mi pajarita, maldiciendo a quien fuese que se le ocurriera crear accesorios masculinos de estrangulamiento voluntario—. Cabello rubio oscuro, ondas, tiene altura media, buenas tetas que, a primera vista, parecen de silicona, aunque vistas más de cerca te das cuenta de que son naturales, vestido verde, bolso…

—¡Demonios! —ruge este en el teléfono con un tono que me parece de lo más extraño—. ¡Sus ojos! ¿Cómo son?

—Ehmmm… —Empiezo a caminar en dirección a la parejita, con paso decidido y los analizo de reojo cuando casi rozo el hombro de la chica. —Claros. Ojos claros, Brian.

—¿Pero qué puto color, Liam?

No entiendo su actitud y, si de por sí es un amargado de mucho cuidado, hoy parece que mi amigo se está luciendo. En vez de El lobo de Boston, debería llamarse *El antipático de Boston.*

—¡Contesta, joder!

Pongo los ojos en blanco y me detengo a un escaso metro de los dos, que siguen bailando como si estuvieran flirteando. Aun así, mi mirada se mueve hacia la entrada de la mansión, pensando en lo que los otros dos están haciendo en la casa.

—Azules… —le respondo rápido—. Azul celeste.

—¡Mierda! Es ella… —Hace una pausa dramática y suelta un suspiro gutural.

—¿Quién?

—Ya te contaré. —Su voz suena como si se estuviera tragando una espina—. ¡Escúchame con atención! No hagas nada. No te muevas. Vigílala. Quiero saberlo todo.

—Claro, claro. —Finjo obediencia, aunque por dentro lleve una bomba atómica—. Como si no tuviera otra cosa mejor que hacer.

—Liam, ¿ese tipo la está intentando seducir? —me pregunta, pasando olímpicamente de mí.

—Pues supongo, ¿tú no lo harías?

Silencio en el teléfono. Claro que lo haría.

—Bueno, me piro de aquí, tío —le digo deprisa con intención de irme— aunque… esto se está poniendo interesante. Tu mujer está aquí.

—¿Mi mujer? ¿Qué demonios hace allí? —Brian suena al borde del colapso.

—Lo mismo que tú harías: socializar. —Me aparto para que Lorraine Woods no me pueda reconocer—. Aparte de acompañar al senador, ya sabes.

—¿Qué está pasando ahí?

—Nada, están hablando.

—Joder… —susurra.

—Hermano, puedes seguir maldiciendo también solo, no me necesitas a mí, así que te voy a colgar. *¡Arrideverci!*

Cuelgo rápidamente, antes de que Brian pueda acribillarme con sus órdenes sobre los

cargamentos, la plantilla de seguridad, Max, Gambino y compañía. Y curiosamente, me he despedido en italiano, y sin estar muy muy cabreado. ¿Es eso una señal?

Avanzo con pasos rápidos hacia la entrada principal, temiendo haberles perdido el rastro. Afortunadamente, los identifico. Están junto a una mesa de bebidas, en la planta baja de la mansión. Cada vez que ella se ríe o hace algún gesto coqueto con la mano, algo en mi interior se retuerce. Aún intento procesar qué me está pasando con esa chica, por qué ella tiene ese maldito poder sobre mí, como si estuviera jugando a atrapar mariposas y yo fuera una, atrapado en su red.

Veo que el mocoso le susurra algo al oído, quedando demasiado cerca. Después, ella le habla a él y la manera en que le acaricia la corbata, inclinándose, me quema más que un trago de tequila sin sal. Porque todo en él es impecable, no como yo, que no tolero una puta pajarita dos veces al año. Una vez en Nochevieja, y la otra, en ocasiones especiales, como hoy.

Me apoyo contra una pared, camuflado entre los invitados y me acaricio el mentón, sin poder apartar mi mirada, cuando veo que Bram y la rubia desaparecen por una puerta que hay al final del pasillo. Mi pulso de acelera.

¡Maldición!

—¿Qué tiene él que yo no tenga? —mascullo entre dientes, apretando los puños mientras paso junto a un camarero que casi me tira una copa encima.

La respuesta es dolorosamente clara: a ella. Él la tiene a ella, y yo... ¿qué tengo yo? ¿Esperanza?

Carraspeo vigorosamente mientras me vuelvo a llevar una mano al mentón y trazo un círculo con la mirada. Estoy listo para intervenir, pero entonces la vida me manda otra patada en las pelotas. El senador.

—¡Liam! Qué gusto verte, quería hablar contigo. —Su tono es formal, pero su sonrisa tiene ese toque de suficiencia que me dan ganas de borrar de un golpe.

Maldigo por lo bajo, ajustándome el cuello de la camisa mientras intento poner cara de chico educado.

—Sander…

—Gracias por ayudar a organizar todo esto para Bram. Sabes lo importante que es esta noche para él.

—Claro, no hay problema. —Mis ojos se deslizan hacia la puerta lateral, donde ellos han entrado. Mi paciencia es limitada, y éste la está poniendo a prueba. El senador no se da cuenta, o no le importa, y sigue hablando.

—Bram tiene un futuro brillante. Ya sabes, estoy considerando ampliarle el control sobre algunas propiedades que tenemos. Lo he estado preparando para esto toda su vida.

—Sí, se nota. —Intento sonar neutral, pero la ironía en mi tono es evidente.

—No todos entienden la responsabilidad de un legado y lo importante que es tener un título universitario, Liam. Tú, por ejemplo, podrías aprender algo.

—¿De Bram? —me burlo, alzando una ceja.

—Exacto. Es un chico con visión, sabe cómo manejar el poder sin perder la compostura.

Vuelvo a vigilar la puerta y siento las uñas en la palma de la mano, imaginándome lo que

están haciendo dentro.

—No necesito un papel para alcanzar mis objetivos, Sander. El éxito va de la mano con la perseverancia y la fuerza, pero igual, gracias por el consejo.

—Bueno… —masculla éste con la cabeza baja—. ¿Cómo está tu madre? Siento que esté tan enferma.

—Cosas de la vida… —Me cruzo de brazos y lo miro fijamente.

—Si alguna vez necesitaras algo, aquí estoy para…

—Lo sé —le interrumpo—. Gracias, pero acabo de ver a un amigo, y voy a saludar.

—Que pases buenas noches, hijo. —Escucho su voz de refilón.

Cruzo la planta baja sin quitarle la vista a la habitación que parece oculta en una esquina y meto las manos en los bolsillos mientras invado un pasillo conjunto que da a un porche trasero.

La planta baja parece un hormiguero de invitados. Pero si algo aprendí en el campamento, es que, si no puedes ser directo, entonces crea el caos. Con cuidado, saco una bomba de humo del bolsillo. Un pequeño artilugio que he usado más veces de las que puedo contar. Me deslizo detrás de un mueble, la activo y la lanzo justo en medio del salón. Todo con disimulo.

El resultado es inmediato: una nube espesa llena el espacio, seguida del sonido de los rociadores de agua disparándose y la alarma de incendios chillando como loca. La gente grita, los tacones de las mujeres resbalan en el mármol mojado, y yo solo sonrío. Esto sí es mi tipo de fiesta.

A continuación, espero tranquilo. Unos dos-tres minutos. A través del humo y el agua, finalmente veo cómo el mocoso y la rubia salen del salón, con cara larga y completamente empapados. Bram está furioso, hablando por teléfono y gritando órdenes para detener el caos.

—¡Papá! —grita desde el otro lado del salón, con un tono autoritario.

El senador se gira, y Bram avanza hacia él con paso firme, el ceño fruncido y el teléfono aún pegado a la oreja. Está tan mojado como si acabara de salir de una tormenta, y su traje hecho a medida ahora parece una camiseta mojada que cuelga desordenadamente en sus hombros. No como yo, que luzco impecable, ya que he estado fuera del alcance del agua.

—¿Qué cojones está pasando aquí?

—Eso me gustaría saber a mí —le contesta el senador.

Camino lentamente hacia ellos, tapándome la boca con la manga de mi chaqueta.

—Parece una bomba de humo… —Me arrodillo y tomo los restos con dos dedos mientras finjo toser—. Una broma pesada…

Me encojo de hombros cuando el crío suspira, claramente al borde de perder los nervios.

—¡Esto es un maldito desastre! —Sacude la cabeza, y consigo ver a través del humo pesado que el agua está goteando de su pelo oscuro.

—Ya lo creo —añado y miro detrás de él donde la rubia está tecleando algo en su móvil—. Podía haber sido peor y que fuera una bomba de verdad.

Bram me lanza una mirada que podría matarme. Sonrío satisfecho: uno, por haber interrumpido su diversión, y 2, por ver a la rubia agilizar el paso y girar hacia la derecha, con una mano en la boca, claramente ahogada por el humo. La tigresa va en dirección al porche.

Perfecto.

Me giro sobre mis talones disimuladamente y lo último que oigo detrás es la voz del niñato y la voz de su padre, diciendo algo más.

—¿Y dónde está la puta seguridad? —chilla Bram enfadado.

Me muevo rápido, esquivando a los invitados como si estuviera en un campo de entrenamiento, y sigo a la chica hacia la oscuridad del porche, ya que es de noche.

Al salir, la veo allí, iluminada por la luz tenue del jardín. Su pelo rubio se pega ligeramente a su piel, y hay algo casi angelical en la forma en que se seca las manos con una pequeña servilleta. El vestido, ahora pegado a su cuerpo por el agua, resalta cada curva como si estuviera hecho para torturarme. Trago saliva, tratando de calmar el pulso que se me dispara cada vez que la veo.

Me acerco con paso lento, como si estuviera paseando. En un momento dado, ella gira la cabeza y sus cejas se levantan cuando me ve.

—Vaya, ¡qué sorpresa! —exclamo mientras abro los brazos y doy dos pasos hacia ella.

Noto que sonríe con algo de sarcasmo, y que sus ojos claros brillan bajo la tenue luz. Después, su mirada nerviosa analiza el traje que llevo para la ocasión.

—No sabía que también te vestías como una persona normal —prosigue mofándose—. Pensé que los uniformes y el cuero era lo único que te ponías.

—Tendría que ofenderme, pero como viene de ti… —Dejo que mi mirada recorra su figura, y solo espero que le guste lo que ve—. ¿Te importa si te digo que el vestido mojado es mucho mejor que lo último que llevabas?

Suelta una risita, pero suena más desafiante que divertida.

—¿Es un cumplido o una crítica?

—Una observación. —Me detengo frente a ella, dejando que el silencio se instale por un instante— ¿Todo bien? Porque ahí dentro parece que alguien ha organizado una fiesta para los bomberos.

Ella niega con la cabeza, reprimiendo esa risita traviesa en su rostro. Por más que intente ocultar que no le hago gracia, lo está haciendo fatal.

—¿Tú crees? Yo diría que alguien quería gastar una broma a Bram el mismo día de su cumpleaños.

—Bueno, seguro que *Bram* lo solucionará —repito, fingiendo desinterés mientras mis puños se tensan—. ¿Es tu novio?

Ella aguza la mirada sobre mí, y sus mejillas se tiñen de rojo.

—No, no es mi novio. —Desvía la vista, pensativa.

—Pues lo parece.

—Digamos que tiene sus encantos. —Alza una ceja. Después, se inclina contra la baranda del porche, haciéndome perder por un segundo la concentración.

«Menudo culo…».

—Pues cuidado con esos encantos. —Me cruzo de brazos y la miro fijamente—. No todo lo que brilla es oro, ¿sabes?

Ella ladea la cabeza, divertida.

—¿Debería preocuparme entonces?

—No deberías preocuparte, pero sí que tengas los ojos abiertos. Bram no es precisamente un santo.

—¿Y tú lo eres? —me suelta seria, como si se preparara para un enfrentamiento.

La verdad es que su actitud me desarma tanto como me intriga. Sonrío, inclinándome un poco más hacia ella.

—No, no lo soy. Alguien a cargo de la seguridad no podría serlo.

—¿Seguridad? —Su mirada se intensifica—. ¿Cuándo pensabas decirme que eres Ares, el dueño de ese hotel…? ¿O me has visto cara de imbécil?

—¿Ares? —Arrugo en entrecejo y reprimo una carcajada intensa.

¿Es posible que ella pensara que soy Ares? Esta mujer no es nada tonta, se dio cuenta de que yo le envié las medicinas y el abrigo. Seguramente Prudence le contara que fue el dueño del hotel quien le envió las cosas. Y no es por nada, pero este lío me pone nervioso.

—No hace falta que digas nada, te lo diré yo. —Alza la barbilla—. Está bien que te dediques a negocios promiscuos, pero yo, personalmente, no quiero tener nada que ver con eso, y menos cuando me mienten.

Seguramente se refiera a que le dijera que era la primera vez que estaba en *El Templo*.

—Ares… —murmuro mientras me acerco a ella con pasos lentos, metiendo las manos en los bolsillos—. No está mal. Ares, el dios de la guerra. —Sonrío de lado—. Me gusta que pienses en mí como alguien poderoso, pero… no me llamo Ares.

Ella sacude la cabeza, claramente confusa.

—Liam Welson —continúo, ignorando su pregunta, pero esta vez no le tiendo la mano—. Me encargo de la seguridad y… jamás había pisado ese hotel. Lo creas, o no.

Su reacción es instantánea: no me cree. Noto la manera en la que arquea los labios, sumamente desconfiada. Y ese lunar que hay por encima de su labio superior, me parece sumamente sensual.

—¿Y qué hace Liam Welson aquí, además de dar sermones sobre su jefe? La verdad es que aún no me ha quedado claro quién eres y si trabajas para Bram.

Evito la respuesta, no podría seguir enredándome en más mentiras afirmando que soy el guardaespaldas de ese mocoso. Con pensar que trabajo en seguridad es suficiente.

—Soy agente de seguridad —replico seco, obligándome no mirar la manera deliciosa en la que la tela se pega a sus pechos y los pequeños bultos que florecen debajo—. También soy bueno arruinando fiestas, según dicen.

Ella vuelve a reír, y su risa me irrita en cierto modo, pero prefiero ésto, a que me grite o que huya de mí.

—Definitivamente eres algo.

—¿Solo *algo*? —Mi tono es más grave de lo que pretendo. Su presencia es como un imán.

—Tú dirás. —Se gira ligeramente, como si pensara en alejarse, pero no lo hace.

—Ahora en serio. —La interrumpo antes de que se mueva y coloco ambas manos en la

baranda del porche, bloqueándola entre mis brazos—. ¿Qué haces con Bram?

Aprieto los labios, con los nervios a flor de piel. No puedo no sentirme embriagado y estúpido en su presencia.

—¿Perdón?

La rubia mira a un lado, sutilmente, consciente de mis movimientos. El mero contacto de su pecho contra el mío me hace querer más. Una cosa era simplemente verla, y otra distinta tenerla aquí… entre mis brazos.

—No me malinterpretes. —Carraspeo y admiro el verde agua intenso de sus ojos—. Solo digo que no es tu tipo.

—¿Y tú sí lo eres? —replica al instante, sosteniéndome la mirada.

Ese golpe me toma por sorpresa, pero me recupero rápido.

—Lo soy —murmuro a unos centímetros de su boca, aún hipnotizado por la forma sensual de sus labios—. Seguramente lo sea, tú ya me entiendes.

—No, no entiendo. —Siento sus manos en mis brazos—. Y no creo que yo o Bram seamos tu asunto.

—Me gustas.

—¿Qué?

—¿Cómo te lo digo ehm…? —Tiento sus labios—. Me interesas.

—Yo… —Abre la boca consternada y empuja mis brazos—. Debo entrar.

Sonrío frustrado. Sí, sonrío por frustración, pero también por lo patético y poco coherente que me parece todo. Aunque sus gestos me indican que me quiere lejos, sus ojos hablan por sí solos.

—Puedes correr, pero adivina qué. —Aprieto más mis manos en la baranda—. Yo soy más rápido.

Ella parpadea, sorprendida. Yo, en cambio, estoy algo más que sorprendido. Las intensas pulsaciones en mi sien hacen que esté a punto de hacer algo indebido. Me inclino un poco más, lo justo para ver cómo se le tensan los hombros.

—No sé de qué coño vas… —suelta mordaz, pero se detiene, como si el contacto de nuestros cuerpos tuviera el mismo efecto en ella que en mí.

Su olor. Su rostro. Sus ojos. Su boca. Su cuerpo. Su mirada.

—No me mires así… —susurro emocionado—, o no me haré responsable de lo que pase a continuación.

—¡Ohhh!

Aprieta más los dedos en mis brazos y mueve la cabeza, evitando el roce de mi nariz contra la suya. Claramente la he cogido por sorpresa y está en estado de *shock*, ya que no es capaz de enfrentarme. Algo muy extraño en ella, a decir verdad.

—¿Qué has dicho?

—¿Sabes qué es lo peor de todo? —hablo con un hilo de voz, como si estuviera en trance—. Que ya estás en mi puta cabeza, rubia, y no habrá manera de sacarte de ahí.

—Por Dios… —balbucea, aturdida—. ¡quítate!

—¿Estás segura?

Aprieto más mis brazos alrededor de sus costillas y me muerdo los labios, mirando el suelo. Intento controlarme, pero sé que la imagen de esta preciosa chica contra mi pecho me perseguirá.

Pero, de repente, oímos una voz detrás.

—¿Qué está pasando aquí?

El porche se congela en el tiempo. La tensión que acababa de construirse entre ella y yo se corta de golpe con la llegada de Bram. Entonces, la rubia da un respingo, y yo aflojo mi postura, aunque mis manos permanecen en la baranda, encerrándola. Al girarme lentamente, me encuentro con la mirada de Bram.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —gruñe.

Entonces, despego mi mano de la baranda, y ella se aparta de mí deprisa. Sus ojos brillan con una mezcla de vergüenza y desafío mientras mira a Bram, y luego a mí.

—Nada que deba preocuparte, Bram. —Mi tono es tan seco como el polvo del desierto, pero dejo que una sonrisa socarrona curve mis labios.

—Solo estamos charlando —dice ella.

—¿Charlando? —replica poco convencido, dando un paso adelante. Sus puños están cerrados, y puedo notar cómo sus músculos se tensan bajo la chaqueta de traje húmeda.

—¡Charlando! —Inclino la cabeza hacia un lado, estudiándolo como si fuera un insecto molesto—. ¿Te molesta que hable con tu… amiga?

La chica camina hacia él y le mira como si intentara calmarlo.

—Bram, no es nada.

Pero su voz, suave y casi suplicante, solo parece echar leña al fuego. Bram la ignora y da un paso más hacia mí.

—¿Qué haces aquí, Liam? —pregunta con los dientes apretados—. Pensé que estabas con mi padre.

—Lo estaba. —Me encojo de hombros, quitándole importancia—. Pero ya sabes, las fiestas aburridas me hacen buscar mejor compañía.

—¿Mejor compañía? —Su mirada se desliza hacia la rubia por un instante. Ese momento de debilidad es suficiente para que mi sonrisa se amplíe.

—¡Bram! —Ella le habla al oído, intentando apartarlo de mí, pero no es suficiente, ya que lo escucho todo—. ¡No me jodas con las escenitas de celos! Parece que se te ha olvidado lo que hemos hablado, ahí dentro.

«¿Qué han hablado ahí dentro?», pienso intrigado.

Él le agarra el brazo con una furia incontrolable, como si quiera aplastarla, entonces, mi cuerpo entra en un estado de alarma. En el típico estado que hace que reparta puñetazos a diestro y siniestro.

—¡Te vienes conmigo! —le ordena.

Lo miro furioso, pero elijo controlarme y, en cambio, aprieto los dedos en la baranda, como si quisiera romperla.

—¡Me voy al baño, joder! ¡Os podéis matar!

La chica le habla enfadada y se suelta de su mano, girándose, pero en el último segundo, justo antes de desaparecer, su mirada me encuentra. Entonces, le guiño un ojo y parece que estoy en su cabeza, porque concluyo que me está mandando a la mierda, por la expresión de su cara. Sonrío desafiante, ya que la situación me provoca cierto morbo.

—¡Ehhh! —Noto los puños apretados de Bram en mi chaqueta de traje. Me acerca a su rostro.

—Relájate, Brami.

—¡Mantente alejado de ella! —ladra como perro rabioso y puedo oler el tequila en su aliento.

—¿Alejado? —Miro el pasillo, pero la rubia ha desaparecido—. ¿Desde cuándo decides por ella, Bram? ¿No es lo suficientemente capaz de tomar sus propias decisiones?

—Eh, te ha gustado, ¿verdad? Mírala si quieres… —habla con una sonrisa diabólica—. Hazte una paja pensando en ella si quieres. Sueña con ella. Porque solo tendrás eso, Liam. Nada más.

—No estés tan seguro… —Me río suavemente y le aparto las manos, violentamente, tanto que Bram casi se tambalea.

Joder, Liam. Intento controlarme. Uhm, me conozco. Uhm, me conozco yo, y me conoce él. Y ya me está tocando las pelotas.

—La dejarás en paz, Liam —afirma rotundo cuando queda erguido frente a mí.

—¿Y por qué?

—Porque ella ya me pertenece.

Me meto las manos en los bolsillos, mientras doy un paso hacia delante.

—No parece el estilo de chica que se deje dominar por alguien…

Él sabe perfectamente lo que estoy insinuando, ya que compartimos secretos.

—¿Seguro? —Se pasa una mano por el cabello mojado y unas gotas resbalan en su frente—. Ella me ama, y el amor te hace débil.

¿Qué acaba de decir?

Siento la sangre recorrerme velozmente y mi vista se nubla, como si un humo espeso estuviera apoderándose de mis sentidos.

—¿¡Amarte!? —Suelto una carcajada ruidosa, intentando ocultar la indignación que siento —. ¡No me hagas reír! Ni siquiera tu madre te amó, ¡te cambió por su amante!

—¡Cállate la puta boca! —me grita y estruja mi cuello con una mano, lleno de furia—. ¡No te atrevas a mencionar a mi madre, gilipollas!

—Eres un hijo de… puta —susurro en su cara, con los ojos salidos de las órbitas, escupiendo palabras dolorosas, con tal de descargar mi rabia. Por impotencia. Por dudas. Por inseguridad. Por…

¡Maldición!

—Lo soy, así que, mala suerte… Julio César —me suelta burlón, usando un apodo que me suena bastante—. Olvídate de mi chica, ¿entendido? De lo contrario, ella te destrozará el corazón y yo… —Su aliento apestoso me taladra—, yo te destrozaré la cabeza. Te meteré una bomba por la boca, L —sigue—. Pero una de verdad, y no una de humo como la que has tirado en mi salón

para joder. Y ahora… —Aprieta sus labios—, ¡fuera de mi casa!

Consigo atrapar su muñeca y me deshago de su mano, con dureza, antes de asfixiarme. Lo empujo enloquecido, ya que sé que mi fuerza es mayor, de hecho, casi cae hacia atrás cuando da un brinco, pero se pone de pie con arrogancia y dominación. Después, me señala con un dedo.

—Y para tu información… —murmura con una sonrisa maliciosa—. Tu pésima broma nos ha interrumpido, así que mi reina debe estar ansiosa, esperándonos a Ed y a mí. ¿Te das cuenta? Me ama tanto que haría cualquier cosa por mí.

—Vete al diablo.

—Gracias por la fiesta que me has organizado —responde calmado y con la misma sonrisa de psicópata—. Ah, por casualidad, ¿te quieres unir?

Siento la boca entumecida y lo miro con odio. Con asco. Con… celos. No soy capaz de articular sonido alguno.

—Lo que imaginaba.

Se ríe ruidosamente y le hace una señal a uno de sus amiguetes, seguramente el tal Ed, que llega a su encuentro de momento. Después, se gira y camina hacia el interior, con paso huracanado, destilando esa soberbia que tanto le caracteriza.

Mi mirada queda fija en su espalda y carraspeo mientras intento recuperar el aliento. Lo proceso todo. Que se haya dado cuenta de que yo he tirado la bomba de humo, me suda un pie. Me da exactamente igual, incluso lo agradezco, porque así Bram sabrá que no estoy de broma. Sabrá que quiero a esa chica, al igual que él. Quiero a esa mujer rubia, y el mero pensamiento de imaginármela con él y con otros en una puta cama hace que tenga ganas de vomitar.

Pero sí hay algo que me preocupa más de lo que quisiera, es justo…

Ella me ama…

Oigo el eco de su afirmación. No. No es verdad, ella no lo ama. No son novios. Él está mintiendo para desviar mi atención. Ha mentido porque quiere que la deje en paz, mostrando una vez más la posesividad insana que siente por las mujeres.

¿Podré dejarla en paz? ¿Podrás hacerlo, Liam, maldita sea? ¿¡Podrás!?

Me doy la vuelta y miro hacia el jardín de los Sander, con mirada ausente. No entiendo cómo alguien cuyo nombre siquiera conozco, pueda desgarrarme tanto por dentro. Es un dolor que no tiene lógica, que no tiene sentido. Lo que siento por ella es tan abrumador que ni siquiera puedo explicarlo, y eso me aterra. Pero lo peor de todo es que sé que esto no se detendrá. Su imagen estará consumiéndome y presiento que esa preciosa chica de ojos verdes, será mi ruina. Lo sé.

Camino deprisa hacia la salida trasera de la mansión, con una rabia contenida. Sin entender nada. Mientras doy zancadas, las punzadas en mis ojos se intensifican, y es como si un peso me aplastara el pecho. Instantáneamente, bajo la mirada. Aprieto los puños, casi al mismo tiempo que cierro los ojos impidiendo que las lágrimas fluyan.

«Aguanta, Liam. ¡Cabeza arriba!, ¡Sé fuerte!», me ordeno a mí mismo mientras quedo rodeado de árboles, lejos de todo. Solo yo conmigo mismo, intentando no sentir lo que siento. Una herida extraña. Una herida que no sangra a simple vista, pero está ahí, constante, latiendo bajo la superficie. En *Álympos*, lo llamamos debilidad, pero lo que realmente te hace es volverte un esclavo de tus propios deseos. Un prisionero.

Sin embargo…

«Oh, Zeus! Mi dios…».

Miro el cielo, desesperado. ¡Qué puta mierda! No suelo llorar. Jamás lloro. No se me da bien llorar. No quiero llorar. No tiene sentido. Inevitablemente, siento unas cuantas lágrimas rociar mis pestañas, y entonces… no aguanto más.

—Yo, Poseidón… ¡dios de los mares! —grito a todo pulmón, abriendo los brazos— ¡te maldigo con todas mis fuerzas!

Siento el dolor y el asco en mi pecho al pensar en ella. Ella y Bram, en la cama. Ellos dos besándose. Ella diciéndole que lo ama…

—¡Te puedes ir a tomar por el culo, mi dios! —grito, aún con los brazos abiertos, mirando al cielo—. ¡Que te den, Zeus! ¡Que te den!

Unos truenos se oyen de repente, y las gotas de una lluvia torrencial caen del cielo. Fluyen en mi rostro, mezclándose con aquellas lágrimas que ya no puedo contener.

«No puedo perderla. Debo ser paciente. Tendré mi oportunidad… la tendré».

NOTA DE LA AUTORA: Escuchar la canción

«Angel by the Wings» de SIA

CAPÍTULO 26



BERTA

El camino al baño parece eterno. La música queda atrás, amortiguada en la lejanía, pero mi respiración sigue siendo un tambor constante.

Liam Welson.

¿Es rabia lo que he sentido ahí fuera? ¿O esa corrosiva sensación de que he sido una idiota?

He sentido rabia. Rabia porque ese guardaespaldas ha cruzado un límite acercándose a mí con una mirada que, sinceramente, parecía un escáner de rayos X con intención romántica. Rabia porque, a pesar de mi indignación, no he podido evitar recordar lo bien que le estaba quedando ese traje. Rabia porque su sonrisa hoy me ha parecido más dulce de lo normal y sus facciones más atractivas.

Rabia porque he visto un brillo en sus ojos al mirarme, uno que juraría que no he visto jamás en otra persona. Bueno, quizá en Aylin… aunque no estoy segura. Sus ojos son azules también, pero los de ella a veces cambian a grises; los de este hombre son un celeste profundo y cálido. Un celeste que dudo haber visto alguna vez.

Rabia porque me he dado cuenta de cómo se estaba mordiendo los labios cuando me miraba. ¡¿Quién hace eso y sigue siendo intimidante?!

¡Joder!

Rabia porque su cercanía me ha puesto tan nerviosa que no he sido capaz de darle una patada en la entrepierna, algo que con cualquier otro hubiese hecho, sin titubeos. Lo he hecho con Bram, ¿por qué no con él? Quizá porque, mientras a Bram vi venir, el guardaespaldas ha resultado impredecible. ¿Quién iba a imaginar que hoy se me iba a declarar? Total, que me he quedado completamente bloqueada, como si me hubiese echado algún tipo de conjuro.

Mis manos aún tiemblan cuando empujo la puerta del baño. Lo primero que noto es el contraste: la luz blanca, fría y clínica, golpeándome en los ojos. El espacio está impoluto, con mármol resplandeciente y espejos que parecen duplicar todo. Me detengo frente a uno de ellos, y por un segundo, no reconozco mi reflejo.

Una rubia despeinada, con el cabello medio mojado, mejillas enrojecidas, y el maquillaje ligeramente corrido.

—Respira, joder —me digo nerviosa.

Abro el grifo y dejo que el agua fría salpique mis manos. Luego me inclino y dejo que me alcance la cara, un intento desesperado de disipar la presión que siento en el pecho.

Entonces, oigo algo, y eso hace que me detenga en seco. Tan solo apoyo mis manos en el lavabo y escucho atentamente.

Un sollozo.

Levanto la cabeza de golpe, el agua aún escurriendo de mi barbilla, y contengo la respiración.

Por un momento, pienso que lo he imaginado, pero ahí está de nuevo. Un llanto entrecortado, seguido de un jadeo sofocado. Miro hacia la fila de puertas turquesas del servicio. Hay tres puertas y claramente, los Sander están muy hechos a las fiestas, ya que hasta los servicios están adaptados y se parecen a los públicos, pero con un toque de lujo y sofisticación.

—¿Hola?

Escucho atenta. La última a la izquierda tiene un hueco de luz bajo ella, y el sonido viene de allí.

—¿Hay alguien ahí? —insisto.

El silencio se alarga antes de que la respuesta llegue.

—Vete…

La desesperación en esa única palabra me hiela la sangre. Mis instintos me dicen que haga caso, pero algo me empuja a quedarme. La curiosidad, la inquietud, o tal vez un sentido extraño de responsabilidad. Camino lentamente hacia la puerta. Golpeo con los nudillos, pero no obtengo respuesta. Empujo con cuidado, y la escena que encuentro me deja sin aire.

—Noa… —susurro.

Aunque nunca haya hablado con ella personalmente, sabría reconocerla. He mirado cientos de fotos de Bram y ella durante el último mes de verano, antes de empezar el curso. Incluso con el maquillaje corrido y la expresión desencajada, sé que es ella. Pero esta Noa no tiene nada que ver con la imagen perfecta que siempre proyectaba, tanto en Harvard, como en la fiesta de los Omega, en el barco, o en la fiesta griega de ese hotel.

Está sentada en el suelo, encogida sobre sí misma, con un cuchillo enorme en la mano. Su vestido está arrugado, sus ojos están hinchados, y el rímel negro forma surcos oscuros en sus mejillas.

—¡Dios mío! —exclamo.

Me agacho instintivamente, tratando de acercarme con cuidado.

—¿Qué estás haciendo?

Ella levanta la mirada, sus ojos encontrándose con los míos. Hay algo más allá de la tristeza: miedo y locura.

—Eres tú… la nueva —murmura con un atisbo de desprecio—. Claro, es por eso estás aquí.

—Noa… —trato de sonar tranquila, aunque mi corazón late con fuerza—, tienes que soltar ese cuchillo, ¿vale? Podemos hablar.

Ella suelta una carcajada histérica que resuena como un eco en una caverna vacía.

—Hablar… —repite—. Yo también pensaba que podía hablar. Pensaba que podía correr. Pero ya es demasiado tarde.

Doy un paso y fijo el cuchillo con la vista.

—Cualquier cosa que te esté pasando —le hablo con calma—nunca es demasiado tarde.

—¿Eso crees?

—Dámelo… —Le tiendo la mano.

—¡Nooo! —Se levanta de golpe y yo también me pongo de pie, asustada, al ver que lo alza en mi dirección.

Me está apuntando y eso hace que tema por su reacción. No la conozco, pero sé que debe tener algún apego emocional a Bram.

—¿Crees que podrías ayudarme? —Las lágrimas corren en sus mejillas—. ¿Justo tú? ¡Es por ti que ni siquiera me mira! ¿Crees que podré soportarlo?

Avanza un paso en mi dirección, agitando el cuchillo en el aire, torpemente.

—Eso no es verdad… él… ¡no somos nada!

—Es lo que tú piensas. —Sacude la cabeza, señalándome—. Ya tienes al demonio dentro de ti, Roberta…

La miro embobada, pero no me sorprende que pronuncie mi nombre. Sus amigos deben saber ya todo de mí.

—Es como el veneno: primero se mete en tu cuerpo… —continúa agónicamente—, después en tu razón y finalmente en… ¡tu alma! ¡Aquí!

Se golpea el pecho con violencia mientras yo siento mi corazón en un puño.

—Y no tendrás adonde ir.

—Noa… —Respiro sacudidamente—. Ya conocerás a otro hombre, alguien que te quiera, si el problema es ése y… y…

—¡Jugará con tu mente! —vocea, con los ojos abiertos de par en par.

—Solo necesitas descansar, ¿vale?

—Te hará pensar que eres parte de su mundo, pero en realidad, te convertirá en algo peor que el suelo por donde pisa.

Intento comprender su afirmación y, en cierto modo, la comprendo. Comprendo su frustración y celos.

—¿Bram te ha hecho daño?

—Bram…

Sonríe y mira el suelo, aún con lágrimas en sus ojos.

—Yo también pensaba que se llamaba así, pero me engañó.

—¿A… —tartamudeo— a qué te refieres?

Intento agarrarle los brazos, sin dejar de vigilar la mano en la que guarda el cuchillo, aprovechando un momento de debilidad. Pero ella se sacude brúscamente.

—¡No podrás huir de él! —chilla como si estuviera endemoniada y eso hace que dé un brinco —. ¿Es que no lo comprendes? ¡Te encontrará! Siempre te encuentra… y tú siempre vuelves. Porque el diablo es así. Tentador.

La fuerza de sus palabras me deja inmóvil. No entiendo nada. No entiendo de quién está hablando. ¡Por Dios! Me llevo una mano a la boca.

—¿Qué estás diciendo? —replico, con la voz quebrada—. ¡Eso es una locura!

Ella suelta otra carcajada, amarga y desesperada.

—¿Locura? —ríe, aunque las lágrimas sigan cayendo por su rostro—. ¿Sabes lo que es locura? Creer que alguien como él puede amar. Creer que es un ser de luz, que vino a este mundo para salvarnos. ¡Eso creí!

—Oh, Noa…

—Y luego descubrí la verdad. —Su voz se rompe, al mismo tiempo que se lleva una mano al pecho—. ¿Sabes cuál es su juego favorito, eh? ¿Lo sabes?

—Tranquilízate, ¡por favor!

—Hacer daño —afirma—. Lo hace por diversión. Y todo… ¡Todo lo que toca lo corrompe!

Trago saliva, sintiendo un nudo formarse en mi estómago.

—Él… ¿él te ha hecho daño?

Ella me mira fijamente, como si no entendiera por qué se lo pregunto.

—¿Daño?

—Te vi el otro día en el hotel, y sé que tú también participas en ese tipo de fiestas, ¿vale? Sé que ahí practican sadomasoquismo y más cosas, pero eso es una cosa, algo puntual, y otra cosa es…

—¡Ohhh! —Se lleva una mano a la boca y me mira con sus ojos enrojecidos como si fuesen platos—. No lo sabes… ¿verdad?

Se empieza a reír histérica, como si estuviese verdaderamente loca. Por Dios, la morena está loca.

—Te hace sentir como una puta reina, ¿verdad?

—¿Qué? —Entreabro los labios.

—Te halaga… baila contigo —susurra y empieza a mover los brazos, ausente, como si estuviera ejecutando un paso de baile—, te hace regalos, te cuenta sobre sus normas… ¡te pidió que fueras su novia!

Su rabia vuelve, acompañada de un chillido gutural.

—¡Ehhh, cálmate! —musito cuando veo que roza el filo del cuchillo en su brazo—. Saldremos de aquí y… y… irás a tu casa, ya verás que todo mejorará.

—¡Jamás mejorará! —grita—. ¡Eres la favorita, y ya nada mejorará!

—No —suelto una risita crispada—. No soy su favorita, simplemente nos estamos conociendo y…

—Estás dentro Roberta —susurra—. Estás dentro y ni siquiera lo sabes. Patético.

Chasquea la boca.

—¡PA-TÉ-TI-CO! —grita en mi cara.

Ohhh. No esta mujer no está bien de la cabeza.

—¡Para ya!

—Estás dentro y no podrás escapar, ¿entiendes?

—¿Dentro? —le pregunto con un susurro.

—Todos ellos son dioses, y nosotras sus putas, ¿lo comprendes?

Mi aliento se detiene y tengo que apoyar la mano en el lavabo para no caerme. O esta mujer está desvariando o… .Y entonces, recuerdo la conversación que tuve con Bram el sábado.

—*¿Quiénes son?*

—*Personas que conocerás muy pronto* —me respondió.

—*Entonces, ¿me estás diciendo que conoceré a los dioses del Olimpo?*

—*Sí, claro.*

Trago en seco y doy un paso hacia atrás, sin dejar de mirar el cuchillo que agita delante de mí. No paro de darle vueltas a todo. Alzo mi mirada a ella.

—Noa, por favor, escúchame. Esto suena…

—El decálogo. —Me interrumpe, con lágrimas en los ojos—. ¡Diez malditas reglas que gobiernan sus vidas!

—No entiendo.

—Sus actos —sigue—. Todo está escrito, y si no obedeces… si no sigues sus reglas…

Se detiene, mirando hacia la puerta del baño como si temiera que alguien la escuchara. Como si lo que me estuviera contando fuese algo de vida o muerte. Entonces, dudo si seguirle la corriente, pero no puedo detenerme.

—¿Qué pasa si no sigues las reglas?

Noa se inclina hacia mí, con la misma mirada de miedo.

—Desapareces.

Trago saliva, incapaz de apartar los ojos de ella.

—¿Desapareces? ¿Qué quieres decir con eso? —pregunto, aunque una parte de mí no quiere saber la respuesta.

Ella sacude la cabeza, con la mirada perdida, como si recordara algo demasiado doloroso para decirlo en voz alta.

—Cuidado con la décima norma…

«La décima norma…».

—¿Qué norma?

Se ríe de nuevo, pero esta vez su risa es un sonido hueco, casi inhumano.

—Una vez que cruzas la línea, ellos lo saben todo de ti. ¡Todo! Dónde vives. Tus gustos. Tus miedos. Tus secretos…

—Esto… esto no puede ser real. —Mi voz es apenas un susurro, como si al hablar más fuerte pudiera invocar a esos *dioses* de los que ella habla.

—Es más real de lo que crees —manifiesta—. Mira a tu alrededor. ¿Por qué crees que nadie los detiene? ¿Por qué crees que esas fiestas se hacen tan abiertamente? Porque tienen a todos comprados. Gobiernos, policías, jueces. Todos están en sus manos. Lo tienen todo.

—¿Qué… tienen? —pregunto, con un nudo apretándome la garganta.

Ella sonríe amargamente.

—Dinero. Poder…

La miro embobada. ¿Por qué Bram quisiera eso? El senador gana una fortuna y tiene mucho poder. Su explicación carece de coherencia y siento furia por dejar que esa mujer juegue conmigo. Sé que lo hace porque debe estar cabreada y celosa. Es eso. Debe ser eso, ¡por Dios!

—No te creo. —Aprieto los labios—. Lo estás haciendo para alejarme de él, ¿verdad?

—Me encantaría decirte que sí, ¡que es una maldita mentira y que solo quiero alejarlo de ti! —Noa me interrumpe, con una mirada feroz—. Y, aunque quisiera, no podría, no. Ya eres parte de su juego. Y si crees que puedes simplemente darte la vuelta e irte, estás más loca que yo.

—¿Interrumpo algo?

Se oye una voz, acompañada del chirrido de la puerta. Y entonces, giro la cabeza.

Bram.

Pero no es Bram. Su rostro parece distorsionado, como si una sombra oscura hubiera tomado posesión de sus facciones. Sus ojos brillan con una intensidad sobrenatural, y su mera presencia parece llenar la habitación con una energía pesada, opresiva.

Quiero huir, pero mis piernas no responden.

—Mi dios…

Me congelo al oír esas palabras que él quiso obligarme a pronunciar. Sin embargo, Noa parece estar más bloqueada que yo, que lo mira fijamente y parece más bien una hoja de papel, que una persona de carne y huesos. Entonces, veo cómo cae de rodillas delante de él, mostrándole una sumisión absoluta.

—Noa… —murmura él, con sus ojos clavados en la morena—. ¿Qué estás haciendo?

Pero ella solamente solloza y aprieta el cuchillo en una mano.

—Feliz cumpleaños, mi amor… —Ríos de lágrimas fluyen de sus ojos mientras pronuncia las palabras.

Enmudezco cuando, con un movimiento rápido y decidido, la morena hace un corte rápido en su muñeca, cortándose las venas.

—¡Noooooooooo! —mi voz se rompe al ver su sangre brotar, manchando el suelo lujoso del servicio.

El color se desvanece de su rostro en cuestión de segundos mientras se desploma en el suelo lentamente. Corro hacia ella, dejándome caer de rodillas, a su lado, pero ya es tarde. Su cuerpo yace en el suelo.

—¡Oh, Noa! —grito mientras tomo su muñeca, tratando de detener la hemorragia, pero no puedo.

¡No puedo!

—¡Haz algo, maldita sea! —le grito con todas mis fuerzas, con las lágrimas cayéndome hasta la barbilla.

Él también parece que está bloqueado, ya que se queda ahí, observando, con rostro inescrutable mientras la luz en los ojos de Noa se apaga lentamente.

—¡Ed, yaaaaaaaaaaaaaaaa! —oigo su rugido, finalmente.

Mi mente grita, pero mi cuerpo está entumecido y tan solo puedo mirar a la chica y apretar su muñeca.

—¡Joder! —dice Ed—. ¡Refuerzos aquí!

—¡Por Dios! ¿Qué has hecho? —sigo lamentándome, intentando detener el flujo con mis manos, pero es inútil.

Al instante, me siento apartada de su cuerpo cuando Ed llega junto a otro hombre y la

levantan en peso. Es Bram el que me toma por la cintura y me levanta del suelo, pero a ella ni siquiera la toca. Tan solo me mantiene junto a él. A mí. A ella simplemente la analiza con esa mirada de hielo, como si nada de lo que estuviera ocurriendo le afectara en absoluto.

—A un hospital, rápido… —susurro con lágrimas en los ojos y me paso una mano por la frente, nerviosa—. ¡Rápidoooo!

Quiero dar un paso hacia la salida para acompañarla, pero él me frena con fuerza, casi aplastándome las costillas con su robusto brazo. Me giro y lo miro aturdida.

—Bram, debemos irnos a… —Me limpio una mejilla con el dorso de mi mano.

—No iremos a ningún lado.

Entreabro los labios, completamente bloqueada. No puedo creer que me él está diciendo eso. Tiemblo cuando me doy cuenta de que la sangre de Noa está en todas partes, incluido mi rostro.

—¡Pero a ti qué te pasa, joder! —Le golpeo el pecho con los puños, manchando su camisa—. ¿Eres un robot, o qué?

—En el hospital la atenderán.

—¡Hostia, no me jodas, Bram! ¡No me jodas! —le grito, apretando el puño—. Se supone que fue tu novia.

—¿Qué te ha contado?

—¡Nada! —chillo enloquecida mirando el suelo.

Miles de pensamientos y dudas me atormentan. Noa, su confesión, esa historia absurda sobre el sitio donde Bram me llevó, su supuesto poder y el decálogo. ¿Cuál es la décima norma, cuál? Lo averiguaré, pero éste no es el momento, así que decido largarme. Tan solo necesito llegar a la puerta y salir de aquí. Me giro, con la mente a mil por segundo.

Esa chica no puede morir, me niego. Deben salvarla o…

Camino como si estuviera en trance hacia la puerta, pero él es más rápido que yo y, con un movimiento brusco, empuja la puerta del servicio, cerrándola justo en mi cara, sin darme la posibilidad de salir.

—¿Qué haces? —susurro.

Me llevo una mano al pecho, sin ser capaz de darme la vuelta.

—¿Qué te ha contado? —insiste en mi oído.

—Nada…

—No mientas… —dice con voz firme, pero calmada—. Lo he oído todo.

Mis pulmones luchan por cada aliento, mientras me giro lentamente, dispuesta a enfrentarlo. Alzo la mirada, empañada por las lágrimas que amenazan con desbordarse, y le suplico en silencio. Mi alma ruega, desesperada, que esa versión de los hechos sea solo una mentira cruel, una fantasía retorcida que no puede ser real.

Que él no sea parte de esa trama oscura y jodidamente escalofriante. Porque si lo es... sé que me destrozará.

—Bram… —sollozo mientras las lágrimas brotan de mis ojos—. Dime que no es verdad. Dime que esa chica no vivió un infierno contigo. Que tú... no le hiciste daño. Que yo… —mi voz se quiebra—. Que yo no soy solo un juego para ti.

Sus ojos brillan con una intensidad devastadora, como si él pudiera sentir en sus carnes el miedo y el horror que yo siento. Por un momento, pienso que él está sintiendo el mismo abismo que amenaza con tragarnos a los dos. Pero no dice nada. Permanece inmóvil, con esa mirada entumecida y vacía que me atraviesa el alma como una daga.

—¡Di algo, maldita sea! —grito, el dolor enredándose en mi garganta, mientras la calidez de la sangre de Noa aún arde en mis manos.

Él parpadea lentamente, como si estuviera inmerso en un sueño profundo.

—La décima norma… —dice dando un paso lento en mi dirección—. *La sangre llama a la sangre. Y aquellos que la han visto fluir… deben cruzar el umbral.*

—¿Qué maldita décima norma? —Aprieto la mandíbula furiosa—. ¿De qué hablas, Bram?

—Eres una ninfa, Roberta —dictamina, mirándome fijamente—. A partir de ahora, serás la favorita del dios Hermes.

—¿Una ninfa? —repito desconcertada, aferrándome a esa palabra—. ¿Y quién diablos es el dios Hermes?

—Yo.

—¿Tú?

Agrando los ojos de par en par, entendiendo el significado de todo aquello. Siento mi vista borrosa y mis piernas tiemblan, así que me agarro al lavabo para no caer.

No, imposible. No puede ser verdad.

Las lágrimas brotan de mis ojos amargamente, fruto del dolor y la decepción que siento. Oh, Dios. Ella tenía razón. Ella me ha dicho la verdad. No está loca, es él quien lo está.

—¿Por qué? —susurro, con el corazón destrozada.

—Porque nunca fui bueno para nadie. Y tú..., —Aprieta los labios mientras sus ojos se tornan brillosos—, tú nunca quisiste a alguien bueno para ti. Somos almas gemelas, ¿no lo ves?

Solloza profundamente y, curiosamente, una lágrima se desliza en su pómulo.

Lo miro horrorizada.

Bram no necesita una fiesta de disfraces para ponerse una máscara. Siempre la ha llevado, al igual que siempre ha sido el cazador. Desde el principio.

Él, el cazador y yo… su presa.

NOTA DE LA AUTORA: Escuchar la canción

«Wicked Game » de URSINE VULPINE

CONTINUARÁ…

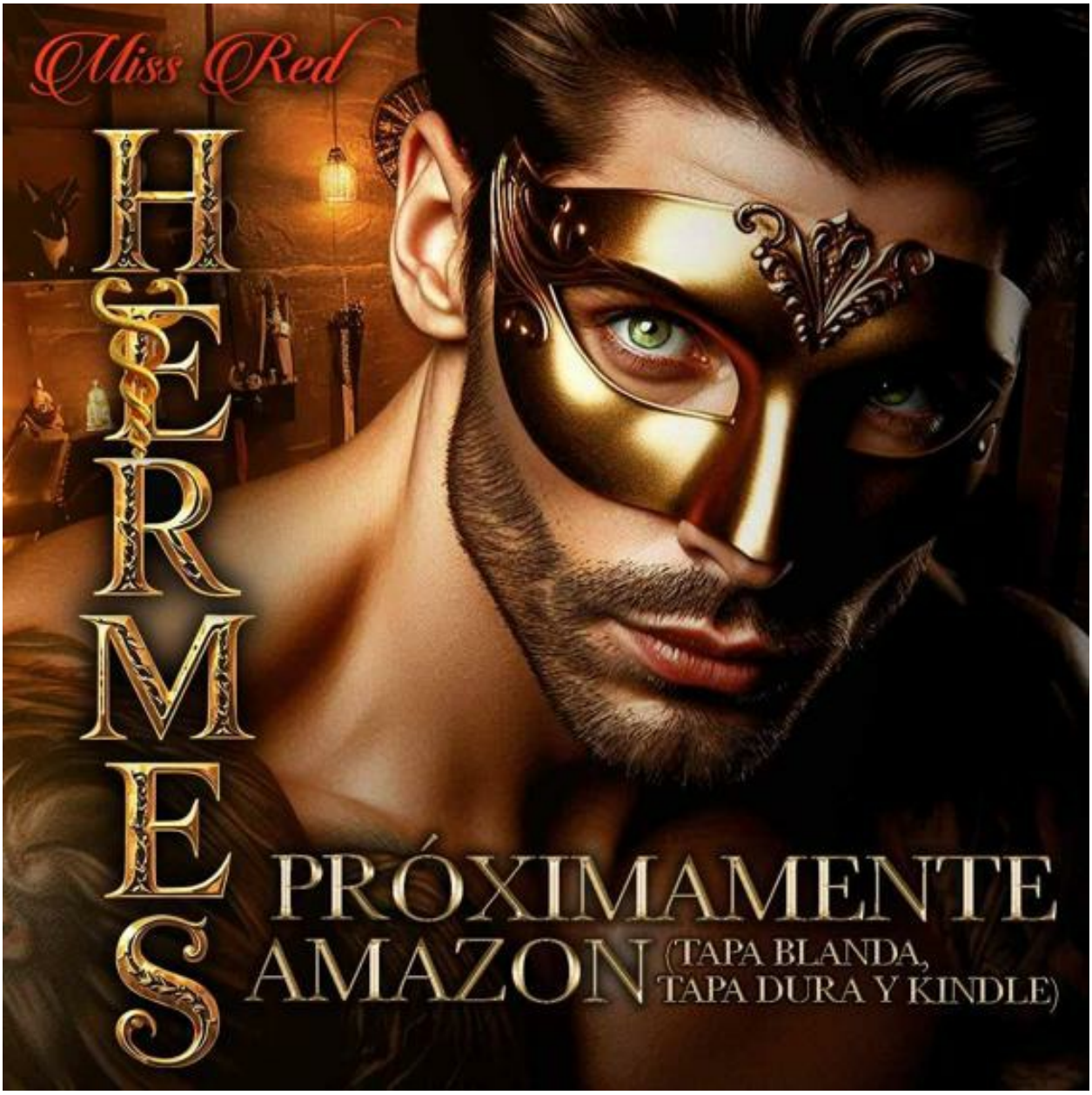
LIBRO 2

LA CACERÍA AÚN NO HA TERMINADO.

RECIÉN COMIENZA.

¿Te atreves a sumergirte de lleno en el mundo de ÁLYMPOS?

¡No te pierdas la segunda parte!



«Ésta es mi película, bebé. Yo soy el director, el protagonista y el crítico principal. El mundo es mi escenario y las personas… meros actores.

Pero tú, tú no eres una más. Eres la pieza clave.

No hay lugar para ti fuera de mi historia, porque sin ti, no hay guion que tenga sentido, ¿comprendes?»

—Bram Sander

(Hermes)

«—Mira a tu alrededor, Dafne. Esto es tu vida ahora. —Aprieta su agarre, haciendo que una punzada de dolor surque mi cuerpo.

—Mi vida será la que yo elija… —Mis palabras son un susurro, pero en mi mente grito.

—¿Crees que tienes alguna elección? —Él se ríe, un sonido cruel y burlón.

Mis ojos recorren el pasillo vacío, buscando una salida, un refugio. Pero no hay nada.

—Siempre he sido amable contigo, pero parece que has olvidado lo que significa eso. Tal vez te haga recordar…

De repente, veo una puerta. La puerta de salida. Un destello de esperanza me llena de energía. La empujo con todas mis fuerzas, sintiendo que la libertad está a un paso.

—¿Creías que sería tan fácil? —Sonrío—. ¿Crees que te perdonaré?

El amor que siento por él me consume, pero la decepción más. Noto su mejilla rozando la mía y todo en mi interior se rebela. Pero, de pronto, su mano se suelta de mi cabello. Abro los ojos justo a tiempo para verlo desplomarse a mi lado. Mi cuerpo cae también, y el mármol helado recibe nuevamente mis rodillas. Pero algo ha cambiado. Una presencia. Una nueva sombra se alza sobre mí.

—¡Hermeeeeees! —ruge una voz ronca, profunda, que hace que todo mi cuerpo se tense. El aire se vuelve cargado, casi imposible de respirar.

Alzo la mirada y me encuentro con un par de sandalias de cuero negras, que abrazan unos tobillos fuertes. Mi mirada sigue el contorno de unas piernas poderosas, sube por un torso cincelado que emana una fuerza ancestral. La tela blanca que cubre su cuerpo ondea a su alrededor, como si el mismo Templo de los Dioses obedeciera sus deseos.

—¡La quiero para mí esta noche! —declara el recién llegado, su voz resonando en el pasillo con fuerza.

¿Qué? Mi mente se nubla. No sé quién es, pero la mera idea de pasar una noche más en manos de otro monstruo me aterra. Entonces, intento ponerme de pie, pero mis piernas no responden y, en cambio, siento una mano firme agarrando mi brazo. Su contacto es firme, pero no cruel, y cuando miro hacia arriba, lo veo.

Un tatuaje.

Aprieto los dientes con miedo, tras identificar el triángulo invertido de los hedonistas. Respiro profundamente, pensando que podría ser Apolo, pero no, lo reconocería. Parpadeo acelerada cuando veo un tridente dibujado en su pelvis, con una horca dorada de tres pequeñas puntas reinando bajo el triángulo.

Es un dios. ¡Uno que no he visto antes!

—He dicho... que quiero a tu ninfa esta noche —su voz es un desafío directo, pero antes de que termine de hablar, Hermes ya ha colocado su caduceo en el cuello de ese tipo salido de la nada.

—¡No juegues con fuego, Poseidón! —grita éste, furioso, apretando contra su cuello la vara con las dos serpientes entrelazadas.

Poseidón.

Mi corazón se paraliza.

La tensión es palpable, y justo cuando parece que todo va a explotar, siento la mano de aquel hombre en mi cintura, atrayéndome hacia él con una fuerza que no puedo resistir. Su rostro se inclina hacia el mío.

—Esta ninfa es mía esta noche... —susurra—, te guste o no».

EL PROFESOR

Y si *Ninfa te atrapó* y quieres conocer la historia de AYLIN VEGA y BRIAN ALEXANDER WOODS, prepárate para una SAGA BESTSELLER igual de intensa…





Pulsa aquí para descubrir más sobre la saga EL PROFESOR

AGRADECIMIENTOS

Queridos lectores, familiares y amigos,

Me gustaría agradeceros profundamente por todo el apoyo que me habéis brindado. Aquí nos encontramos, viviendo una aventura más, una aventura que, curiosamente, comenzó gracias a vosotros, porque fuisteis quienes me propusisteis desarrollar la historia del **triángulo amoroso Berta-Bram-Liam**, después de haber publicado la saga **El Profesor**. Vuestro amor por mis personajes ha hecho posible esta novela, y no sabéis lo agradecida que estoy por haberme atrevido a empezar este proyecto.

He de ser sincera y confesar que al principio pensé que no sería capaz de plasmar tres puntos de vista diferentes, cada personaje con su complejidad y su bagaje emocional, pero conforme he ido desarrollando la trama, me he enamorado de ellos perdidamente: de sus luces y sombras, de su humor, de sus charlas, de la pasión que destilan…

Y aquí nos encontramos. Cada uno de vosotros ha sido una pieza fundamental en este viaje, y me siento inmensamente afortunada de poder compartir este logro con todos vosotros: mis padres, mi marido, mis amigos, mis lectoras-diosas, mis lectores de siempre y mis nuevos lectores. Vuestro cariño y ánimo han sido mi motor.

Sin duda alguna, os llevo conmigo en cada letra, y no puedo esperar para compartir con vosotros lo que viene, **la parte 2, HERMES**, una novela que será aún más intensa que NINFA, desde todos los puntos de vista. Espero haberos sorprendido con este libro, y que os siga sorprendiendo con los que están por llegar.

Si os ha gustado esta historia, estaré encantada de leer vuestras reseñas y comentarios. Vuestro *feedback* es fundamental para mí y para seguir creciendo en este camino que estamos recorriendo juntos.

Gracias por estar siempre ahí por acompañarme en cada paso, por hacer que todo esto valga la pena.

Con todo mi cariño y gratitud,

Miss Red

(D.M.C. 01/01/25)

ACERCA DE LA AUTORA

Es **escritora de romance erótico y thriller y la autora de la saga de NOVELAS BESTSELLER, titulada *EL PROFESOR,*** además de formar parte de Amazon KDP All Stars. Siendo una persona creativa, emocional y empática, Miss Red se ha sentido atraída por las palabras desde una temprana edad. Así fue como ingresó en el mundo de la literatura mediante la lectura y estudiando una carrera de Filología, ya a una edad adulta. Años más tarde, concretamente en el año 2022, empezó a darle forma a sus escritos como una simple afición. En unos pocos meses, recibió comentarios positivos sobre sus novelas y tuvo una muy buena acogida entre los lectores. Un año después, decidió dar un paso más y autopublicarse.

Describe su trabajo como un cóctel de intriga, acción y romance, con toques de humor y una alta dosis de erotismo. La primera obra publicada fue la novela "El Profesor", obra que vio la luz como borrador en marzo de 2022 y la que, meses más tarde, dio paso a una segunda parte, intitulada "Ares". Finaliza la trilogía en diciembre de 2022 con la tercera y última parte, llamada "Afrodita". El 17 de octubre de 2023 publicó la primera entrega y, actualmente, **LA SAGA DE LIBROS EL PROFESOR se encuentra COMPLETA en la plataforma Amazon (Kindle y formato físico).** Otra de sus novelas, publicada recientemente en la plataforma, es ***Anker: Mi maldición,*** un thriller romántico sorprenderte, donde nada es lo que parece.

Una de sus citas favorita y la cual considera que describe a la perfección sus escritos:

«No hay barrera, cerradura, ni cerrojo que puedas imponer a la libertad de mi mente» Virginia Woolf.

Por último, la podrás encontrar en las siguientes redes sociales para conocer más acerca de su trabajo y futuros proyectos:

- ***Instagram: miss_red_writer***
- ***Facebook: MISS RED Writer***
- ***Tik Tok: missred_writer***